

 Seix Barral

Julie Buntin

Marlena,

una amistad peligrosa



Julie Buntin
Marlena,
una amistad peligrosa



Seix Barral Biblioteca Formentor

Julie Buntin
Marlena,
una amistad peligrosa

Índice

PRIMERA PARTE

NUEVA YORK

MICHIGAN

NUEVA YORK

MICHIGAN

NUEVA YORK

MICHIGAN

NUEVA YORK

MICHIGAN

OMISIONES

SEGUNDA PARTE

NUEVA YORK

MICHIGAN

NUEVA YORK

MICHIGAN

NUEVA YORK

MICHIGAN

NUEVA YORK

MICHIGAN

NUEVA YORK

MARLENA

AGRADECIMIENTOS

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

Para Kelsey y Lea

Presentaré mi informe como si narrara una historia,
ya que de niño me enseñaron, en mi planeta de origen, que la Verdad es
cuestión de imaginación.

URSULA K. LE GUIN,
La mano izquierda de la oscuridad

PRIMERA PARTE

NUEVA YORK

Dime lo que no puedes olvidar y te diré quién eres. Apago las luces de mi departamento y ella se acerca con la oscuridad. El ojo del tren se abre dentro del túnel y allí está ella sobre las vías, su pelo rubio meciéndose. Empieza a sonar una de nuestras viejas canciones y me pierdo en medio del pasillo de los cereales. A veces, ya entrada la noche, mientras me peleo con la llave frente a la puerta de mi departamento, mis ojos encuentran mi reflejo en el espejo del corredor y la veo, esperando.

Marlena y yo estamos en la camioneta de Ryder. Esa mañana, mientras él seguía dormido, ella tomó las llaves del bolsillo de sus pantalones. La primavera explotó de manera gloriosa y estúpida; llegó el verano y traemos chancas de farmacia, el cabello salado pegado a las sienes y aliento a cigarro, protector labial de cereza y vino de ayer. Me quito a patadas las sandalias, estiro las piernas sobre el tablero y pego los dedos de los pies contra el parabrisas, como siempre lo hago cuando estamos sólo Marlena y yo. Ryder dice que arruiné su auto, que las manchas no se quitarán, pero no me importa. Marlena pintó mis uñas, con mi pie sobre su muslo. Su color: anaranjado alerta máxima.

Las ventanas están completamente abiertas. La brisa arranca el cabello de mi cola de caballo y lo arroja en desorden contra mi rostro, de modo que todo lo veo roto. Estamos de camino a la playa para pasar un día normal. Para contener la respiración debajo del agua hasta que nuestros pulmones rueguen por aire. Para perder el aliento ante el golpe seco de alguna ola contra nuestros vientres y para llenarnos la boca con la espuma amarga de cervezas robadas de hieleras desatendidas. Seguiremos el movimiento del sol con las sombras de nuestras toallas y nos pasaremos las mismas dos revistas una y otra vez hasta que la luz se hunda en el agua. Cuando nos marchemos, desenterrando nuestros pies de la arena fresca, estaremos insoladas y después

afiebradas.

Estamos jugando a ser dos chicas con secretos nimios, que escuchan a Joni Mitchell a todo volumen. Cada estrofa es un mensaje que escribió sólo para nosotras. Canto tan fuerte que Marlena no puede oírse a sí misma; me dice que me calle, me dice que estoy haciendo que le duela el cerebro. Pero en este recuerdo, simplemente canto más fuerte.

Marlena oprime el acelerador y el auto sube por la gran colina de la carretera sin salida que lleva al lago. El velocímetro brinca; pasamos de los ochenta y ocho, el límite en las vías rurales, a ciento doce en menos de un minuto. El auto se llena de aire, tan fuerte y violento que mi cabello golpea mi cuello y ya no puedo oír la música. Mi voz se quiebra y pongo los pies sobre el piso. Trato de subir mi ventana, pero Marlena la bloquea desde su lado. Cuando voltea a verme, sonriendo de oreja a oreja, siento que el vehículo se desvía hacia la cuneta y las llantas levantan una lluvia de grava. Regresa bruscamente al pavimento y la aguja del velocímetro tiembla antes de pasar los ciento treinta y seis. La cola de caballo de Marlena ya prácticamente no existe y me pregunto si puede ver, si quizá no se percata de que ya vamos a ciento cuarenta y cinco y que debajo del viento hay un nuevo olor, amargo y caliente; los órganos de la camioneta en combustión. Aceleramos más y más. Me río un poco y le digo que vaya más lento, y segundos después que le baje de una puta vez, y cuando no me contesta le grito que está loca y me está asustando y que me quiero bajar del maldito auto y que vamos a morir, por favor, que nos va a matar, con un carajo. Ya a ciento sesenta, subimos volando por otra colina, el coche rugiendo. Cuando llegamos al tope, las llantas se levantan del pavimento, y cuando aterrizamos me estrello contra la guantera y me detengo con el antebrazo. No frena y lucho por ponerme el cinturón de seguridad. El lago Michigan, de azul Caribe y con destellos de luz, aparece frente a nuestras caras. Estamos a menos de un kilómetro de la bajada, del estacionamiento, del camino a la playa.

No va a detenerse, y por un segundo siento algo ajeno, una rabia formada a partes iguales de hambre y temor. *Hazlo*, pienso, *hazlo*, y siento el estómago en la garganta pero estoy harta de ser la que dice *no, ten cuidado, detente*. «¿Y si me sigo de largo?», grita. Más tarde me percató de que probablemente estaba muy drogada, porque eso debe haber sucedido por la época del frasco

farmacéutico de oxycodona de cuarenta, pastillas que afloran en mi recuerdo de ella como un rasgo adicional; sus ojos, las puntas enmarañadas de su cabello sucio.

Ahora el lago es más grande que el cielo. Después de que nos hundamos, ¿cuánto tiempo me tomará patear la ventana del copiloto, mis chanclas flotando por el techo del auto, mi cuerpo hambriento de aire? Marlina no sabe nadar bien.

Pero entonces, apenas a unos metros de la bajada, empezamos a detenernos. La camioneta serpentea de lado a lado de la línea divisoria, inclinándose sobre la cara externa de las llantas. Nos detenemos con un temblor y un chirrido. Salgo impulsada hacia adelante; el cinturón de seguridad se encaja en el espacio entre mis senos. Los faros tocan la reja de tablas que marca el punto en que el terreno desciende un empinado medio kilómetro hasta la medialuna de playa pedregosa. El auto suspira, su motor emite chasquidos de alivio. Estoy a punto de llorar, con el pulso a todo galope, y la odio porque lo sabe.

—Oye, vamos —dice Marlina, pero le cuesta trabajo respirar y se tarda demasiado en hablar—. ¿En serio crees que dejaría que te sucediera algo malo? —Un reguero de ronchitas, del tipo de las que le salen cuando está ansiosa o emocionada, se esparce desde su clavícula como un rojo y delicado encaje por los tendones de su cuello hasta su quijada. Coloca las uñas sobre mi rodilla y abre los dedos, formando un pequeño círculo que envía escalofríos por todo mi cuerpo.

Quiero escupirle de lleno en la cara. Quiero alejarme tanto de todo lo que me ha hecho hacer y de todas las maneras en que he cambiado, que por un instante es posible y casi lo hago. Pongo las manos debajo de las piernas para que no vea que me tiemblan, y miro fijamente el desodorante para auto en forma de pino; se agita como si todavía estuviésemos en movimiento.

—Cat —dice.

No es una pregunta. Adoro este salvajismo. Lo ansío. ¿Por qué cuando algo dentro de mí pregunta si vale la pena arruinar mi vida por él, oigo *no*?

Parpadeo fuerte hasta que las lágrimas desaparecen. Cuando me río, agitando la cabeza, ella ríe también y esa cosa horrible entre ambas desaparece, excepto por una esquirla indestructible que se queda conmigo para siempre. Agarramos del asiento de atrás las bolsas de plástico llenas de

botanas y caminamos por la bajada hasta la playa. Ya estoy olvidando la sensación que me quemaba por dentro hace unos minutos. *Hazlo, simplemente hazlo ya, perra*. Está cantando otra vez, «California», la parte sobre besar a un cerdo, un policía de Sunset, y de llegar a casa. Uno mi voz a la suya.

Las canciones de Joni Mitchell le iban a Marlena. Se sentía cómoda con los registros más altos, alcanzaba rápido cada nota y podía imitar a la perfección la fuerza vibrante de Joni, la forma en que transformaba las sílabas en un doblar de poderosas campanas. Esa es la última vez que recuerdo haber oído a Marlena cantar «California», aunque no pudo ser así. Era una de sus favoritas, y eso pasó cuatro meses antes de que muriera, cuando menos. En términos técnicos, se ahogó. Aunque no de la manera en que temí que sucediera ese día, en la camioneta de Ryder, después de estrellarnos contra una valla de contención. No hubo una gran explosión de agua. Nada de gritos provenientes de la playa ni un socorrista a todo correr. Eso le hubiera gustado más.

Marlena se asfixió en menos de quince centímetros de agua de río en congelamiento, en el bosque a las afueras del centro de Kewaunee, un sitio en el que no tenía razón alguna para estar en ese anochecer de noviembre. Traía puesto uno de mis viejos abrigos y unos Keds estropeados que la policía analizaría hasta el cansancio. El bolso de lona que llevaba estaba lleno de monedas que deben haber chocado, mientras caminaba, contra el frasco de pastillas y su teléfono de prepago. Su cabeza golpeó una roca del río de manera directa y brutal y, se supuso, su cuerpo se deslizó justo así, sin conocimiento, hasta que su boca y nariz se sumergieron en el agua.

Algunos de los detalles son hechos, pero muy pocos: el sitio donde la encontraron, lo que traía puesto y lo que llevaba consigo. Según Jimmy, mi hermano mayor, la última vez que se le vio con vida fue a las 5:12 p. m. Su recuerdo de esos tres números parpadeando en el reloj del coche es nítido. Aunque, según me dijo después, frustrado y ebrio, podría estar recordando la hora que marcaba el reloj justo después de que ella se subiera al auto. Es posible, dijo, que a las 5:12 p. m. él saliera de la casa, antes de recogerla. Comprendo por qué le molestaba tanto no tener clara la hora de los acontecimientos. Ninguno de los dos cree que lo que le sucedió fue un mero

accidente.

Poco después de la una de la tarde, casi veinte años después de ese día en la camioneta, recibí la llamada telefónica de un fantasma. Caminaba por un corredor de rascacielos anónimos sobre la Quinta Avenida, atestada de hombres con largos abrigos de lana que se crisparon de manera colectiva cuando me detuve a sacar el teléfono de mi bolsillo. Tenía resaca, un nudo sordo entre ambos ojos, y el pulso me aleteaba. Cuando vi el código de área, 231, pulsé IGNORAR. Me recargué contra la ventana de un merendero, con el pecho tenso. Ya no tenía nada que ver con nadie del norte de Michigan: Mamá vivía en Ann Arbor con Roger, a quien yo seguía considerando su nuevo marido incluso después de diez años; Jimmy estaba en la Península Superior, donde trabajaba para una empresa que construía casas vacacionales a precios excesivos.

Quienquiera que hubiera llamado, dejó un mensaje de voz.

Hola, decía la voz, un hombre, con un dejo nasal en las vocales que me recordaba a casa. Lo siento, dijo, y volvió a repetirlo. Esto es extraño. ¿Es este el teléfono de la Cat, la Catherine, de Silver Lake? Habla Sal.

Vi a Sal, el niño, con el cable de la línea terrestre enredado en sus dedos, que hablaba, como por arte de magia, con la voz de un hombre adulto. Casi me hizo reír. Sal Joyner. Estoy en Nueva York. Se detuvo un momento y dijo, enunciando claramente, La Gran Manzana, como si quisiera probarle a quien estuviera escuchando que iba en serio, que era algo tan increíble como real. Probablemente ni me recuerdes, dijo, y entonces realmente me reí, o por lo menos sonó a risa, un inhalar repentino que se levantaba al final, un sonido no desdichado. Espero que no haya problema porque hablé. Me pregunto si tienes una hora o lo que sea, para vernos. Para hablar acerca de mi hermana.

Y por supuesto, todo regresó de golpe, los bordes más nítidos y claros que la ciudad que me rodeaba, la ciudad que había parecido volverse borrosa y desaparecer tan pronto como Sal pronunció su nombre. Aunque ya estaba allí desde antes, ¿o no? Un periodo de mi vida tan breve que había terminado casi tan pronto como empezó, y sin embargo todavía hay algo que quiero saber, una pregunta que hace *tictac* en las profundidades, una mina terrestre activa.

231. Por un segundo pensé que era ella.

MICHIGAN

La primera vez que vi a Marlena Joyner, Jimmy y yo estábamos descargando un camión de mudanzas alquilado. Lo habíamos conducido cinco horas, desde la vieja casa cerca del pulgar de Michigan hasta la punta del dedo anular del estado. Era a principios de diciembre y caía aguanieve. Marlena se abrió camino por su patio delantero, zigzagueando entre cajas de embalaje húmedas y volteadas, toneles metálicos, motores inservibles y cacharros diversos, hasta que estuvo junto a mí, mirando las cajas que se encontraban en el camión. Traía puesta una camiseta blanca de algodón con el cuello cortado y un par de botas de nieve decoradas con el Hombre Araña. En mi memoria, los detalles de Marlena son tan enormes y claros que casi no pueden ser ciertos. Sus brazos estaban cubiertos con aguanieve y tenía la piel de gallina por el frío; su cabello emanó un aroma a madera quemada cuando sacudió la cabeza para quitárselo de la cara, como solía hacer a menudo antes de hablar.

—Ustedes son los nuevos.

—Así parece —dijo Jimmy. Cargó la mecedora de Mamá sobre sus hombros y desapareció al interior de la cochera sin mirar atrás, y es como supe que él pensaba que era bella.

Aunque fue un encuentro poco memorable, el inicio de una historia conocida, en los meses venideros repasaríamos los detalles una y otra vez hasta que adquirieron un brillo mítico. Marlena vivía a menos de veinte pasos de distancia, en un granero renovado cubierto de diversas capas de pintura color lila que se sentía pegajosa al tacto. La edificación parecía hundirse en el piso. Su situación de vida me perturbaba entonces, pero en realidad no era tan distinta de la nuestra. Habíamos comprado una construcción modular estilo rancho en un desaliñado terreno de dos mil metros cuadrados en Silver Lake. Era una casa prefabricada de tres recámaras, todavía nueva; el tipo de

construcción que se armaba en un lote y que entregaba un camión. Me recordaba a una de las casitas del juego de Monopoly. Mamá decía que le atraía su eficiente falta de escaleras y el enorme patio trasero. No decía lo que Jimmy y yo sabíamos de sobra: que una construcción modular estaba apenas a un paso de ser una casa rodante, y que sin Papá éramos absolutamente pobres.

Marlena se recogió el cabello del cuello y lo enroscó en una húmeda soga. Kilos de cabello hasta la cintura, de una palidez extraterrestre, con un fleco que cruzaba su frente en ángulo; un estilo con el que yo había experimentado al final de la secundaria con resultados desastrosos. Era alarmantemente bonita —un rostro pícaro y felino, todo pómulos y parpadeos—, y, si soy franca, esa fue la primera razón por la que quise ser su amiga. A los quince años, yo era gorda y flaca a un mismo tiempo. Mis orejas sobresalían a cada lado de mi cabeza. Aun así, creía que en cualquier momento podría convertirme en una belleza, y me enloquecían las chicas que ya lo eran.

—Soy Marlena —dijo.

—Cat —respondí. Para mi familia yo era Catherine o Cathy, pero había decidido que aquí ya no podía seguir siendo esa chica.

—Bueno, no parece que tengamos opción. —Sonrió mirándome con sus ojos azules y gigantescos. No pude decidir si estaba siendo agradable o qué.

Siempre que escucho la palabra *peligro*, nos veo a Marlena y a mí mirando al interior del camión de mudanzas en la hora invernal entre el ocaso y la oscuridad. Dos chicas llenas de planes, de quince y diecisiete años, en mitad de la nada. *Deténganse*, quiero decirnos. *Quédense exactamente donde están, juntas. No se muevan*. Pero lo haremos. Siempre lo hacemos. El reloj ya está en marcha.

Después de repartir las cajas en las habitaciones correctas, Mamá, Jimmy y yo nos sentamos cruzados de piernas sobre el piso de la sala a comer pizza congelada. El cable todavía no estaba conectado; el televisor nos miraba ciegamente. Mamá bebía de un vaso alto de plástico. El refrigerador nuevo no tenía un dispensador de hielo y mucho menos de hielo picado, de modo que Mamá enjuagó una bolsa de plástico donde había transportado su maquillaje, le dio vuelta, la llenó con cubos de hielo de una charola y después los

machacó con una botella de salsa de jitomate. Volvió a preguntarle a Jimmy sobre su beca, si había recibido una respuesta clara de la gente de MSU, la Universidad Estatal de Michigan, acerca de si podría aplicarla a la inscripción del año siguiente. Ya le había preguntado lo mismo por lo menos tres veces desde que yo metí la pizza al horno. Cuando Mamá bebía más de un par de copas de vino, su cerebro se atoraba en una misma idea y la repetía una y otra vez.

—Porque es mucho dinero como para desperdiciarlo —dijo, y volvió a lanzar su discurso de siempre sobre los errores de Jimmy y que de dónde creíamos que salía el dinero.

—Quiero más pizza —dijo Jimmy, se levantó y se marchó de la habitación, probablemente para ir a fumarse uno de sus cigarrillos de marihuana frente al ventilador que tenía funcionando como extractor en la ventana de su recámara. Era lo único que había desempacado. Había estado fumando mucho desde el divorcio y desde que rompió con su novia de voz de silbato que ahora estaba a más de la mitad de su primer año de estudios en MSU, donde él también habría tenido que estar. En mi opinión, ella era la verdadera razón por la que había pospuesto sus estudios, rechazando su beca a unas semanas del inicio de cursos; pero ¿quién podía saber, tratándose de Jimmy? Dijo que era porque lo necesitábamos. La universidad podía esperar. Bromeaba con que el nombre de nuestro grupo musical debería ser Los Pausados; él había pausado sus estudios universitarios y yo, al menos en ese momento, había pausado mis estudios de preparatoria.

—Si resulta que tiene que llenar algún documento o algo parecido, se va a poner furioso —me dijo Mamá, estirando las piernas y volcando su vaso de vino en el proceso. El hielo se regó por el piso y volví a meterlo en el vaso, los trozos más delgados se escurrían entre mis dedos—. ¡Mancha inaugural! —gritó, extendiendo su servilleta ceremoniosamente sobre el reguero. El papel se oscureció al instante y se deshizo entre la alfombra.

Mamá y yo recogimos los platos y los dejamos en el fregadero de la cocina. «Los lavamos mañana», dijo, al tiempo que sostenía su vaso debajo de la espita del envase de vino hasta que volvió a llenarlo. Besó mi cabeza con un tronido y se marchó. Puse el agua bien caliente y lavé cada uno de los platos, incluido el de Jimmy.

La casa nueva era un rectángulo regordete de techo bajo sobre varios bloques de cemento. No había sótano. Si golpeabas cualquiera de las paredes con el puño, se escuchaba un sonido hueco. Todas las habitaciones daban a un pasillo a la derecha de la cocina; primero el baño, después mi recámara, luego la de Jimmy, y al otro lado del pasillo la de Mamá. Agité la manija del baño.

—Deja de hacer popó —dije.

—¿Por qué? ¿No quieres que esté rico y calentito aquí adentro? —dijo él desde el interior.

—Eres asqueroso.

Jimmy, mi alto hermano de cabello desaliñado, con una mancha de pasta de dientes en la barbilla, abrió la puerta. Cuando tenía mi edad, había publicado un artículo de opinión en el periódico local acerca de su experiencia como adolescente ateo. Era rubio y de ojos azules como Mamá, y podía correr kilómetro y medio en seis minutos. Cuando éramos todavía el tipo de familia que hacía viajes para acampar, Jimmy y yo compartíamos una cama en la casa rodante alquilada. Mamá nos hacía dormir cabeza contra pies, para que no nos peleáramos. A Jimmy siempre le tocaba poner la cabeza en el sitio correcto; yo era la que tenía que dormir al revés. De modo que lo detestaba, esforzadamente, por todo eso, pero sobre todo por la manera en que despreciaba a Papá, y por cómo eso hacía que Papá ansiara más la atención de Jimmy de lo que jamás quiso la mía.

Por mucho tiempo, demasiado, no pude tolerar que fuera Jimmy y no yo quien viera a Marlena por última vez. Después de que se marchara Papá, nuestro sonar fraterno, el que viaja por la sangre y las células, y el vínculo de luchar contra los mismos padres, empezó a dejar de funcionar. Unos cuantos años después de esa noche en el baño, ya nos tratábamos como meros conocidos. Si nos lleváramos mejor, ahora, le diría que lo perdono por lo que haya hecho o dejado de hacer, por haberle permitido abrir la puerta del copiloto y marcharse en la gris penumbra, su bolso meciéndose contra su cadera, por esos largos minutos finales que sólo le pertenecen a él. Es difícil admitir que la peor parte de mí aún siente que esta es otra de las maneras en que él obtuvo un poco más de lo que supuestamente debíamos compartir. Supongo que ser la hermanita menor es algo que jamás se acaba.

Pateé una caja rotulada PASILLO para impedir que saliera del baño.

—¿Y esto qué es? ¿Qué puede necesitarse para el pasillo?

—Ya sabes, cosas del pasillo. Fotos de ti soplando velas y demás.

—¿Hay toallas ahí dentro?

—En el clóset. ¿Mamá ya se fue a la cama? —Tocó la pasta de dientes que tenía en la barbilla.

—Creo que sí. No se despidió, pero la luz de su cuarto está apagada.

—¿Sacó sábanas para la cama y todo?

—¿Y yo cómo voy a saber?

Me miró como si dijera: *Estoy haciendo mi mejor esfuerzo, ¿por qué tú no puedes?* En los días previos a la mudanza había aumentado su actitud de ultraadulto, como si no sólo hubiera tomado el lugar de Papá, sino también se hubiera convertido en el cuidador de Mamá. ¿En serio había pospuesto su futuro para asegurarse de que Mamá usara sábanas? Toda su pose me parecía una gigantesca tomadura de pelo, cosa que yo no podía tolerar y que detectaba a cada momento. A mis quince años, creía que crecería siendo la excepción a toda regla.

Jimmy pasó por encima de la caja y le dio un apretón a mi hombro; su mano humedeció mi camisa.

—Todo va a estar bien, Cath. Trata de tener un poco de perspectiva. —Se alejó por el pasillo y se recargó contra la puerta de Mamá hasta que se abrió una rendija oscura—. Mamá —susurró teatral mientras entraba en la habitación para ver cómo estaba.

Retiré la cinta que mantenía cerrada la caja de PASILLO. Al abrirla no encontré fotografías de Jimmy con una corona de papel en la cabeza ni de mí con una sonrisa desdentada mientras agitaba una luz de Bengala con Papá a lo lejos. Lo único que necesitábamos para el PASILLO eran extensiones eléctricas enredadas.

¿Qué fue lo que hice en esos días antes de que Marlena y yo nos hiciéramos amigas? Desempaqué las cosas de mi recámara, quizá; terminé uno de los libros de mi montón; vi un plato de sopa dar vueltas dentro del microondas. Pero la yo que surgió en esos meses, la yo que sigo siendo, apenas acababa de dar señales de vida. Había pasado el noveno grado en la Academia Concord,

una escuela preparatoria costosa, mediante una combinación de préstamos y becas, ninguno de los cuales podía aplicarse únicamente al periodo de otoño. Después de la noticia de la mudanza peleé con mis padres para que me dejaran quedarme como interna («Ja», dijo Papá, «sigue soñando»), pero me sacaron unos dos días después del inicio de mi segundo año de estudios, a tiempo para que les rembolsaran la colegiatura. Mamá lo llamó una aventura; Papá afirmó que las escuelas particulares convertían a las personas en ovejas. Incluso con la ayuda económica, ese único año ocasionó un caos en sus finanzas. Los escuché pelearse por ello. Yo era una chica estudiosa y centrada, y ya estaba tomando cursos avanzados; no creo que en realidad se les haya ocurrido la posibilidad de que dejarme a la deriva durante la totalidad del periodo de otoño desajustara algo en mi cerebro. Pero al liberarme de la red de la escuela y de la rutina que me había rodeado desde la infancia, pude sentir cómo se reacomodaban mis límites.

Maté muchas horas en espera de señales de los vecinos de al lado, diciéndome que era por aburrimiento, que mi interés nada tenía que ver con ella. Aparte de Marlena, vi a un niño pequeño, su gemelo en miniatura; a un hombre escuálido que siempre usaba una gorra de cacería, tejida y anaranjada, y a otro hombre más fornido que aparecía de forma intermitente y que manejaba una camioneta negra con llantas extragrandes. Tenía una vista excelente de su casa desde la ventana de la cocina. A veces Marlena iba y venía, acompañada de dos chicos de nuestra edad. Uno de ellos era apuesto; el otro tenía un caso grave de acné.

Fue una de esas noches en que insomne, hambrienta y llena de un enojo indefinido, me levanté de la cama antes del amanecer. Me puse unas pantuflas de Papá y una cobija alrededor de los hombros. La casa nueva estaba demasiado silenciosa. Me paré en el haz de luz del refrigerador y bebí jugo de naranja directo del envase; limpié un reguero pegajoso de mi barbilla con el dorso de la mano. Mamá guardaba sus cigarros secretos —cigarros secretos, algo que sólo Mamá haría— dentro de una caja de zapatos Express que escondía en la repisa más alta del clóset, a la entrada de la casa de Detroit. No había un sitio equivalente en Silver Lake, de modo que me llevó un tiempo encontrar la caja de zapatos al fondo de una enorme bolsa de plástico llena de trastos. Quité la tapa y allí estaban, los Merit, acomodados entre los talones

juntos de sus zapatos de tacón color menta. Mamá y Papá solían regresar de sus salidas nocturnas oliendo a cigarro, a sal, a viento y a algo más dulce: a pasas quizá, o a vino.

Tomé el encendedor de estufa de un estante de la cocina; como muchas de nuestras cosas, nunca habría de encontrar un sitio propio dentro de la nueva casa, pasaría de superficie en superficie. Afuera era igual que adentro pero con más frío. Estrellas, estrellas, estrellas, y un par de ventanas de casa rodante con el brillo azul del televisor. Me senté en la plataforma afuera de la puerta delantera, donde Jimmy había dejado sus zapatos enlodados. Mamá insistía en llamarla un *pied-à-terre* para pobres hasta que Jimmy, con voz cansada, le dijo que *pied-à-terre* no significaba ni «porche» ni «terraza». Abrí la cajetilla de Mamá y saqué uno de los dos cigarros volteados con el filtro hacia abajo. Quién sabe qué tan viejos serían. Coloqué el filtro entre mis dientes y pulsé el gatillo del encendedor. La punta no se encendió hasta que aspiré un poco. Imaginé que tosería y me ahogaría, que mi primera fumada en la vida ardería. Pero le di tres golpes al cigarro antes de toser. El humo daba vueltas sobre mi cabeza, exhalé y observé la nube que se apartaba, lejos de Silver Lake.

Llegué al filtro, apagué la brasa contra el barandal y empecé a ver luces. Respiré hondo y prendí otro. El frío del helado escalón traspasaba las tres capas sobre las que estaba sentada —la cobija, los pantalones de franela y la ropa interior de algodón—, pero me sentía decidida.

A lo lejos, en el camino, apareció un par de faros y la camioneta con llantas enormes dio vuelta en la entrada de la cochera de Marlena. Me deslicé por las escaleras y me agazapé en el triángulo que se formaba entre el porche, la casa y uno de los rechonchos arbustos de hojas perennes a cada lado de los escalones. Me había dicho a mí misma que en Silver Lake sería alguien nuevo, alguien demasiado valiente para esconderme, y sin embargo me escondí. Catherine se había disculpado por todo, por el simple hecho de que su cuerpo ocupara un espacio. Pero Cat no. O eso era lo que esperaba. Se abrió la puerta del lado del copiloto. Sólo había sido Cat un par de días, y decidí no moverme. Marlena se quedó sentada en la cabina, a pesar de la puerta abierta. Arrugué la cajetilla entre los dedos mientras trataba de ver lo que sucedía. El encendedor había caído en la nieve. Marlena recogió las piernas y colocó las

rodillas debajo del mentón. En la oscura y silenciosa madrugada, todos los sonidos se amplificaban; sus uñas resonaron contra sus jeans como si estuviera agazapada junto a mí. Recorrió con ellas sus piernas de arriba abajo.

—Ya me voy —dijo. La tos empezó a hacerme cosquillas en la garganta, pero logré dominarla.

—Espera un minuto —dijo el conductor—. Me encanta ver tu maldita cara bonita. —Prendió la luz del tablero y el cuerpo de Marlena se iluminó. Por su figura supe la posición en la que se encontraba: la barbilla enterrada entre las rodillas, los codos apretados a los lados. Yo había adoptado esa misma posición en el auto con Papá la última vez que lo vi. Lo que significaba era: *No me toques. Déjame en paz*. Me incorporé un poco para poder ver.

—Maldita cara bonita —dijo ella, con una risa falsa—. Por favor.

—Te traje a casa, ¿no?

—Dámelo, Bolt. —Su voz sonaba cansada—. Anda, amor. Mi papá podría regresar en cualquier instante y no he visto a Sal en todo el día.

—Tu papá —respondió el hombre, Bolt, como si dijera Sí, claro—. Pero te los voy a dar. ¿No te lo prometí? Sólo que primero quiero que me des un beso. Sólo un beso de las buenas noches. —Sonidos de besuqueo, como el remate de un mal chiste.

Marlena no se movió. Las piernas empezaron a dolerme y conté los segundos, segura de que empezaría a toser. El tipo levantó algo en el aire, pellizcándolo entre los dedos, y lo agitó sobre la cabeza de Marlena. Riendo, el cuerpo de ella se desdobló mientras alcanzaba lo que él sostenía. Tragué saliva una y otra vez. Ella volteó para verlo de frente; las palmas del hombre se deslizaron sobre sus hombros y en un instante sólo pude ver cabello blanquecino, uno de los brazos tatuados del hombre enredado en él, y el otro deslizándose por el suéter de ella hacia arriba. No sé cómo lo supe desde donde me encontraba, cuando aún era para mí una desconocida, pero me percaté de que apenas podía tolerar que él la tocara. Después de unos segundos se escabulló de él y descendió de la camioneta de un brinco. Mi piel se estremeció en su nombre.

—También necesitamos curitas —dijo— y huevos. Mañana o pasado, ¿está bien? —Cerró de golpe la puerta del vehículo antes de que yo pudiera escuchar la respuesta.

Marlena se sentó en una caja de embalaje cerca de donde la había visto por primera vez, una especie de versión de universo paralelo de los escalones de la fachada de mi casa, y encendió su cigarro, mirando fijamente al parabrisas oscurecido. Tan pronto como la camioneta abandonó el acceso empecé a toser, con las manos sobre las rodillas, hasta que la tos normal se convirtió en tos de perro y esta en arcadas, de modo que tuve que detenerme contra la casa. Escupí un par de veces y la boca me supo a cobre, o a sangre. Sabiendo que me había evidenciado, me apresuré a salir de detrás de los arbustos y me quedé parada donde pudiera verme, en medio de ambas casas, a sólo unos pasos de donde ella había besado al hombre. Su vista seguía fija en el punto donde había estado la camioneta, como si yo no existiera.

Marlena empezó a cantar, muy quedo, una canción que no pude identificar. Su voz era tan clara y provenía de un millón de direcciones a la vez, que escucharla era sentirla en la piel. No regresé adentro hasta que terminó de cantar.

En la versión de esta historia en la que Marlena vive, la obligo a dejar de cantar, a que me diga lo que está sucediendo. La obligo, aun cuando en ese momento no somos más que desconocidas, a que me muestre lo que contiene la bolsita de plástico que retuerce entre los dedos, su delgada membrana iluminada por la luz de luna y la nieve. Es posible que la amenace, que la tome de los hombros y la sacuda, y que me niegue a irme hasta que haya confesado todo.

NUEVA YORK

La sala de lectura para adultos estaba casi vacía excepto por un par de alumnos universitarios y otra vez esa chica, desafiante y con su sucia mochila encima de la mesa —la mesa más grande de la sala, vacía salvo por ella—, como si nos retara a que le pidiéramos cambiarse de lugar. Su frente casi tocaba la madera. Cuando pasé por el mostrador de información, Alice atrajo mi mirada y después inclinó la cabeza hacia la joven de manera más que evidente. Me encogí de hombros y le hice una cara de *y qué*. ¿Y qué? La chica olía a orines y tierra, pero sólo si te acercabas. Guardaba silencio y habían pasado semanas sin que encontráramos jeringas en el basurero del baño, por lo menos.

De vuelta en mi oficina, me senté y me quité los tacones para presionar mis pies, cubiertos por medias, contra el piso debajo de mi escritorio. Mi espacio se encuentra en el pequeño rellano entre el segundo y el tercer piso de la biblioteca. Es muy reducido, con sólo el espacio suficiente para mi escritorio y para mí; la única ventana deja entrar un caleidoscopio de luz verde y azul. En los pisos superiores, la mayoría de los vidrios más pequeños son vitrales. Desde afuera, el edificio se asemeja a una iglesia, pero se construyó para llevar a cabo juicios. A principios del siglo xx se convirtió en un tribunal exclusivo para mujeres, con un área de detención en la parte posterior. La chica, y ha habido distintas versiones de ella a lo largo de los años, pertenece aquí tanto como los libros, le informé a Alice justo el otro día. Espanta a los niños, me respondió. Espanta a sus madres, la corregí, y gané, al menos por un tiempo. Jamás le doy dinero a la chica, aunque al verla siempre termino pensando en lo mucho que tengo. Claro que me recuerda a Marlena. Mi oficina está colmada de dinero. Bolsa de piel de trescientos dólares colgada del gancho en la puerta. Jeans recortados, su precio exacto olvidado, pero definitivamente no menor que ciento diez dólares. Brazaletes de plata con incrustaciones de

turquesa, regalo de Liam, probablemente cercano a los quinientos. Esa mañana me había aplicado sobre los pómulos un suero facial de setenta dólares, un concentrado de té verde y rosa mosqueta que me irritaba la nariz. Mientras crecimos, apenas tuvimos lo suficiente, pero Mamá era de gustos exquisitos y un sentido innato de lo que hacía que algo fuese bello y fino, seguramente cultivado por las horas que habíamos pasado sacudiendo adornos en las casas que ella limpiaba. Vivíamos temiendo las emergencias: una imprevista rama de árbol, que uno de los clientes de temporada de Mamá decidiera no hacer su viaje al norte para esquiar, los ruidos en el motor del auto, un dolor de muelas o alguna hernia discal. Sólo estábamos a una dificultad de distancia de Marlena y Sal, del puñado de otras familias que vivían en las casas rodantes y de estructura triangular de nuestra calle.

El aroma de mi café de hace horas provoca que el estómago me dé un vuelco y empujo la taza a la orilla del escritorio. Mi computadora emite un aviso. Elijo tocar la pantalla de mi celular e ilumino el mensaje de Sal. Es de veinticinco segundos de duración. Regrésame la llamada si quieres, dice. Estaré aquí hasta el domingo. Luego dictó los diez dígitos de su número de teléfono, incluso el uno, como la persona del pasado que era. Ya nadie deja mensajes de voz; sólo Mamá o Liam de vez en cuando, como rareza, o quizá la farmacia con un recordatorio automatizado, pero nadie más. Aparte, Sal me había enviado un correo electrónico, su ortografía y gramática perfectas, una carita sonriente junto a su nombre.

Sal. Tenía ocho o quizá nueve años la última vez que lo vi. Su cuerpo elástico parecía compuesto principalmente de extremidades, de manera que Marlena bromeaba que, de tirarlo a un pozo, rebotaría de inmediato. Afirmaba amarlo más que a sí misma, pero eso no siempre parecía cierto; pasaban días y días sin que lo viéramos, o eso recuerdo, días que debe de haber pasado encerrado en el granero a solas, viendo a los adultos entrar y salir, principalmente intoxicados, principalmente bebidos, principalmente hombres a excepción de nosotras dos, que lo tratábamos como a un juguete. En una ocasión, mientras cargaba a Sal en mis espaldas —por allí del otoño, alrededor de la época en que murió Marlena— olí su sudor, salado como el de mi hermano. Esa fue la primera vez que lo registré en mi cerebro como un niño que terminaría por crecer.

Lo conocí una de las primeras noches que pasamos en Silver Lake. El timbre de la casa sonó tres veces seguidas, de manera enloquecida, y yo me alarmé y me entusiasmé al mismo tiempo; en aquel entonces seguía a la espera de Papá. Jimmy me gritó que abriera, yo le alcé el dedo y cerré mi libro; *Apocalipsis*, de Stephen King, creo, porque era el que estaba leyendo cuando nos mudamos. Esa novela tiñó mi primera impresión de Silver Lake, lleno de árboles, buzones a medio caer y la carretera cubierta de nieve, sin un solo farol. Cuando abrí la puerta unos centímetros entró Sal como ráfaga, un chiflón flacucho del tamaño de un niño, una brizna de viento incapaz de volar. Su pijama estaba mal abotonada, de modo que un extremo colgaba por debajo del otro, y no traía abrigo. Un niño del paralelo 45, inmune al frío. Me invitó a que los visitara, parloteando acerca de su casa morada, e imaginé que ella lo había enviado. Antes de que se fuera me hiqué y lo envolví en la bufanda a cuadros de Jimmy, atándola a la altura de sus clavículas, de modo que caía por su espalda como capa. Sal se quedó parado pacientemente, con su aroma a gatito, todo pelusa y leche tibia.

Cuando marcó mi teléfono, ¿pensó en la bufanda, en nuestra casa con su caos de cajas y la tetera que chiflaba en la cocina? ¿Qué vio cuando me miró ese día, cuando todavía teníamos el potencial de no ser nada el uno para el otro? Yo sólo era una niña, una niña similar en lo general a su hermana, pero aún no me convertía en una extensión de ella. O tal vez, para él, lo único que fui alguna vez es lo que sigo siendo ahora: un apéndice de Marlena, igual que lo era él para mí. Tan pronto como terminé el nudo, empujó la puerta y salió corriendo entre la nieve apilada que dividía nuestros patios. Su casa estaba a oscuras, pero se metió en ella. A qué, sólo puedo suponerlo aún, a pesar del número de horas que pasé allí.

Le devolvería la llamada; claro que lo haría. Era menos una decisión que una aceptación. Alice tocó a la puerta de mi oficina, dos golpes fuertes que hicieron que me dolieran los oídos afectados por la resaca. Teníamos junta de personal. Sonreí y me enderecé en mi asiento, ignorando el retumbar de mi cabeza al cambiar de posición, y volví a meter los pies en los zapatos. La vieja y confiable Cat. Siempre aparezco cuando se me llama.

MICHIGAN

Unos días después de Navidad, me desperté tarde; casi a la una de la tarde, a pesar de que me había acostado antes de la medianoche. Qué lujo, ese terciopelo infinito del sueño adolescente. Ahora duermo en episodios y se me dificulta despertar; menos de ocho horas o más de tres copas de vino, y me siento agotada y confundida.

Mamá estaba sentada en el sofá, leyendo los anuncios clasificados. La casa estaba oscura y fría salvo por el sitio donde el sol de invierno entraba gracias a la ventana de la sala, un grito amarillo que me hizo entrecerrar los ojos.

—Buenos días —dijo, levantando la vista del periódico. Su cabello estaba recién trenzado y traía puestos unos jeans y un suéter blanco de su talla; puras buenas señales—. Es el año 3000 y seguimos vivos, pero la mala noticia es que los alienígenas ya oyeron el rumor de que la gente perezosa es la que mejor sabor tiene.

—Ja, ja.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que te prepare algo?

—Creo que voy a salir a caminar —¿De qué otra manera podría fumarme un cigarro? Todavía no era adicta, no en el sentido físico, pero me daba algo que hacer y yo atesoraba tener aunque fuera esa pequeña acción para afianzar mis días.

Mamá me siguió a la cocina y llenó la tetera con agua mientras yo hurgaba en la despensa y llenaba el bolsillo central de mi sudadera con paquetes de golosinas de fruta. Té y vino, vino y té: Mamá siempre bebía uno u otro.

—¿Sabes lo caros que son esos? —preguntó Mamá—. Llevamos dos cajas en una semana.

—No es mi culpa que no haya nada más que comer.

—¿Nada? Hay manzanas. Hay cereal. ¿Por qué no te preparas un huevo? También hay sopa en la despensa...

La tetera empezó a silbar y Mamá dejó de hablar. Tiene esa manera de finalizar las conversaciones. Se pone un poco peor con cada año que pasa. Durante su segunda boda le sucedió durante el brindis; Mamá, de pie en la cabecera de la larga mesa, en absoluto silencio a la mitad del discurso para explicar lo feliz que se sentía, de modo que Roger tuvo que tomar la palabra. Papá se hubiera burlado de ella, en especial por lo público de la ocasión, y ese fue el momento en que empezó a encantarme Roger, cuando atajó, sonriente, y le hizo una pregunta para encarrilarla de nuevo, abrazándola. Igual que como puede ser Liam, gentil. Pero cuando yo era niña no tenía paciencia alguna para las búsquedas frenéticas de Mamá dentro de su propia cabeza.

—Deja que te haga un sándwich —dijo finalmente e imaginé cómo, si Papá hubiera estado allí, me habría visto a los ojos, los dos participando de la broma. ¡Y estamos de regreso!, solía gritar cuando cenábamos, y daba una palmada tan fuerte sobre la mesa que sacudía los platos.

De vuelta en mi habitación, metí en mi bolso los cigarros, el encendedor de la cocina, mi teléfono, mi ejemplar de *Franny y Zooey* y las golosinas de fruta. Mamá apareció en la puerta con una bolsa de papel en la mano y cerré mi mochila con rapidez. Había perdido al menos cinco kilos desde el divorcio; las mejillas se le habían ahuecado y hacían una permanente cara de pescado. Jimmy y yo le habíamos puesto apodos nuevos —la Calaquita, la Parca, Señora Huesos—, y aunque se reía con nosotros, debe haberle dolido. Incluso en su punto de máxima delgadez era una belleza, con su tez nórdica, hoyuelos de elfo y ojos inteligentes. Yo odiaba que no me hubiera heredado ese color, un azul aguamarina único. Para una adolescente, una madre bella es una maldición especialmente dolorosa.

—¡Piensa rápido! —dijo, y me aventó la bolsa. Golpeó contra mi hombro con un sonido de papel y cayó al piso. La levanté, emitiendo un suspiro de exasperación—. No te vayas demasiado lejos. Todavía no sabemos en realidad qué hay allá afuera.

Nuestras casas colindaban con un tramo de campo abierto lo bastante grande como para que cupiera una cancha reglamentaria de soccer, la cual terminaba de manera abrupta en una línea de árboles. Justo frente al bosque había una vieja torre para escalar con un tobogán doblado. Marlena y yo nos

acostaríamos ahí cientos de veces durante el año siguiente, nuestras piernas colgadas al borde de la plataforma de madera, el humo de nuestros cigarros elevándose al cielo. Invierno, primavera, verano y otoño; colocamos una bolsa para basura sobre los tablones de madera a manera de techo cuando llovía, y nos reunimos a cualquier hora de la noche para platicar. Acerca del futuro, creo, y del pasado, de lo que queríamos y de quiénes éramos, y en especial de quiénes no éramos. En ocasiones llevábamos una armónica, además de la destartada guitarra de Marlena, y cantábamos hasta que nos ardía la garganta.

Caminé directamente hacia los pinos. Senderos que empezaban y terminaban de manera aleatoria se entrecruzaban por el campo nevado, uniéndose a unos metros detrás de nuestras casas para formar un sendero más amplio, marcado por un constante pisotear de botas. Lo seguí hasta la torre, donde me agazapé debajo del tobogán para prender un cigarro. El camino se abría un poco hacia la izquierda y desaparecía entre los árboles. Seguí adelante; el bosque se cerraba a mi alrededor. Gracias a Papá, el rey de los hechos, sabía que las desordenadas filas de árboles probablemente indicaban que el bosque había estado allí por mucho tiempo, bastante antes de que los leñadores tumbaran kilómetros de árboles de Michigan y luego volvieran a plantarlos en filas perfectas.

¿Y yo qué hacía aquí? A mi familia le había sucedido lo mismo que a muchas otras: mis padres decidieron que ya no querían estar casados. Pero eso no explicaba del todo la mudanza al norte que me había orillado, a una chica por demás estable, a gritar en mi almohada por las noches, a cercenarme el cabello con las tijeras de la cocina y a presionar una hoja de rasurar contra la parte alta de mi muslo hasta hacerlo sangrar. (Resultado: no tenía estómago para soportarlo). Cumplí quince años la primera semana de diciembre, unos días antes de irnos de Pontiac; Mamá dijo que resultaba más barato mudarse en invierno y colgó un letrero de FELIZ CUMPLEAÑOS en la sala ya vacía de todo lo que la había hecho nuestra.

Cuando mis padres se separaron, mi papá, preparador experto de pan francés, caminador de nieve y bebedor de whisky, fanático de los Detroit Red Wings, partidario de cargarte y darte vueltas, amado por mi mejor amiga Haesung, detestado por James, su hijo mayor y único varón, y adorado por

mí, no era ya el subgerente de Foodtown, como decía. Lo habían despedido cuatro meses antes, días más, días menos. De manera que cuando se iba de casa temprano por las mañanas, de lunes a viernes, no era al trabajo adonde se dirigía. Por lo que logré escuchar a escondidas, sus días consistían principalmente en actos sexuales con Becky, la barista de veintitantos años a la que seguía viendo. El divorcio no fue precisamente fantástico, pero tampoco una sorpresa.

De niña, Mamá vivió cerca de Silver Lake un par de años y recordaba esa época —repleta de playas pedregosas, pinos de copas nevadas y mástiles de botes recortados contra atardeceres melodramáticos— como la más feliz de su vida. «Necesito un cambio», dijo ese verano del divorcio, que pasó principalmente frente a la computadora, enviando mensajes a sus amigos de la preparatoria y coqueteando por venganza con hombres de todo el estado. «Todos aquí conocen absolutamente cada detalle de nuestras vidas». Jimmy me contó una vez que durante un tiempo Mamá le estuvo reenviando cinco o diez correos diarios con anuncios de casas y asuntos como ¡MIRA QUÉ BARATO! En cuanto a ese tema, mi hermano y yo estábamos de acuerdo: Mamá buscaba algo que sólo ella pudiera abandonar, ¿y qué mejor que un lugar propio? Jimmy y yo teníamos una mirada que intercambiábamos cada vez que Mamá se salía por la tangente de los asuntos hipotéticos; pensar en eso me hace extrañarlo. Mamá compró la casa de Silver Lake sin haber visto más que unas cuantas fotografías. Ni siquiera estoy segura de que ella hubiera estado preparada para esta nada, para la nieve gris, los patios regados de basura y este espesor de árboles que sentías, mientras caminabas entre ellos, casi hambrientos, como si fueran capaces de tragarte si no tenías cuidado. Para llegar a una tienda de víveres que tuviera verduras se tenía que hacer un viaje de veinte minutos en coche; para llegar a la escuela a la que yo asistiría el próximo curso escolar eran casi treinta, y se encontraba en otro pueblo totalmente distinto. Pudo haber sido bonito, y me daba cuenta de ello, esos bosques, con su sensación antigua y el aire puro y limpio, pero aquel era un lugar muy solitario.

Envolví la bufanda alrededor de mi cabeza y la jalé sobre mi frente, de modo que sólo el círculo más pequeño de mi rostro quedara expuesto, lo suficiente como para respirar y fumar. Mi garganta estaba inflamada de tanto fumar;

cada vez que tragaba, sentía una bola que se movía de mis amígdalas a mi pecho. Había caminado casi medio kilómetro después de la torre cuando noté las marcas de una motonieve que cruzaban y regresaban por el camino, haciendo ochos alrededor de los árboles. Después música, metálica y distante. Seguí el sonido hasta que pude discernir la melodía y luego la voz del locutor, tan clara como si la escuchara al otro lado de una línea telefónica. Ya no se veían tantos árboles, y adelante había un claro donde se encontraba una especie de estructura, larga, baja y oscura como un moretón. Un par de motonieves se hallaban estacionadas con la punta pegada al lado más largo, que daba hacia el bosque. Seguí la línea de los árboles, tratando de mantenerme oculta. Casi parecía un tren o parte de él; las ventanas estaban pintadas de negro salvo una de ellas, que se encontraba rota y tenía una hélice o un ventilador o algo parecido, las hojas dando vuelta lentamente. Un vagón, como aquel de la serie infantil. Se abrió una puerta en el costado y salió un hombre, que la cerró tras de sí. Me miró directamente.

—Oye —gritó, dando unos pasos hacia mí—. ¿Quién eres?

—Sólo estoy de paseo —dije, caminando hacia atrás. Tuve que levantar un poco la voz.

—Regresa acá un segundo —dijo.

Me di vuelta, sintiendo cómo me miraba, y salí de allí de inmediato. No me detuve hasta que llegué a la torre. Sudando debajo de mi abrigo, me dejé caer sobre un área relativamente libre de nieve debajo del tobogán. Esperé a que mi corazón se tranquilizara y prendí otro cigarro. Lo terminé, ya más calmada, y saqué la bolsa de papel de mi mochila. Cuando le di una mordida al sándwich, me percaté de que era de lechuga, mayonesa y jitomate terroso, porque a Mamá se le había olvidado la carne.

Al poco tiempo de haber regresado a casa, minutos después de ponerme una camiseta nueva y restregarme las manos hasta que sólo pude oler el humo si mantenía las puntas de los dedos contra la nariz, sonó el timbre de la puerta. La abrí, sacando de mi cabeza la palabra *Papá* de una patada.

—Tenía la intención de presentarme —me dijo el hombre, parado tan cerca de la entrada que era incómodo—. Aunque ahora ya nos conocemos. Vivo justo allá. Tengo una hija como de tu edad. —Tenía un acento muy ligero e

imposible de especificar, de vocales muy abiertas. De cerca era casi tan flaco como mi mamá, con algo hambriento aunque no desagradable en los ojos. Aparte de su tamaño y de las lesiones que tenía junto a la línea de su cabello, una de ellas estaba en carne viva y próxima a sangrar del lado derecho de la nariz, podría haber sido cualquier papá avejentado. No me asustó, a pesar de que me había descubierto fisgoneando en el bosque.

—Hola —le dije—. Supongo que la conozco. Y a Sal también.

—¿Sal? Es un cabroncito gracioso —respondió, como si fuésemos viejos amigos—. No hay nada que ver allá afuera, niña.

—Está bien.

—Sólo árboles y propiedad privada. —Sus ojos miraron alrededor—. ¿Sabías que el canalón se está desprendiendo? —Salí a la plataforma de madera, apenas lo bastante grande para los dos, y él señaló a donde una fila de carámbanos estaba desprendiendo el desagüe del alero del techo—. ¿Ves?

—Voy por mi mamá. —Lo dejé allí parado con su sudadera y sus jeans flojos, un niño con una cara muy vieja, y cerré la puerta de forma deliberada.

Mamá estaba en cama, enterrada bajo la cobija, con los lentes que hacían que sus ojos parecieran mirar desde el fondo de un pozo.

—¿Quién es? —dijo, dando vuelta a la página del libro de mil kilos que estaba leyendo; una de esas novelas de viajeros en el tiempo y sexo en Escocia. Yo ya las había leído todas.

—El vecino. Dice que se está cayendo el canalón.

—¿Ese flacucho que vive en el granero de al lado? —preguntó Mamá, bajando las piernas de la cama.

Ya afuera, el papá de Marlena nos acompañó alrededor de toda la casa, golpeando los carámbanos con una pala de nieve para que cayeran al piso.

—Esto se tiene que hacer cada dos semanas en esta época del año, en especial si se vive en uno de estos modelitos prefabricados —dijo—, porque pegan los canalones con chicle.

—Gracias. —Mientras se encontraba de espaldas a ella, dándole golpes al hielo, Mamá me dio un codazo y elevó los ojos al cielo. *Este tipo*, articuló en silencio, *cree que lo sabe todo*. Una docena de pequeños témpanos se estrellaron contra el piso y él volteó a verla en busca de aprobación, recargado contra la pala y vergonzosamente falto de aliento—. No tenía idea —dijo ella.

—Un día más y se hubieran despegado por completo.

—Ya veo.

—Podría encargarme de eso, si quiere, cuando haga lo mismo en mi casa; no me costaría nada.

—No se preocupe —dijo Mamá. Yo no había dicho nada en todo ese tiempo, en guardia, supongo, o quizá solamente curiosa—. ¿Me creará que tengo un hijo ya crecido? Me parece que este es un buen trabajo para él.

—No me diga —dijo el papá de Marlena, su rostro completa e inexplicablemente enrojecido—. No puede tener más de veinticinco años, en mi opinión.

Como adolescente, el efecto que Mamá tenía sobre los hombres solía enfurecerme, sobre todo en aquel entonces, antes de que yo tuviera relaciones sexuales. Resentía también que me fallara en ese sentido, al no darme esa cualidad, su encanto, su forma de hacer que incluso sus lentes de fondo de botella se vieran ñoños pero elegantes. ¿Esta es tu hija?, le preguntaban siempre que me presentaba, como si me la hubiera robado, como si la obligara a decir que era suya. ¿Esto? Los dejé solos.

Estaba en mi recámara, leyendo el libro de Mamá en el sitio exacto donde la había dejado ella, cuando Marlena abrió la puerta. Hubo un instante de molestia; sin importar qué tanto quería que nos hiciéramos amigas, odiaba que interrumpieran mi lectura.

—Tu mamá me dijo que estarías aquí. Mi papá anda como enloquecido. Ahora está limpiando la nieve frente a la cochera. Creo que trata de ser encantador.

—Me di cuenta.

—Este lugar parece una celda —declaró Marlena, rascándose el cuello. Traía puesta una camisa de hombre encima de una camiseta con el cuello recortado que, al igual que la otra que le había visto, le llegaba hasta las clavículas.

Mi habitación constaba de un colchón en el piso, una caja que hacía las veces de cesto de ropa sucia, una fotografía de Haesung y yo pegada con cinta junto a una foto arrancada del catálogo de Abercrombie de un modelo sin camisa, y seis cajones de plástico en filas de tres, colocados unos junto a otros, y en la esquina más cercana al clóset, dos cajas que no me había tomado el trabajo de desempacar. ¿Y qué tenían dentro? Cosas de mi vieja habitación,

un tablero de notas, mi muñeca American Girl, un par de caballos de cerámica, regalo de mi abuela y una semana completa de uniformes de mi exescuela Concord que guardaba por ninguna buena razón.

—Tengo una idea —dijo Marlena, y se marchó.

Pronto reapareció con dos latas de pintura a la mitad, una amarilla y otra azul, los colores de Michigan, y un CD de James Taylor, canciones con guitarra saturadas de humo de fogata que me recordaban a Papá. Quitamos las tapas pegadas de las latas de pintura con unas cucharas y retiramos la nata de pintura seca para llegar al interior todavía húmedo. Nos embarramos pintura en los pantalones y los brazos, ensuciándonos a propósito. Como no teníamos brochas, abrimos un paquete nuevecito de esponjas para la cocina que encontramos debajo del fregadero. Movimos todo al centro de la habitación y nos pusimos a trabajar, metiendo las esponjas en la pintura y quitando el exceso en mi caja-cesto. Cada una se apropió de una pared. Marlena cantaba mientras pintaba, armonizando con James Taylor, bajando o subiendo el tono según la canción.

—Tienes una excelente voz—le dije tímidamente.

—Tengo tono perfecto —respondió—. Solían darme todos los solos, de canciones religiosas, de pop, lo que fuera, hasta que falté a demasiados ensayos.

Después de que el CD terminara y empezara a sonar de nuevo, me uní al canto, tropezándome un poco con las letras. Nunca había tenido la confianza para seguir más que la la voz principal. Cuando empezó «Fire and Rain», Marlena habló un rato acerca de que la magia de una canción se encuentra en sus transiciones. Pausó y reprodujo las pistas en distintos momentos, pero me perdí un poco.

—Entonces, ¿qué es lo que más extrañas? —me preguntó, frunciendo el ceño ante el cometa que trataba de pintar—. ¿A tu novio? ¿A tu mejor amiga?

Desde que nos mudamos, Haesung se había comunicado conmigo un gran total de cuatro veces. Respondí a todos sus correos casi al instante, incluso el que era una cadena. Sentía conocerla a la perfección; sabía que ocultaba dulces en una caja de zapatos debajo de su cama, y que estaba secretamente enamorada del maestro de Francés. Estuve allí la primera vez que tuvo su regla, y la guíé cuando usó su primer tampón. Desde que éramos niñas,

pasamos casi cada noche de viernes en casa de una o de la otra. En los meses previos a la mudanza, a veces intenté presionarla para que probáramos algo nuevo: escabullirnos a la calle después de la medianoche para ir al 7-Eleven, rentar una película como *Ojos bien cerrados* o incluso tratar de robar un poco de la marihuana de Jimmy. Uf, Cath, decía. Qué tonta eres. O, peor aún, me preguntaba que para qué.

—A mi papá, supongo. Aunque eso me hace sentir como una traidora. ¿Puedo decir que mi escuela?

—No. Absolutamente no.

—Era una excelente escuela —dije, sorprendida por la emoción que delataba mi voz. Había insistido mucho tan sólo para que mis padres me dejaran solicitar mi entrada a Concord; ninguno de los dos había asistido a la universidad, mucho menos a una escuela privada. Cuando tuve que marcharme de allí, sentí que mi pequeña vida había terminado. Me avergüenza recordar lo tontos y exagerados que deben haberles parecido mis berrinches a Mamá y Papá; a Jimmy en especial. Me rendí, y Mamá usó la colegiatura que le regresaron para cubrir parte de los costos de la mudanza.

—¡Entonces no sólo eres una *nerd*! Eres un genio.

—No es eso; es sólo que mi vida era una cosa y ahora es totalmente distinta.

—Te entiendo. Es como cuando te regalan un cachorro de reemplazo después de que atropellan a tu viejo perro.

—Ajá, y el reemplazo no tiene piernas.

—Y en lugar de ojitos de cachorro tiene como pedazos de carbón.

—O ni siquiera tiene cara, sólo una sensación profunda e inevitable de espantosa tristeza cuando tienes que verlo.

—¡Horror! Yo conozco a gente con ese tipo de cara. Mi novio justo la pone cuando le digo que no quiero coger. Literalmente hace... —Y sacó la lengua y bizqueó hasta que, al fin, me reí.

Después de que el CD de James Taylor se reiniciara por tercera vez, me preguntó si tenía algo de beber. En la cocina pasé mucho tiempo tratando de decidir si llevarle un vaso de jugo de naranja o de agua simple. Elegí agua con un par de cubos de hielo. No había visto la casita de plata en miniatura, una especie de prendedor sujeto a su camiseta, pero noté cuando la presionó con el meñique para abrirla, teniendo cuidado de atrapar la pastilla azulada que

salió de su interior. Metió la pastilla en su boca y la chupó como por un minuto, creo, antes de hacerla polvo con los dientes. Después tomó un sorbo de agua, con la cara que uno hace cuando algo es amargo.

—¿Qué fue eso?

—Qué metiche eres.

—¿Qué era?

—Me dan dolores de cabeza.

—Ah —dije. Era raro, desde luego, pero no más que la hilera de tres corazones pintados con marcador en el dorso de su mano derecha o que su rímel fuera ligeramente azulado o que su prendedor de viejita en forma de casa fuera más bonito, incluso en miniatura, que todas las casas de Silver Lake. Se acabó el agua y se metió uno de los hielos a la boca. Después me mandó a traer unas tijeras.

Cuando las llevé, Marlena cortó en forma de corazón una de las esponjas. Afuera de mi ventana, el sol se estaba poniendo. Quizá se quedaría a cenar. Tal vez se quedaría a dormir. Prendí la luz del techo para que pudiéramos ver lo que hacíamos. Cortó las últimas tres esponjas para formar las letras de mi nombre, un C-A-T algo torcido. En un plato hondo mezcló un poco de la pintura azul y un poco de la amarilla para hacer un verde Pascua. Mojó los dedos en él y escribió «dulces verdes y azules son los colores que elijo» con letra de ratón a lo largo del friso. En mi pared yo no había pintado nada más que cuadros azules y amarillos alternados, como si estuviese decorando el dormitorio de un entusiasmado estudiante de primer año de la Universidad de Michigan, pero en la suya... corazones amarillos, mi nombre aquí y allá en azul, letras de canciones en tonalidades diversas de verde escritas en sentido horizontal, vertical e incluso en diagonal, pequeños mensajes secretos, tantos que en los meses por venir yo habría de descubrir fragmentos nuevos todo el tiempo.

Cuando vi lo que había hecho, me sentí avergonzada de mi diseño geométrico de molde para galletas, de modo que en un punto en blanco de la pared, por debajo de la ventana, traté de hacer algo distinto. Después de un largo tiempo en que lo miré fijamente sin que se me ocurriera nada bueno, simplemente terminé por pintar espirales azules y amarillas hasta que cubrí todo el desastre con una capa de azul sólido; se asomaba un verde enfermizo

donde había estado la pintura amarilla. Durante el tiempo que viví allí, siempre que veía ese punto sentía un dolor agudo y particular.

Supongo que Jimmy llevaba tiempo parado en la puerta antes de que lo notáramos; otra vez estábamos cantando, y fuerte.

—Eres muy talentosa —dijo, bloqueando la totalidad del pasillo, grande como un hombre crecido, y por un segundo pensé que me hablaba a mí.

—Gracias —dijo Marlena, y de manera automática peinó su cabello con los dedos, pintando su rubio de un amarillo más profundo. Eso también me sorprendió, la gracia con que aceptó el cumplido. Los niños ricos jamás alardeaban; los alumnos de Concord siempre hablaban de sus logros con una especie de vergüenza diluida, falsa o no, de modo que yo hacía lo mismo. ¿No era de mala educación no hacer de lado los halagos, en especial si provenían de algún chico? ¿No era poco modesto, poco atractivo o poco femenino de una manera u otra?—. ¿Quieres oír lo alto que puedo cantar? —Pausó el CD, y dejó una mancha de pintura en el botón.

—Seguro —dijo Jimmy.

Ella levantó el pecho y formó una «O» perfecta con los labios, las cejas levantadas, las mejillas ahuecadas, y lo que salió fue un sonido que era como una aguja, tan alto que reorganizaba todas tus células y te ponía la piel de gallina. Audible desde el futuro, donde sigue persiguiéndome. Cuando se detuvo, todos nos quedamos en silencio unos segundos, pero el sonido seguía en la habitación como si hubiese creado algo real con su voz y lo hubiera puesto en libertad.

—Eso fue asombroso —dijo Jimmy, aplaudiendo.

Jamás he creído en el concepto del testigo casual. El acto de observar algo cambia lo que sucede. Sólo porque no toques nada no significa que estés libre de responsabilidad. Quizá exista la tentación de exculparme por el hecho de tener quince años, estar en una situación que me superaba, por no entender, todavía, la manera en que las elecciones más mínimas tienen un efecto dominó, hasta que llegas irremediabilmente a la adultez, la persona que siempre habrás de ser. O, en el caso de Marlena, la persona que jamás tendrás la oportunidad de ser. Al mundo no le importa que sólo seas una niña.

Que quede constancia de que yo era más inteligente de lo que parecía. Y, de

cualquier modo, quise tocar.

Los autos empezaron a llegar alrededor de las diez esa última mañana del año. Primero se estacionaron en el patio frente al granero de los Joyner, abriéndose paso entre la nieve. Después de llenar el patio delantero, se estacionó a todo lo largo de la calle frente a las dos casas, una caravana de camionetas. Por allí del anochecer, mientras Mamá y yo alineábamos salchichas de coctel cubiertas de masa en filas de pulgares envueltos sobre la charola para hornear, una camioneta cuadrada aceleró por el camino y serpenteó sobre el pavimento antes de detenerse justo detrás del último vehículo. Mamá metió con cuidado la charola al horno, sacudiendo la cabeza.

—Mira eso —dijo, señalando la «S» que habían dejado las llantas de la camioneta sobre la fina capa de nieve que cubría la calle—. Esos chicos van a matar a alguien. —El más guapo de los dos chicos que había visto pasando el rato en casa de Marlena saltó del lado del conductor, mientras su amigo lleno de granos sacaba una bolsa de lona del asiento trasero. Se abrieron paso hacia el granero mientras jugaban; el guapo atacaba al otro con puñados de nieve.

Mamá, Jimmy y yo aún no nos acostumbrábamos a las fiestas sin Papá, incluso después de nuestra deprimente Navidad. En lugar de una cena formal, nos atascamos de incontables salchichas cubiertas y tres latas de aceitunas negras porque, como expresó Mamá, «podíamos». Para la noche, Mamá y Jimmy se habían pasado de festivos a disparatados. Se reían demasiado fuerte, se interrumpían y tomaban decisiones cada vez más estúpidas en el juego de cartas, de modo que yo ganaba una y otra vez.

—Tú —dijo Mamá— eres la campeona máxima.

Se inclinó sobre la mesa y trató de equilibrar una aceituna sobre mi diadema. Sus ojos estaban surcados de venas enrojecidas. La aceituna cayó en mi regazo y rebotó en la alfombra.

—Jamás he creído en un bicho que no pueda ver —dijo Jimmy mientras levantaba la aceituna, se aseguró de que estuviera libre de basura, y se la metió en la boca.

Desde mucho antes del atardecer, el sonido de los bajos hacía vibrar los cimientos de nuestro modular, conectando a nuestra casa con la de los Joyner. La vibración siguió hasta que el reloj dio las doce. La bola se deslizó hacia

abajo frente a la multitud en Times Square. El año anterior, cuando dije que me fascinaría verlo en persona, Papá me echó una de sus miradas de *No eres hija mía*. Eso que ves allí, la celebración de Año Nuevo en Nueva York, es el infierno, dijo. ¿Ves a toda esa gente? Cada una de ellos tiene que mear y no hay dónde hacerlo. En mi primer Año Nuevo en Nueva York me habría de parar en la escalera de incendios para escuchar los gritos de ocho millones de personas que deseaban ser felices justo en el mismo momento, y pensaría en lo equivocado que había estado acerca de eso también. Recuerdo haberme preguntado si todos estamos condenados a tener las mismas discusiones con las mismas personas por los siglos de los siglos, sin importar lo ajenos a nuestras vidas que estén. Feliz Año Nuevo, les susurré a los taxis de la calle, al maldito Empire State, lo suficientemente ebria para apretar las manos de Marlena y de Papá, como si estuvieran allí conmigo. ¿Por qué dicen que los fantasmas son fríos? Los míos son cálidos, un aliento que humedece tu mejilla, una voz justo cuando pensaste que estabas solo.

—¡Feliz Año Nuevo! —gritaron Mamá y Jimmy, golpeando sus ollas.

—¡Feliz Año Nuevo! —dije, dos segundos demasiado tarde. Golpeé la base de mi olla con la palma de la mano. En lugar de mi habitual sensación de Año Nuevo, esa burbuja que se llenaba en mi corazón, sentí lo contrario; una contracción, un estallido seguido de un descenso, como uno de los globos de Times Square bajando hasta la banqueta antes de quedar pisoteado.

—Voy a salir a ver a qué sabe el aire del año nuevo —dije.

—Damas y caballeros —dijo Jimmy—. Parece que no ha ocurrido milagro alguno esta noche. Los viejos siguen siendo viejos, los enfermos siguen enfermos y la loca de mi hermana sigue siendo una total y completa perdedora desquiciada.

—Oye —replicó Mamá.

Afuera, la música de los Joyner era aún más estridente; rock clásico teñido de un poco de country, algún cantante masculino que Papá hubiera reconocido. A través de los tablones del establo se vislumbraban luces que parpadeaban en sintonía con la música. ¿Quién abriría la puerta si caminaba hasta allí y tocaba? De alguna manera me sentía preocupada por Marlena. Sin pensarlo mucho me dirigí hacia el camino, a la fila de autos estacionados. Prendería un cigarro demasiado lejos como para que me vieran Jimmy y

Mamá desde la ventana, si por pura casualidad alguno de los dos se mantenía lo suficientemente coherente para preguntarse dónde había ido yo. Me recargué contra la camioneta que había visto conducir a los dos chicos y prendí uno de los cigarros, disfrutando la pequeña y ladina emoción que me despertaba regodearme en este nuevo mal hábito. En cinco años, fumar sería equivalente a vestirme. Recargué la cabeza contra la ventana y exhalé.

Algo golpeó el vidrio tras de mí y chocó la base de mi cráneo contra la camioneta.

—¡Qué demonios...! —exclamé, y el golpe se repitió dos veces, la palma de una mano contra la ventana. La puerta corrediza se abrió y Marlena me sonrió de oreja a oreja debajo de la luz automática; una nube de humo oloroso se arremolinaba a su alrededor. Los chicos estaban con ella. La mano del guapo se hallaba acurrucada debajo de la rodilla desnuda de Marlena y el que estaba cubierto de acné estaba sentado al frente, en el asiento del copiloto, con la cabeza recargada hacia atrás. Las mejillas me dolían sólo de verlo.

—¿Jamás te da frío? —pregunté.

—Realmente no. Soy como un vampiro. Pero podría ser, si te quedas allí parada con la puerta abierta. Sube. —Se recorrió en el asiento, hacia una especie de cueva que el cuerpo del chico formó para que yo cupiera. Subí y cerré la puerta tras de mí, pensando brevemente en Haesung, en lo mucho que odiaría lo que yo estaba haciendo, en cómo ella jamás se hubiera subido a la camioneta. La luz se apagó—. Greg, esta acechadora es Cat. Vive en esa casita de jengibre de allá. Cat, este es Greg —Marlena señaló al frente y el perfil del chico asintió—, este es Ryder —le dio un sonoro beso en la mejilla—; todos estamos más que estupendamente pasados y estoy cien por ciento segura de que Ryder está totalmente inconsciente para estos momentos. —Le dio un golpecito a su oreja, y en cámara lenta él trató de alejar su mano—. ¿Ves? —Aunque me había llamado acechadora, su voz era amistosa.

—¿Gusto en conocerlos?

Ryder se rio y mi piel enrojeció al instante.

—Entonces dime, porque lo he pensado y literalmente no tiene nada de sentido para mí. ¿Por qué carajos se mudaron *aquí*? Nadie se muda aquí. La gente nace aquí y muere aquí. Hay quien pasa por aquí, supongo, pero la mayoría de las veces ni siquiera eso.

—Ram se mudó aquí —dijo Greg.

—El papá de Ram fue algo así como el pionero original de aquí —repuso Marlena—, no cuenta.

—Mi mamá está loca —respondí. Lo dije más rápido de lo que hubiera querido, y me di cuenta de que lo pensaba en términos generales. Mamá había usado la misma playera sin mangas y sin sostén, durante cuatro días. No tenía trabajo ni un solo amigo, y en ocasiones me la topaba en la sala mirando al vacío o incluso, de forma espeluznante, haciéndose preguntas en voz alta.

—Debe de estarlo. La mamá de Ryder también está loca, si eso te hace sentir mejor. La de Greg está muerta. Y la mía está desaparecida, presumiblemente muerta, y si no lo está, sin duda está loca.

Marlena se rio y Greg igual, un poco. Me permití hacerlo también.

—Vaya, ¿lo siento, supongo?

—Tú no las mataste, y de todos modos somos nosotros los que deberíamos compadecerte. Te acabas de mudar a *Silver Lake*.

—Y a todo esto, ¿dónde está el lago?

—El lago al que se puede atribuir el nombre de este lugar se llama, de hecho, Silver Lake —aclaró Greg—. Está a poco más de un kilómetro después del letrero y es uno de los muchos lagos internos del lago Michigan. Pero tampoco es de los más agraciados. Muchas algas, mejillones cebra, etc. —Pronunció el etc. una letra a la vez, arrastrando cada una. E. Te. Ce.

—Gracias, profesor —añadió Marlena—. Además, no deberías caminar descalza sobre la arena por aquello de las agujas, de modo que, ajá. Como te lo dije: bienvenida.

—O sea que, básicamente, no vale la pena visitarlo.

—A veces nos paseamos por allí —dijo Greg—, a pesar de sus defectos. Es nuestro terruño y demás.

—No el mío —terció Ryder; su voz ascendía desde las profundidades.

—Ryder y su mamá viven en Kewaunee —dijo Marlena—. Solían vivir en esa casa rodante al final de la calle, ¿la que tiene la cara sonriente? Pero ascendió en la vida. —Kewaunee era el siguiente pueblo verdadero, sobre la bahía, donde estaban las escuelas, el pintoresco centro, el Walmart y el cine y el único restaurante chino en cien kilómetros. Además de Marlena, Greg y yo,

Silver Lake consistía en una estación de gasolina, un criadero de truchas, una iglesia y una tienda de artículos eróticos.

—¡Marlena! —gritó una voz desde afuera, amenazante aun a la distancia.

—Apresúrate, por favor, es hora —dijo Greg con un falso acento británico.

—Dios, no es posible. Si te quedas callado quizá no me encuentre. Ryder, apaga tu cigarro, que va a ver la brasa. —Se hundió en el asiento de atrás y yo la imité.

—Acosador —dijo Greg.

—Marlena, tu padre te está llamando, ¿me oyes? Sal está gimoteando —vociferó el hombre, más cerca.

—Mentiroso —susurró Marlena—. Le puse medio Dramamine en la leche. Está dormidísimo.

—¿Drogaste a tu hermano?

—No lo digas así. Lo leí en un blog para padres. Además, ¿qué se supone que debería hacer? ¿Arriesgarlo a que se tope con un montón de gente totalmente pasada a media sala como el año pasado? En serio —dijo, suspirando de manera dramática—, lo único bueno de que mi papá tenga el cerebro hecho pomada por esa porquería es que jamás, ni en un millón de años, por lo que me quede de vida, tocaré esa mierda.

—Ajá, pero porque te dedicas a tocar a Ryder —dijo Greg, y Marlena estiró el brazo entre los asientos para jalarle el pelo hasta que lo hizo gritar.

Pasados, sabía yo, tenía algo que ver con drogas, aunque no podría haber dicho cuáles. Era una quinceañera bastante cándida. Mis conocimientos acerca de las drogas provenían de los folletos que repartían en la escuela y películas para la televisión con finales moralistas. Las circunstancias de la vida de Marlena me asustan más ahora, en retrospectiva, de lo que jamás lo hicieron en ese entonces. Dejé que preocupaciones más inmediatas se superpusieran al peligro: el delicado entramado de la conexión entre ellos, y la envidia que me despertaba; la manera en que sabían los cigarros y cómo ardían en la oscuridad. La forma en que, cuando hacía algo que me ponía nerviosa, me veía recompensada por un disparo de adrenalina que esfumaba mi timidez y me anclaba al momento. Aun ahora sigo persiguiendo esa sensación. En ocasiones puedo capturarla, aunque en una versión diluida, durante la hora feliz; vive cerca del fondo del segundo trago.

—Y así termina mi Año Nuevo —dijo Marlena, bajándose el entallado vestido negro para que no siguiera subiendo por sus muslos. A través del parabrisas pude ver al hombre a dos autos de distancia, asomándose por los cristales. En un minuto más llegaría al nuestro. Sin pensarlo, accioné la manija y salté del vehículo, cerrando la puerta tras de mí.

—¡Hey! —grité, caminando a paso veloz para interceptarlo antes de que llegara a la camioneta—. ¿Buscas a Marlena?

—¿Y tú quién eres? —dijo. Traía puesta una sudadera con las mangas enroscadas alrededor de los antebrazos, de forma que se alcanzaban a ver sus tatuajes. Este es Bolt, el tipo de la camioneta, pensé, el tipo *no me toques*, el tipo que la había dejado en su patio delantero como un cascarón vacío.

—Cat. Amiga de Marlena.

—Muy bien, Cat, amiga de Marlena. ¿Dónde se metió ella?

—Salió a caminar con Ryder hace, no sé, algunos minutos. Yo estaba en la camioneta llamando a mi papá —mentí, agradecida, por una vez, por mi aspecto insignificante. En el brillo lunar que despide Michigan por las noches, cuando no hay nada más que nieve y estrellas, alcancé a advertir un enojado surco en el entrecejo de Bolt.

—¿Por allá? —Hizo un movimiento hacia el letrero que indicaba el camino al lago.

—No. Por aquel lado. Donde termina la fila de coches.

—Si la ves, dile que ya es tiempo de que entre.

—Claro.

El tipo empezó a caminar en la dirección que le había señalado y estuve a punto de bajar el codo en un pequeño gesto de triunfo, como la ñoña que todavía era. «¡Feliz Año Nuevo!», grité tras él. En lugar de volver a la camioneta, fui directamente hacia la casa, masticando una sonrisa y sintiendo tres pares de ojos que me seguían. Suficiente Cat por una noche. No quise abusar de mi suerte.

De vuelta en casa, Jimmy estaba aún más ebrio que Mamá: sus párpados lucían tan pesados que decir que estaba despierto no sería más que un tecnicismo. Aunque Jimmy apenas tenía dieciocho años, Mamá había dejado de fingir que no sabía que bebía y todo lo demás desde que nos mudamos a Silver Lake. Afirmó que cualquier adulto que pagara su renta tenía derecho a

beber una cerveza y que era constitucionalmente injusto que un estadounidense pudiera morir por su país antes de tomar una copa con su cena. Pero en realidad se lo permitía porque no quería beber sola.

Mamá se había quedado dormida en la silla de la computadora, la barbilla contra el pecho y una mancha de salsa de jitomate con forma de signo de exclamación sobre el frente de su camiseta, una de las de Papá. Finalicé la sesión de su perfil de citas en línea y cerré el navegador. Pasé los dedos por su cabello hasta que recobró el conocimiento y la ayudé a ir a su recámara. «Tu papá puede lavar los platos», masculló, creo, con un brazo alrededor de mi cintura. Se acurrucó encima de la colcha y tuve que enderezarle las piernas para quitarle los jeans, tan flojos que ni siquiera necesité desabotonarlos. Llené un vaso con agua y lo coloqué sobre la mesa de noche, junto a un par de pastillas de Tylenol. Jimmy roncaba desde el sofá; podía quedarse allí el resto de la noche. Había mucho que quería preguntarle: acerca de Marlena y de estar pasado, o mejor aún, dónde creía que se encontraba Papá en ese momento y si lo imaginaba como yo, celebrando con Becky sin pensar en nosotros en absoluto.

Hasta que Marlena descendió como un ovni, Mamá y Jimmy eran lo único que tenía. Si no llamaba a Haesung o a Papá, y únicamente me limitaba a responder preguntas directas, estaba bastante segura de que podía pasar el día entero sin decir más de diez palabras. Como propósito de Año Nuevo, decidí intentarlo.

Antes de irme a la cama, reacomodé las letras magnéticas en la puerta del refrigerador. *¡Feliz nuevo fam!*, escribí. No teníamos más letras.

No mucho tiempo después, Jimmy anunció que había conseguido trabajo en una fábrica de plásticos. Tomó dos rebanadas de albondigón y las colocó en una torre sobre su plato.

—¿Pagan bien? —preguntó Mamá.

—Doce dólares la hora —respondió Jimmy.

—Mejor de lo que me hubiera imaginado. —Por su cara, pude ver que empezaba a contar en silencio.

—Muy bien —dije, apachurrando una zanahoria contra un derrumbe de carne—. A ver si entiendo. Aparte de la evidente locura de diferir una beca

para estudiar en la Universidad Estatal de Michigan y mudarte a Silver Lake con nosotras, ahora lograste conseguir un empleo en una fábrica de plásticos. ¿Una fábrica donde la gente produce plásticos?

—El plástico se hace en las fábricas de plásticos, en efecto —dijo Jimmy.

—Gracias por aclarármelo. ¡Felicidades, Jimbo! Acabas de empezar tu espiral descendente para convertirte en un perdedor sin futuro que se alimenta de mota tres veces al día. Tal vez puedas usar algo del plástico que fabriques para guardar tu marihuana.

—¿Sabes qué? —dijo Jimmy antes de que Mamá pudiera intervenir—. Te estás convirtiendo en una perrita clasista. Gracias a Dios que te alejamos de Concord antes de que te transformara en algo peor.

—¡Mamá! —Si Jimmy hubiera pronunciado la palabra *perra* en la mesa frente a Papá, se habría ganado un manotazo. Mamá simplemente se quedó sentada, mirando sus zanahorias.

—Lo siento —dijo Jimmy—, pero te digo una cosa, Cat: no voy a permitir que alguien que ni siquiera tiene edad para manejar me juzgue por mis decisiones de vida.

Aplasté mi albondigón hasta convertirlo en una masa de carne. Unos años antes, Jimmy y yo habíamos visto un documental acerca de las fábricas estadounidenses. Las personas perdían manos y ojos; se detenían para rascarse la frente y treinta segundos después caían en tinas llenas de agua hirviente. El documental estaba colmado de recuentos reales de accidente, tras accidente, tras accidente. A todos los entrevistados les faltaba algo: un trozo de ceja, el segmento superior de los dedos índice y medio, brazos completos.

Jimmy nos contó que vio un anuncio de «SE SOLICITA» en la ventana y cómo el gerente lo había observado de pies a cabeza para preguntarle si se consideraba una persona nocturna. En efecto, Jimmy era una persona nocturna, y eso fue todo. Nos modeló su uniforme color caqui y sus gafas de protección, y después nos mostró unas vaporosas mangas de tubo que, se suponía, debía usar en los brazos para evitar quemaduras. Trabajaría cuatro días a la semana, en ocasiones desde la medianoche hasta las seis de la mañana. Nos describió sus obligaciones a detalle pero en adelante, cuando lo imaginara en el trabajo, lo vería de pie en una habitación luminosa,

recogiendo trozos de plástico del tamaño de una uña para colocarlos sobre una cinta transportadora.

—Es como una novela de Huxley —dijo. Eso me mató. No era como una novela de Huxley. Era como trabajar en una fábrica de plásticos.

—Bueno —dijo Mamá—. Está bien experimentar cosas nuevas. —Sus ojos estaban bien abiertos, con una expresión como maravillada. Se sirvió otra copa de vino y nos dejó los trastes a Jimmy y a mí para que los recogiéramos.

Al día siguiente, ocho palabras.

Sí, no, no; no, gracias; noches, Mamá; noches.

A menudo, el teléfono de Marlena estaba muerto o no tenía saldo, de modo que era difícil comunicarse con ella; una cualidad que sólo se añadía a su magia. Supuse que actuaba distante porque las clases estaban a punto de comenzar. Ella era genial. Debía de serlo por cómo se veía, por cómo cantaba, por Ryder, por la facilidad con que lo llamaba *su novio*. La escuela de Kewaunee se agazapaba sobre el horizonte como una bestia alada y colmada de dientes.

—Mamá, lo que pasa es que esta ha sido una época muy difícil. A los chicos que sufren los efectos de un divorcio se les deben presentar los cambios ajenos a la situación familiar de manera muy, pero muy gradual. Eso es lo que dice todo el mundo. Todos los expertos —estaba citando, casi palabra por palabra, una respuesta anónima en un tablero de mensajes a un comentario de corazóndeconejito_2109 (*ayuda, mis padres acaban de divorciarse y el coche de mi novio apachurró a mi gato :(*), una persona de lo más desafortunada.

—Fascinante. ¿Sabes qué me hace pensar? —Roció con cloro la superficie alrededor del fregadero. Su bata tenía el cuello abierto; no estaba bien cerrada. Alcanzaba a ver las copas grisáceas del sostén que llevaba días usando. Por un momento, me inundó el deseo de golpearla—. Te daré una pista. Es una canción de los Rolling Stones.

—¿«Satisfaction»? ¿«Brown Sugar»?

—*You can't always get what you wa-ant* —cantó. ¿Cómo podría explicárselo? Ella se había casado tras abandonar sus estudios universitarios.

Pero yo había asistido a Concord. ¿Cómo podía pasar de esos edificios cubiertos de hiedra, de la cafetería donde los alumnos discutían acerca de Nietzsche y pagaban sus cafés con tarjetas de crédito propias, a la escuela de Kewaunee; de un futuro que parecía ilimitado (aunque yo fuera incapaz de imaginar una sola cosa al respecto) a uno más bien como el de Mamá, con bebés y un marido, con una cocina que cada noche se iba ensombreciendo de la misma manera, con una alfombra perpetuamente necesitada de limpieza? Realmente era una esnob de lo peor.

Traté de reclutar a Jimmy para que me ayudara. Él podría explicarle que tenía la motivación suficiente para educarme en casa prácticamente sola; podría recordarle a Mamá la vez que creé una serie de tarjetas para su clase de Español, con un código de colores para cada conjugación, y cómo en dos horas había aprendido lo suficiente en el proceso para interrogarlo sin siquiera consultarlas. Golpeé a la puerta de su recámara. Le tomó un largo minuto abrirla. Apenas unos días en su nuevo trabajo y sus ojos ya parecían hundirse en su rostro, como si alguien los hubiera presionado al interior de su cabeza con los pulgares.

—En caso de que no lo sepas, intento dormir —dijo—. Estoy seguro de que habrás oído el concepto.

—No puedo ir allá —le dije—. A ti te hará caso.

—Eres una imbécil —dijo, y cerró la puerta en mi cara.

Papá era el siguiente. Me paré en el porche. Hacía tanto frío que el aire tenía un aroma que me recordó cómo era sostener la respiración debajo del agua. Una sombra cruzó por las ventanas del granero; demasiado grande para ser Marlena o cualquiera de sus hermanos. Quizá era su papá. No se me ocurrió entonces, ni por mucho tiempo, preguntarme cómo se sentiría realmente Marlena en relación con su madre. Estaba tan centrada en la desaparición de mi padre que no me había percatado de que la pérdida de una madre podría ser peor.

Saqué mi teléfono del bolsillo y marqué el número de Papá. La línea cantó «Country Roads» en mi oído; Papá había descifrado cómo cambiar el tono de llamada a música. Era buenísimo para las cosas inútiles. La canción llegó casi a la mitad antes de que contestara.

—Papá —dijo—. Déjame regresar a la casa. —La sombra en la ventana de

los Joyner desapareció. No le rogaría.

—Hola, nena —dijo, su voz tan cercana, tan suya, que por primera vez pensé en lo que un teléfono realmente hace—. ¿A qué te refieres? Ya estás en casa.

Una noche antes del inicio de clases, me esmeré en cortar el cuello de cada una de mis camisetas. Me puse una —totalmente blanca excepto por las letras C-O-N-C-O-R-D en rojo al frente— y me paré frente al estrecho espejo que colgaba de un gancho de plástico sobre la puerta de mi clóset. Ahora la camiseta se deslizaba para dejar mis hombros al descubierto si me inclinaba hacia un lado levantando la cadera, y se abría hacia mi escote si me inclinaba hacia adelante, aunque fuera un poco. Se veía bien; mejor. Más sexy y más ruda al mismo tiempo. Recogí los cuellos restantes y los hice bola dentro de un calcetín sin pareja que escondí al fondo de uno de los cajones de plástico.

NUEVA YORK

Como siempre, la sala de conferencias era un horno. Uno tras otro dimos nuestros informes semanales. Yo hablé acerca del aumento de seguidores que tuvimos en nuestras plataformas desde que mi pasante publicó la animación de un conejito adormilado que se caía de frente sobre un libro abierto; reporté que las invitaciones a la gala se entregarían el viernes. Nadie me preguntó por qué las enviaba tan tarde. Yo administro las comunicaciones de nuestra sede; una buena cantidad de redacción publicitaria y planeación de eventos, almuerzos y reuniones, además de la estrategia de redes sociales. Detalles y personas. «Se acerca bastante a ser una escritora, ¿no? ¿Trabajar en una biblioteca?», dijo Liam en una de nuestras primeras citas. Acababa de obtener el empleo después de años de jornadas de dieciséis horas, pasantías, trabajos voluntarios y generación de contactos, todo exprimido entre turnos como mesera y noches detrás de una barra. No lo dijo con mala intención. El celular vibró en el bolsillo de mi saco y lo saqué a escondidas debajo de la mesa como adolescente universitaria, esperando que fuera algo de Sal.

Liam, preguntando cuándo llegaría a casa.

¿Qué quería saber Sal? Se me dificultaba determinar con exactitud dónde terminaba un recuerdo y dónde se iniciaba uno nuevo. El tatuaje que Marlena quería hacerse en la parte interna de la muñeca, la palabra *azul*, su color favorito, su disco favorito, un puente sobre sus delicadas venas azules, se convirtió en el color de las paredes del viejo departamento de Liam. El tatuaje que yo misma me hice —*sí*, una sola palabra, como hubiera sido el de ella— a los treinta años para celebrar un año de sobriedad que no duró mucho más que eso. Sí, porque necesitaba un recordatorio físico para decirle *sí* a la persona que quiero ser, no a la que soy en términos generales. Ahora mi talón dice *sí* por ninguna razón en particular.

Fue la única vez que puse una aguja contra mi piel de manera voluntaria, al

menos fuera del consultorio de un médico. Eso no se lo diré a Sal. Gracias a Dios, en ese entonces era demasiado chico para recordar mucho. Como cuando estábamos juntas Marlena y yo, cuando nos acompañaba, en el cine o en el patio, dando vueltas en el auto de Ryder, ella estaba siempre drogada y yo generalmente ebria, y si las dos estábamos bebidas, yo lo estaba más.

Nuestro último 4 de julio Marlena se trenzó un mechón de cabello, delgado como un dedo meñique, y se lo dejó hasta Halloween. Le quité la liga y traté de separar los mechones pero estaban pegados con arena y sal y humo y grasa, eran los momentos que conformaron nuestro verano, enredados como una rasta. He oído que el cabello retiene una huella de todo lo que hayas ingerido desde que empezó a crecer. En ese sentido, cada hebra es como un fósil. Empapamos la trenza con acondicionador pero no pudimos deshacerla. Finalmente se la corté, al nivel del cuero cabelludo, donde quedó un gracioso mechón picudo. Pienso que, quizá, eso se lo podría contar a Sal.

Jamás lo imaginé crecido y ahora lo está. Se veía exactamente igual a ella de niña; su pelo era más corto pero no por mucho —solía llevarlo más largo que la mayoría de los niños y le llegaba a los hombros—. Sus uñas estaban perpetuamente asquerosas, los dedos pegajosos de jugo y de quién sabe qué más. No siempre me gustaba cuando me tomaba de la mano, aunque generalmente dejaba que lo hiciera. El invierno en que nos conocimos, uno de sus juegos era saltar sobre un montón de nieve desde el cofre de un auto descompuesto que estaba en su patio delantero. Gritaba al lanzar su cuerpo hacia el espacio, los brazos abiertos, que hacía girar atravesando el aire. ¡Ay!, gritaba al aterrizar, aturdido en cada ocasión. La fuerza de su peso apelmazó la nieve hasta que se hizo lisa, dura y casi brillante. Y sin embargo lo hacía una y otra vez, exigiendo que lo miráramos.

Alice desató su mascada y volvió a colocársela, soltando el aroma a almendras de su cabello y librando por un segundo al aire de su hedor a cebolla. Sentí por ella una oleada de afecto que persistió sólo hasta que mencionó a la chica.

—No podemos permitir que merodee por aquí —dijo Alice sentándose derecha por primera vez en una hora, dando énfasis a su indignación— día tras día, por horas. Ocupa la mitad de la mesa.

—La mayor parte del tiempo ni siquiera hay gente aquí dentro —dije, y

añadí—: Somos un recurso *público*. ¿A quién molesta? —Me pude dar cuenta de que la mayoría coincidía con Alice, pero insistí y volví a preguntar que a quién molestaba, y por mi tono de voz Alice fue la única que dijo: «A mí; me molesta a mí». No llegamos a una conclusión. Cuando salimos uno por uno de la sala de conferencias, la chica se había ido, su sitio en la mesa estaba vacío, y había tres envoltorios arrugados debajo de su silla.

De salida, me agaché junto a la silla. Recogí los tres envoltorios —celofán retorcido de barras de chocolate— y los metí en un bolsillo de mis jeans. Apenas eran las cuatro, horas antes de lo que jamás me había marchado. No le dije a nadie que me iba.

Cuando llegué a la entrada del metro, el semáforo peatonal se puso en verde y cambié de parecer; me apresuré a atravesar la calle y seguí hasta el hotel North Park, donde hay un bar que siempre me ha gustado. A esa hora del día estaba callado; sólo había un par de ancianas platicando en una esquina de la barra. Me senté en uno de los sillones bajos junto a la ventana y me quité el abrigo. Me tomaría un trago y después llamaría a Sal. Yo, la verdad, quería que sólo intercambiáramos mensajes. La conversación sería mucho más cómoda sin la intimidad de las voces. Pero un mensaje no tendría la gravedad adecuada y, de todos modos, el trago me ayudaría.

El mesero se acercó y llevamos a cabo el ritual, intercambiando manojos de palabras. Pedí un martini. Costó catorce dólares. El mesero asintió, se llevó el menú forrado en cuero y desapareció. Las personas que pasaban afuera mantenían la cabeza baja. Rumiaban sus pensamientos privados. Me agradaban los que atravesaban la calle a toda prisa en el instante en que aparecía la mano roja, y luego se metían entre el muro lento del tránsito. Llegó el martini; el mesero lo agitó y lo sirvió. Sólo uno, seco y salado. Fragmentos de hielo flotaban en la superficie. Dos aceitunas verdes y gordas se ahogaban en un pincho de plástico. Me las comí al final, tan borrachas de ginebra que me regresaron la mordida.

MICHIGAN

La preparatoria de Kewaunee era un edificio bajo de ladrillos en medio de un maizal, y con la nieve arremolinándose alrededor me recordó uno de esos búnkeres donde los científicos vivían en la Antártida por años mientras hacían experimentos relacionados con el magnetismo de la Tierra. Jimmy me dejó afuera y me uní al embudo de estudiantes que entraban por las puertas principales. En aquel entonces creía que una corriente invisible nos atraía a Marlena y a mí. Esa mañana, cuando entró por la puerta como borrasca, trayendo consigo una cantidad considerable de nieve, sin abrigo, sin gorro, con sus Keds y sus jeans flojos empapados casi hasta las rodillas, sentí un asombro agradecido por la cualidad de destino de nuestra amistad, aunque el vestíbulo de la escuela seguramente era el lugar más predecible para que nos encontráramos. La primera campana había sonado diez minutos antes. Yo estaba sentada en las escaleras, sola. Matando tiempo.

—¡Hola! —dijo, recargada contra el barandal y abarcando mi campo de visión. En lugar de mochila llevaba una pequeña bolsa de tela sin otro adorno que la frase: «¡A los perros también les gustan los libros!». No parecía tener libros dentro. Sacó una cajetilla de cigarros.

—¿Se puede fumar aquí dentro? —pregunté.

—Qué idiota —respondió, colocándose un cigarro tras la oreja. Su camiseta térmica era color mostaza, y arriba de su seno derecho el prendedor que siempre usaba brilló con la luz fluorescente del vestíbulo—. Tuve *una noche*. —Tomó por la borla mi gorro tejido y lo retiró de mi cabeza, para luego dejarlo caer sobre el piso lodoso—. Eso se te ve fatal —dijo, y me pregunté si estaba sucediendo, si sería cruel conmigo ahora que estábamos en la escuela—. ¿Quieres largarte de aquí? El primer día de clases siempre es una estupidez. Se van a dedicar a no hacer nada hasta la semana siguiente.

La clase de Botánica / Ecología de Suelos había empezado hacía unos

minutos. Ya me había perdido el pase de lista en el salón que me tocaba.

—¿O sea, faltar a clases? —Una mañana de abril del día anterior había faltado a Coro con Haesung por primera y única vez. Nos reunimos en el baño más alejado del aula de ensayos y estábamos tan nerviosas que pasamos la hora entera encerradas en cubículos separados, brincando sobre los retretes si alguien abría la puerta, no fuera que nos reconociera por los pies.

—«¿O sea, faltar a clases?» —me remedó Marlena. Enredó un mechón de mi cabello alrededor de uno de sus dedos—. De verdad eres la persona más adorable que he conocido. —Su mano estaba tan fría que disminuía la temperatura del aire a su alrededor—. Tengo que sacar algo de mi casillero. Viste seguramente el estacionamiento del taller cuando entraste... Nadie va a estar allí con esta nieve. Puedes esperar en las perreras. Me tardo unos cinco minutos.

Subió a toda velocidad por las escaleras, su bolso golpeaba su cadera, y desapareció por las puertas.

Afuera, la tormenta de nieve había menguado y los copos parecían provenir de todas partes a un mismo tiempo, como la estela de una motonieve. Abrí la reja que rodeaba el estacionamiento del taller de carpintería; tenía cristales blancos pegados a las pestañas. El área estaba vacía salvo por una docena de perreras, algunas tan grandes como cobertizos, otras tan pequeñas que hubiera necesitado entrar en ellas a gatas. Clavado en el suelo cerca de la entrada, un cartel de madera con escurridas letras azules decía: «¡150 dólares! ¡Trata a tu PERRO como REY y APOYA al equipo de AMERICANO de KHS! ¡VAMOS, VIKINGOS GUERREROS!». Todas las «O» eran caritas sonrientes.

Me metí en la perrera más grande a esperar a Marlena. Adentro estaba seco y frío; había montones de nieve apilados contra las esquinas traseras, la madera cristalizada se hallaba cubierta por una capa de hielo. Toda una pared tenía la palabra PIZZA, escarbada una y otra vez en la madera. Hasta abajo, con letra diferente: JÓDETE TETAS-GORDAS. Me senté de espalda a las palabras. Me marcharía después de treinta y dos minutos exactamente, decidí. Lo que fuera que pasara en Silver Lake no sucedería aquí; era una lección que tenía que aprender. Pero diecisiete minutos después, cuando escuché pisadas que se arrastraban en la nieve de afuera y Marlena apareció en la puerta bloqueando

la entrada de luz, tuve que admitir que hasta el momento casi todo lo que había predicho acerca de ella resultó errado.

—Qué curioso que supiste cuál era la nuestra —dijo, y sentí una especie de alivio desconfiado. Había reemplazado su bolso de tela por una mochila, y por primera vez desde que la conocí, traía una chamarra de invierno decente. También se había maquillado. Sus ojos tenían delineador negro y sus mejillas brillaron cuando se colocó el cabello tras las orejas—. Ryder hizo eso. No lo de la pizza, lo de jódete.

—Pensé que quizá no vendrías.

—Tuve que conseguir algunas cosas —se quitó la mochila de la espalda—. Mis partituras, libros, todo lo demás.

—Tardaste una eternidad.

—Bueno, pero ya estoy aquí, ¿no? Tranquila.

—Okey, perdón, perdón —dije—. ¿Y ahora qué?

Extrajo una lata de Altoids del bolsillo de su chamarra y la abrió.

—Primero nos vamos a fumar esto. —Sacó un porro, un poco más delgado que los que Jimmy escondía en una caja de naipes en el cajón superior de su escritorio, y lo olisqueó antes de prender un extremo y succionar el otro. Unos segundos después, el humo se escapaba de las comisuras de sus labios. Su voz sonaba apretada, como si exprimiera las palabras a través de un popote—. Te toca.

—No, gracias.

De todas maneras sostuvo el porro frente a mí; el humo despedía un aroma dulce, como la sudadera de Jimmy después de terminar un turno.

—No. —Tenía ciertas ganas, pero me daba demasiado miedo hacerlo en ese momento, y en la escuela, por si fuera poco.

—Si quieres llevarte, tienes que fumar —levantó ligeramente una ceja, como si me retara.

—No quiero.

Elevó la mirada al cielo.

—¡Es broma! ¡Tu cara, Dios mío! ¿De verdad crees que te obligaría a fumar mota? ¿Quién crees que soy? Esperaría que a estas alturas ya me conocieras mejor.

Me obligué a sonreír y sacudí la cabeza como diciendo: «¡Me engañaste!».

La nube de humo me estaba mareando.

—Drogaste a tu hermano —dije finalmente.

—De acuerdo —exhaló una serie de aros; de su garganta salía un extraño sonido antes de que cada «O» dejara su boca. Estaba impresionada—. He retacado de humo esta perrera miles de veces. Si hiciéramos una fogata, con es-ta madera, el pueblo entero quedaría fumigado. Los bebés estarían fumigados. Lo juro. Los fetos de las mujeres embarazadas andarían por las nubes. Dirían: «Eeeey, mamá, ¿qué onda?».

—¿Eso no te afecta la voz?

—¿Qué? ¿La mota? ¿Jamás has oído de Janis Joplin? O Stevie Nicks, ¿crees que ella no fumaba marihuana?

—Claro que sí —dije, aunque mentía. La primera vez que Marlena cantó «Rhiannon», sacando lentamente los acordes en la guitarra de Jimmy, le pregunté qué canción era. «Tenemos que remediar esto, ahora mismo, porque tu alma está en peligro», había dicho ella. Le mandó un mensaje a Ryder para pedirle que no pasara a recogernos, y el resto de la noche escuchamos el primer disco de Fleetwood Mac hasta que cada palabra quedó grabada en mi ADN. Lo que realmente me llega es la música de Marlena, no las cosas que sonaban en el radio en aquel entonces. Adoraba a los Pixies, a David Bowie, a Frank Zappa y a Sublime tanto como le gustaba la música más lenta, buena para cantar: Joan Baez, Billie Holiday, Loretta Lynn, Etta James y, por supuesto la diosa, Joni Mitchell, cantantes de la vieja escuela que su papá le había enseñado. Ya no escucho esas canciones. Hace años, un tipo con el que salía puso un disco de Fleetwood Mac en su antigua tornamesa y regresé a los quince años, una sensación desorientadora, como dar vuelta a una esquina a demasiada velocidad. Le dije que no era fanática.

Marlena se limpió los ojos húmedos con el dorso de la mano. «¿Nos vamos?», dijo, y por segunda vez en menos de dos horas actué como su espejo. Me paré un instante después que ella, e incluso ajusté mi mochila, sin pensarlo, cuando Marlena acomodó las correas de la suya sobre sus hombros.

Seguí a Marlena hacia las áreas residenciales que rodeaban la escuela. Esas casas tenían chimeneas, contraventanas y varios pisos, tejas elegantes y dañadas por el clima, porches que daban vuelta. Marlena afirmó que conocía

los nombres de cada una de las familias que vivían en cada casa a cada lado de la calle. La puse a prueba, señalando una amarilla con ventanas de mirador y otra hecha de ladrillos viejos con una reja de herrería. Pudo identificar a todos sus ocupantes, o quizá era una mentirosa excelente. Me contó largas historias acerca de la gente que habitaba en ellas; de los Grinell, cuyo padre (¡hermano de un juez de sucesiones!) fue arrestado una vez por tratar de apuñalar a la madre; de los Davison, cuyo hijo mayor era un famoso ermitaño que, se sospechaba, era albino.

—Mar —la interrumpí—. ¿Adónde vamos?

—Ah, claro. A casa de Ryder. Perdón.

Justo después de la oficina de correos, llegamos a unas vías de tren que seguimos hasta que terminaron en un montón de durmientes rotos. Continuamos por el camino hasta llegar a un motel llamado Mapletree —en una palabra—, que anunciaba: NO HAY VACANTES / CABAÑAS Y HABITACIONES. Una cerca de madera rodeaba el edificio principal, donde tubos de neón contra una larga ventana deletreaban «B-A-R», una letra centelleante a la vez. Jamás había estado en un lugar que pareciera más vacío en toda mi vida. Cerca de una docena de cabañas de una habitación estaban esparcidas en el bosque a nuestro alrededor, tan endebles y destartaladas como las que armaría un niño con un juego de construcción.

—¿Vive en un hotel?

—Más o menos —respondió Marlena—. Él y su mamá comparten un departamento en el edificio grande. Pero es genial, porque puede hacer básicamente lo que quiera en las cabañas vacías. Algunas están ocupadas, pero muchas no.

—¿Y cómo ganan dinero?

—Tienen inquilinos. Hay un tipo loco con toda la cara quemada, de modo que tiene hoyos en lugar de lo que debería estar allí; ya sabes, hoyos para la nariz, para los ojos y para la boca. Una vez me topé con él aquí en la oscuridad, cuando me iba de casa de Ryder, y te juro por Dios que casi me cago.

El bar —que aparentemente también hacía las veces de vestíbulo, porque había un letrero con las tarifas para las habitaciones colgado junto a la registradora— estaba lleno de una luz ambarina que entraba a través de las

cortinas de encaje que colgaban frente a la única ventana. No había nadie en la habitación, pero una televisión contra la pared del fondo emitía un capítulo repetido de *Todos quieren a Raymond*, el volumen subido al tope. Una bolsa de víveres sobre el mostrador del bar tenía el nombre de Marlena escrito con marcador, en letras mayúsculas. Sacó el contenido pieza por pieza: cuatro latas familiares de sopa Campbell's con trozos, sabor res y cebada; unos cuantos rollos de papel de baño, y unas mazorcas de maíz con mohos en las hojas, las barbas colgando de un extremo.

—De la mamá de Ryder —dijo—. No sé cómo se cocina esto.

—Mi mamá las asa.

—*Très gourmet*. —Volvió a colocar todo dentro de la bolsa y la bajó del mostrador para apoyarla contra su cadera—. Supongo que están en la 42 —dijo, y la seguí por una puerta justo a la izquierda del televisor, la cual daba a un camino regado de sal que se abría paso entre la nieve, decorado aquí y allá con tapas de refresco, envolturas de dulces, trozos de papel y filtros para café quizá, teñidos de un rosa rojizo. Había sólo unas ocho cabañas, pero los números saltaban por todas partes, como si estuvieran diseñados para confundir a cualquiera que buscara un sitio específico. Cuando llegamos al número 42, pintado con pequeñísimas cifras rojas sobre la puerta, Marlena gritó «¡Toc-toc!». La puerta se abrió de lleno, posiblemente rota, casi la golpeó en la cara. Marlena dio un paso atrás; los víveres se sacudían dentro de la bolsa.

—Carajo —exclamó Marlena—. No tienes que tumbarla.

—¿Y ella quién es? —preguntó Ryder. Un olor, como a huevos cocidos, lo había seguido al exterior. De cerca era más pequeño de lo que parecía esa noche en la camioneta. Apenas de mi estatura. Su cabello era de un rojizo pálido, algún punto entre rubio y castaño. Su nariz respingada parecía de bebé y estaba salpicada por docenas de minúsculas pecas que también atravesaban una marca de nacimiento de color fresa; un lunar en forma de lágrima, ladeado sobre la piel debajo de su ojo izquierdo. Me sentí herida porque no me recordaba.

—No hay problema con ella, lo prometo.

—¿No hay problema? No puedes simplemente traer a cualquier persona hasta acá.

Marlena dirigió sus siguientes palabras a la parte interior de la cabaña, detrás de Ryder.

—Greg, Cosita, ¿le pueden decir que me deje en paz?

—¡Déjala en paz! —gritó la voz de una chica.

Marlena se deslizó junto a Ryder y desapareció. Traté de pasar detrás de ella pero Ryder me agarró por la muñeca, sorprendiéndome, y la apretó hasta que mis tendones se curvaron bajo la presión de sus dedos.

—¿Eres una bocona?

—No —le respondí. Mi conciencia había migrado al sitio donde se tocaban nuestras pieles.

—Eso no basta.

—No lo soy. —Jalé el brazo, pero sus dedos me apretaron con más fuerza. Sus ojos se veían extraños: inquietos, las pupilas abiertas, como si no alcanzara a ver nada—. Ryder, eso duele —dije, y me soltó—. No tengo a quién contarle —continué, sobando el área donde me había agarrado—. Ustedes son las únicas personas a las que conozco.

—Sabré si me estás mintiendo —dijo, pero me di cuenta de que me creía.

Dentro de la cabaña se sentía como si fuera de noche, aunque estaba prendida la luz del techo. Alguien había pegado lienzos de lona azul sobre cada una de las ventanas. El olor a huevo era más intenso, más químico, como si las paredes estuvieran pintadas con líquido de limpieza o tan sólo con cloro; cada vez que tomaba aire por la nariz sentía como si la piel del interior se rasgara lentamente. Podía oír un zumbido intenso, como de un ventilador o un aire acondicionado, pero no lograba ver de dónde venía. Había un bote de acetona abierto encima del televisor. Ryder desapareció detrás de una puerta que, supuse, conducía al baño. Marlena se desparramó bocabajo sobre la cama junto a una almohada amarillenta, sus víveres y su mochila junto a ella. Al pie de la cama, una chica esquelética utilizaba una videocámara para filmar a Greg, el otro chico que había conocido en la camioneta en Año Nuevo. Un artefacto tan sofisticado parecía totalmente fuera de lugar dentro de esa habitación. Ahora se me ocurre que probablemente fuera robado. Me senté en la esquina de la cama más cercana a la puerta.

Greg estaba desarmando una bicicleta tamaño infantil. Mientras quitaba el asiento y la rueda trasera, explicaba todo lo que hacía y después colocaba

cuidadosamente cada parte sobre el piso frente a él; desmantelaba y reconstruía al mismo tiempo.

—Están haciendo una película —dijo Marlena—. Greg cree que va a alcanzar el estrellato.

—¿Por qué?

—Porque es fantástica —dijo Greg, levantando la mirada de la bicicleta por un segundo y limpiándose el sudor del labio superior, el único punto de su rostro no afectado por el acné.

—¿Pero por qué una bicicleta?

—La encontramos —dijo la chica.

—Carajo —espetó Ryder—. Carajo, carajo, carajo —algo hizo un ruido metálico—, ¡maldito *carajo*!

—Maravilloso —dijo la chica—. Eso me fascina.

—¿Estás bien, amor? —preguntó Marlena, y cuando Ryder no respondió, se levantó, caminó hasta la puerta y la abrió por completo. No era un baño; era más bien como un vestidor atestado, donde Ryder se encontraba de pie junto a una mesa de cartas cubierta de botellas de dos litros a medio llenar y una canasta decorativa rebosante de baterías, extraños listones brillantes y una inmensa piedra como las que mi mamá usaba para separar secciones del jardín. A sus pies había una caja aplastada de pastillas genéricas para resfriados y sinusitis. El hedor me dificultaba la respiración. Aquí y allá había tramos de manguera plástica transparente enroscada alrededor de las botellas, y mi estómago empezó a vibrar con una advertencia: *Vete. Estas personas no valen la pena, esto no es para ti, no tiene que serlo, todavía puedes marcharte.*

Marlena colocó una mano sobre el hombro de Ryder.

—No me toques —dijo Ryder, levantando el hombro para alejarla. Estaba haciendo algo con las manos. Había un ventilador frente a la ventana abierta encima de su cabeza, volteado de espaldas y con las hélices rotando velozmente. Greg y la chica empezaron a reírse; el sonido era un tanto desquiciado, y la vibración viajó desde mi estómago hasta la punta de mis dedos, diciéndome: *Vete, Cat, lárgate.* Pero lo que pasaba era que, aunque me decía *Vete*, algo relacionado con estar ahí, algo de esa vibración, se sentía *bien*. Se sentía parecido a la diversión, o a un primo cercano de esta, y yo extrañaba esa sensación.

Diversas botellas estaban conectadas unas a otras con las mangueras, pero realmente no podía entender de qué se trataba; el arreglo me recordaba un enloquecido proyecto para la feria de Ciencias, el intento casi fallido de un niño con padres inútiles. No pensé en drogas de inmediato, a pesar de lo que ya había podido descifrar. Se trataba de drogas, pero no eran *drogas*. ¿O sí?

Ahora parece tan sencillo, reconocerlo todo por lo que era, mi incapacidad humana básica para ver el bosque por los árboles, lo que Papá dijo alguna vez que era el problema principal de mi «por demás perfecto cerebro». Me besó al decirlo, justo donde tenía la raya en el cabello. Pero bosque, árboles o lo que fuera, cuando Ryder raspó con cuidado algo de uno de los filtros para café y lo colocó sobre la pequeñísima báscula, supe lo que estaba haciendo, aun si no entendía la ciencia implicada en ello ni sabía los nombres de las calles que me habían llevado hasta allí, ni si él estaba drogado en el momento o cuál era mi participación en el asunto; simplemente por estar allí viéndolo, simplemente por no darme la vuelta y regresar por donde había venido, esa única acción acallada determinaría la persona en que habría de convertirme.

Marlena y yo en el bosque, seis meses después de ese día en el Mapletree, en el verano, más o menos cuatro meses antes de que ella muriera. Salimos de nuestras casas a hurtadillas y nos reunimos en la torre. No nos pusimos zapatos: era parte del desafío, una de las maneras en que nos jactábamos de nuestro salvajismo. Por la mañana habría de escarbar trozos de grava de mi talón con la uña, metería los pies en la tina llena de agua caliente y emitiría un siseo, el dolor sería una especie de dulzura, mientras tierra y sangre hacían espirales en el agua. Ya se lo había preguntado antes de manera indirecta, pero en esas noches, con los grillos chirriando a nuestro alrededor como susurros enloquecidos del mundo mismo, yo embriagada o sobria, ella casi siempre al menos un poco drogada, y las estrellas deslizándose entre los árboles como algo contenido por mucho tiempo hasta estar listo, finalmente, para soltarse, la presionaba para que me diera alguna razón. Se lo pregunté una y otra vez. Si odiaba tanto la meta por haber trastornado el cerebro de su padre, por alejar a su madre quién sabía adónde, por haber matado a su primo Barry cuando explotó su mochila, ¿por qué no tenía problema con que Ryder la cocinara? ¿Cómo podía gastarse el dinero que él ganaba con esa

mierda, cómo podía esperarlo en la camioneta mientras él la vendía a los adolescentes de Boyne City, a los amigos de su mamá, a los turistillas que salían a borbotones de los condominios sobre la playa en el verano? «Eres tan ingenua», me decía, con ese resplandor que vive en las cosas perdidas, que excluye lo que se ha ido para siempre como la peor clase de bendición. ¿Ya existía ese brillo en aquel entonces? No puedo recordarla sin él.

—Quiero saber cómo ves el mundo. Quiero poder ver las cosas como tú, decidir con tanta facilidad que esto está bien —arrancó una brizna de pasto y la colocó cuidadosamente sobre la manta—, y que esto —arrancó otra— está mal —y la deshizo.

Marlena me llamaba *ingenua*, pero creo que realmente quería decir *privilegiada*, una palabra que la gente en Nueva York utiliza como insulto, pero que yo siempre he entendido como algo seguro. El privilegio es algo de lo cual hay que estar consciente, algo contra lo cual hay que luchar para ver más allá, pero, al final de cuentas, algo que agradecer. Es como un chaleco antibalas: hace que sea más difícil que te maten. Cuando sacudimos la manta, la brizna deshecha de pasto cayó en trozos al piso.

—Se reduce a dinero, Cat —decía—. El dinero lo es todo.

Para cuando Jimmy se acercó en el Subaru de Mamá, usado pero nuevo para nosotros —lo llamaba *el botín* porque era negro y tenía forma de una pequeña bota—, yo acababa de regresar a la escuela y estaba esperándolo como si hubiera permanecido allí desde que sonara la última campana, justo debajo del techo, sobre las puertas principales. Los estudiantes salían en tropel hacia el estacionamiento, sus gritos levantados en explosiones de vaho.

Jimmy me esperó junto a la acera. Salté adentro, cerrando la puerta con fuerza.

—Maneja, por favor —le dije a la guantera.

—¿Así de mal?

Sabía que la manera más eficaz de mentir y salirme con la mía era mantener una especie de reticencia herida, otra de las cosas que había aprendido de Papá.

«¿Y esa colonia con olor a pachuli que tienes guardada en la guantera, malandro?», oí que le preguntó Mamá en alguna ocasión, casi en tono de

coqueteo. Ni siquiera podía acusarlo de algo sin tratar de agradarle, sin tratar de convencerlo de que ella *le gustaba*. No es tan así con Roger. El modo de Marlena con Ryder me recordaba la forma en que mi madre giraba alrededor de mi padre. *No hay problema con ella, lo prometo*. Su sonrisa nerviosa y demasiado presta, sus labios resquebrajados por el frío, la piel descascarada pegada en su sitio con brillo color rosa intenso. Mamá emitió una risita forzada y se concentró en el pollo, prendiendo la luz del horno y mirándolo a través del cristal como si le hubiera hecho alguna pregunta. Papá se llevó su cerveza a la sala de la televisión, donde permaneció sentado en silencio, insultado y algo más, casi asqueado, como si le acabaran de escupir. Yo escuché todo el intercambio parada frente a la sorda luz del refrigerador, *Todo bien por aquí, sólo estoy consiguiendo algo de beber, nada fuera de lo normal*.

—Oh, vamos —dijo Jimmy, haciendo el intento, y yo lo miré sin verlo de frente, los ojos de soslayo, para verificar si tenía alguna sospecha. Jugueteeó con la calefacción, bajándola y después subiéndola al tope, de modo que el ventilador llenó el auto de ruido. No había manera de que yo oliera bien. Sentía un dejo químico cada vez que inhalaba. Además, la mochila a mis pies estaba demasiado vacía para una chica supuestamente inscrita en dos cursos de Colocación Avanzada, por lo que no dejaba de tratar de meterla debajo del tablero para que Jimmy no la notara.

—¿Qué quieres que te diga? —respondí mientras hacía contacto visual con un niño en el auto que teníamos de frente y, que también se había detenido en el semáforo—. Fue un día normal. —Copos de nieve como lentejuelas sobre los hombros de Marlena. Ryder, los huesos de sus hombros destacándose bajo su camiseta, su olor a polvo, algunos vellos como púas emergiendo de sus mejillas. Toda esa mierda sobre la mesa, lo que significaba.

—Se pone mejor, ¿sabes? Todo el asunto de la preparatoria. Te lo juro. —Intentaba ser agradable, pero empecé a enfurecerme. Él había estado entre los chicos populares del baile de bienvenida. Además, era hombre. Era diferente. En la preparatoria, a las niñas podía gustarles alguien, pero eran los chicos los que elegían. No tenía idea de cómo me sentía.

El restaurante chino se encontraba entre un centro de acondicionamiento físico sólo para mujeres y una tienda de tarjetas Hallmark en el pequeño

centro comercial que distinguía a Kewaunee de Silver Lake. Sólo comíamos comida china dos veces al año: después del primer día de clases y después del último. Una tradición familiar que había iniciado Papá, me dije, aunque probablemente había sido Jimmy, que sigue poniéndole salsa de soya a todo. Mamá esperaba ante una mesa en una esquina, bebiendo una mugrienta copa de vino.

—Mandé a Jimmy a recogerte para apartar mesa —di-jo, levantándose como para abrazarme—. ¡Quedaba de camino!

Mamá tenía la capacidad de identificar lo que habías comido en el almuerzo aun horas después. «Pizza de pepperoni», me decía al darme un beso en la mejilla luego de bajar del autobús escolar. Me senté de inmediato, tratando de evitarla, y levanté un vaso de agua al mismo tiempo, regando la mitad sobre el cuello de mi camisa.

—Mira a esos tontos —dijo, observando a las personas que esperaban mesa. Yo detestaba cómo le fascinaba fingir que las cosas más estúpidas y evidentes eran pequeños milagros.

Cuando llegó el mesero, Jimmy ordenó lo de siempre: arroz frito con verduras, pollo agridulce, *chow mein* y tres rollos primavera en lugar de cuatro al centro de la mesa. Esta vez no pidió la res con brócoli. Mientras el mesero apuntaba el pedido, volví a abrir el menú para ver las opciones.

—Y una orden de pato pequinés, por favor. —Era lo más caro del menú, por lo menos por diez dólares. La pluma del mesero quedó suspendida sobre la comanda. Miró a Mamá como diciendo: *¿Eh?*

—No te gusta el pato —dijo Mamá con su voz remota y aleccionadora, como si le hablara al hijo de alguien más.

—Claro que me gusta.

—Cuesta veintisiete dólares —siseó Jimmy—, y jamás lo has probado.

—Lo comí en casa de una amiga.

—¿Qué amiga? —preguntó Jimmy.

—Haesung. —Casi pude recordar una comida de pato en casa de Haesung. Carne oscura y grasosa, salsa dulce en un platito de cerámica, la mesa de la cocina con esa cubierta de vidrio que se ensuciaba con mirarla—. Sus papás lo preparaban todo el tiempo.

—Está bien —dijo Mamá. Y, después, al mesero—: Traíganos el pato, pero

cancela los rollos primavera. Y el *chow mein*. —El mesero asintió y desapareció, aliviado.

—Fantástico —espetó Jimmy—. Gracias por quitar lo único que me gusta a mí.

—Tú no tuviste que ir a la escuela.

—Cierto —respondió Jimmy—. Yo sólo tuve que trabajar durante ocho horas.

—Basta —dijo Mamá, y todos nos callamos.

Jimmy empezó a decirme que yo tenía que raspar todos los goterones de pintura seca de la alfombra de mi cuarto. Le respondí que no era mi papá y que podía meterse los goterones de pintura por el culo. Entonces Mamá me dijo que me callara, Jimmy le dijo que dejara de meterse y yo dije que los dos me estaban arruinando la vida; Jimmy me llamó maldita loca y Mamá levantó los ojos al cielo y se acabó su vino, pidió otra copa, y los tres nos quedamos en silencio hasta que el mesero trajo el arroz frito.

El pato llegó un momento después del resto de la comida, flotando por el comedor sobre un platón inmenso, llamando la atención de todos los demás comensales. Había una docena de trozos de carne sobre el plato, cada uno cubierto de piel dorada. El espectáculo hizo que me sonrojara; algo que Jimmy advirtió con una especie de triunfo, y se recargó contra el respaldo de su silla.

—Mmm —dijo Jimmy. Debajo de la piel, la carne tenía un color más bien violáceo.

—Sin duda, alguien va a tener más que suficiente comida —dijo Mamá al interior de su copa de vino. El arroz frito era mi favorito, pero me negué a probarlo. En lugar de ello, comí tanto pato que sentí que mi rostro se inflamaba a reventar.

Cuando nos marchábamos, Mamá se detuvo frente a un tablero de anuncios dentro del recibidor y estudió el contenido: mascotas perdidas, búsqueda de niñeras, avisos personales y publicidad para lecciones de música, todos con tiras de papel con números de teléfono que ondeaban en el calor del radiador. Arrancó un par de tiras y las metió en el bolsillo de su abrigo. Antes del divorcio Mamá jamás había trabajado, a excepción de hacerla de niñera en una u otra ocasión. En las mañanas de los días de clase, me despertaba con

jovialidad ritualista: abría mi puerta, disponía el cereal y la leche y calentaba el auto veinte minutos antes de partir hacia la escuela. En realidad, jamás presté atención a eso hasta que, en Silver Lake, se acabó por completo. Antes le gustaba buscar piedras planas sobre las cuales pintar, un pasatiempo que me mortificaba. A Haesung le encantaba la que había pintado para ella; la conservaba en su mesa de noche. Sus iniciales envolvían la sección central de un chelo diminuto sobre el lado más ancho de la piedra. Tengo una de ellas sobre mi escritorio en el trabajo: es una piedra gris y plana transformada en un girasol, con dos de los pétalos parcialmente descascarados. Tengo otra sobre la repisa arriba de la estufa. Coloco el teléfono junto a ella cuando me llama Mamá, lo pongo en altavoz para escucharla cuando estoy cocinando o abriendo el correo, y su voz llena mi departamento. Lamento haber pasado tantos años tratando de escaparme de ella; en el instante en que realmente lo logré, la quise de vuelta. Puedo decirlo con facilidad: amo a mi madre. Pero ese año, y los cuatro o cinco posteriores, casi no toleraba pensarlo. Recuerdo que odiaba lo mucho que la adoraban todas mis amigas; en ocasiones deseaba que no fuera mi madre, para poder quererla con esa facilidad y con esa misma naturalidad.

—Miren, trabajo de limpieza —dijo Mamá cuando regresamos al auto, volteando hacia mí y agitando un trocito de papel—. Gracias a ustedes dos, es algo que sé que puedo hacer bien. —No estaba escuchándola. Lo único que me importaba era cuánto tiempo podría faltar a la escuela sin que nadie se diera cuenta.

Esa noche me costó mucho trabajo conciliar el sueño; un padecimiento que pareció iniciarse en Silver Lake. Deslicé la mano derecha por debajo del elástico de mi pantalón de la pijama y presioné el dedo medio hacia dentro. Un estremecimiento se esparció por toda la parte inferior de mi cuerpo y levanté la pelvis hacia mi mano. Cerré los ojos, tratando de borrar lo que daba vueltas en mi mente mientras mi dedo se movía; un *collage* de colores y humo y el lila descascarado de las uñas de Marlena y palabras también, como *Papá*, como *ella*, como *no* y después *sí, está bien, sí, sí, sí*. A lo largo de todo eso giraba la imagen de un brazo tatuado y musculoso enredado en cabello, tan rubio que parecía blanco pero que de alguna manera era mío, como en un

sueño en que eres tú misma, pero al mismo tiempo no lo eres. Me picaba el cuero cabelludo.

La sensación se intensificó, de manera frustrante, y brotó sudor de mi labio superior y de mis sienes. Me quité las cobijas del cuerpo y me bajé a medias los pantalones, todavía frotándome sobre la ropa interior, llena de una enloquecida certeza física de que, si me detenía, aquella cosa enorme y terrible a la que estaba a punto de llegar no pasaría. Miré hacia la ventana, repentinamente nerviosa de que Marlena, desde la distancia hasta el interior de su casa dormida, pudiera *oírme* de alguna manera. Aumenté la presión, pero la urgencia desapareció y la sensación volvió a convertirse en un mero estremecimiento. Retiré la mano y me cubrí los ojos con las palmas. Mis dedos apestaban. Pellizqué la piel de la parte superior de mi brazo, alejándola del hueso. Aguada. Aguada y asquerosa.

Fue como si, por un momento, hubiera olvidado quién era. Mi cuerpo me avergonzaba, en especial aquellas partes cuya normalidad no podía confirmar en comparación con las de otras personas. Sabía que a Haesung le había gustado usar la regadera de mano del baño de sus padres para venirse. Pero yo jamás pude reproducir la intensidad de lo que me describía; cada vez que le contaba que creía haberlo logrado, que había alcanzado un orgasmo, me miraba displicente.

—No es algo que *crees* —me decía, citando algunas de las revistas para mujeres que yo también leía—: es algo que sabes.

—Sé que creo que lo logré —insistía yo, pero su mirada no se inmutaba. ¿Cómo se suponía que debía sentirse? Generalmente trataba de hacerlo en la regadera, de pie, apretando los ojos con fuerza. Finalmente, después de lo que se sentía como un millón de minutos largos y agonizantes, lograba sentir algo, como alcanzar el borde de un picor, el inicio de un *crescendo*, y después nada. Haesung me dijo que fantaseara, de modo que pensaba en los chicos de los anuncios de Abercrombie que terminaban convirtiéndose, gracias a mi concentración, en filas y filas de abdominales. En aquel entonces me atormentaba la secreta idea de que hubiera algo mal conmigo. Esta preocupación se extendía más allá del sexo, pero era especialmente potente en ese campo, mezclada, por supuesto, con una poderosa corriente de vergüenza. No sé de dónde provenía. Quizá tenía algo que ver con Papá y Mamá, con

cómo alternaban entre una distancia gélida o estar uno encima del otro, el ambiente de la casa determinado en gran parte por algo que sucedía —o no— en su recámara, y que les ocasionaba un mundo de dolor a los dos. O quizá sólo era el hecho de que fuera una chica.

Me levanté de la cama y fui al baño, donde me lavé las manos dos veces en agua hirviente; la espuma del jabón me llegaba a los codos. De vuelta en la cama, no pude quitarme de la cabeza que alguien me había visto. En un momento dado me hice a la idea de que el sexo, mi cuerpo, era algo de lo que no podía obtener placer a no ser que un hombre lo hiciera primero. Si yo no era atractiva, y hasta el momento carecía de motivos para pensar que así fuera, ¿de qué servía mi cuerpo? Me hundié debajo de las cobijas, cubriéndome la cabeza con ellas. Como tantos adolescentes, siempre estaba preocupada por que alguien me descubriera haciendo algo indebido, pero quedaba contradictoriamente sorprendida y decepcionada cuando eso no sucedía, o si no me prestaban en absoluto la misma atención que yo hacia mí misma.

De modo que me perdí de muchas cosas. Relacionadas con Marlena, y en especial con mi familia. Esas tres personas con las que pasé la mayor parte de mi vida resultarían tan imposibles de descifrar como todo lo demás.

A la mañana siguiente tomé el autobús hacia la escuela —no vi a Sal, aunque Marlena me había dicho que tomaba esa ruta— y me quedé cerca de la entrada un rato, esperando a que todos se metieran y pensando que quizá la vería a ella o tal vez a Greg o a Cosita, que era el único nombre que conocía para la chica dolorosamente delgada.

El día anterior, después de que Ryder terminara de jugar detrás de la cortina, acompañó a Marlena sobre la cama. Sacaron otro porro de la lata de Marlena. Ella salió a prenderlo, y al regresar los dos lo compartieron con Greg y Cosita. Ahora me resulta evidente que en cualquier momento de esa tarde todos pudimos haber explotado. La precaución de Marlena de llevar el porro al exterior para evitar prenderle fuego a la mierda que resultaba de los químicos de la mesa era una medida a medias en el mejor de los casos, como si te dijeran que algo te va a matar, y tú alzaras los hombros y lo hicieras de todas maneras. Ahora todas esas cosas me parecen señales; creo que ella debió haber conocido los riesgos en ese entonces.

Cuando Greg hizo como si fuera a pasarme el toque, Marlina lo arrancó de su mano, me lanzó una sonrisa al tiempo que arrugaba la nariz y así, sin más, quedé fuera del círculo. Me senté sobre una mesa de noche, las rodillas pegadas al pecho y la espalda contra la pared. Mi única opción era el colchón, con Marlina y Ryder. La pierna de Marlina estaba metida en el hueco de la entrepierna de él, y la pierna de Ryder colgaba cómodamente sobre la de ella, de modo que su rodilla rozaba la costura interna de los pantalones de Marlina. Sus toqueteos eran impensados, algo totalmente ajeno para mí. La mano de Ryder estaba posada sobre la cintura de Marlina y viajaba arriba y abajo por debajo de su blusa.

¿Dónde debía poner los ojos? Jamás me habían besado y ni siquiera me había tomado de la mano un chico. Incluso Haesung había tenido novio. Me parecía maleducado mirarlos, pero Marlina era quien llevaba la batuta de la conversación. Y, además, ¿no era infantil no mirar, como si me produjera vergüenza o, peor, como si de alguna manera me *excitara*? Cuando me puse en pie, explicando que tenía que regresar antes de las tres para no perder mi viaje a casa (lo dije con mayor énfasis, como si alguien más exótico que mi hermano fuera a recogerme), Marlina, aturdida, levantó la cabeza de su sitio en el pecho de Ryder y sólo dijo «Okey», antes de volver a hundir el rostro en el mismo lugar. Greg y Cosita seguían concentrados en la bicicleta. Habían estropeado algo relacionado con la cadena y no lograban hacer que los pedales dieran vuelta.

—Jamás estuviste aquí —dijo Ryder. Sus ojos eran tan mansos y marrones como los de una vaca.

—Sí, sí —dije—. Ni aunque trataran de cortarme una mano.

—Ja-ja —dijo Cosita. Se lamió una mancha de grasa de la palma de la mano y la frotó con los dedos. Fui al exterior, liberando al aire de invierno una fumarola de humo encerrado.

Sonó la primera campana y los últimos rezagados de la mañana entraron a la escuela. Me paseé por las perreras, pero me fui casi de inmediato; no quise acechar (*Esta acechadora es Cat*) a la espera de personas que no me estaban esperando. Tenía todavía menos razones para entrar a clases que el día anterior. De hecho, si asistía era posible que me preguntaran por qué no me había aparecido el jueves y entonces Mamá se vería envuelta en el enredo.

Pero no hubo mensaje alguno en la contestadora al regresar a casa después del restaurante chino el día anterior. Por el momento, estaba a salvo.

Caminé al centro del pueblo, recorriendo la ruta que Marlena me había enseñado. Todo sucedía en una caída libre carente de consecuencias. Había sentido algo similar a esto antes, brevemente, en un aeropuerto, cuando viajé sin mis padres. El descarrilamiento me provocaba un placer embriagador; me descubrí sonriendo y me detuve de inmediato, sonrojándome como si alguien me hubiera atrapado.

En el café Horizon me compré un café negro, aunque Papá me había enseñado a disfrutarlo con crema y azúcar. La chica detrás del mostrador, con el cabello teñido de rojo jitomate, me miró con extrañeza después de que ordené, pero pronto se aburrió de tratar de adivinar cuál era mi cuento y regresó a su celular. Me hice un ovillo en un asiento junto a la ventana y leí el periódico local de principio a fin. «Mansiones frente al lago en venta», «Adolescente local canta un solo en el *Governors Ball*», «Diecisiete nietos sobreviven a Annie Kowalski, de ochenta y siete años...», «Temporada de esquí en pleno auge».

Abandoné el café y caminé hasta la biblioteca; le mostré de lejos mi identificación de la Academia Concord a la bibliotecaria, cuyo escritorio flotaba en medio de la sala. Apenas me hizo caso. No sabía qué más hacer, dónde más ir. La biblioteca era un espacio lleno de telarañas, grande como una cancha de tenis. Junto a la esquina de los niños había una hilera de computadoras frente a un ventanal de piso a techo que daba a la calle. Me senté ante una, agitando el ratón polvoriento hasta que la pantalla cobró vida. Miré fijamente mi rostro en la ventana escarchada sobre mi aparato. Era más bonita en el reflejo. Mi versión fragmentada que vivía en los escaparates, en los charcos, en el cofre de un auto que pasaba, en el punto oscuro en el ojo de Marlena; esa chica era puro potencial.

Escribí el nombre de Becky en el motor de búsqueda, pero no encontré nada. Entré a mi cuenta de Hotmail y abrí el correo más reciente de Papá. Tenía casi un mes de que lo había enviado. Apenas le había echado una mirada porque debajo de la única línea de texto —*¿cómo está mi catherine?! ¡te extraño! ¡mira la calidad del nuevo escáner! fabuloso, ¿no?*— había una fotografía de él y de Becky. Mi mano tembló sobre el ratón. Becky se había

graduado de la Universidad Estatal de Grand Valley el año en que yo inicié la secundaria, lo que significaba que tenía veintisiete o, cuando mucho, veintiocho años. En la foto estaba acurrucada contra mi padre, sonriendo de oreja a oreja, con un ramo de flores horribles. Podías distinguir las flores de mala calidad por sus venas color neón. Estaban mal teñidas, como la chica del café, que pensaba que si alteraba algo esencial en su aspecto se convertía aún más en ella misma.

Algo rebotó contra el vidrio arriba de mi cabeza. Me tomó un segundo registrar el origen del ruido. Miré hacia la bibliotecaria, ocupada en su teclado. El gato de su sudadera me cerró un ojo; la luz fluorescente se reflejaba en sus iris de pedrería. Otra tanda de golpecitos atrajo mis ojos a la ventana. Afuera, a no más de un metro de distancia, Marlena, Ryder y Greg formaban un triángulo. La mano izquierda de Ryder estaba llena de guijarros que había recogido del área verde cercana a los arbustos de la biblioteca. Los arrojaba al vidrio que me separaba de ellos, apuntando directo hacia mis ojos.

Cerré mi correo electrónico. En vista aérea me vi levantarme; la silla giraba un poco mientras mi cuerpo la abandonaba, para salir por las puertas principales, como de hecho lo hice. Pero, al tiempo que me marchaba, una chica, diferente, se quedó frente a la computadora, a salvo dentro de la biblioteca. En otras palabras, me vi a mí misma dividirme en dos.

Subimos por los escalones de San Patricio en el sol de mediodía, en plan *Esto es algo perfectamente normal para hacer un martes a la una de la tarde*. Dentro del vestíbulo, los tres hundieron los dedos en un recipiente de agua bendita, sin hacer broma alguna, y se santiguaron. La iglesia estaba vacía, un tazón lleno de una bonita luz irregular, Jesús suspendido de una cruz sobre el altar, la barbilla colgada cerca de su pecho, el torso tenso y musculoso de manera casi obscena. Yo también hundí la mano en el agua bendita y con los dedos me toqué la frente, un hombro, el pecho y el otro hombro, confundida en cuanto a qué partes de mi cuerpo debía tocar y en qué orden. Seguimos a Marlena por un pasillo poco iluminado. Ryder insistía en pellizcar el trasero de Marlena y corría a su alrededor cuando ella trataba de abofetearlo. La tercera vez, de camino hacia ella, me jaló el cabello. Sus nudillos rozaron mi nuca.

Llegamos a un gimnasio, entrecerrando los ojos en la intensa luminosidad. Un recipiente individual de leche entera se encontraba sobre la línea de media cancha; en la esquina abierta tenía un popote. Un clóset dividía una fila de colchonetas usadas pegadas a la pared. Nos encerramos ahí. Ryder arrastró un bote de basura lleno de balones de basquetbol de una esquina. Debajo del bote había una trampa y dentro de ella una escalera que bajaba a las sombras.

—Los novatos primero —dijo Marlena. Me miró, aburrida.

Cuando llegué al fondo, levanté la cabeza hacia sus tres rostros, muy similares a como se veían en la ventana de la biblioteca. Un triángulo, Marlena siempre en la punta. ¿Qué tanto de eso era un producto de mi perspectiva? Ryder le dio un empujoncito con el hombro y ella le sonrió dudosa, para después desaparecer de mi vista. La trampa se cerró de golpe.

La penumbra era agobiante; sentía que la tenía *encima* de mí. La voz de Marlena subía y bajaba como la de una vecina enojada en un departamento cercano, mezclada con el sonido de risas. Detrás de mí algo exhaló, una brisa grasosa contra mi oreja, con la temperatura de un eructo. Nadie en el universo sabía dónde me encontraba. Estiré una mano para estabilizarme, pero mis dedos atravesaron la superficie polvosa y pasaron de largo, *hacia la nada*; tropecé y me golpeé la espinilla contra la escalera.

Trepé por ella y le di de golpes a la trampa con ambos puños; casi perdí el equilibrio. La abertura se inundó de luz y me abalancé hacia ella; me galopaba el corazón en el pecho.

—Caramba —dijo Ryder—, sólo íbamos por unas linternas.

Me levanté, usando el bote de basura como apoyo.

—Lo siento —dijo Marlena y sopló sobre mi piel, su aliento cargado de café viejo—. Es un salvaje. —Puso una orilla de su camisa sobre el pulgar y me frotó la nariz—. Te ensuciaste de polvo.

Esta vez Ryder bajó primero, seguido de Greg; lanzó un gemido trémulo y aterrador al desaparecer por el hoyo.

—No vuelvo a ir allá adentro.

—Me han hecho lo mismo tantas veces —dijo Marlena—; es mucho menos atemorizante con las linternas, te lo prometo.

¿Y qué se supone que debía hacer? Era más que demasiado tarde para decirles que no.

Viajamos a través de un túnel, cuyo piso y paredes eran de cemento. Había vapor que aparecía y se sentía como una respiración, proveniente de una fila de calentadores de agua. Greg y Ryder cargaban unas linternas. Sus haces de luz se perseguían por los techos colmados de grafiti, donde se anunciaban amores, desamores y tonterías. Marlena enredó su brazo en el mío, manteniéndome tan cerca que, si perdíamos el ritmo al caminar, yo codeaba su costado.

—Estos son los pasadizos subterráneos de la iglesia —dijo Greg—. Se construyeron junto con San Patricio, al mismo tiempo que la escuela primaria, que solía ser un convento, para que en el invierno las monjas pudieran ir a la iglesia y hacer encargos para los sacerdotes sin pasar frío y demás.

—Ah. —Me concentré en el brazo de Marlena y no en los hábitos negros que podía ver flotar en los sitios oscuros detrás de nosotros.

—Por encargos me refiero a mamadas —dijo Ryder.

—Esta fue nuestra escuela primaria —dijo Marlena—. Ninguno de nuestros padres se aparece por la iglesia, pero a mí me confirmaron.

—Por la comida gratis, nena —dijo Ryder—. Los hambrientos se saciarán y todas esas cosas católicas.

—Me queda claro que la teología es lo tuyo —dije.

—¡LA PRISIONERA HABLA! —gritó Ryder, volteando la luz de la linterna directamente a mi rostro.

—¡Y cómo arden sus palabras! —respondió Marlena al tiempo que golpeaba la base de su linterna, de modo que la luz rebotó enloquecida por las paredes.

El túnel pasaba por un arco a una habitación que se abría sobre una especie de valle, donde máquinas más silenciosas se agazapaban en la oscuridad. Quizá una monja dormía en cada una, las manos dobladas sobre el pecho.

—Hogar, dulce hogar —dijo Ryder, dirigiendo su luz hacia un montón de cobijas apiladas junto a un barandal metálico. Greg hurgó en el montón hasta que sacó una bolsa de Doritos. El empaque metalizado emitía destellos cuando el ojo esporádico de la linterna lo encontraba. Ahí abajo hicieron lo mismo, básicamente, que ya los había visto hacer. Marlena sacó un porro; Ryder nos aterrorizó uno por uno; Greg se terminó los Doritos, agitando la bolsa sobre su boca abierta para después limpiarse los dedos sobre los jeans,

dejando sobre su rodilla una mancha alargada y visible incluso en la mala iluminación. Esto era pasar el rato. No pude evitar compararlo con lo que hacía con Haesung. Pintábamos elaborados diseños sobre nuestras uñas, nos hacíamos preguntas acerca de nuestros conocimientos de francés, practicábamos canciones pop en nuestros instrumentos musicales. Sucedíamos a la luz del sol. Éramos niñas, y ellos eran algo más. Adolescentes, pensé, con cierto asombro.

El porro dio vueltas y vueltas; su aroma boscoso se disolvía en el espacio. Nadie me lo pasó. ¿Cómo les había dejado tan clara mi postura acerca de la mota cuando en realidad no estaba del todo segura de la misma? Marlena se acostó y colocó la cabeza sobre mi muslo. Me quedé sentada con las piernas estiradas, presionando las corvas contra el piso hasta que mis músculos se entiesaron porque, al relajarme, su cráneo se acercaba algunos centímetros hacia mi entrepierna.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Greg—. ¿Simplemente no estás yendo a la escuela?

—Supongo que no —dije—. En teoría iba a empezar al principio del tercer trimestre, pero sencillamente no lo hice. No creo que nadie siquiera se haya dado cuenta.

—Qué dura —dijo Ryder y me sonrojé de orgullo, aunque la pierna seguía doliéndome por el esfuerzo de mantenerla perfectamente quieta.

—Es de Detroit —explicó Marlena, aunque en realidad no era así. Pontiac era un suburbio, y bastante convencional. No la corregí. Su cabello, siempre grasoso en las raíces, caía en cascada sobre mi rodilla, haciéndome cosquillas cuando se movía—. Carajo, niña, tus piernas son de lo más cómodas. Aguaditas, aguaditas, como almohadas. —Se incorporó hasta quedar sentada, echando un tornado de humo en mi rostro. Marlena era diferente conmigo cuando estábamos con los demás; coqueteaba conmigo, casi de manera cruel, de la misma manera que coqueteaba con ellos.

—Toda esa libertad, y te vas a la biblioteca —dijo Greg—. ¿No es medio contradictorio? Como en plan *Nada de escuelas para mí, simplemente me voy a tirar a los libros*.

—Como sea, hermano —dijo Ryder—. Esas computadoras no tienen filtros de seguridad.

—Ajá, y seguro que está sacando ventaja de todo ese acceso libre al porno.

—¡Jamás hablé de pornografía! ¿Quién dijo algo de pornografía?

—¿No es un poco sexista suponer que no lo haría? —los interrumpí, tomando el porro de la mano de Marlena. Sostuve la nube sabor verde en mis pulmones por un par de segundos, como los había visto hacer a ellos. Contuve la comezón en la garganta; mis ojos lagrimearon.

—Definitivamente dura —dijo Greg con un falso acento de alcurnia, como si sostuviera una tacita de té en una mano, el meñique extendido.

El porro dio vuelta tras vuelta tras vuelta. ¿Estaba drogándome? El tiempo se sentía como una gota suspendida de la orilla de una llave de agua. Engordaba, pero no terminaba de caer. Tenía sed a un grado casi deleitable; mi lengua se sentía demasiado grande, tenía un sabor raro atrapado en la garganta, a pieles polvosas de manzana, tenía un sabor al punto de lo agrio. Si esto era estar drogada, no me parecía que fuera para tanto. Había estado más fuera de control después de beberme un refresco de un tirón. La mota se vio reemplazada por una cantimplora golpeada (*¡Ah! ¡Alcohol!*, pensé estúpidamente después del primer sorbo) que desapareció el adormilamiento de mi boca e hizo que mis dedos se relajaran. Seguí tomando mi turno cada vez que la bebida regresaba a mí, incluso después de que Marlena sacudiera la cabeza y mascullara «Quiten eso de enfrente», hasta que Greg la sostuvo de cabeza para probar que la habíamos «aniquilado».

—No —aulló Ryder, golpeando la cantimplora de la mano de Greg, de modo que salió por los huecos del barandal para caer al vacío. Golpeó contra uno de los tanques de abajo antes de quedar quién sabe dónde.

—¡Nooooo! —aullé yo también.

No tenía miedo ni nerviosismo; tampoco pensaba. Ellos decían cosas pero las palabras eran sólo sonidos, como cuando retrocedes una cinta de video con el volumen alto y todo mundo habla en reversa. No recuerdo. No es inusual que pierda el conocimiento al beber. Hay una teoría que dice que los alcohólicos están suspendidos en ámbar, eternamente de doce años o de veintiuno o de quince, cualquier edad que hayan tenido al momento de su primer trago, consumidos por los mismos viejos temores y deseos. Su desarrollo secuestrado y sustituido por una fila de botellas que sigue y sigue y sigue. Entonces, esas horas en San Patricio serían el inicio. La parada.

El último recuerdo vívido que puedo recuperar de esa tarde es el de Marlena. Está inclinada hacia mi rostro; sus mejillas brillan como si acabara de limpiarse las lágrimas; su boca junto a mi barbilla; buscaba mis labios, y después su lengua, algo crudo y demasiado húmedo en ella, algo tonto, y justo cuando empiezo a formular una palabra para lo que está sucediendo, *beso*, ella se deshace en risas, respirándolas hacia mi interior hasta que burbujan desde mi garganta y se riegan por doquier, como si su risa fuese mi creación. Y un aroma, como cuando rascas una rama con la uña hasta exhibir su carne verde, el residuo que queda en tus dedos. Mi primer beso, aquel con el que compararía todos los demás, al menos durante los siguientes años. Mi primer trago.

Después de eso, nada.

¿Alguna vez has tratado de delimitar las horas entre el momento en que pensaste que jamás te dormirías y el instante después de abrir los ojos, la recámara inundada con la confusa y azucarada luz rosada del amanecer? Entre el punto A y el punto B existes, estás *vivo*, tu respiración se calma, la temperatura de tu cuerpo desciende, las sombras que proyectan tus muebles se alargan y se encogen mientras la luna recorre el cielo por encima de tu frágil casa, si es que allí es donde realmente estás. Cada noche, podría suceder algo y jamás te enterarías. Lo que trato de decir es que ese día aprendí que el tiempo no te pertenece. Lo único que tienes es lo que recuerdas. Una fracción; menos.

Desperté en plena oscuridad. Un escritorio, la forma de una lámpara contra una pared, una mecedora, y pronto empecé a dilucidar la situación. Después, a lo largo de mi vida, habría de despertar sin idea de dónde estaba y serían otras mañanas perdidas las que vendrían a mi mente primero, de modo que también tendría que abrirme paso entre esos recuerdos confusos. Esa mañana en casa de Marlena surgía a menudo. Me encontraba en una cama. Una cobija cubría mis piernas hasta las rodillas y alguien dormía a centímetros de distancia. Su respiración subía y bajaba en la habitación. Sólo traía puesto mi sostén y, dilucidé después de investigar con una mano (que se movía menos como parte de mí que como una criatura que se *escabullía*), unos pantalones cortos, abiertos al frente como bóxers de hombre. Todavía traía puesta mi (¿?)

ropa interior. Un dolor a lo largo de mi pierna derecha, particularmente notable si me recostaba de costado. Presioné la piel justo debajo de mi cadera, experimentalmente, hasta que una descarga de dolor me hizo brincar. No estaba cansada, pero tenía una sed histérica. Algo horrible había sucedido dentro de mi boca; parecía posible que hubiera muerto y que, de alguna manera, hubiera revivido.

En la oscuridad, el cabello de Marlena brillaba como plata, como si estuviese entretejido con escarcha navideña. El cobertor, una colcha de motel con patrón de diamantes, estaba subido hasta sus hombros, de modo que toda ella era puro cabello y sus brazos tendinosos abrazados a la almohada. Siempre dormía bocabajo. En noches posteriores, era la postura que asumía cuando nuestra charla se apagaba, cuando estábamos demasiado borrachas o cansadas para decir más. Era la forma en que yo sabía que había acabado conmigo. Pasaba de tumbada de espaldas mirando al techo o acurrucada de lado para quedar cara a cara, a lo que llegué a llamar su posición de «hasta mañana, en serio». Después de darse vuelta bocabajo, colocaba el arco del pie izquierdo contra la parte externa de su rodilla derecha y levantaba los brazos sobre la cabeza. Una bailarina clásica derrumbada a medio *plié*. Siempre le apestaba el aliento. En esas noches era frecuente que sintiera alivio cuando se volteaba.

Me senté sobre la cama, jalando la colcha que la cubría.

—Mmmmm —masculló en su almohada, bajando los brazos para volver a cubrirse con la colcha—. Estás viva.

—¿Qué pasó? —susurré.

—Te pusiste una buena. Básicamente, estabas babeando. Greg tuvo que cargarte.

—Me duele la pierna...

—Ajá, te caíste al subir por las escaleras. —Un remolino de sombras, un cuadrado enceguedor de luz sobre mi cabeza, una cuerda corriendo por mis manos con tal velocidad y calor que no pude asirme a ella sin importar cuánto lo intenté.

—¿Dónde estamos?

—En mi casa, ¿dónde más?

—Tengo que regresar a mi casa.

—Tranquila. Me encargué de todo. Le envié un mensaje de texto a tu mamá desde tu teléfono; decía «Me voy a quedar al lado», y ella contestó «Diviértete», con todo y una carita que guiñaba, de modo que puedes volver a dormirte. Incluso puse tu maldito despertador porque tienes que estar en tu casa a las ocho de la mañana. Y te ruego que no dejes que suene esa mierda porque es sábado y yo simplemente no funciono así.

—¿Cómo supiste cuál era el teléfono de mi mamá?

Se dio vuelta en la cama.

—Está en tu teléfono como *Mamá*, pequeña, ¿en serio? ¿Podemos volver a dormirnos, por favor? Me siento terrible.

—Me muero de sed. —Me estaba sintiendo casi alegre, con una emoción de Navidad por la mañana. Jamás había estado dentro de su casa y, sin embargo, detrás se escondía un horror frío y enfermizo. ¿Cuántas horas había vivido que no lograba recordar? ¿Qué había hecho?

—Hay agua abajo. Sólo no hagas ruido. Sal tiene el sueño ligero, y si se despierta, yo tengo que levantarme. —Volvió a colocarse bocabajo y levantó los brazos.

Me deslicé de la cama y hurgué en su bolso hasta que encontré mi celular. El pasillo era tan estrecho como tobogán infantil y parecía existir sólo para separar el cuarto de Marlena de otra habitación. La puerta estaba entreabierta y apenas pude distinguir a quien pensé que era Sal, dormido en un sillón reclinable completamente extendido. Bajé por una escalera a un cuarto rodeado de sofás. La mayor parte del techo se extendía hasta las vigas mismas del granero; donde eso no sucedía, el sitio del que había descendido, una especie de altillo hechizo, albergaba las dos recámaras. Había otra habitación dividida bajo este techo; en la esquina contraria, un atestado estante de cocina ocupaba toda la pared, iluminado por una luz amarilla contra insectos que brillaba a través de la ventana de la puerta trasera. Me abrí camino hacia la cocina, levantando los pies lo más posible por temor a lo que pudiera pisar. Un cuerpo sobre el sofá más cercano se movió y yo me congelé, contando hasta cien antes de volver a moverme: era lo que Papá decía que la gente tardaba en dormirse.

El fregadero estaba colmado de platos. Las alacenas estaban básicamente vacías pero, en un estante elevado, encontré un tazón de plástico. Lo usé para

atrapar un hilillo de agua, bebiendo rápidamente antes de volver a llenarlo. Con cada sorbo, el día anterior se insertaba cada vez más en mis pensamientos. Marlena dijo que estaba babeando. ¿Era broma? ¿Y qué era eso que aleteaba en la periferia de mis recuerdos como una mariposa? ¿Nos habíamos *besado*? Tenía que salir de ahí.

El linóleo estaba cubierto de tierra que se pegaba a mis pies descalzos. ¿Dónde estaban mis zapatos? ¿Mi blusa, mi mochila? Probé la puerta trasera. Se abrió con facilidad; me di cuenta de que parte de mí esperaba que estuviera cerrada con llave. Al observar la distancia entre mi casa y la suya, el camino pisoteado en la nieve que conducía al grupo de botes de basura que compartían ambas casas, decidí lanzarme. Miré hacia atrás. El papá de Marlena, que debía haberme oído, estaba parado a la entrada de su pequeña habitación al lado de la cocina, mirándome fijamente sin gran interés, su rostro psicóticamente alerta.

Salí disparada sin que me importara que la puerta se azotara y que sin duda despertara a Sal y por ende a Marlena; mis pies descalzos levantaron un reguero de nieve; la piel de mis brazos, mi pecho, mi vientre y los dedos de mis pies estaban tan fríos que ardían, como si hubiera congelado mi cuerpo hasta enloquecerlo.

Para ese momento había dilucidado que el papá de Marlena cocinaba metanfetaminas y que lo hacía en el vagón de tren detrás de nuestras casas, de la misma manera que, aunque no podía recordar que ella jamás me lo hubiera dicho expresamente, sabía que el papá de Haesung trabajaba en un hospital. Como todo lo que tenía que ver con nuestros padres, sus ocupaciones eran desagradables y aburridas, y si las metanfetaminas me producían temor, recuerdo eso menos de lo que recuerdo haber pensado que era una estupidez. De todos modos, al ver al padre de Marlena esa mañana, me vino a la mente que probablemente había hecho cosas que yo no podía ni imaginar.

Abrí la puerta delantera, agradecida de que no estuviera cerrada con llave, mis pies descalzos de un rojo intenso por la carrera a través de la nieve sucia. Me metí de inmediato a la regadera y me quedé parada bajo el chorro, poniendo más caliente el agua hasta que me dolió. No abandoné el baño hasta que Mamá golpeó la puerta, gritándome que teníamos que irnos.

Me arrebuje en el asiento delantero del coche de Mamá; había una cubeta llena de esponjas y líquido azul de limpieza y bolas de fibra metálica a mis pies. El dolor de cabeza era tanto distante como creciente, como si mi cráneo estuviese atiborrado de algodón en expansión.

Conque esto era una resaca.

—El día que no asistí a clase de Oratoria, jamás me vi volando hacia los cuarenta años sin un título universitario —dijo Mamá— ni limpiando casas ajenas por dinero, por cierto.

—Ni viviendo en Silver Lake —dije.

Encendió la radio. ¿Quién sabía que los besos eran tan *húmedos*? Tal vez era sólo en el caso de Marlena. No podía pensar en ello.

—Me gusta Silver Lake —dijo Mamá.

Manejamos por la orilla del lago Michigan hacia Coral Springs, una prolongación más pequeña y más rica de Kewaunee. Salimos de la carretera hacia un enclave de casas de cuatro pisos que miraban hacia la calle desde sus largas entradas de automóviles. La canción de moda que salía a gritos de las bocinas del auto crepitaba, una basura que Marlena jamás toleraría. *Nena, estoy tan-soooooo*. Mamá había asistido a la universidad sólo siete meses. Ya había escuchado la historia un millón de veces. En la preparatoria había estado entre los primeros de su generación, una chica tímida cuyas altas calificaciones y anteojos seguramente ocultaban su belleza. Primera viola en la Orquesta Juvenil de Michigan, había empezado Letras Inglesas en la Universidad Estatal. Quería ser maestra. Pero le había ganado la inquietud. Después de tanto tiempo en la escuela, la idea de cuatro años más hacía, según sus palabras, que quisiera despellejarse. Yo hice los cálculos; debió estar embarazada de dos meses de Jimmy cuando dejó de estudiar. Poco después de que nos mudáramos a Silver Lake, Mamá se inscribió de medio tiempo en la NCC, la universidad comunitaria local, con dos materias. ¿Debía estudiar enfermería o le convenía un curso más general, algo que pudiera servirle de base para una maestría?, nos preguntaba en la cena.

—Soy muy inteligente, chicos —nos decía—. Tengo opciones. —Yo no podía entender cuál era el punto de toda esa planeación. ¿De qué le servía? ¿Qué quería? Era Mamá; ¿cómo podía ser cualquier otra cosa?

Aunque había dejado de hablar, Mamá tenía un aspecto tenso e indagatorio.

Le gustaba hablar del pasado, en especial después de una o dos copas de vino. Si tenía público o no, no importaba. A esa edad, la juzgaba y la ignoraba a cada momento. Debe de haber sido una pesadilla estar conmigo. Más adelante me encontraría regresando a Silver Lake de la misma manera en que, cuando estaba allí, regresaba una y otra vez a nuestra vieja casa en Pontiac, y me preguntaría si la dificultad para soltar el pasado puede ser algo de familia, como los problemas tiroideos.

—Estamos buscando el 2044 —dijo, inclinándose sobre el volante. Los poros de su nariz eran enormes. Condujimos a paso de tortuga frente al 2038, el techo recubierto de nieve, una ventana gigante, como un ojo cerrado, suspendida sobre las enormes puertas dobles. La estática en el radio llegó a su máximo y después bajó. Todas las casas estaban cerradas y vacías. Como la mayor parte de Michigan en el invierno, el vecindario tenía ambiente de naufragio; estructuras medio hundidas en la nieve, abandonadas en nombre de la supervivencia.

Imposiblemente, el 2044, un castillo azul pizarra con ventanas por todas partes, era la casa más grande que habíamos visto hasta el momento. La entrada de autos estaba tan atestada de nieve que el motor del auto hizo un verdadero esfuerzo para llegar hasta la cochera. Mamá saltó del vehículo con una fingida energía y sacó una llave de la maceta de hiedra que colgaba junto a la puerta. En realidad, aparte de la cochera, la casa incluía dos edificaciones: la principal y otra más pequeña hacia atrás, más cerca del lago, que era casi idéntica. La más chica era del doble de tamaño que nuestra casa prefabricada y tenía un segundo piso.

—¿También tenemos que limpiar esa? —dije, señalándola con un dedo. Al levantar el brazo sentí que la cabeza me daba vueltas, un pulso se agitaba vertiginosamente en su interior. El latido de mi corazón jamás se había sentido tan delicado, tan impreciso.

—Si esa es la casa de huéspedes, sí, también esa —dijo Mamá.

Cargamos al interior las cosas para limpieza, algo que fue más difícil de lo que debía porque mi pierna aullaba con cada paso y tenía que hacer un esfuerzo para ocultárselo a Mamá, quien querría saber qué había sucedido y era tan buena para sacarme la verdad que no me quedaba la menor duda de que confesaría de inmediato, por lo que no me dejaría volver a salir de la casa

jamás. La puerta delantera se abría hacia una habitación espaciosa; la totalidad de la pared del fondo era una lámina de vidrio que miraba hacia el lago. Nada parecía sucio aunque el aire tenía un olor a encerrado, como si una flor en algún lugar del interior se hubiera muerto, marchita dentro de su propia agua sucia.

—¡Santo cielo! —dijo Mamá. Era Cenicienta, de pie sobre el piso de mármol, su cabello rubio atado desordenadamente con una mascada, mallas de ejercicio negras, un trapo para sacudir en la mano. La casa tenía tres pisos con un patio interior al centro, como el de un hotel de Chicago en el que me quedé durante una competencia de coro en primer año. Desde cualquier piso podías pararte sobre una especie de balcón para ver la sala en el piso principal. Nos paseamos por la casa, mirándolo todo—. Estas sí que son ligas mayores, ¿no?

—¿Y cuánto nos están pagando por esto?

—Veinte dólares la hora; dieciséis si quito lo que te toca. De modo que, mi querido Watson, tómate todo, pero todo el tiempo que quieras.

Cada una de las sillas del comedor de doce plazas estaba cubierta con la piel de alguna criatura exótica tipo leopardo. Veinte por hora me parecía poco. Realmente no sabía qué tan desesperada era nuestra situación económica, si era desesperada como la de Marlena, Ryder y Greg, desesperada tipo habitación en el Mapletree o qué. Jimmy pagaba un tercio de la hipoteca de nuestra trágica casita, y Mamá siempre se ponía alegre y con ganas de comprar víveres cuando depositaban los cheques de la pensión alimenticia el primero y el catorce de cada mes. Había pedido más dinero en préstamos estudiantiles de lo que debía por colegiaturas, y me dijo que le agradeciera a su «soborno» al gobierno por mis nuevas botas para la nieve. Unos cuantos días antes, en el supermercado, puse una pizza congelada en el carrito. Dos segundos después, Mamá la había regresado, diciéndome que 5.99 dólares por una sola comida era un crimen contra la humanidad.

Mamá desapareció por una escalinata curva hacia las habitaciones de arriba. Cabezas de antílope o alce miraban vidriosamente desde las paredes y un espeso tapete de color amarillento, algún otro tipo de piel, abarcaba el espacio entre dos sillones de cuero en forma de *L*. Las personas a las que pertenecía esa casa eran asesinos. Me quité los zapatos y enredé los dedos de los pies

entre el pelaje.

Sobre la mesa de centro había un recipiente de cristal cortado lleno de almendras. Jamás había probado una. Abrí la tapa y tomé un puñado; me llevé una a la boca. Se dividió en dos mitades ante la presión de mis dientes y liberó una suerte de dulzura, familiar de una manera inversa, como si finalmente hubiera llegado a la fuente de algo que sólo conocía como eco y rasgo; la pasta dentro de un chocolate Almond Joy, un café de gasolinera con ese saborizante. Las almendras dejaron un sedimento blancuzco sobre mi lengua. Seguí comiéndolas. Ahora las almendras me saben a esa casa, al éxito de alguien más. Me saben *robadas*. Para mí, siempre sabrán a dinero.

Menos de media hora después vomité en el baño principal, abriendo las llaves del agua para ocultar el ruido aunque yo estaba en el tercer piso y Mamá fregaba la estufa con una fibra mientras cantaba al ritmo de una estación de música country. Las almendras regresaron, arena en mi garganta. La cara de Marlena, los brillos parpadeando desde sus pómulos. ¿Siempre usaba maquillaje o así era su piel? Vidrio molido, como se ve una bola de nieve en un día soleado si la sostienes a la altura de los ojos. Sus dedos pegajosos, recorriendo mi quijada con lentitud.

Hice la limpieza como si se tratara de una penitencia, hasta que me dolieron los brazos y los ojos me ardieron por el polvo, hasta que pude sentir el sabor químico del Clorox, hasta que blanqué mis pensamientos. Mamá revisó mi trabajo pero no era necesario que lo hiciera; había aprendido al observarla, en diez años de faenas semanales. Pasé la esquina de un trapo mojado con limpiador por cada grieta de los estantes; en el baño, busqué hasta los más pequeños cabellos, mis rodillas moviéndose dolorosamente sobre los mosaicos. Para cuando Mamá y yo terminamos, el sol se hundía en el lago, pintando el universo entero de un rosa apocalíptico.

Me quedé parada sobre el porche del frente, mirando el vecindario desierto mientras Mamá terminaba de trapear el último centímetro frente a la puerta. Apenas podía mover los dedos y una cuerda en tensión corría de la base de mi cráneo hasta mi cuello. Pronto oscurecería. Así funcionaba el cielo de Michigan durante el ocaso: primero se ponía rosa y, segundos después, se transformaba en el negro azulado de la tinta. Después de cerrar la puerta con llave, Mamá se colocó el trapeador debajo del brazo y volvió a meter la llave

en la maceta con hiedra. Una casa tan grande que la nuestra hubiera cabido cuatro o cinco veces con espacio de sobra, y que se encontraba vacía la mayor parte del año. Todavía sigo creyendo que en ese momento aún no había tomado decisión alguna.

Lo juro.

Marlena apareció poco después de que Mamá y yo llegáramos a casa. Yo leía sobre el sofá. Cada par de páginas tomaba una rebanada de queso Brie con una galleta de pimienta, separando el centro cremoso, acre y no exactamente delicioso, de la costra. Había tomado ambos alimentos exóticos de la mansión, junto con un puñado de almendras que me metí en el bolsillo interior de mi abrigo. No había problema con que me llevara el queso y las galletas, dijo Mamá, porque las fechas de caducidad pasarían mucho antes de que regresaran los Hodson. No tocó, sólo el rechinado de la puerta al abrirse y el rostro de Marlena con una pregunta, como *¿No hay problema?* Tan pronto bajé mi libro —un ejemplar gastado de *David Copperfield* que olía a leche agria—, entró de lleno.

—Siempre se ve tan bonita —le dijo Marlena a mi mamá en lugar de saludarla—. Hasta que la conocí, no sabía que las mamás todavía podían ser así de guapas.

—Qué cosa tan linda dices —contestó Mamá parándose un poco más derecha, como si acabaran de ponerle agua. Los modales de Marlena eran rudimentarios, pero era lo que Papá llamaría *agraciada*. Era abrupta de una forma que siempre asocié con las personas maleducadas, pero le daba una especie de brillo a lo que fuera que cautivara su interés. Si de casualidad eso eras tú, no había sensación más sublime. Pero si el haz de su atención pasaba a algo más, como un reflector que barría el horizonte, el resultado era hiriente. Le hubiera ido bien en Nueva York, donde tanta gente cultiva ese aire de intensidad aderezado de indiferencia.

Ya en mi habitación se dejó caer sobre la cama, levantando los pies y cruzándolos a la altura de los talones, lista para chismear. Las paredes pintadas le daban cierta vibración a mi cuarto; creímos ser de lo más ocurrentes al llamarlo la fábrica de ideas. A veces abría la puerta de mi recámara de par en par y cantaba un verso de Joni Mitchell que decía: «vivo

en una caja de pinturas» a todo volumen. Cerré la puerta, rogando que no mencionara el beso. Casi no podía recordarlo, pero los confusos detalles ya eran tan poderosos que incluso acercarme a ellos con cautela, en mi memoria (Ryder y Greg riéndose, la frente de Marlena golpeando mi nariz), hacía que entrara en plena modalidad de pánico.

—Tienes un aguante bárbaro —dijo jugueteando con su prendedor, dándole vueltas y vueltas de modo que su camiseta empezó a subirse. Su tono era amigable, relajado; quizá recordaba el beso todavía menos que yo.

—Ajá, nunca lo hubiera adivinado —respondí, acostándome junto a ella.

—¿En serio jamás habías tomado antes? Como que tengo el recuerdo de que dijiste algo por el estilo.

—No, a no ser que cuente un sorbo de la cerveza de mi papá.

—Quién carajos lo pensaría. Te echaste la cantimplora como si fuera jugo. Como toda una profesional. —A Marlena le fascinaba la vulgaridad. En alguna ocasión la oí decirle a la maestra de coro que no «se viniera en los calzones». Creo que era su manera de rebelarse contra su encanto, que insistía en que era más una maldición que un don, algo que para mí era lo más absurdo que jamás hubiera oído. Pero ahora creo que comprendo cómo una belleza como la suya puede limitarte, cómo puede hacer que tu vida se vuelva cada vez más pequeña hasta convertirse en lo único que los demás creen que eres.

—¡Es que la mota me dio sed!

—Sí, ajá, cómo no. A la siguiente, por favor acuérdate de los demás. También, por favor, el nivel al que quieras embriagarte es tu *prerrogatía*, pero no en San Patricio, donde alguien tiene que cargarte.

—Pre-rro-ga-tiva —dije. Había pronunciado *prerrogatía*.

—¿Qué?

—Así se dice.

—Mierda, ¿estás hablando en serio? —preguntó—. ¿Acabas de corregir mi pronunciación? ¿Usé la palabra de forma incorrecta?

—Pues... no.

—¿Entonces sólo querías dejar claro que eres más inteligente que yo?

—No, sólo...

—Eres una presumida.

—De verdad lo si...

—¿Lo sientes? Yo lo siento más; es una cualidad de lo más detestable. — Cuando ya no dije nada, dejó de hostigarme, probablemente al darse cuenta, y con razón, de que me sentía humillada—. Ya, olvídalo. Lo que realmente necesito en este momento es que seas una niña. ¿Puedes hacer eso? ¿Portarte como una niña tonta y chismosa?

—Mmm, claro. —Me incorporé, todavía sonrojada, y me puse en pose de escuchar. ¿Cómo era que lo que estaba haciendo no fuera ser una niña?

El problema de Marlena era este: ella y Ryder ya no estaban teniendo relaciones sexuales, al menos no cuando no estaban pasados o borrachos o drogados o lo que fuera, y lo peor es que a ella ni siquiera le importaba. No lo *extrañaba*. ¿Pero no era raro que todavía le gustaran los arrumacos y los besos y demás? Todavía lo quería; siempre lo querría. O sea, ni siquiera sabía lo que era el amor excepto en relación con él; se sentía mal tan sólo de *decir* esta clase de estupidez. ¿Era posible que estuvieran cambiando de intereses? Todo esto era una traición horripilante. Si alguna vez se enterara de que él estuviera pensando algo similar a las cosas que ella decía en ese momento, le cortaría el pito para dárselo de comer a Bolt.

—Bueno, eso no parece justo —dije—. En especial porque a Bolt probablemente le agradaría que Ryder no tuviera pito. Menos competencia.

Hizo como si fuera a vomitar.

—Crees que Ryder está pensando lo mismo, ¿verdad? ¿Cómo es que no puedo tolerar la idea de que no esté totalmente loco por mí aún, si a mí se me está dificultando tanto sentir algo por él?

—Mis papás dejaron de tener sexo, oí a mi mamá contárselo a una amiga, hace como mil años. —Me moría de ganas de preguntarle cómo era tener sexo pero tampoco quería que supiera, a no ser que ya lo hubiera adivinado tan sólo con mirarme, que seguía siendo virgen. Los hombres le habían hecho cosas, y ella se las había hecho a ellos también. ¿Cómo sabía qué hacer, cuándo hacerlo, cuáles eran sus intenciones y si algo de todo eso era lo que ella quería? ¿Algún día alguien me haría esas mismas cosas a mí?

—Ay, voy a llorar. Ninguno de los *papás* de nadie tiene sexo. Esa no es la razón por la que se divorciaron. Se divorciaron porque ya no se toleraban y probablemente porque uno de ellos estaba acostándose con alguien más.

—Pues sí, supongo.

Algo acerca de cómo lo dije me delató. Quizá fue que no podía verla. O quizá que mi voz se quebró a la mitad del *pues sí*.

Se volteó, de acostada bocabajo a sentada al pie de la cama, sus piernas colgando de la orilla.

—Vaya. ¿Es algo que te tiene mal?

—No es eso. —Los ojos me ardían y necesitaba dejar de hablar del tema, pero no podía hacerlo—. Simplemente quiero regresar a casa. —Unas cuantas lágrimas rodaron por mi nariz hasta mi boca. Por lo menos estaba haciendo el intento—. Y lo peor es que ni siquiera sé lo que eso significa.

Marlena se inclinó y limpió las lágrimas de mis mejillas con sus nudillos.

—Está bien. Anda, déjalo salir. —Me abrazó. Caí contra ella como tabla. Peinó mi cabello con sus dedos desde mi cabeza hasta la punta, como mi mamá ya casi jamás lo hacía. Sin pensarlo, me relajé contra su hombro, y más tarde volteé mi rostro hacia su cuello, sollozando con tal fuerza que temblaba.

—Oye —dijo Marlena—, aquí estoy.

Mamá tocó a la puerta. Salté de mi lugar, girando hacia ella.

—Chicas —dijo.

—¿Sí? —respondimos.

Entró a la habitación, notando mi tensión, mis ojos inflamados y la postura rígida de Marlena.

—Marlena, querida, con todo gusto puedes quedarte el resto de la noche —dijo Mamá—. ¿Tienes que avisarle a alguien o algo por el estilo?

—No, para nada —dijo Marlena—. No hay problema.

—Okey. —Mamá nos observó un instante—. Entonces me voy a la cama.

Tan pronto como la rendija debajo de la puerta de Mamá se oscureció, Marlena y yo armamos nuestro campamento. Buscó en nuestros estantes y sacó una lata de frijoles refritos y una lata chica de chiles verdes picados, que eran algo que jamás comíamos y con toda seguridad ya estaban en la casa cuando nos mudamos. Mezcló el contenido de las dos latas para hacer una pasta que embarró en una charola para galletas, después cubrió el mazacote con rebanadas de queso estilo americano, y lo metió todo al horno sin precalentar.

—Ups —dijo, y lo prendió—. ¿Habrás algo de beber? —Abrí el refrigerador y saqué un galón de leche entera, fingiendo que bebía directo de él hasta ahogarme. Marlena se rio con la boca totalmente abierta; una risa desagradable. Se dobló hacia adelante, golpeándose la pierna sin que saliera sonido alguno más que una especie de silbido. Después de que nos calmamos, Marlena volvió a inspeccionar los estantes. Varias cajas de Chablis Franzia (la bebida nocturna de Mamá desde que yo tenía memoria) llenaban el estante inferior. Marlena sacó una del fondo—. A tu mamá realmente le gustan sus vinos blancos finos. Hay como cien de estas.

Mientras Marlena llenaba dos vasos gigantes de plástico con vino, yo reorganicé las cajas para que se notara menos la que faltaba. Un grasiento cúmulo de nervios se instaló en mi estómago. No era del todo desagradable. Me sentía hiperalerta, como siempre me sucedía con Marlena, esa sensación de ojo del huracán. Mamá no tenía razón para no confiar en mí y compraba una caja nueva cada vez que íbamos al supermercado. Cuando había oferta en Meijer, compraba cuatro. Las probabilidades de que se diera cuenta eran mínimas. Me imaginé a Mamá despertándose porque hacíamos escándalo y encontrándonos ebrias; a Mamá notando el vino faltante al organizar la despensa; a Mamá oliendo la comida en el horno y despertándose de un brinco, segura de que la casa estaba en llamas. Pero también tenía recuerdos: Jimmy y yo sacudiendo a Mamá por los hombros después de quedarse dormida en el sofá a las once de la noche de un sábado, Jimmy y yo peleándonos a gritos en el baño junto a la puerta de su cuarto en una de esas noches antes del divorcio cuando Papá todavía no llegaba a casa. Mamá Durmiente no despertaba hasta que estuviera lista. Acomodé las cajas de vino para que no se notara el faltante. No nos descubriría.

Nos tomó dos viajes a la sala transportar la caja de vino, nuestros vasos, el *dip* de frijoles y un paquete de galletas saladas, en sustitución de los totopos de maíz que no teníamos, y nos acabamos tanto la comida —no tan mala como esperaba, en especial después de terminarme el primer vaso de vino— como suficiente bebida para tratar de pararnos de manos contra la pared de la sala. Después de una cantidad de tiempo indeterminada, me golpeé la cabeza contra la mesa de centro con tanta fuerza que a la mañana siguiente apareció sobre mi sien un bulto del tamaño de media pelota de ping-pong. Marlena

soltó un torrente de balbuceos exaltados que casi sonaban a francés. Me impulsé hasta la silla de la computadora y prendí el módem mientras Marlena se acostaba sobre el sofá. Cuando se encendió la pantalla, me enteré de que era la una de la mañana.

Embarré lo que quedaba de los frijoles en una galleta salada y tecleé mi correo y contraseña, esperando que hubiera algo de Papá. Nada. Abrí un correo en blanco, deseando estar lo bastante sobria para escribirle algo acerca de todas las maneras en que había fracasado, deseando saber cómo poner en palabras el horrible cosmos en mi interior, para *explicarle*. ¿Lo preocuparía recibir un correo de mi parte a esas horas de la madrugada?

—Préstame atención —exigió Marlena estirando una de sus piernas, que colgaban sobre el brazo del sofá, hasta que su pie dio contra mi codo e hizo que mi mano se deslizara sobre el teclado.

—De acuerdo, de acuerdo —dije.

—Si fueras a matarte —preguntó Marlena, rompiendo una galleta entre los dientes—, ¿cómo lo harías? —Uno de sus brazos estaba doblado debajo de su cabeza. Las puntas blancas de sus dedos descansaban contra su quijada.

—Me ahogaría. Como cómo-se-llama. La escritora. Virginia Woolf. Con los bolsillos llenos de herraduras o algo así.

—¡Ahogarse! Eso es terrible. Tiene que ser la peor forma de hacerlo, la peor de las peores. Requiere una eternidad de tiempo.

—No; es como congelarte —di una vuelta en mi silla, para mayor énfasis—. Al principio duele y quizá te arrepientas, pero sólo por un segundo. Y después todo es paz y te quieres dormir.

—Creo que yo usaría una pistola —dijo Marlena, los ojos fijos sobre el ventilador en marcha—, o quizá simplemente me pondría bien, pero bien drogada. Pufff. Morir con las botas puestas. —Pateó mi silla, fuerte, una y otra vez, de manera que di tantas vueltas que casi caigo al piso.

—¿Sabes a quién odio? —dije, después de actualizar la bandeja de entrada de mi correo. Todavía sin señal de Papá.

—Déjame adivinar.

—Ahora tiene un *bigote* —dije—. Lo detesto por eso. Y porque Becky literalmente tiene doce años. También por la vez que se demoró una hora y diez minutos cuando tenía que recogerme del catecismo. Y por el hecho de

que tengo sus malditos ojos. Y por su estúpido hoyuelo.

—Sabes que tener un bigote realmente no cuenta como razón para que odies a alguien, ¿verdad? De hecho, la mayoría de esas cosas no cuentan. La razón por la que odio a mi papá es que se gastó todo nuestro dinero y tuve que pedirles comida a los vecinos.

—El bigote cuenta, sí cuenta. Es algo enfermo. Es un símbolo —dije, pero sabía que estaba siendo infantil. Y después, temerosa de estar monopolizando la conversación—: ¿Y tú? —Supuse que empezaría por Bolt; a medida que intimábamos más, esperaba que me explicara el misterio de su presencia—. ¿Quién está en tu lista de más odiados? —Se quedó sentada un momento, chupando un cubo de hielo—. ¿Quién, Mar?

—El señor Ratner —dijo, escupiendo el trozo de hielo en su vaso—. Mi maestro de Ciencias del primer año de secundaria.

—¿No Bolt?

—Él es inofensivo —dijo, pero mentía, y lo supe a pesar de estar ebria—. El señor Ratner está en las escuelas, rodeado de chicas todo el día, cinco días a la semana. Seguramente es la razón principal por la que empezó a trabajar como maestro.

—Okey —dije.

—El señor Ratner —prosiguió—, porque fue agradable conmigo. Porque me hizo sentir que era especial, que era mejor que todos los demás. Al principio sentí como si hubiera ganado algo y él lo sabía, que ningún maestro me había prestado atención en realidad excepto cuando me reportaban por haber faltado a una prueba o lo que fuera. Me miraba desde el frente del salón como diciendo *Hola, tú*, y realmente creí que se trataba de eso, de que era buena en Ciencias. —Era algo que podría pasarle a cualquier chica; quizá esa era la razón por la que le gustaba contar eso en lugar de hablar de Bolt. Un día, cuando buscaba un vaso de precipitado en el clóset de materiales, el señor Ratner deslizó las manos en los bolsillos traseros de sus jeans. Ella abandonó la clase, él le puso una calificación baja, y aunque técnicamente se la merecía por no haber regresado a clases el resto del semestre, odiábamos al señor Ratner con una particular intensidad.

No tardó en pasar de los crímenes a la justicia. Se tomó su tiempo describiendo el castigo que merecía el señor Ratner; la violenta y creativa

extracción de sus testículos por parte de un halcón de caza, atraído por un ratón atado a su pene. Marlena era la mejor tratándose de justicia; los delitos la deprimían. A todos los hombres que le habían hecho algún daño quería servirles huevos duros con pequeñas bolsas llenas del semen de desconocidos en lugar de yemas. Los queríamos asesinados, desmembrados, conservados en congeladores y después, accidentalmente devorados por sus propios hermanos. Pero nunca, en todos los meses que nos dedicamos a esos eternos desvaríos en los que rumiábamos sobre lo que nos habían hecho la mayoría de los hombres a los que conocíamos, nunca llegó a Bolt. ¿Qué tanta de su cruenta y ridícula violencia inventada estaba dedicada a él en realidad?

—No lo sé —dijo Marlena después de sugerir simplemente bajar al señor Ratner de cabeza a un tambo lleno de ácido corrosivo—. Ninguna de las opciones me parece lo bastante psicológica.

—Tienes razón. En realidad lo que te hizo fue más como un juego mental. Es igual a mi papá. Un manipulador experto, como llama mi mamá a ese tipo de personas.

—¡Qué diablos! —dijo Jimmy—. Son las tres de la mañana. —Estaba de pie en el umbral de la sala; las sombras azules del televisor se proyectaban sobre su cara.

—Hola —dijo Marlena, sentándose derecha. Se sacudió las migajas del pecho y se acomodó la camiseta.

—¿Cómo estuvo el trabajo? —pregunté.

—Como es el trabajo —respondió Jimmy.

—Fantástico. ¿Podrías retirarte?

—¿Y si quiero ver televisión?

Protesté. Marlena se recorrió en el sofá hasta que quedó en el lado más cercano a mí, dejando dos cojines completos para Jimmy. A pesar de todo ese espacio libre, este se sentó en el cojín junto a ella y cruzó la pierna derecha, su talón contra la rodilla, de modo que el arco de su pie y la curva de la pierna de Marlena quedaron separados por un suspiro.

—¿Quieres cambiar el canal? —le preguntó ella, entregándole el control remoto. Él lo tomó con cuidado, como si se pasaran algo que pudiera romperse. No creo que se hayan tocado una sola vez; Marlena estaba acurrucada contra el brazo del sofá. Pero cuando finalmente nos levantamos

para ir a la cama, justo en ese momento en que la noche empieza a transformarse en día, él pronunció su nombre.

—Marlena —dijo—. Noches.

—Noches —respondió ella, quedándose cerca del sofá.

—¿Necesitas un cepillo de dientes o algo? —dije, demasiado fuerte para la hora desde la puerta abierta del baño. Lo demás que hayan dicho, si es que se dijeron algo, no pude escucharlo.

La única clase a la que Marlena asistía con cierta regularidad era a la de Coro, de modo que la mayoría de los días de la semana en que yo faltaba a la escuela, después de que Jimmy o el camión me dejaran frente a ella, me reunía con Marlena en la perrera y de allí viajábamos por nuestra tortuosa ruta alrededor de dos y medio kilómetros cuadrados que incluían el centro, el Mapletree, el inframundo de San Patricio y el rompeolas con el faro asentado pesadamente en su extremo, donde fumábamos cigarros y mota y, en una ocasión, dividimos una pastilla misteriosa que Marlena encontró debajo de la mesa de ping-pong sobre la que ella y su familia comían. Ni la más exhaustiva búsqueda por internet ni los vastos conocimientos de Marlena en cuanto a pastillas, sus variedades y sus usos, nos acercaron a identificar el pequeño círculo blanco, del tamaño aproximado de un borrador de lápiz y sin marca alguna. La tomamos por allí de las once de la mañana; a los cuarenta y cinco minutos determinamos que era éxtasis. Pasamos el resto del día acampando en los pasadizos de San Patricio, trazando nuestras venas con un hilo que Marlena había tomado de su gorro y discutiendo sobre el paraíso. Marlena creía en él, yo no (al menos hasta el momento en que el éxtasis empezó a aullar por mi torrente sanguíneo, detonando fuegos artificiales en las puntas de mis dedos). Decidí que en realidad el paraíso era un concepto, un estado mental, ¿y no debíamos aspirar a tenerlo aquí y ahora y no en un futuro impredecible, un futuro en el que existían las mismas probabilidades de que fuésemos gusanos o criaturas celestes?, lo cual podía ser un tipo de paraíso si realmente lo considerabas, y así sucesivamente durante horas. Cuando empezó a pasar el efecto, las dos tiradas de espaldas con las cabezas inclinadas hacia la otra de modo que se tocaran, le pregunté que cómo se sentía el sexo.

—A veces se siente como una comezón que tienes muy dentro, como en el

estómago —dijo Marlena—, y a veces es muy jodidamente doloroso. He tenido ocasiones en que no se siente como nada en absoluto. Es sólo sexo, Cat. Se siente como sexo. Si le tuviera que dar una calificación, como en las Olimpiadas, le daría un tres y medio. Un cuatro.

En los días en que ella no faltaba a ninguna clase, la esperaba en la biblioteca o en la librería, tomándome mi tiempo hasta que terminara la clase de Coro o la de Trigonometría, su improbable segunda favorita. Jamás conecté mi fechoría con lo que Papá había hecho durante meses, cuando fingía que iba a trabajar y en lugar de ello hacía lo que sea que haya hecho; con Becky, sin duda, pero probablemente también horas y horas de cosas estúpidas para matar el tiempo, las mismas que me descubrí haciendo. Mirar fijamente por las ventanas de un café, recorrer las mismas diez cuadras. Era un pueblo pequeño; la única razón por la que no me descubrieron era que nadie sabía de quién era hija.

En esos largos días sin clases, Kewaunee era tanto nuestra prisión como algo semejante a un parque de diversiones; cualquier instante podía convertirse en una aventura, porque ¿acaso no éramos demasiado grandes y bellas y salvajes para ese pueblito?, ¿dos chicas que pensábamos que sólo podían vernos si lo permitíamos, caminando a hurtadillas por el J. C. Penney y saliendo con seis capas de lencería debajo de la ropa; escabulléndonos al interior del pub para meter un gancho de ropa en la máquina de cigarros hasta que logramos sacar una o veinte cajetillas de Parliaments; liberando perros atados; convenciendo a Fred Dixon, de cuarenta años y que vivía arriba de la lavandería automática, de que se bebiera el agua amarilla del fondo de su pipa de mota hasta que vomitó por la ventana y huimos por su escalera de incendios, muertas de la risa; pidiendo con acento alemán elaboradas bebidas de café; cortándonos el pelo mutuamente en el baño del bar del Mapletree y fingiendo ignorancia cuando la mamá de Ryder exigió que explicáramos el desastre; atando a las bancas que rodeaban el centro del pueblo tangas robadas; cantando versiones lentas de las canciones del radio en la esquina de una calle para las cuatro personas que pasaron frente a nosotras; deleitándonos con *croissants* del día anterior rescatados del contenedor de basura afuera de la panadería francesa donde se negaron a atendernos; tatuando los nombres de nuestros enemigos en las paredes de cada baño público que pudimos encontrar; enloqueciendo a

Ryder y a Greg al hablar jerigonza o no hablando en absoluto, comunicándonos con los ojos y las manos con señales que sólo nosotras podíamos comprender? Estábamos *taaaaaaaaaaan aburridas*, horrible y trágicamente aburridas. ¿No nos merecíamos algo más? ¿No éramos lo más especial que ese sitio jamás hubiera visto?

Ya no se considera que la nostalgia sea una enfermedad, no en un sentido técnico, pero en alguna ocasión lo fue; Johannes Hofer, médico suizo del siglo XVIII, le dio nombre a la aflicción, a partir de las palabras griegas *nostos* (hogar o, incluso, regreso al hogar) y *algos* (dolor). Se trataba de una enfermedad responsable de suicidios, de la aparición de fantasmas, de la manifestación de voces incorpóreas, que enloquecía a sus víctimas mediante la añoranza. Una melancolía aguda, pero específica de un objeto o lugar. Los casos diagnosticados se presentan en ciertas estaciones —comúnmente en el otoño— y a causa de ciertas canciones. «River». «Landslide». «California». «Country Roads». Progresiones de acordes en la, do y sol. Mejor cantar. *Nostos algos. Quiero regresar a casa*; una frase atorada en repetición automática que escucho antes de dormirme, cuando hago fila para esperar mi café, cuando pulso el botón del elevador y subo por el cielo hasta mi departamento, repasando las palabras como si fueran una piedrita de la buena suerte; sin embargo, mi deseo no está vinculado con ningún lugar en particular; ni con Silver Lake ni con Marlena, ni con Mamá o Papá o Jimmy. Quiero regresar a casa, quiero regresar a casa, pero lo que quiero decir, aquello que trato de recuperar, no es un lugar, sino un sentimiento. Quiero regresar, pero ¿regresar a dónde? Quizá a la primera ocasión en que escuché a Stevie Nicks, a observar la nieve que cae afuera de la ventana con un libro de bolsillo sobre las piernas, al momento antes de que probara el alcohol, a la virginidad y a no saber en realidad que las cosas mueren; regresar a creer que todavía hay algo grandioso a futuro, a antes de tomar las decisiones que me acorralaron a la vida que llevo ahora. Una vida de la que en ocasiones me arrepiento, creo, únicamente porque es mía, porque salió de esta manera y no de otra, porque no puedo regresar y cambiar lo que sucederá. Lo que le sucedió a ella.

Nostos algos: dolor por el hogar, un dolor al fondo de mi esencia misma.

Entonces, muy rápidamente, como podrás ver, en no más de algunas

semanas se convirtió en mi mejor amiga. Yo era la primera persona, me dijo, cuyo cerebro se movía con la misma rapidez que el suyo, que entendía las cosas raras que decía, sus chistes, sus insultos viles e inventados, y que podía acrecentarlos con mi propia cosecha. Un mejor amigo es algo mágico, como encontrar un tronco hueco lleno de agua que te hará vivir para siempre, o toparse con un campo lleno de unicornios o estar dentro de un ropero un instante y en un bosque nevado al siguiente. Yo no tenía la más mínima intención de dar por sentada nuestra relación, con sus extrañas coincidencias y las promesas apasionadas —expresadas e inexpressadas— que se necesitaban para conservarla. Día tras día hice sacrificios, aunque no se sintieron como sacrificios en el momento, redefiniéndome respecto de ella, hasta que nos convertimos en el equipo perfecto: ella, impulsiva y valiente; yo, calculadora y vigilante; ella peligrosa, yo confiable; ella bonita, yo dulce; ella drogada, yo borracha; y así sucesivamente, etcétera. Yo le pedía indicaciones a la cajera mientras ella se robaba anillos, libros de pasta dura, un par de zapatos de hombre; y más tarde, después del cambio de turno, yo lo regresaba todo a cambio de dinero en efectivo. Yo bebía *lattes* porque los *mochas* eran sus favoritos. Ella cantaba la melodía, yo la segunda. Ella, rubia y delgada como varita; yo castaña y casi regordeta. Entre las dos, una chica perfecta.

En ocasiones sentí miedo; cuando noté una cámara espíandonos desde el techo de la *boutique*, cuando la patrulla le dio vueltas al parque mientras nos escondíamos dentro del quiosco, la marihuana en los bolsillos de Marlena tan aromática que estaba segura de que la policía la notaba incluso con las ventanas arriba. Cuando se reunió con Bolt en la marina y me dijo que me fuera a caminar y regresara en treinta minutos o una hora, y en especial cuando regresé antes y la vi a horcajadas sobre las piernas de él, su rostro con una gigantesca y falsa sonrisa, lo callada que estuvo el resto del día, ensimismada, toqueteando la nueva bolsita de pastillas en su bolsillo, ausente sin importar lo mucho que tratara de traerla de vuelta. La mitad de las veces, cuando Bolt aparecía, todo su cuerpo se cerraba, como una computadora en suspensión; unas horas después alejaba su nombre de la conversación de un manotazo, como si se tratara de un insecto. Ahora pienso que simplemente no podía decidir. Bolt era algo con lo que podía sentirse en control; cuando lo usaba para conseguir sus pastillas, cómo hacía lo que ella quería a cambio de

favores, un beso aquí y allá, o más en ocasiones, principalmente cuando estaba tan pasada que aquello no se sentía real. Pero a solas, o conmigo, creo que cuando pensaba en Bolt se sentía incomprensiblemente aterrada y —peor que eso para Marlena, una chica que sabía cómo vivir con el miedo— humillada. Creo que esa era la razón por la que no podía decírmelo. No quería que pensara menos de ella, y en algún punto del camino, una de las cosas que arruiné por completo fue darle la impresión de que, si lo supiera, así sería.

Jamás le dije que no, ni la detuve o la presioné para que me dijera qué era lo que realmente sucedía, y ni siquiera pensé dos veces en regresar a la escuela, en especial cuando me percaté de que nadie advertiría si iba o no. Esos días fueron tan monumentales y eléctricos que se tragaron el futuro y el pasado. La miraba de reojo, medio paso adelante de mí, sus mejillas rojas, la curva sonriente de su boca, y sabía. Si renunciaba a Marlena, estaría dejando para siempre algo importante con ella, algo mío que jamás recuperaría.

Lo creí entonces, y mira cómo resultó ser cierto.

NUEVA YORK

Ya había desaparecido mi tercer martini y el bar estaba a reventar. Fanáticos de la hora feliz. Había comido algo: un plátano, un poco de sopa de verduras. Pedí otro trago cuando apareció el mesero. Y la cuenta al mismo tiempo; si pagaba, quizá se me dificultaría decir que sí a más. El martini ya no sabía a nada.

Me lo acabé, junto con la mayor parte del platito de nueces que había aparecido en algún momento de mi estancia en el lugar. Mi diván seguía vacío aunque todos los demás estaban atestados. Había descendido un grupo de mujeres de veintitantos que estaban sentadas en cada superficie disponible excepto por la que yo había asegurado. Quizá trataban de ser educadas. O tal vez pensaron que esperaba a alguien. Llevaban el cabello largo y suelto y la mayoría de ellas usaba jeans, camisas de vestir a la cadera, costosas camisetas de seda. Estaba lo bastante cerca para oírlas. «Perdón, pero» decía la más alta cada vez que empezaba a hablar. La que se recargaba contra el reposabrazos estaba furiosa con su marido y les explicó a todas la razón en dos y tres ocasiones, añadiendo detalles en cada versión. Una no dejaba de hacerle señales a la mesera, llevándoles la delantera a todas las demás; otra tenía la misma media copa de vino blanco desde que habían llegado. Su nivel inalterable y firme me ponía nerviosa. La delgada tomó un triángulo de queso blanco con los dedos; su vecina del lado derecho atravesó una traslúcida rebanada de manzana verde con uno de los dientes de su tenedor. Tocaban sus teléfonos con frecuencia. «Mierda», le dijo la más bonita a su copa, mirando a las otras después de un cambio en la conversación, pidiendo con los ojos algo que no podía expresar.

—Literalmente, es como si estuviera poseída —le dijo una mujer a otra acerca de alguna amiga embarazada y yo me reí con tal fuerza, mirándolas directamente, que de súbito todas se percataron plenamente de mí.

Intercambiaron sonrisitas horrorizadas.

—Es que es cierto —dije, pero las palabras salieron mal. Una de ellas emitió una risita; una pequeña amabilidad. Me aseguré de haber firmado la escandalosa cuenta e incluir una propina, y me puse el abrigo.

Cuando espero convertirme en amiga de alguna mujer, solemos reunirnos, al principio, en distintos bares. Lugares poco iluminados con complicadas cartas de vinos y platitos para compartir. Pedimos cosas elegantes y caras, ajustando las elecciones en función de la otra. El bonito círculo de atún, la manera en que las gemas crudas se mueven en el plato cuando le das un golpecito con el cuchillo. Las densas rebanadas de *focaccia*, el romero entretejido en la masa. Al igual que el sexo y cocinar y ver malos programas de televisión, al igual que comer y existir en el mundo después del ocaso, hablar se ha vuelto difícil para mí si no estoy bebiendo. Después de un rato, de una hora o menos, si no va a funcionar, empiezo a notar la manera en que ella interrumpe y sigue adelante con su historia o me hace pregunta tras pregunta. La manera en que pide una segunda bebida; cuando lo hago yo, que es generalmente antes de que se acabe la suya, o cuando está lista o jamás. La manera en que come, pasando con cuidado una porción a su propio plato, la servilleta abierta sobre el regazo, o si se siente cómoda de inmediato y usa los dedos. Si pica su comida. Si escucha con atención. Su tono cuando menciona a su pareja, a la última persona con la que cogió. Si le importa lo que pienso. Cada uno y cualquiera de sus tics, las que hablan con las manos, las que se remueven en las sillas, las que se muerden los labios, las que evitan el contacto visual, la mujer a la que adoré de inmediato, que se acercaba demasiado si trataba de hacerse entender, que colocaba la mano enfáticamente en cualquier parte de mí que pudiera alcanzar y que trataba de convencerme tocándome. Observo todo y empiezo a ver la silueta de la mejor amiga, de la chica a la cual se amoldó, en consonancia. Para muchas mujeres, el proceso de convertirse requiere de dos. No es difícil ver las marcas que dejó la otra.

Ya afuera, me quedé parada inestablemente cerca de la entrada. La lámpara de la calle emitía su líquido fulgor. El mundo entero era un círculo que se estrechaba, conmigo en el centro. Su radio era breve. Saqué mi teléfono y lo sostuve en la mano mientras cruzaba la calle para adentrarme en el parque Washington Square, donde me senté a la orilla de la fuente.

Sal contestó al segundo timbrazo. ¿Bueno? dijo. Una pregunta. Tuve que concentrarme para evitar que mis consonantes se derritieran en vocales. Eres tú, dije. Estaba lo bastante borracha para no tener problema en fingir que llamarnos por teléfono era normal. No sonaba tan viejo como en el mensaje de voz. Casi se lo dije. Experimenté nuestra conversación como si me observara a mí misma desde una distancia íntima. Diciendo, de manera casual, claro que te recuerdo, me da gusto que hayas llamado, mañana, claro, te parece bien a las seis, me parece perfecto, no puedo esperar, te veo entonces. Y después, con una pequeña oscilación en mi voz, Será agradable hablar de ella, con alguien que sabe. Me incliné hacia el silencio que provenía del teléfono, hacia la palabra *ajá*, cuando finalmente apareció, después de una pausa sólida. Ajá.

Colgué y le mandé un mensaje a Sal con la dirección del bar donde nos reuniríamos la tarde siguiente, un lugar cerca del trabajo donde también podías pedir café y té. ¿Por qué había sonado dudoso? Eso era justo el tipo de cosa que le hubiera gustado a ella. Nosotros dos después de tantos años, el dramatismo implícito, esta prueba adicional de su atracción perdurable.

El parque estaba lleno de gente. Pasaron tres chicas preciosas, de diecinueve o veinte años, haciendo sonar sus tacones, su cabello peinado y reluciente; las vi magnetizar las partículas del aire, de modo que atraían la atención de cada persona frente a la que caminaban. Después de un momento me levanté para marcharme, pero nadie me miró.

MICHIGAN

Cinco años después de mi breve carrera como desertora escolar, en un curso universitario de literatura, aprendí la regla de Aristóteles para el final de las narraciones. Me vi a mí misma, los jeans rotos por las rodillas, sentada junto a mi madre en la oficina del director Lacey, mordisqueando una pluma. Tan ridículamente joven. ¿Cómo es que me había engañado en cuanto a que el asesino que nos perseguía desde el primer párrafo no terminaría matando a alguien al final? A pesar del hecho de que en todo momento lo *supe*. Sorprendente e inevitable; ¿existe algo que describa mejor la sensación de que te descubran en una mentira?

El día que me descubrieron, Mamá consultó mi horario, pegado sobre el refrigerador, y armó su día para que tuviera hambre justo después de que yo terminara Historia Mundial y estuviera de camino al Recreo A. De camino al pueblo pasó a comprar una pizza de cinco dólares en Spicy Bob's, la ventanilla de comida para llevar de la estación de gasolina. No tenía plan alguno y deambuló por el perímetro de la cafetería tres veces, caja de pizza en mano, antes de enviarme el mensaje: *En tu escuela con una pizza de SPICY BOB'S, ¡sal, sal de donde te encuentres!* Después de unos minutos, decidió ir a las oficinas administrativas para preguntar si podían vocearme por el sistema de intercomunicación. Y así comenzó lo que me imagino como una rutina de comedia de errores, donde Mamá insistiría en que yo había acudido a clases desde el principio del semestre mientras que la señora Tenley (quien estaba a cargo de las asistencias) insistía con todavía más ahínco en que jamás me había aparecido por allí y que mi ausencia la llevó a concluir que aún no nos habíamos mudado al área.

En el instante preciso en que recibí el mensaje de Ma-má, le pedí a Ryder que me dejara en el centro del pueblo, diciendo únicamente que necesitaba verme con alguien. Caminé el kilómetro que faltaba hasta la escuela con la

determinación de alguien falsamente acusado.

—Le dije que se aparecería —dijo Mamá. Su confianza vaciló cuando la señora Tenley nos arrastró hasta la oficina del director Lacey, donde esperamos en un incómodo silencio hasta que una procesión de adultos terminó de llenar sus tazas de café y de acomodar sus sillas en semicírculo. La irritación purpúrea en la piel afeitada del director Lacey se extendía por sus mejillas. Además de tener que explicarnos con él y con la señora Tenley, también tuvimos que hacerlo con una mujer de nariz prominente que se dedicó a tomar notas («Por favor, díganme Cher», indicó durante las presentaciones) y que era una psicóloga o trabajadora social.

—Fui a la biblioteca, no sé. Anduve por allí. Le pueden preguntar a la bibliotecaria —dije, preguntándome si recordaría las dos horas que pasé allí, cuando la señora Tenley me pidió que diera cuenta de las seis semanas que había faltado a clases.

—¿Pero por qué? —preguntó Mamá.

Más temprano, ese mismo día, me reuní con Marlena y Ryder en la parada del autobús. Había elegido mi atuendo con especial cuidado porque sabía que iba a ver a Ryder desde un principio. Mis pantalones estaban rasgados a la altura de las rodillas y llevaba una camisa a cuadros que había sido de Jimmy años antes, demasiado grande pero no gigantesca; un seguro la cerraba en el punto donde se topaba con mi brasier negro *push-up*. Se le habían caído varios botones hacía años y yo los había reemplazado con un seguro después de notar que Marlena hacía reparaciones de aficionada con ellos o con broches, prefiriendo estos métodos rápidos a la costura. El camión iba trepando como una oruga por la blanca colina hacia Silver Lake cuando Ryder apareció en su camioneta.

Marlena abrió la guantera y sacó un frasco de crema de cacahuete que me lanzó. Su vestido de algodón color melocotón se abría en un vuelo a la altura de la cintura. Debajo traía puestos unos jeans. Ni una grapa o seguro a la vista.

—Ten cuidado con eso —dijo Ryder, mirando por el espejo al autobús. Marlena y Ryder habían estado *en pausa*, como decía ella, por dos semanas. Un día estaban fríos y enojados entre sí, y al día siguiente tan coquetos que

dejaban a todo el mundo fuera. Hoy se hallaban en algún punto intermedio.

—Dinero, dinero, dinero —dijo Marlena.

—Mi dinero —corrigió Ryder.

El frasco no pesaba nada. Lo abrí. Toda la crema de cacahuete había desaparecido, aunque aún quedaba un leve aroma a nueces. El interior estaba pintado de un color lodoso, de modo que a primera vista era posible que creyeras que todavía tenía su contenido original, aunque en una versión profundamente oscura y podrida. Al fondo, dos bolsitas de plástico, lo bastante grandes para contener un aparato dental infantil. Saqué una de ellas y la sostuve por el sello frente a la ventana embarrada de sal de la camioneta. Los cristales ligeramente morados parecían esos palitos con azúcar en forma de pequeñas rocas. Casi divertidos, aunque yo sabía lo que era.

—Bombazo Barney —dijo Marlena.

—Es meta, ¿verdad? —Me di cuenta de que jamás había dicho *meta* en voz alta. Marlena y yo siempre le dábamos vuelta al asunto—. ¿Por qué es morada?

—¿Meta? —dijo Ryder, remedándome. Quizá había dicho la palabra incorrecta. Le decían *hielo* o *crystal*, o incluso, en broma, *cocaína de blancos pobres*, pero hubiera parecido todavía más ridícula de haberme referido a ella con cualquiera de esos nombres—. Sí, es *meta*. Sólo tiene unas gotas de colorante artificial. Todo es cuestión de mercadotecnia. No te pone hasta la madre de forma distinta, pero puedo hacer que la gente crea eso simplemente por cómo se ve.

—Además, cobra más por ella —dijo Marlena—. Porque, aunque es pura mierda, se ve de lo más adorable.

—Ahora conozco todos sus secretos. —Confiaban en mí lo suficiente como para permitirme acompañarlos; casi me sentí agradecida, honrada. Habría hecho lo que me pidieran.

—Estoy aterrado —dijo Ryder—. Te das cuenta de que, básicamente, eres nuestra cómplice, ¿verdad?

—Aaay, ella jamás diría nada —respondió Marlena, dándose vuelta en el asiento para mostrarme su cara de *Ryder es un imbécil*; los ojos levantados al cielo, la boca volteada hacia abajo—. Esta chiquita es una bóveda.

—¿Barney? —pregunté. ¿*Cómplice*?

—Te quiero yo, y tú a mí —cantó Ryder, y con buena voz, por cierto—. ¿El dinosaurio morado, abusador de niños? Greg cree que la gente se siente más segura si compra algo que tenga el mismo nombre que uno de sus recuerdos de infancia. Yo creo que la gente compra drogas porque eso son, pero los mejores líderes ceden el dominio de cuando en cuando para darles a sus siervos una ilusión de control, de modo que le pusimos Barney.

—¿Greg sabe que te refieres a él como tu siervo? —pregunté.

—No —respondió Marlena—, porque Lord Ryder sólo tiene los huevos para decir ese tipo de cosas enfrente de nosotras, las sumisas niñas. —Ryder se rio y le revolvió el cabello con una mano mientras seguía conduciendo con la otra. Yo jamás podía determinar si las bromas lo harían enojar o divertirse; lo había visto enfurecerse por mucho menos. A Marlena no parecía importarle ni lo uno ni lo otro.

Dejé caer la bolsita de vuelta en el tarro, cerré la tapa hasta que no pude apretarla más y se lo devolví a Marlena. Ella volvió a guardarlo en la guantera. Después sentí raros los dedos. Froté las puntas entre sí, tratando de determinar si había quedado polvo o algún residuo sobre ellos. *Cómplice* era una bonita palabra.

Condujimos por el pueblo; Marlena y Ryder cantaban una tonta canción country que hablaba de manchas de salsa. Cada vez que Marlena se desparramaba sobre mi cama y confesaba la última vez que había recaído con Ryder —otra vez empezamos a besuquearnos, suspiraba, pero eso no quiere decir *nada*—, sentía un atisbo de celos. En las semanas de su pausa se me había metido una idea en la cabeza. Si Marlena no estaba con Ryder, eso quería decir que a él quizá podría gustarle alguien más. La idea era pegajosa y se expandía cada vez que él me prestaba cualquier tipo de atención especial. Como ahora; la forma en que cantaba la segunda con ella. O como cuando Marlena le dijo que cambiaran de canción y esperó a que yo estuviera de acuerdo antes de decir que sí.

Dimos vuelta en una calle cerrada a unos kilómetros del centro de Kewaunee, donde mansiones similares a las que yo limpiaba con Mamá formaban un círculo perfecto alrededor de una calle redonda. Marlena y yo esperamos en la camioneta mientras Ryder se bajaba y golpeaba una de las puertas. A sus diecisiete años, era probable que no pesara más de setenta

kilos. Bien erguido, no era mucho más alto que Marlena. Sin camisa, era todo músculos correosos y activos, parte animal, parte niño. El cuerpo de Marlena, el mío, se doblaban como acordeones a la altura de nuestros vientres cuando nos sentábamos, y las diferencias entre los senos de ambas —los suyos pequeños y amplios, con pezones como chocolatitos de Hershey's; los míos más grandes, más *tontos*— parecían casi aleatorias, como si Dios o quienquiera que hubiera sido no se hubiera molestado en crear un plano guía para el cuerpo de una mujer. Cuando mirabas a Ryder no podías imaginarte de qué otro modo podría verse. Cuando yo me miraba a mí misma, veía millones de posibilidades distintas. Un poco menos de peso acá, los senos un poco más levantados, la piel más bronceada, otro corte de pelo, con vello púbico, sin él. ¿Cuál era la mejor? ¿Cuál era la que le agradaría más a él?

Volvió a golpear la puerta, la palma de su mano abierta.

—Detesto cuando no contestan —dijo Marlena—. Siempre me hace pensar que llamaron a la policía.

Ryder sacó su teléfono del bolsillo y lo llevó a su oreja. Su pelo estaba reunido en un mechón color cobre arriba de la nuca, y de perfil apenas podía verse la tenue lágrima del lunar dibujado en su mejilla. A distancia, esa marca le daba un aire de tristeza que se transformaba, mientras más se acercaba, en otra cosa, en algo salvaje, como si fuera una olla de agua a punto de hervir y regarse. Volvió a tocar.

La puerta se abrió un poco. La boca de Ryder se movió y la puerta se abrió de lleno. Dos tipos como de la edad de Jimmy estaban en el rellano. Los dos usaban playeras tipo polo, los cuellos levantados, una sonrisa estúpida en el rostro del que intercambió un fajo de billetes por el tarro de crema de cacahuete de Ryder.

—Ricky Ricones —dijo Marlena.

Después de que los tipos desaparecieran al interior de su palacio, Ryder se quedó parado allí, contando el dinero. Volvió a doblarlo y lo metió en su bolsillo antes de regresar a la camioneta. La totalidad de la transacción necesitó apenas unos cuantos minutos. Incluso los chicos ricos, los universitarios, compraban meta. En mi interior, ya había perdido toda idea de que era algo a lo que temerle; el hecho de que estos tipos la usaran, dentro de sus enormes casas, lo hacía parecer todavía menos notable.

Eso, por supuesto, fue otro error.

Recogimos a Greg (parado afuera de un 7-Eleven, las manos en los bolsillos, el rostro un grito enrojecido), quien se subió al asiento trasero junto a mí con una ráfaga de humo congelado, y fuimos al Taco Bell. En el mostrador, Ryder pidió un paquete de fiesta de veinticinco tacos (sólo en otra ocasión había visto uno de esos, cuando uno de los papás lo llevó a un juego de soccer en Concord) y cuatro refrescos extragrandes. Pagó con un billete de cincuenta. Yo me moría de hambre, pero sólo me permití un único taco; no quería que Ryder y Greg me vieran atascándome. El subidón de adrenalina de la mañana me hacía sentir embriagada, y escupí refresco por el popote en dirección a Marlena.

—¡Zorra! —gritó, ahogando mi taco en salsa picante.

La cajera se acercó y nos dio dos opciones: «O se callan, o se van a portar como imbéciles a otra parte».

—¿Qué tan ansiosa dirías que te sientes en situaciones sociales? —preguntó Cher, reposando los codos sobre sus rodillas como si fuésemos mejores amigas intercambiando secretos. Se le metió el fleco en los ojos—. ¿Crees que quizá, con todos los cambios en tu vida familiar, te sientas deprimida? ¿Como si nadie estuviera prestando atención a lo que tú quieres y necesitas? ¿A lo que tú, Catherine, *sientes*?

—Tomé una mala decisión —dije. El sabor de la tinta, de la pluma que había mordisqueado, se esparcía amargo por mi paladar.

—En realidad nunca había hecho nada como esto —dijo Mamá—. Estoy totalmente sorprendida. Esta no es Cathy. Ella no es así.

Cher echó la cabeza hacia atrás en una especie de relincho silencioso y miró a Mamá con cara de *Claro que eso es lo que dirías tú*.

—Es importante —dijo la señora Tenley, escupiendo cada palabra como si fuese una semilla— que la deje hablar por sí misma.

Casi me resultaba refrescante verme como me veía ella: un desastre, una chica problemática, en lugar de la perfeccionista lameculos que había sido la totalidad de mi vida. Necesitaba conducir las lejos, pero muy lejos de la realidad de dónde había estado pasando el tiempo. No sólo por mí sino por Marlena, por Ryder e incluso por Greg. Por *nosotros*, me encontré pensando.

¿Qué más podía hacer?

Así que, por supuesto, mentí.

Las mentiras que dices para salir de problemas son retorcidas. Evolucionan mientras las cuentas porque su único propósito es ocultar la verdad: que había estado implicada en una venta de drogas con Marlena cuando falté a clases, tal vez, o que estuve bebiendo en exceso. Esas mentiras no tienen que ser necesariamente elegantes, aunque sí requieren tener la prestidigitación de un mago, la capacidad para atraer la atención hacia tus dedos cuando debería estar centrada en tu manga, que es donde desaparecen las cartas. Por ejemplo, le pregunto a Liam cómo estuvo su tarde, sin hacer contacto visual, y me encamino directamente al baño para ducharme. Ese día describí lo que me gustaba hacer en el centro del pueblo, cómo me escondía tras los anaqueles de la librería o la biblioteca y los sitios a los que iba a beber café si tenía algo de dinero. Hablé y hablé, y mientras más hablaba, mayor era la distancia entre lo que ellos creían que había estado haciendo y lo que estaba haciendo en realidad. Mentir se sentía como flexionar un músculo. Resultó que tenía talento para ello.

Mamá no habló durante el trayecto a casa. En el instante en que se estacionó, saltó del auto y me dejó sola en el asiento del copiloto; el motor hacía ruiditos mientras se enfriaba. El aire a mi alrededor se fue haciendo más gélido hasta que coincidió con la temperatura del exterior. En la casa de Marlena había algunas luces prendidas, aunque no se veían coches en la entrada. Sal estaba en casa, pero probablemente solo, aun cuando era lo bastante chico para necesitar a una persona que lo cuidara. Me miré fijamente en el retrovisor hasta que oscureció y mis manos perdieron toda sensación.

Adentro, Mamá estaba hablando por teléfono con Papá. Sus palabras eran conscientes, persuasivas, como si intentara cerrar un trato y parecer distante a un mismo tiempo. Me recargué contra la puerta principal hasta que se cerró casi sin hacer ruido y me quité los zapatos y el abrigo, manteniéndome en las sombras del pasillo para no atraer la atención de Mamá. Ella daba vueltas alrededor de la isla de la cocina, gritando en la bocina. Agarré la extensión inalámbrica de su base en la pared cercana al baño y la llevé a mi habitación,

donde abrí la puerta corrediza del clóset, hice a un lado un montón de sandalias y Keds para el verano, y me acurruqué en la esquina más distante antes de presionar el botón de HABLAR.

—Puedes fingir todo lo que quieras, que esto es tan sólo una fase, pero te lo voy a decir ahora mismo, Rick: algo está mal. ¿Alguna vez habías visto que Catherine hiciera algo como esto? ¿No te molesta ni tantito que tu hija ande vagando por allí, faltando a clases, pasando el tiempo sólo Dios sabe dónde y que ni siquiera parezca remotamente preocupada por las consecuencias?

—No me queda claro qué culpa tengo en todo esto. Yo no soy el que está allí todos los días, el que se supone que está a cargo de sus ires y venires —dijo Papá—. Es una niña inteligente. Tiene derecho a cometer algunos errores. No conviertas todo esto en una tormenta sólo porque quieres llamar mi atención.

—Esto no tiene nada que ver con nosotros, por Dios —siseó Mamá—. Esto tiene que ver con tu hija. Tu hija verdadera, no esa crisis de la mitad de tu vida donde remojas el pito.

Donde remojas el pito, donde remojas el pito, gritó mi cerebro una y otra vez.

—Bueno —dijo Papá—, y allá va toda tu credibilidad.

De su lado, la voz de una chica.

—¡Jesucristo! —dijo Mamá.

Colgué.

Esa noche le mandé a Marlena lo que debe haber sido una docena de mensajes, composiciones tontas y desesperadas. *Necesito hablar contigo, Mi mamá está loca, Ayuda, ¿Dónde estás?*, fragmentos de cuatro o cinco palabras que escribí poseída por una emoción tan febril que casi me cegaba. Una enorme soledad, un profundo aislamiento, un sentido catastrófico y sobrecogedor de que nadie me comprendía. ¿Cuándo se detiene la intensidad de esos sentimientos? ¿Adónde va? A los quince años, el mundo se acaba una y otra vez. Ser tan joven es una especie de violencia contra uno mismo. Ningún tipo de previsión, un sentido exagerado de sabiduría, y sin embargo sigues siendo responsable de tus errores. Es un poco atemorizante recordar cómo me *sentía*, y en qué medida. Ahora, si el mundo realmente llegara a su fin, creo que simplemente no sentiría nada.

Me metí dos cigarros en el sostén, deslizándolos entre mis senos y

colocando los filtros en el hueco al centro de mi pecho. Quería un trago. Quería algo. Frente a la puerta posterior del granero, me asomé por la ventana antes de tocar. Marlena y su papá estaban sentados en el sofá, con Sal entre los dos. Estaban viendo algo en su pequeño televisor de quinta. Me fui sin tocar y me fumé ambos cigarros a solas en la torre. No hubiera habido sitio donde pudiera sentarme. De vuelta en casa, mientras Mamá se bañaba, llené un vaso grande con vino y me encerré en mi habitación; enchufé los audífonos al reproductor de CD para escuchar una de las mezclas que me había quemado Marlena —Pink Floyd, Weezer, mucho Neko Case y Janis Joplin—, el volumen tan alto que mis pensamientos y mi cuerpo se disolvieron en el sonido.

En mi recuerdo más temprano, Papá y yo estamos sentados en el piso frente a la alacena, nuestras rodillas tocándose. Me está ayudando a organizar las latas. No sé leer, de modo que las organizamos por color, por el largo de las letras y por tamaño. Las latas azules abajo, las latas rojas y grandes hasta arriba. Apilamos las latas de atún en un largo cilindro. Cuando terminamos de sacarlas y de volver a acomodarlas en el mejor orden, me sube a sus piernas y empieza a mecarme a una velocidad enloquecedora, para nada como a un bebé. Se levanta y me lleva con él, apretándome con tal fuerza que mis costillas se doblan hacia adentro y me exprime todo el aliento. Cuando me baja, hay una banda sorda de dolor alrededor de mi pecho. Te amo, me dice. Te amo más que a nada.

En lugar de dejarme frente a la escuela, Jimmy entró al estacionamiento y apagó el auto. «Te voy a acompañar adentro», me dijo. Una embarradura de sal formaba un patrón como de copo de nieve sobre el tablero. Cuando era muy pequeña, creía que nadie podía verme a no ser que yo lo quisiera. Después de que Mamá y Papá me dieran mi beso de las buenas noches, solía bajar a hurtadillas por las escaleras y me paraba en la esquina de la sala mientras ellos veían televisión, la cabeza de Mamá en el regazo de Papá, el brazo de él sobre el cuerpo de ella. Me movía entre las sombras y me acurrucaba entre la pared y la parte posterior de un sillón. La pantalla arrojaba luces que bailaban sobre las páginas de mi libro. Era sólo después de

que Mamá y Papá apagaran el televisor y se quedaran en silencio detrás de la puerta de su habitación cuando yo volvía a subir por las escaleras, la casa tan oscura que sentía como si me hubiese transformado en oscuridad junto con ella, del mismo color de la nada como todo lo que me rodeaba.

Bajé el espejo detrás de la visera, ignorando el quejido de irritación de Jimmy. ¿Qué se sentiría ser una estudiante precedida de una mala reputación en vez de una buena? Me veía distinta. Un color amarillento manchaba las comisuras debajo de mis ojos y se difuminaba a púrpura arriba de mis pómulos. El cabello me llegaba a los hombros con la raya al centro, de modo que colgaba lacio a cada lado de mis ojos. Ni un pasador ni maquillaje; un reguero de granos pequeños sobre mi barbilla. Después de que sonó el despertador, había hurgado en el interior de mi clóset durante media hora, probándome combinación tras combinación de ropa antes de sacar unos jeans y una sudadera de la universidad del cesto de la ropa sucia. Pensé que la libertad para vestirme como me diera la gana sería una de las pocas buenas cosas de asistir a la escuela.

—Pero ya.

—¡Voy! —espeté.

Me deslicé del asiento del frente y brinqué por encima de un guante ahogado en un charco de nieve derretida. Jimmy caminaba unos pasos delante de mí con la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos de su abrigo. Una vez que entramos al vestíbulo, casi me arrastró a las oficinas.

—Toma asiento por favor, Catherine —dijo la señora Tenley, levantando la vista de su computadora. Me senté en la más limpia de las sillas manchadas pegadas a la pared. Jimmy me hizo un saludo con dos dedos, al estilo de Papá. Al tiempo que se marchaba se abrió la puerta de la oficina, haciendo sonar un conjunto de campanas que colgaban de la perilla. Marlena. El rostro de Jimmy.

—Los gemelitos Espejo —dijo Marlena.

Se inclinó sobre la barandilla frente al escritorio de la señora Tenley hasta que sus pies se despegaron del piso.

—Hola —le dijo Marlena—. ¡Ya llegué! —Como era usual, no llevaba abrigo. La espalda de su vestido negro caía aún más abajo de sus omóplatos. Entre ellos, una red de venas azules se entrecruzaba sobre su columna.

—Ya lo veo, señorita Joyner —le respondió la señora Tenley—. Cher estará con usted en un minuto.

—*Do you believe in life after love?* —cantó Marlena a voz en cuello. Se arrojó sobre la silla junto a la mía. Olía ligeramente a arena para gatos. Jimmy desapareció.

—*I really don't think I'm strong enough* —seguí con la letra—. ¿Pero?

Marlena se rio, una versión más tranquila de su risa normal con la boca abierta. Su risa para Cat. Enrolló un mechón de cabello alrededor de su dedo y lo metió en el moño desordenado en la punta de su cabeza. Cuatro moretones redondos subían por su cuello, cada uno del tamaño preciso de una moneda de veinticinco centavos.

—No sabía que vendrías —le dije silenciosamente.

—No te iba a dejar hacer esto sola. —Marlena tomó un bloc de hojas de su bolso y escribió: *este lugar me va a matar*. Parecía que el bloc había estado remojado en agua y lo puso a secar sobre un calentador. Por el lío en el que estaba metida, no me atreví a escribir mi respuesta, de modo que traté de asentir con la cabeza para decir que a mí también, de modo que sólo Marlena pudiera notarlo. Estaba segura de que la señora Tenley podía leer su nota, aunque en realidad eso no era posible. Marlena cambió a una hoja nueva y dibujó una chica amenazada por flechas desde todos los flancos. Abajo escribió: *al menos Doña Emplumada se verá FORMIDABLE en mi funeral... QUÉ ATUENDO*. Tomé su pluma y escribí *liquen + hilo dental = ese suéter*.

Marlena se quitó el prendedor del pecho, el que siempre usaba, y lo abrió en su regazo, ocultándolo de la vista de la señora Tenley al cruzar las piernas. Sacó una pastilla y la metió en su boca con rapidez. ???, escribí en el bloc. *Dolor de cabeza*, respondió ella, y después tachó las palabras tantas veces que rompió el papel.

¿*Ahora?*, estaba escribiendo yo cuando el director Lacey asomó la cabeza desde su oficina y me hizo un gesto.

—No olvides las pelotas —dijo Marlena.

—Vete al carajo —articulé en silencio, colocándome la mochila sobre el hombro.

Me senté en el sofá junto al escritorio del director Lacey. Detrás de su cabeza había una ventana que miraba al campo de fútbol. Con sus integrantes

alineados en una fila, la banda de música formó una «N» en la nieve. El director apoyó las manos abiertas sobre su escritorio y hurgó en mis ojos con los suyos, de un azul acuoso. Estaba hablando sobre peces; cómo empezaban siendo pequeños, se presentaban en su oficina después de faltar unos días a clases y llegar tarde, y cómo se iban haciendo cada vez más grandes, al no entregar trabajos, atrapados mientras fumaban mota, metiéndose con gente inadecuada. No pude evitar imaginar a la pelirroja rechoncha de la fotografía junto a su lámpara arrodillada frente a él al centro de la habitación. Iba a matar a Marlena. Empezó a brotar sudor de mi labio superior. Mientras el director seguía hablando, empecé a pellizcar uno de los granos que tenía en la barbilla hasta que mi dedo quedó embarrado de sangre. La «N» se disolvió y se convirtió en un cuadrado que se expandía y contraía. A esa distancia, la banda sonaba como elefante asmático.

—Y de repente, ¡zas! —exclamó, golpeando el escritorio con las palmas con tal fuerza que me hizo brincar. La fotografía de la mujer cayó bocabajo. La regresó a su lugar. Ahora yo estaba directamente en su línea de visión. De nuevo volvió a mi mente la escena de ella hincada y me removí en la silla, cruzando y descruzando las piernas—. Sin darme cuenta, tengo una ballena asesina entre las manos.

—De verdad lo siento —dije, mitad en serio—, pero no creo que ese sea mi caso.

—¿Cuál fue tu promedio general en tu escuela anterior?

—Tres punto ochenta y siete de cuatro.

Silbó.

—Tres punto ochenta y siete. Tres punto ochenta y siete. ¿Quieres asistir a la universidad, Catherine?

—Sí —dije de manera automática.

Dijo algo acerca de que me estaba portando como una verdadera tonta, y esa palabra en sus labios hizo que me quisiera morir. Dio una palmada con las manos y las frotó, de modo que emitieron un sonido susurrante. Había hablado con mi orientadora en Concord, y debido a su testimonio y a mi sólido desempeño durante el primer año, lo único que tendría que hacer para compensar mis faltas era asistir a un mes de detención, ya fuera antes o después de clases; comprometerme a reuniones catorcenales con Cher para

discutir el progreso de mi adaptación a este nuevo ambiente, así como cualquier otra cosa que se me pudiera ocurrir, y coordinar proyectos de regularización con cada maestro. También puso una condición general en cuanto a tomar decisiones que reflejaran mi potencial. Había cometido un error gigantesco pero, sin importar cómo lo interpretara, la escuela no buscaba castigarme. Lo único que querían era ayudar.

—Gracias —dije, poniéndome de pie. Jalé mi sudadera lo más posible y resistí el impulso de subirme la capucha y desaparecer.

—¿Catherine? —preguntó el director Lacey. Sonrió como si fuera sincero. Dientes chuecos y amarillentos. Arrugas que corrían por las comisuras exteriores de sus ojos. Fumador—. Sé uno de mis peces pequeños, ¿de acuerdo?

Los pasillos estaban vacíos. El reloj electrónico encima de un conjunto de bebederos me informó que llevaba nueve minutos de retraso. Mi teléfono vibró en el bolsillo de mi sudadera. Un mensaje de Jimmy. *Puedes hacerlo*. Toqué a la puerta de Botánica / Ecología de Suelos y me asomé por la ventana. Toneladas de chicos, todos agachados sobre mesas que parecían hechas de pizarra. Cosita y Greg estaban en la fila más cercana al fondo. Me sorprendió ver a Greg; cada día de los que había faltado a clases para pasar el rato con Marlena y Ryder, Greg había estado allí, al menos parte del tiempo.

—¡Pase! —gritó el maestro. Miré mi horario. Me llevó un minuto entero registrar su nombre. Las letras parecían existir de manera individual, como si cada una perteneciera a una palabra distinta.

—Te dije que podías pasar. —El señor Ratner mantenía abierta la puerta. Entré al salón.

Era de mediana edad, de estatura promedio, sus rasgos completamente normales. Había esperado que tuviera aspecto de violador, pero ¿qué quería decir eso? Incluso su cabello era de un color castaño cualquiera, la combinación de cada tonalidad que jamás se hubiera manifestado en la cabeza de cualquier ser humano. Camisa hawaiana metida en los pantalones color caqui.

—Tu teléfono. —Me tomó un segundo comprender lo que quería decir.

Una risita: chica, segunda fila, colita de caballo rubia, senos apretados

enmarcados por la «V» del escote de su camiseta. El señor Ratner le guiñó un ojo y agitó los dedos en su dirección.

—Por favor —dijo. Coloqué mi teléfono en su mano, queriendo llamarlo lo que sabía que era—. ¿Por qué no nos dices algo de ti misma?

—¿Que soy nueva?

—Me refería a algo que no fuera evidente, pero eso tendrá que bastar; ya perdimos tiempo suficiente con tu llegada —dijo el señor Ratner.

Cosita levantó la muñeca de la mesa, un hola en miniatura pero genuino, por lo que me relajé. De camino al único asiento libre, a la mitad de la tercera fila, tropecé con una mochila abierta y me recuperé recargándome sobre el hombro de un chico con el cuello levantado. «Cuidado», susurró, innecesariamente fuerte. Algunas cabezas voltearon. Me hundí en el asiento junto al suyo.

Pasé el resto de la clase envuelta en un capullo de inseguridad y emergí sólo cuando los demás empezaron a agitarse en sus asientos, guardando sus libros de texto en las mochilas. El tipo junto a mí guardó su pluma en un hot dog de hule, empacó el resto de sus cosas y después sostuvo la mochila sobre sus piernas como si fuese un animal que necesitara controlarse. En Concord se te ponía una falta si te adelantabas a la campana. Cuando finalmente sonó, el señor Ratner me señaló con un dedo que después apuntó al piso junto a su escritorio.

Deslizó un maltratado ejemplar de *Elementos fundamentales de Ecología: Grados 9-10* en mi dirección. Dentro de la enorme boca abierta de una rana neón, algún alumno que ahora rondaría la mediana edad había escrito ¡¡¡¡NUNCA MÁS!!!!

—Si llegas tarde mañana, ni te preocupes en entrar a mi clase.

—No fue mi culpa —dije. Antes de que me enterara de que era el señor Ratner, había planeado disculparme. Pero la mejor amiga de Marlena no lo sentía, no estaba en un error y no le importaba un comino lo que el señor Ratner pensara de ella.

Puso una marca roja en un cuaderno y musitó:

—Nunca lo es, ¿verdad? —Tomó mi celular y recorrió el pulgar sobre las palabras escritas en la parte de atrás —*Qué emoción*— antes de darle vuelta en sus manos.

—No lo sé —respondí—. Algunas cosas lo son. Por ejemplo, yo diría que abusar de una posición de autoridad sí lo es. —Tomé el libro de texto del escritorio—. ¿Me podría regresar mi teléfono, por favor?

—¿Te lo mereces?

—Es mío.

Pulsó el botón de llamada y la pantalla se iluminó. Agarré el teléfono de su mano y me alejé, odiándome por no haber hecho nada acerca de lo que sabía.

Cosita estaba recargada en los casilleros de afuera, Greg muy cerca de ella, sus manos sosteniéndole las caderas.

—Qué gusto me da que estés en nuestra clase —dijo ella, alejándose de Greg.

—Ese tipo es de lo peor —dije, aunque Cosita me había hecho sentir mejor de forma automática.

—El señor Ratner es una mierda —dijo Greg—. Te califica con base en el clima, por decir algo. O según lo que comió en la tarde. —Cosita enredó su brazo en el mío. Con una oleada de orgullo, me di cuenta de que Marlena no les había contado acerca del señor Ratner.

—O simplemente por cómo se siente —dijo Cosita.

—Eso es lo que quise decir —le respondió Greg, malhumorado. Después, volteando hacia mí—: Pero seguro que *tú* estarás de lo mejor, Señorita Biblioteca. —Me apretó contra sí en un abrazo de una mano que duró demasiado. Traté de relajarme. Cat, la chica con muchos amigos del sexo opuesto, una chica para quien tocarse no era gran cosa. El bíceps raquíutico de Cosita se apretó contra el mío, territorial. Me pidió ver mi horario y lo saqué de mi bolsillo trasero. Greg me soltó.

—Qué bien, el almuerzo es con todos nosotros —dijo—. Tienes Coro y Francés III con Mar, e Historia, ni idea; ni siquiera sabía que existiera esa opción —¿*Francés III*?

Me habían acompañado a la arteria principal de la escuela. Aquí las chicas usaban jeans deslavados con aberturas intencionales y sombra de ojos en tonos pastel; se movían por los pasillos en grupitos. «¿Quieres ir a fumar con nosotros?», me preguntó Cosita. Le dije que no, todavía inquieta por mi encuentro con el señor Ratner. «Tú te lo pierdes», dijo y arrastró a Greg hacia el auditorio. Antes de que desaparecieran entre la multitud, Greg volteó a

verme una vez, y fue cuando me di cuenta de que le agradaba más de lo que debería. Aún no tenía las palabras para describir ese conocimiento; la conciencia de la conciencia de un chico.

En Álgebra II reconocí a la niña rubia de las risitas y al tipo del hot dog de hule. Tomé un pupitre vacío al fondo. Hot dog se cambió de la esquina del frente a un asiento cercano al mío. Casi al final de la clase Hot dog, cuyo nombre resultó ser Micah, estiró el brazo desde el otro lado del pasillo y colocó un papel sobre mi libro abierto. Era un dibujo de una mano, un signo de más y un pene, seguido de un signo de igual y un montón de líneas quebradas que sólo imaginé podrían ser la representación del esperma. Había escrito LECCIÓN NÚMERO UNO, rodeado de un montón de pequeños corazones.

Antes de que la campana dejara de sonar, yo ya había salido por la puerta y estaba a mitad de camino para Coro. Todavía no encontraba mi casillero. La señora Low, la directora del coro, me hizo cantar una rápida escala mayor antes de entregarme un montón de partituras y relegarme a la primera fila con el resto de las contraltos que cantaban las armonías. Cosita era una soprano II. Risitas Rubias, mi gemela de horario, estaba sentada dos puestos a mi izquierda. «Supongo que nadie ha visto a Marlina el día de hoy», dijo la señora Low. Señaló a Risitas Rubias, quien se recorrió al borde de su asiento y cantó el solo de *Ezequiel*, su voz alta y desafinada, estrujada a través de una manguera.

El carnaval en la cafetería —dos tipos jugando a las atrapadas con un envase de leche de chocolate, una cadena de chicas sentadas a horcajadas sobre la banca haciéndose trenzas francesas, cuatro ñoños animando a otro, hipnotizado por un Game Boy retro, una fila eterna para conseguir una rebanada de pizza— terminaba de resumir el universo de la escuela de Kewaunee. Podías determinar quiénes eran los chicos populares en función de qué tan ricos parecían. Sentí una puñalada de agradecimiento tardío por Concord, donde tu ropa no podía traicionar tu estatus financiero y todo el mundo suponía que los demás eran ricos, y si no, entonces lo bastante inteligentes para ser alumnos becados y por ende merecedores de una especie de indiferencia benevolente. Marlina estaba sentada a solas en una mesa redonda en la esquina del fondo. Nos sentamos con ella y unos minutos después se nos unió Greg, quien eligió el asiento junto a mí.

—Hoy Chelsea cantó el *Ezequiel* —dijo Cosita. De modo que así se llamaba.

—Qué asco —dijo Marlena y después cantó una imitación perfecta del soprano nasal de Chelsea.

Todos nos formamos en la fila de donde se vendían bebidas, golosinas y galletas de una caja de mayoreo a los chicos que no habían traído comida de casa o que no tenían ganas de comer lo que se preparaba en la cafetería. «Recomiendo las Pop-Tarts», dijo Marlena, cosa que por alguna razón nos hizo aullar de risa. Marlena estaba contando el cambio sobre la palma de mi mano para ver si tenía dinero suficiente para comprarse una Pop-Tart y una bebida de chocolate, cuando Risitas Rubias chocó ligeramente contra mi espalda. Algunas monedas cayeron al piso. Volteé a verla y ella me miró inocente, tomada de la mano de Micah, el tipo que había dejado el dibujo sobre mi libro de texto en Álgebra.

Marlena se inclinó a recoger las monedas que se me habían caído. Detrás de mí escuché a Chelsea decir, con perfecta claridad: «La puta drogadicta tiene novia nueva».

—¿Me puedes prestar un dólar? —preguntó Marlena. Los tirantes de su sostén siempre podían verse; sucios listones color *beige* que resaltaban contra su piel.

Asentí y saqué un dólar doblado de mi bolsillo. Chelsea le estaba diciendo algo a Micah, pero no pude determinar qué. «Putas», escuché de nuevo, tan silenciosamente que bien pudo haberlo dicho sin emitir sonido alguno, y «asco». «Zorra», dijo, o algo que sonaba igual. De repente sentí que podría llorar. Marlena siguió parloteando, aunque debió escucharlos también, de modo que me contuve. Pagamos nuestras Pop-Tarts y regresamos a la mesa; los susurros nos seguían como ojos.

Muy probablemente todos se apuntaron para acompañarme en el periodo de detención porque me vieron alterada. Pero cuando lo hicieron, Marlena primero y casi inmediatamente después Greg y Cosita también, lo que dijo Chelsea se evaporó. Se vio reemplazado por una calidez creciente y eufórica. Jamás en mi vida había tenido tantos amigos.

La gran sorpresa del día fue Francés III, una clase de cuatro alumnos, sólo dos chicas silenciosas con atuendos idénticos de pantalones acampanados y

camisetas, Marlena y yo. La señora Lupin pasó toda la hora moderando una conversación para conocernos porque creía que sin sentirnos «à l'aise» jamás pasaríamos a una «véritable compréhension» de la lengua y la cultura francesas. Aprendí que el color favorito de Marlena era el *noir*, que le fascinaba Led Zeppelin, que siempre había querido ir a Alaska, que Sal era su persona favorita y que pensaba que el matrimonio era un concepto «varonil» y ofensivo, además de que le gustaban más los gatos que los perros. La señora Lupin hablaba exclusivamente en francés y yo casi no podía entenderle. No así Marlena; hablaba tan rápido como la maestra y salpicaba con bromas lo que decía, creo, a juzgar por su inflexión.

—Lo dominas —la acusé después de clase.

—*Ferme ta bouche, ma pêche*. Mi papá es de Quebec. Hablo *québécois* desde siempre. Es la razón por la que deletreo tan mal. Esta es la clase más fácil.

—Mar —dije, ya que finalmente estábamos a solas—. Tengo al señor Ratner a primera hora. Se portó de manera *tan* inapropiada.

—¿No crees que estás exagerando? —dijo después de escuchar mi relato, de modo que ya no dije más, decepcionada de que no lo viera como algo que podíamos tener en común.

El periodo de detención estaba supervisado por la entrenadora de tenis, una viejita musculosa de nombre Linda que casi ni se percató de que estuviésemos allí. Con Cosita sentada en su regazo, Greg abrió un sitio *web* de aspecto malhecho con un fondo totalmente negro. El encabezado decía «El Mundo de Greg» en tipografía Comic Sans blanca y brillante. Hizo clic en un video al centro de la pantalla, el que habían hecho ese día en el Mapletree. Se cargó en un tiempo agonizantemente lento, y el QuickTime alternaba entre congelarse y cargar eternamente.

—¿Por qué no pones tus cosas en YouTube? —pregunté. Jimmy era fanático del sitio, que en ese momento todavía era una novedad. Yo no lo frecuentaba, pero intuitivamente sabía que era lo más actual y me sentí orgullosa de mí misma por haberlo sugerido.

—Lo que pasa es que siento que la gente viene al Mundo de Greg por algo específico. ¿Por qué habrían de ir a YouTube?

—Publica en ambos sitios —dije—. Así tendrás un público más amplio.

—Eres lista —dijo Greg. Cosita se bajó de su regazo y se pasó a una silla junto a él.

Pasamos un rato tratando de ayudarlo a crear un nombre de usuario. Marlena votó por «El Mundo de Greg», un clásico, pero Greg creyó que sería engañoso. Cosita sugirió «GregEsSexy», pero todos la ignoramos. «Jackass de Michigan» se descartó por trillado. Discutimos docenas de posibilidades —«AMANTEdeChochos», «Cacacacacambios», «LaBomba14», «DulceParaTi»— antes de que, por alguna razón, Greg eligiera «NoTuSanta». Nos dio una larga explicación acerca de cómo la clave para llamar la atención en línea era ser conocido pero inaccesible al mismo tiempo, una combinación que se interpretaba como genial: de allí el Santa, de allí el «no tu», de allí el *proyecto en general*.

—La verdad, eso es una estupidez —dijo Marlena.

—Eso dice la chica que ni siquiera tuvo MySpace —respondió Greg de mala manera.

Sacó la videograbadora y algunos cables de su mochila y los conectó a la computadora. El video apareció minutos después; la calidad era notablemente superior a la que jamás había tenido en El Mundo de Greg.

—Excelente idea, Cat —dijo Greg—. Tendré que darte un porcentaje de las ganancias.

Tan pronto se concretó lo del perfil, Marlena y yo básicamente perdimos interés; Cosita, intuyendo el cambio, acercó su silla más y más a la de Greg. Él empezó a reproducir el video una y otra vez.

A la mitad del video, Ryder aparecía al fondo. Abría la puerta del cuarto pequeño, caminaba al televisor para tomar el recipiente de acetona y lo llevaba de regreso, sin percatarse de que había dejado la puerta abierta y todo su laboratorio aparecía en cámara; las botellas de jarabe para la tos, las baterías, los refrescos vacíos de dos litros, la botella femenina de acetona, la misma que usaba Mamá, e incluso la piedra de jardín. Cada vez que el contador de visitas subía, Greg gruñía de placer. Nadie señaló que la mayoría de las visitas eran de nosotros, pero cada vez que Greg hacía el más mínimo ruido, Marlena me miraba a los ojos, de modo que pasé la mayor parte de la detención a punto de deshacerme en carcajadas.

Marlena nos consiguió un *ride*. Jimmy nos recogió y la dejé deslizarse al asiento de adelante, donde jugueteó con el botón de la radio y él se burló de ella por regresar, inevitablemente, a la estación de música country que parecía tocar las mismas cuatro viejas canciones una y otra vez; todas acerca de manchas de salsa, amigos y Jolene, Jolene.

—Podemos oír la estación country —dijo Jimmy—, pero sólo si cantas tú.

Se quedó a cenar, y después de que terminamos de comer —casi no tocó su comida, pero elogió tanto a Mamá que nos incomodó a todos— la ayudé con su tarea de Literatura. Su redacción era un desastre. Básicamente hice su tarea mientras estaba sentada junto a mí, hablando con Jimmy de todo y de nada con aire de agrado. En algún momento él se levantó, fue al baño y regresó con un tubo de unguento y una bolita de algodón. La frotó contra una cortada que Marlena tenía en la sien y que yo casi no había notado, mirándola con una reverencia que me molestaba.

—Una colita de conejo —rio ella.

Mamá mandó a Marlena a casa con un recipiente lleno del platillo de atún de la cena para Sal, después de hacerle prometer que si necesitaba algo se sintiera en total confianza de venir a la casa y tomar lo que quisiera del refrigerador. Me quedé parada en la puerta, mirándola abrirse paso entre la nieve apilada. A pesar de la temperatura, caminaba con lentitud. Traté de impedirme expresar del todo lo que sentía: que ese había sido el mejor día de mi vida, que era el principio de una nueva vida para mí, de una vida real, llena de amigos y quizá un poco de peligro.

Marlena llevaba su abrigo sobre un brazo. La bolsa de plástico que colgaba de su muñeca golpeaba su pierna, desnuda excepto por una fina película de media rota. A la mitad del camino entre mi casa y la suya, se detuvo en seco e inclinó tanto la cabeza hacia atrás que pensé que seguramente se caería. Empezó a girar en círculos, los brazos extendidos, la bolsa enredándose alrededor de su muñeca hasta que se hundió en su piel. Giró y giró y giró y después se detuvo y se quedó parada allí, meciéndose tambaleante de un lado a otro tanto tiempo que me cansé de mirarla. Pero entonces se abrió la puerta del granero, arrojando un bloque de luz anaranjada sobre la nieve, y una voz de hombre la jaló hacia la casa. En el largo haz de luz, la sombra que ella proyectó parecía tener alas. Me dio escalofríos.

OMISIONES

Hay cosas que desearía que no formaran parte de esta historia.

Hasta el momento no he catalogado lo que ella se tragó ese día en la escuela, lo que inhaló. No describí los cigarros que nos fumamos entre Francés y Detención, paradas sobre un escusado en un recóndito baño para chicas cerca del gimnasio, exhalando el humo hacia la ventila en el techo para que no saliera al pasillo. No conté que recibió mensajes de texto todo el día, uno tras otro, ni cómo cada vez que miraba su teléfono algo le sucedía a su rostro. Omití el hecho de que, después de su reunión con Cher, Marlena se tomó otra oxi y se quedó dormida en el espacio debajo del escenario del auditorio por tres horas, tan drogada que permaneció inconsciente durante la totalidad del ensayo del grupo de jazz, razón por la que llegó tan temprano al almuerzo. Apenas mencioné la cortada parcialmente encostrada sobre su sien izquierda, de aspecto intencional y todavía ligeramente húmeda de sangre.

A lo largo de nuestra amistad, supe a trozos la verdad sobre las pastillas de Marlena: eran de color azulado y su precioso centro se encontraba protegido por una cubierta de liberación prolongada que tenía que chupar antes de moler cada una con la credencial de la escuela contra un libro de texto o el estante de la cocina y cortarla en rayas polvosas que inhalaba con un dólar enrollado, un popote cortado en trozos o un fragmento de hoja de papel de algún cuaderno. Eran pequeñas y amarillas o pequeñas y blancas y podían disolverse bajo la lengua. Eran color naranja brillante y te hacían cagar, o eran alargadas y perladas y te tapaban por días. Salían del prendedor de Marlena, una o dos a la vez, o de un tubo sin marcas dentro de su bolso, todas mezcladas, y aparecían cuando estábamos en algún baño o en mi habitación con la puerta cerrada o andando por el bosque de camino al vagón de tren, donde yo tenía que esconderme al límite de los árboles para que no me vieran, porque ella necesitaba algo de dinero. Llevaba una cuidadosa cuenta

de sus pastillas. En la palma de su mano eran de diferentes colores y tamaños, pequeños portales que expandían millones de veces las opciones del lugar donde vivíamos. Se llamaban oxis y benzos y addis y xanis y percs. Ritalin y Concerta eran sólo Ritalin y Concerta y no eran ideales; Ritalin no era lo bastante fuerte y Concerta, con su recubrimiento y su barrera de plástico, simplemente representaba demasiado trabajo. En términos generales, los apodos de las pastillas le parecían idiotas.

Marlena conseguía oxis y percs de Bolt, addis de los niños ricos de la escuela, benzos genéricas del cajón superior de la cómoda de su papá, y tachas y cualquier otra cosa de Ryder, que era un traficante de poca monta, un cocinero de meta aficionado e idiota, pero que de seguro siempre tendría algo. Costaban un montón de dinero, en especial las oxis, a un dólar por miligramo o más, pero Marlena tenía un arreglo. La primera vez que inhaló una oxi en mi presencia habíamos faltado a clases, estábamos escondidas en su casa y yo me sentía demasiado arrebatada por todo, por nuestra amistad, por este nuevo mundo, como para sentir mucho más que curiosidad. Le pedí que me diera un poco y me pidió treinta dólares. Me reí, pensando que era broma. No lo era. Toma, dijo, y me dio un Vicodin. Me lo tomé, el corazón a todo galope, emocionada y ansiosa y un poco dudosa pero queriendo demostrarle, más que nada, que pensaba que no era gran cosa. Transcurrió una hora y después dos, y en realidad no pasó nada; vimos televisión por horas y me sentí un poco adormilada, pero no más. Un anticlímax que me hizo sentir todavía menos atemorizada. No compartía sus oxis conmigo ni con nadie. Las pastillas no tenían nada de malo porque provenían de los médicos y no eran meta, que te mataba. Se sentía como un orgasmo de cuerpo entero, nos habían dicho, lo que resultaba atractivo, pero hacía que se te cayeran la cara y los dientes. La meta era asquerosa, decía Marlena. Para blancos jodidos. Sentía un desprecio impactante por ella y no parecía equiparar lo que hacía con sus pastillas con su papá y el laboratorio en el vagón de tren, ni con su mamá y su desaparición. En una ocasión busqué *oxi* en internet, cuando ella estaba temblando en mi cama, llamando a Bolt una y otra vez, llorando un poco aunque casi no parecía percatarse de su rostro mojado, y me consolé leyendo un artículo muy largo y detallado que argumentaba que si tomabas la oxicodona como estaba indicado, que era algo

que ella decía hacer en términos generales, no era adictiva. Su piel olía como a leche pasada; primero vomitó en mi bote de basura color rosa neón, y después en el baño mientras ocultaba el sonido con la regadera. Al día siguiente lavé mis sábanas.

A su manera, Marlena me protegía. No me permitía inhalar nada; le gustaba recordarme que apenas tenía quince años, como si ella no se hubiera metido nada por la nariz apenas dos años antes, a mi misma edad. Cuando compartía pastillas conmigo, cosa que casi nunca sucedía, eran addis principalmente, o Ritalin —que era divertido tomar juntas porque nos hacía hablar y hablar y hablar—, y yo sólo tenía permitido tomármelas por la boca. En una de esas ocasiones, las dos atrapadas en una elaborada conversación que duró de las nueve de la mañana a las siete de la noche, caminando por el bosque y fumando cientos de cigarros, me dijo que si ella fuera una droga, sería una pastilla tan grande como una canica, un compuesto nuevo y mágico.

—Inhálame o trágame —dijo. Su pasón sería como dormir: podría suceder lo que fuera y nada sería doloroso salvo que el usuario estaría completamente despierto.

—¿Y yo? —le pregunté. ¿Qué sería yo?

—¿Tú? —dijo, confundida.

Esa noche, después de mi primer día de verdad en la escuela, después de fingir que cenaba con nosotros, Marlena corrigió mi tarea de Álgebra. Cuando terminó, sacó una cajetilla arrugada de Parliament de su bolso, la abrió y extrajo una pastilla blanca del tamaño de una vitamina. La colocó sobre su lengua como si estuviese abotonándola a su piel, como era su ritual, y después tomó un trago de mi jugo de naranja.

—¿Qué fue eso, Mar? —pregunté y ella se encogió de hombros. Quizá haya sido una vitamina real; sentía fascinación incluso por ellas, por el frasco de tabletas que tumbarían a un caballo que mi mamá tenía sobre el mostrador de la cocina con sus promesas de salud. Entonces abrió el prendedor en forma de casita de su pecho y atrapó el pequeño disco que cayó y lo colocó sobre su lengua también. «Para mis nervios», dijo. «Para mantenerme fuerte». Me reí de ella, como si se tratara de una broma graciosa. Porque en ese momento todavía lo era y yo todavía no sabía lo que supe después, o quizá lo sabía, tal vez siempre lo supe; ese es el problema con mi memoria.

En menos de una hora su voz había decaído un poco, como si sus palabras llevaran puesta ropa sucia, como si se les dificultara pararse derechas. Sus pupilas eran minúsculas, sus párpados pesados. En la casa de junto, con el refrigerador vacío, Sal estaba solo, acurrucado bajo una cobija mientras miraba *South Park* en una televisión destartada. En la profundidad del bosque, el papá de Marlena estaba encerrado en el vagón de tren con Bolt, fabricando algo que ya había matado a personas que Marlena conocía y amaba, y seguiría matando hasta que incluso los que quedaran se vieran cambiados para siempre, andarían por allí con partes de sí mismos ya muertas.

La meta era una droga, pero las pastillas eran una cura.

Te conté lo bueno. Fue el primer mejor día de una vida que creí que quería, y sólo por un instante, aun en el acto de mirar hacia atrás... Bueno, para dejarlo así, era necesario omitir ciertas partes. Pero no sé por qué mentí acerca de bajar a hurtadillas, de niña, a la sala y ver a Mamá y a Papá sobre el sofá. En algunas ocasiones bajé después de que me habían acostado para robarme algo de comer y para leer, como dije, o para ver algo más de televisión. Pero ni en una sola ocasión los encontré juntos. Esa parte fue invención mía, lo admito, pero debe haber habido momentos así, aun cuando yo no estuve allí para mirarlos.

¿Y no significa eso que ambas versiones podrían ser reales?

SEGUNDA PARTE

NUEVA YORK

Nuestro departamento está en un edificio relativamente nuevo cerca del canal Gowanus, todo de cristal y ángulos relucientes. A Liam le gustan los bordes nítidos. La mayor parte del área se ha desarrollado en conjuntos de condominios como el nuestro, pero justo junto a nosotros hay un lote baldío regado de vidrios rotos y agujas donde ronda libre una colonia de gatitos salvajes. Salí del subterráneo y revisé mi teléfono; era un poco después de las siete p. m. Como había salido del trabajo antes, no era mucho más tarde de mi hora habitual para llegar a casa. La hora me hizo sentir menos embriagada. Me detuve en la tienda al otro lado de la calle para comprar un paquete de seis cervezas Stella, la favorita de Liam, y una lata de comida decente para gatos. Abrí la tapa y dejé el redondel de carne cerca de una llanta. Los gatitos me miraron debajo de una pila de madera donde volaban hebras de plástico roto, sus ojos de un brillo dorado. Algunos de los más valientes corrieron hacia la comida, regresaron a su escondite y después volvieron a salir, esperando a ver lo que yo haría. Cuando me di la vuelta para marcharme, todos salieron en tropel, peleando por lo que pudieran comer.

Saludé a Sam, el portero, con un ademán aturdido y pulsé el botón del elevador. Sam y yo teníamos un problema con el contacto visual; no me había semicargado hasta la puerta en meses, pero de todos modos. Al llegar al departamento me golpeó un torrente de calor y de ajo salteándose, y después mi gata, Rábano, frotó su cabeza contra mi espinilla.

—Hola, amor —dije, optando por la versión fuerte, alegre y sobria. Nunca sabía si era mejor confesar que me había tomado un par de tragos o esperar a que Liam me lo preguntara.

—¡Hola! —gritó en respuesta, algo distraído. Me quité los zapatos y colgué mi abrigo en el perchero. Dejé las cervezas en el piso y fui directamente al baño. Me levanté el vestido hasta la cintura y me quité las mallas negras para

colgarlas sobre el toallero, imaginé unos pies fantasmas suspendidos. Después de hacer del baño me miré en el espejo un minuto. ¿Por qué *cuatro*? Mis ojos se veían bien. Café, café, el rímel un poco dudoso pero bien, hasta donde pude determinar. Fijos. Liam decía que se me torcían un poco, o algo así, desenfocados, cuando estaba borracha, y de hecho sabía a lo que se refería porque los de Mamá hacen exactamente lo mismo. No un torcimiento literal, pero algo visible para los que me conocían bien. Era tan joven cuando nos tuvo a mí y a Jimmy que ahora estaba más descontrolada que nunca, ella y Roger; cuando venían a Nueva York siempre bebían y comían de más, Mamá estridente y tonta, sus ojos desenfocados para el momento del postre. Mis arrugas también seguían el patrón de Mamá; una «V» profundizada entre las cejas, líneas trapezoidales desde la nariz hasta las comisuras de los labios. Cumplí treinta antes de que me sintiera atractiva dentro de mi propio cuerpo y ahora, unos cuantos años después, ya podía ver el fantasma de mi yo mayor en las tenues líneas de mi rostro.

¿Y qué secretos me ocultaba Liam a mí? Nos habíamos conocido a los veinticuatro años. Ya nos acercábamos a los diez de estar juntos, tres de matrimonio. Él quería que tuviéramos un bebé, pero ese no era exactamente un secreto. Yo todavía tenía algo de tiempo. Le dije que pronto, que después. Mi cuerpo, le dije. ¿Y qué con nuestros sábados? No le dije que me daba miedo estar sobria nueve meses. Que tenía miedo de no poder lograrlo, o todavía peor, de encontrarme embarazada y ambivalente, todavía necesitada de mis tragos nocturnos. O de que *de verdad* me detuviera —el embarazo, un bebé con dedos avariciosos y el rostro serio de Liam— y realmente dejara de beber. La parte de mí que más odiaba extrañaba esos tragos de manera anticipada. ¿Y si paraba, por un tiempo, pero volvía a empezar cuando la criatura tuviera cinco, seis, diez años? Una copa o dos, algunas noches un par más, yo igual a como era Mamá, presente pero débil, allí pero lejos.

Nuestro departamento es un cuadrado iluminado y limpio, las paredes desnudas excepto por algunas fotografías de paisajes en blanco y negro. Tenemos una televisión grande y estantes empotrados para los libros. Los acabados de la casa son nuevos aunque no lo son, no en realidad; acero y granito clásicos, pisos de madera barnizada. Nada de lo que está aquí tiene historia. Guardo el paquete de cervezas en el refrigerador y le pregunto a

Liam si necesita ayuda.

—Estoy bien —dice, subiéndose los anteojos. Tenía sus sospechas; probablemente mi saludo demasiado efusivo, pero hubiera sido raro que no me detuviera para abrazarlo un poco por la cintura. Liam es alto, todo codos y rodillas y pelo negro abundante, con una complexión delgada. Presiono mi rostro en el lugar donde encaja, justo entre sus omóplatos.

—Compré *Stellas* —le digo a su camiseta antes de soltarlo. A veces, cuando estaba algo achispada, llamaba la atención sobre el alcohol a propósito. La ofensiva como defensa. Empujo todas las revistas y el correo a una de las esquinas de la mesa y pronto estamos comiendo, uno de los típicos guisos salteados que hace cuando quiere limpiar el refrigerador, una cerveza abierta frente a cada quien, y estaba a salvo porque me preguntó si quería una y, cuando le dije que claro, no hubo una de esas largas pausas desaprobatorias ni tensión en su voz, ni un ¿Realmente necesitas otra? Me contó acerca de su día; es contador y siempre son historias acerca de la gente de la oficina. Randy, que llegó al mediodía y libró las juntas con puras patrañas; Selena, que era alegre y demasiado delgada, y según mis sospechas, le atraía. Siempre que yo iba a algún evento de la oficina de Liam, Selena decía lo mismo, en el mismo tono de broma: ¡Es tan increíble que las bibliotecas todavía existan! Y seguirán existiendo, le contestaba yo de manera inevitable, cosa que era cierta, y tan convencional y carente de humor que en efecto finalizaba toda posibilidad de conversación.

Cuando me tocó hablar, le conté a Liam acerca de Sal, pero lo hice sonar como si en realidad no fuera gran cosa, como si me sintiera más pasmada por la extraña coincidencia, por el momento, que por el prospecto de ver a Sal en persona tan pronto y después de tanto tiempo. Liam sabía de Marlina, pero sólo en términos generales; si alguien de mi vida fuera de Michigan tenía conocimiento de ella, y eran contados, no poseía mucha más información que esa. De chica tuve una amiga que murió. Éramos íntimas. No hablaba al respecto. Cuando creces, quién eras de adolescente puede tomar una importancia mítica o volverse completamente risible. Yo quería ser el tipo de persona que descarta esos años; en lugar de ello, me temo que me definían.

—Deberías sacar esa vieja caja —dijo Liam levantándose, su plato era como el de un niño: limpio excepto por el brócoli—. La que está en el clóset. Quizá

haya algo que puedas llevarle. —Desapareció y regresó con una caja de zapatos llena de cosas de Marlena, cosas de mi antigua habitación en Silver Lake. Mamá me la había mandado después de perder la casa en la ejecución hipotecaria y mudarse a Ann Arbor, el verano después de mi primer año de estudios universitarios. Desde entonces la había llevado conmigo de departamento en departamento. Una caja común y corriente de Adidas; para ver el contenido tenías que levantar la tapa desde dentro. Llevé la caja a la oficina, junto con una botella nueva de cerveza, mientras Liam terminaba de recoger la mesa.

Principalmente papeles, trozos cubiertos con corazones y los chismes del día. Un recorte de periódico doblado por la mitad, un artículo con el titular RESTAURANTE LOCAL OBJETO DE VANDALISMO. Una foto instantánea de Marlena y yo en la playa, las dos mucho más parecidas físicamente ante mis ojos adultos de lo que mi ser adolescente hubiera creído posible; más que otra cosa, las dos parecíamos niñas. El prendedor de Marlena, más grande de lo que recordaba, y esmeradamente detallado; tejas realzadas e intercaladas en el techo, las ventanas grabadas de tal modo que cada una sugería una cortina, una vida que sucedía en su interior. Presioné el frente y lo abrí. Vacío salvo por una capa de polvo blanco de alguna pastilla. Metí un dedo en el interior y después me lo llevé a la boca, para chupar el amargo polvo. Al fondo de la caja, un sedoso nudo de cuellos de camiseta del tamaño del puño de Liam, que me confundió en primera instancia. Debajo de todo, mi viejo celular, momificado con el cable de su cargador. Lo conecté y presioné el botón de encendido; sentí un asombro distante cuando cobró vida lentamente, el símbolo de Nokia emergiendo del brillo, los pixeles reorganizándose para mostrar la pantalla de bloqueo. Un túnel del tiempo en miniatura. Allí estábamos; mensaje tras mensaje tras mensaje. El teléfono emitió un pitido. Aun conectado, la batería parecía incapaz de mantener la carga. Abrí mi laptop y me apresuré a copiar todos nuestros mensajes.

Creo que es bastante común que los adolescentes fantaseen acerca de una muerte prematura. Sabíamos que el tiempo nos obligaría a hacer sacrificios; queríamos agotar nuestro fuego antes de tomar las decisiones que determinarían quiénes seríamos. Cuando llegabas a la adultez, todo el potencial de tu vida se extinguía y cada día se convertía en una serie de

compromisos mitigados por pequeños placeres que te distraían de tu anterior salvajismo, de tu verdad. Sylvia Plath, Marilyn Monroe, Edie Sedgwick, Janis Joplin. Consiguieron ser bellas para siempre. ¿Y no era ese el máximo logro femenino, ser demasiado hermosa, demasiado jodida, demasiado talentosa y triste y vulnerable para sobrevivir, como alguna especie de orquídea estafalaria con un lapso de vida de dos minutos? ¿A quién más podíamos admirar? Ser joven no parece excusa suficiente; nos incitábamos una a la otra, comprometidas, juntas, con estas teorías ponzoñosas hasta que llegamos a un punto en que discrepar hubiese equivalido a traicionar nuestra amistad. ¿Cómo pudimos estar tan equivocadas, ser tan tontas? Años después de la muerte de Marlena, me consolaba recordarla hablando acerca de cómo jamás quería envejecer. De todos modos, ¿para ello no hubiera representado la muerte llegar a los veinticinco años en ese granero, a los treinta, todavía tomando pastillas o algo peor, con su belleza desaparecida, su voz apagada, su cerebro cada vez más y más confundido? Silver Lake era un pozo de arenas movedizas. ¿Qué posibilidades había, para una chica como Marlena, fuera de las pastillas, de los altibajos? Ojalá hubiera podido terminar en algún lugar totalmente distinto, que su vida hubiera dado un giro o un cambio inimaginable, pero no puedo verlo. Después de que las cosas se desmoronaron, en lugar de tratar de salirse, se atrincheró.

Fui por otra cerveza. No quería hacerlo; no es mentira. No quería. Pero sentía un deseo de ella que era ajeno al simple querer, un anhelo que provenía de mi cuerpo, fuerte y claro y propulsivo. Me carcomía mientras leía todas las cosas tontas que Marlena y yo nos dijimos, tantas de ellas relacionadas con drogranos, emborracharnos, ahogarnos, fumigarnos. *Sólo quiero divertirme*, me escribió más de una vez. *Esta noche nos vamos a divertir*. Mejor me prepararía un té. No, una cerveza. ¿Por qué no, no era ya demasiado tarde? Ya estaba borracha. No lo haría. No. Lo hice. Y otra vez. Liam se fue a dormir sin despedirse, de modo que me equivocaba, sí estaba enojado y tendría que lidiar con eso pronto, pero por ahora estaba sola. Era libre. Cuando abrí la tapa con el extremo de un abrelatas, el círculo de metal voló por los aires y golpeó el bote de basura. Ya tenía sed de agua, mis extremidades desentendidas de mi cuerpo. Qué agonía tan aburrida. Los restaurantes con sus cartas bellísimas, esa sensación vespertina, sólo una, dos, los trucos que jamás funcionaban,

nada de licor café, nada de licor transparente, nada de licor en absoluto, nada de vino, sólo cerveza, todas las reglas que había probado, los días que sumaban las horas perdidas cuando me levantaba a las tres o cuatro de la mañana, sedienta y temblorosa, el sueño que jamás regresaba, el trabajo a la mañana siguiente, semanas enteras envueltas en gasa acolchada, el sabor al fondo de la garganta, el hambre y nunca sentirme satisfecha, el olor demasiado fuerte de la comida, la forma en que mi cabello se ponía como paja después, el rostro abotagado al máximo, querer más y querer detenerme en igual medida, no en igual medida, todavía no, una más. Y otra vez. Cuando cumpliera los cuarenta. Si teníamos un hijo. El teléfono volvió a pitar, más fuerte, y se apagó. Mantuve presionado el botón de encendido pero no habría de revivir. Había mucho a lo que no logré llegar. Ctrl-G. Pasaba meses enteros segura de que lo había juzgado mal. Meses de normalidad, de tomar lo mismo que todos los demás, de parar, como Liam, después de una. Volví a presionar el botón de encendido; nada. Pero el deseo siempre estaba allí, ese insidioso tironcito; decir que sí se sentía como ceder a la risa, como dejarme ir. Qué tanto de ello era una elección. Un clic, dulce y fácil; después, todo se volvía negro.

MICHIGAN

Al extremo norte de Michigan, más cerca de Canadá que del resto de Estados Unidos, a sólo veinte minutos en auto al sur del puente Mackinac, el invierno llega a mediados de octubre y se queda hasta marzo si tienes suerte, o hasta abril si no. Quizá era lo distante de ese lugar, todavía más aislado a causa de las nevadas casi constantes, lo que nos hacía tan indiferentes al mundo más allá de nuestras fronteras; jamás hablábamos de política, de las celebridades o de nada que sucediera en las noticias. Pasaba una eternidad antes de que las tendencias llegaran a nosotros. En Irak tenía lugar una guerra que no comprendíamos y acerca de la cual estábamos vagamente en contra. Marlena no tenía computadora y Ryder jamás estaba en línea; en ocasiones Greg, Cosita y yo chateábamos, pero mi conexión a internet era por vía telefónica y poco confiable. Escuchábamos los CD quemados que Marlena, dictatorial en esas cuestiones, compilaba en mi casa con detalle quirúrgico. Incluso el radio parecía canalizar alguna era ya pasada. Cada día tenía un margen estrecho. Primordialmente estábamos enfocadas en drogarnos y emborracharnos, y todo lo que hacíamos se organizaba en torno a esa meta inmediata y urgente, en especial si Marlena estaba enferma o de malas. Nuestro universo se limitaba a nosotras dos, confinado por los perímetros de Silver Lake y los pueblos aledaños, donde la oxi ya se había arraigado, distribuida por médicos que trataban un dolor que casi todo el mundo parecía padecer. La meca era Shearling, a menos de una hora de distancia, donde había un médico que podía darte lo que fuera si enumerabas los síntomas adecuados y tenías el valor de hacer la fila que se requería para verlo, la cual llenaba el estacionamiento y salía hasta la calle; las personas esperaban en sus autos por horas, pedían pizzas que les entregaban en las ventanillas y algunas incluso usaban ropa para dormir. Marlena lo había visto.

Más tarde me habría de enterar de que en toda el área rural de Estados

Unidos había chicos iguales a nosotras; en esencia éramos estadísticas, en especial Marlena, miembros de un ejército anestesiado cuyas filas crecían día con día. Solos en nuestras recámaras, dormidos en clase, reunidos en estacionamientos y en medio del bosque. Marlena cuidaba sus pastillas con una especie de ritualismo amoroso; seleccionaba su ración diaria de sus reservas, dondequiera que estuvieran escondidas, y la guardaba en su prendedor. En alguna ocasión, alguien de la escuela se estrelló contra ella y el prendedor se abrió; las dos pastillas rodaron por el piso. Normalmente tranquila a un grado patológico, la observé ponerse histérica y recorrer el piso a gatas, al borde del llanto. Una tendencia que sí nos alcanzó. Ahora me parece algo profundamente estadounidense; una epidemia que empezó como el abuso de una cura, una enfermedad de nuestra propia creación. ¿Pero qué sabía yo sobre Estados Unidos? En aquel entonces estaba infectada de una apatía política crónica, un síntoma, quizá, de formar parte de una familia que constantemente tenía que arreglárselas, condicionada a sospechar del sistema.

Para febrero y la mayor parte de marzo hacía demasiado frío para pasar tiempo afuera, y si nos sentábamos en la camioneta de Ryder teníamos que prender la calefacción, lo que consumía su gasolina, de modo que los fines de semana los pasábamos de un lugar a otro: la casa de Marlena si su papá estaba fuera, y los pasadizos de San Patricio. «Nadie espera que cuatro adolescentes se pongan hasta atrás dentro de una iglesia», dijo Ryder rascándose el cuerno del unicornio que tenía tatuado temporalmente sobre la mejilla. Marlena se lo había puesto ahí la noche anterior después de terminarnos una caja de vino de mi mamá acurrucados brazo con brazo debajo de la torre, manteniendo abierto el grifo de plástico para los demás, de modo que el vino se regaba por nuestras barbillas y empapaba el cuello de nuestros abrigos. «Es tan estúpido que es genial».

Ryder estaba relajado, cosa que nos tranquilizaba a todos. Desde algunas semanas después de que yo regresara a clases había estado inquieto. La noche del tatuaje, me obligó a caminar con él por todo el vecindario. «Shh», decía, sujetando mi mano para que me detuviera. «Escucha». Nos quedamos así parados, a media calle. No oí nada más que el viento. Cada vez que soplaba una ráfaga o un ave levantaba el vuelo de un árbol o algo invisible se arrastraba por la cuneta, Ryder apretaba mi mano. La humedad entre nuestras

palmas provenía de mí. Cuando empezó a caminar de nuevo, liberé mi mano, insegura sobre si él quería continuar sosteniéndola. Hundí ambas manos profundamente en los bolsillos de mi abrigo, tratando de secarlas contra el nylon, sin éxito, mientras seguía a Ryder al final de la calle y de regreso por una serie de patios traseros hasta que llegamos al mío.

—¿Qué es eso? —preguntó, acercándose tanto que podía sentir su respiración deslizarse por mis pómulos y sentir su aroma a talco para bebé. Lentamente levantó el brazo para señalar la ventana de mi cocina, donde la sombra de Mamá flotaba detrás de la cortina.

—Ryder, ¡qué carajos! Es mi *mamá*.

—¿Por qué está en la ventana?

—Mi casa es miniatura. Si estás en la cocina, estás frente a la ventana.

Marlena dijo que se estaba poniendo paranoico.

—No le tengo ninguna lástima —me dijo esa noche después de que los chicos se marcharon, las dos debajo de las cobijas, ocasionalmente aterrorizándonos una a la otra al presionar un dedo helado del pie contra la espalda de la otra—. Jamás quise que empezara a traficar. Debería estar paranoico. Hace las cosas a lo imbécil. Antes de que abandonara la escuela, presumía por todas partes que vendía porros remojados en cristal, y todos sus trucos idiotas para tratar de hacer más dinero. —Marlena llamaba a su producto «una mezcla rara, básicamente un engaño», y me dijo que si no fuera por el hecho de que les vendía principalmente a los turistas de cuello levantado, ya le habrían dado un millón de golpizas—. Es peligroso —decía una y otra vez—, y estúpido en muchísimos niveles. —Después de eso, me sentí un poco mal por él; quizá había empezado a traficar para tratar de impresionarla. Podía comprenderlo.

Extraño San Patricio; todavía sueño con ese lugar, sueños en los que doy vueltas por los túneles buscando algo que no puedo encontrar, y sueños que parecen ambientados allí por ninguna razón en especial. Estoy haciendo compras, tomando las cosas de siempre, excepto que en lugar de estantes y luces brillantes, la tienda está en el sótano de San Patricio, las cabezas de lechuga alineadas en los pasillos. Me encantaba cómo nos escabullíamos a los pasadizos con tal descaro, subiendo las escaleras de la iglesia a trancos y entrando al vestíbulo como si fuésemos a rezar también. Me encantaba

mojarme los dedos en el agua bendita, fría y viscosa de alguna manera, como si en realidad albergara una esencia viva. Me encantaba el aguijonazo de temor que viajaba por mis venas cuando nos escurríamos por las esquinas, asomándonos en busca de monjas, antes de correr directamente al gimnasio y al clóset de intendencia, nuestros zapatos rechinando contra el piso encerado. Incluso llegó a encantarme el sótano, ese lugar que habíamos colonizado como exploradores.

Pero Greg y Marlena se quejaban. ¿Por qué no podíamos ir al Mapletree, donde había calefacción y un televisor y camas y sofás y acceso a un bar repleto?

—Aquí no hay nada que hacer —dijo Greg—. Está demasiado oscuro para filmar nada, Cosita tiene miedo de que la Virgen no le guarde un lugar en el cielo si se droga en una iglesia, y además puedo oír a los malditos ratones. Probablemente están encima de mí en este momento.

—¡Malditos ratones! —dije.

—Coincido con Greg —dijo Marlena—. Ryder, no he visto a tu mamá en una eternidad. Quiero agradecerle por los víveres.

—Dije que no. Algo está sucediendo —dijo Ryder—. Algo anda mal.

—¿A qué te refieres? —Marlena puso la mano sobre su pierna, justo encima de la rodilla, su voz llena de preocupación exagerada. Estaba volviendo a meterse en el papel de confidente de Ryder. Pasaban semanas en que lo trataba como a una molestia, pero en el instante en que quería algo —información, cigarrillos, que la llevara a algún sitio— armaba este número exagerado que todos —excepto Ryder, al parecer— podíamos detectar como falso. Greg apretó mi muñeca. No podía verlo, pero sabía la cara que estaba poniendo.

—Primero, vi a alguien husmeando por las cabañas. —Ryder vio la mano de Marlena y después la miró a los ojos. Ella asintió—. Pensé que trataba de hacer una compra. Me acerqué a él y me miró intensamente, como si tratara de recordar mi cara. Y después simplemente sacudió la cabeza. Fue totalmente alucinante. Creo que era un policía.

¿Eso era todo? Esperé que Greg y Marlena se burlaran de él, pero los dos permanecieron en silencio.

—¿Viste el tipo de coche al que se subió? —preguntó Marlena.

—No. Me porté como un imbécil. No quería conducirlo a la 42, donde están todas mis mierdas, así que caminé hasta el bosque y me escondí allí, congelándome, cerca de una hora.

—¿Tenía vello facial? —preguntó Greg.

—Greg, no seas tan marica —dijo Ryder.

—Dijiste «primero» —dije—. ¿Pasó algo más?

—Les digo que los polis no tienen vello facial. ¿Alguna vez han visto a un policía con vello facial?

—Me han estado llegando unos correos electrónicos —dijo Ryder—. De alguien que dice que me va a tronar, que me va a arruinar. Dice que tiene evidencia grabada. Que me vio en internet.

—¿Qué *carajos*? —exclamó Greg.

—¿Por qué no nos dijiste eso antes? —preguntó Marlena.

—Y ahora está hablando de chantajearme —dijo Ryder, agobiado.

—Dios mío —silbó Greg. Pensé en el video que Greg había publicado en YouTube, el de la bicicleta que se desarmaba y se volvía a armar, en la larga toma de Ryder con la acetona, el contador de visitas que subía, quizá no del todo debido a nosotros. Me oí decir la palabra *audiencia*. Evidentemente no se le había ocurrido a Greg. Marlena se burlaba de mi costumbre de disculparme por todo; quizá el video de Greg y el acosador de Ryder no estaban conectados. O quizá yo quería que descubrieran a Ryder. En cualquier caso, no dije nada.

¿Pero hubiera importado que Greg eliminara el video? No hubiera detenido a Ryder en lo que estaba a punto de hacer.

—Si no es un policía, podemos hablar con mi papá —dijo Marlena.

—Ajá, cómo no —dijo Ryder—. Él no va a ayudarme. —Dijo «él» con tal saña repentina que la palabra atravesó mis pensamientos y los detuvo—. Si pudiera, me arrestaría él mismo.

En Pontiac, Jimmy estaba todo el tiempo rodeado de un grupo de chicos que apenas sabían mi nombre. Acaparaban el control remoto yapestaban la sala con su hedor a calcetines y a mota. Pero supongo que en Silver Lake se sentía solo, porque poco a poco empezó a introducirse en nuestro grupo. En ese entonces me pareció patético, pero ahora me doy cuenta de lo difícil que debe

haber sido para él: un tipo de diecinueve años que trabajaba en una fábrica de plásticos, y que vivía con su mamá y su hermana en un nuevo pueblo. Cuando llegaba del trabajo se nos pegaba en el sofá o tocaba a la puerta de Marlena si los cuatro estábamos allá, con un paquete de seis cervezas o una botella de litro que por principio se negaba a compartir conmigo, aunque no se oponía exactamente a que yo bebiera; simplemente no quería ser quien me abasteciera. Había una estación de gasolina en la autopista 31 donde le vendían cerveza si estaba trabajando la cajera. Sólo tenía un par de noches libres a la semana pero muy a menudo las pasaba con nosotras, en especial si Greg y Ryder estaban ausentes haciendo algo más. Ninguno de los dos podíamos vernos a los ojos cuando estábamos con Marlena y Ryder, Cosita y Greg; Jimmy me trataba menos como hermana y más como a un objeto estorboso. Como una silla en medio de una habitación.

Pero a veces, en nuestra calidad de hermanos —esa particular cercanía que se ha perdido desde que me fui de Michigan—, tuvimos inspirados momentos de colaboración. A mí se me ocurrió la idea —la estatua, el amparo de la noche, que fuera un pene—, los elementos básicos. Pero toda la logística de la trama del pene fue autoría exclusiva de Jimmy. Sugirió que lo hiciéramos de papel maché, e incluso se ofreció a conducir el auto. Al principio habló en términos hipotéticos, drogado y un poco disperso, pero mientras más se interesaba Marlena, más se interesaba él.

—¡Papel masticado! —exclamó Marlena—. ¡Eres un genio! Asqueroso y perfecto.

Encontramos un montón de recetas contradictorias en línea, pero al final simplemente rompimos una pila de periódicos amarillentos que sacamos de un montón de basura en casa de Marlena. Para darle forma al pene, Jimmy empezó con un trozo de madera que Marlena afirmaba había sido parte de la mecedora favorita de su mamá y le colocamos tiras de papel mojado encima. «Mamá estaría de acuerdo», dijo Marlena, mojando un trapo arrugado en un recipiente de plástico lleno de cemento de contacto. Los ojos me ardían por el pegamento. Cuidadosamente, envolvió una tira adicional alrededor de lo que sería la cabeza.

—El prepucio —dijo, usando las puntas de los dedos para moldear un borde.

—Como si alguien fuera a notar que tiene prepucio.

—¿Qué clase de persona eres, Cat? ¿De las que hacen las cosas de la manera más fácil, o de las que se aseguran de hacerlas bien? —De manera demasiado deliberada y muy evidentemente dirigida a Jimmy, con el dorso de la muñeca se retiró de los ojos los mechones rubios escapados de su cola.

Para los testículos usamos dos toronjas que Marlena se había robado de la tienda de alimentos naturales del centro, donde compraban los turistas. Se necesitó un periódico completo y otra mitad de un tubo extragrande de cemento para pegarlos al cuerpo del pene. Después de que se secara, Marlena dijo que las pelotas estaban demasiado simétricas, pero a mí me parecía que se veía como un pene, exactamente como una versión tridimensional de los dibujos que Micah seguía dejando sobre mi pupitre en clase de Álgebra.

—Este es lo contrario de un pito gordo, como sea que se le diga —dijo Marlena.

En aquellos días, si entrabas a Kewaunee desde el sur, subiendo por la avenida Charlevoix, el Big Boy era la primera cosa notable que veías antes de llegar al centro del pueblo propiamente dicho. El restaurante compartía un largo edificio con una galería de juegos y con un golfito que se llamaba La Jungla. El propio Big Boy, la mascota, estaba sobre un pedestal de piedra, quizá a un metro del piso, con su overol a cuadros blancos y rojos, su cabello relamido a la Elvis, una hamburguesa gigante sobre su mano derecha en alto, y sus ojos azules y enloquecidos. El restaurante cerraba a las diez, el banco que tenía a la derecha a las cinco y la farmacia al otro lado de la calle a las once. Jimmy y Greg nos condujeron hasta allá a las tres de la mañana, el pene y una lata de pintura negra en aerosol iban entre nosotras en el asiento de atrás, y Marlena y yo nos vestimos con colores oscuros, gorros tejidos bajados hasta las cejas, y llevábamos rollos de cinta plateada alrededor de las muñecas. Ryder, cuya paranoia había alcanzado niveles de histeria, se negó a ir.

—Esto es igual a *Naranja mecánica* —dije.

—Uy, sí, pero por supuesto —respondió Marlena—. Es exactamente igual a algo totalmente rebuscado que nadie conoce más que tú.

—Sé mi amante, ignorante —dije e incliné el pene hasta que tocó su mejilla. Jimmy se rio, tomando partido por mí; lo perdoné en silencio.

El trayecto desde Silver Lake hasta el extremo más lejano de Kewaunee nos

tomó casi cuarenta minutos ese jueves por la noche, cuando incluso los caminos principales estaban vacíos de tránsito. Nada dentro del pueblo permanecía abierto las veinticuatro horas excepto por una gasolinera al lado contrario, hacia Coral. Las luminarias de la calle estaban apagadas salvo por la de la esquina, que emitía una luz acuosa sobre la desierta intersección.

Jimmy se estacionó a dos cuadras de distancia y Greg vigiló que no apareciera alguna patrulla. Primero tuvimos que secar la estatua con las mangas de los abrigos; y estaba cubierta de rocío a punto de congelarse. Aunque ya era marzo, el estacionamiento seguía cubierto por dunas de nieve manchadas por gases de escape. Marlena sostuvo el pene contra el cuerpo del Big Boy mientras yo trataba de pegarlo con la cinta, usando los dientes para cortar tiras del rollo, pero ella estaba pasada, se reía y no se quedaba quieta, de modo que cada vez que pensaba que había usado cinta suficiente, el pene se caía al piso.

—Mar —siseé—. Estate quieta. No puedo hacer esto si sigues moviéndote.

—¡Pesa mucho! ¡Y me estoy congelando!

—Te dije que usaras guantes. Te dije que tendrías frío. Siempre haces lo mismo. No te pones la maldita ropa que necesitas y después te quejas.

—Coche —susurró Greg en un aparte teatral, y Marlena y yo brincamos del pedestal para escondernos en los arbustos detrás de la estatua, respirando fuerte, el pene a medio pegar.

Finalmente me di cuenta de que tendríamos que poner cinta también entre las piernas ligeramente separadas del Big Boy, justo donde se abombaba su vientre, un pequeño espacio trapezoidal que tenía allí, y la cinta tenía que rodearlo como si fuese un cinturón. Sólo para asegurarnos de que se quedara en su lugar hasta la mañana, le dimos vueltas y vueltas hasta que la cinta se acabó, haciendo ochos alrededor de los testículos, de modo que cuando terminamos, la parte inferior de su overol parecía de plata. Marlena pintó con *espray Sr. Ratner* sobre la espalda de la estatua y después *Ratner* una y otra vez en el pan superior de la hamburguesa, encima de las palabras *BIG BOY* en azul neón sobre el pecho de la figura e incluso en la base del pedestal. El pene mostraba la palabra *PERVERTIDO*; eso lo habíamos hecho en casa con marcador permanente tan pronto secó el pegamento.

—¡Coche! —volvió a decir Greg, pero no importaba porque ya habíamos

acabado. Marlena tomó una fotografía con el elegante teléfono de Jimmy y los tres corrimos, corrimos, corrimos. Eso es lo que más recuerdo, nuestros cuerpos traspasando la noche, la mano de Marlena en la mía, las hileras de casas durmientes observándonos, plata en el aire de nuestro aliento. Azotamos las puertas del coche y Jimmy aceleró para huir de allí, las ventanas abiertas y la oscuridad congelante latigueando nuestro cabello, risas durante media hora completa. Nos quedaba tanto tiempo. Ocho meses y un puñado de días antes de que la encontraran en el río; tiempo de sobra para detener lo que venía, si tan sólo hubiéramos sabido cómo estar atentos a ello.

Juntas, teníamos poder. Éramos capaces de vengarnos. Como dije antes: las dos hacíamos una chica perfecta a la que era imposible joder. Nada podía lastimarnos, siempre que no estuviésemos solas.

El señor Ratner vivía a pocas casas del Big Boy y tenía que conducir frente a él para ir a la escuela. Es más, desayunaba allí al menos dos veces por semana o eso afirmaba Cosita, que trabajaba como cajera en La Jungla. Dijo que se sentaba con su esposa y su hijo de cuatro años en un gabinete junto a la ventana que miraba hacia el estacionamiento y la estatua.

Tan pronto como entró al salón de clases, más o menos unos cinco minutos tarde, el grupo irrumpió en risitas. Las ignoró por completo. Dijo que veríamos una película, su rostro impávido. Bill Nye, algo relacionado con volcanes. Varias veces abandonó el salón a oscuras. A través de la estrecha ventana de la puerta pude verlo hablar con otros adultos, con el señor Lacey, con un oficial de policía. La película terminó quince minutos antes del final de la clase.

—Pueden retirarse —dijo, y salimos del aula. Empaqué mis cosas lentamente, pero no pareció notarlo ni que le importara, a pesar de que normalmente se deleitaba en detenerme de camino a la puerta para decirme que necesitaba concentrarme, que me había visto enviar mensajes debajo del pupitre. ¿Qué sintió cuando llegó al semáforo? ¿Se habrá sentido *observado*? ¿Habrá sabido el porqué? Desterré un atisbo de lástima.

Al día siguiente fuimos noticia de primera plana. Debut y despedida para todos nosotros, supongo, excepto para Marlena. El artículo contenía una cita de Janice Ratner, la esposa del señor Ratner, que en la fotografía que

publicaron se veía bonita y no mucho mayor que Marlena y yo. «Esta es una comunidad pequeña», dijo, «y espero que quien haya hecho esto medite a profundidad la manera en que afectó a nuestra familia y cómo tuve que explicárselo a nuestro pequeño hijo». El señor Ratner prefirió no hacer comentarios al respecto. Retiraron el pene y con espray pintaron al Big Boy de negro de pies a cabeza; la única forma, supusimos, en que pudieron cubrir el nombre del señor Ratner.

—¿Te sientes mal? —le pregunté a Marlena esa noche.

—Es lo que se merecía.

—Pero no pensé en su esposa.

—Le hicimos un favor. —Marlena se dio vuelta, de modo que su trasero quedó pegado a mi brazo. Siempre acaparaba la cama—. Debería saber con quién está casada.

—¿Crees? Quizá es mejor que no lo sepa. Tienen un hijo.

—No seas idiota. El niño está mucho mejor sin él. Lo pervertido se transmite. ¿Cómo crees que los tipos así llegan a ser pervertidos?

—Supongo.

—Cuéntame un cuento —dijo Marlena, ya medio dormida.

—No te gustaría lo que estoy leyendo. Es sobre una institutriz huérfana que está enamorada de su viejísimo jefe, quien tiene a su esposa loca encerrada en el ático. Y está obsesionada con Dios.

—¿Ves? No eres la única. Nadie piensa en las esposas. ¿La institutriz sabe que existe?

—Cree que el asunto es complicado.

—No. No quiero nada de eso. Nada de niñas tontas. Cuéntame otra cosa.

—¿Como qué?

—Cuéntame un cuento de nosotras. —Se dio la vuelta para mirarme, despertando por completo—. Y que sea bueno. Danos cuchillos o algo. Haznos fuertes.

El mismo día que nuestro pene apareció en primera plana, el periódico también reportó un allanamiento en Ludlow, una farmacia familiar localizada como a ocho kilómetros del Big Boy, cerca de un conjunto de casas de verano vacías la mayor parte del año. Nuestra broma, con su vulgar atractivo,

acaparó la mayor parte de la portada, aunque la noticia de la farmacia llenaba una delgada columna del lado izquierdo que llevaba a la página tres. Me di cuenta de la noticia por pura suerte; sólo leía el periódico por el artículo que se refería a nosotros. La policía sospechaba que quienquiera que fuera responsable tenía cierta conexión con alguno de los empleados de Ludlow; no había señales de que hubieran forzado ninguna parte del local. Pero se habían llevado cientos de miles de dólares —eso decía el periódico, una cifra que no podía imaginarme— en medicamentos. La mayoría de los faltantes caían dentro de las sustancias controladas, fármacos cuyos ingredientes activos incluían oxicodona y metilfenidato, benzodiazepinas y dextroanfetamina. No tenía prueba alguna de que Bolt fuese el responsable, y durante el resto del tiempo que viví en Silver Lake jamás arrestaron ni enjuiciaron a nadie por ese caso. Pero alrededor de esa época y bien entrado el verano, a Marlena pareció resultarle más fácil conseguir sus pastillas.

Seis y media de la tarde de un viernes de abril, y Mamá se estaba preparando para una cita. Corría entre su cuarto y el baño en una nube de perfume y ansiedad y espray para el cabello, su atuendo diferente cada vez que se balanceaba en sus botas puntiagudas para verse en el espejo del vestíbulo, el único de cuerpo entero en toda la casa.

—Sabía que este día tendría que llegar —le dije a Marlena, quien ya se había devorado dos tazones de cereal. A veces Marlena podía comer en serio.

—Claro que tenía que llegar. Tu mamá es sexy, es *pragmática* y no tiene miedo de *probar lo que sea una vez*. Carajo, yo me la cogería —dijo, citando el perfil de mi mamá en la página de citas en línea. Una noche, alrededor de las tres de la mañana, memorizamos casi todo cuando Marlena prendió mi computadora para ver si Greg estaba en línea y encontró, para su vergonzoso deleite, la cuenta de Plenty of Fish de mi mamá abierta en la pantalla.

—Me matas de la risa.

—Jimmy está trabajando, ¿verdad?

—No sé. Probablemente.

—Igual y tu mamá no regresa en toda la noche. Un *home run* total.

—Porfa, porfa, porfa, no digas asquerosidades de mi mamá.

—Porfa, porfa, porfa, no seas una perra con tu mamá.

—¿Cómo es que soy una perra?

—Eres tan mala con ella. Eres, no sé, *altanera*. Podría venir a decirte que tiene cáncer y harías una cara de hartazgo. Es como si se te olvidara que algunas personas no tenemos el lujo de portarnos como perras con nuestras mamás.

Arrojó su tazón al fregadero, donde golpeó el mío, y se marchó indignada en dirección a la habitación de mi mamá. ¿Qué se supone que debí haber respondido a eso? Resentía que Marlena ocasionalmente usara los detalles horribles de su propia vida para establecer una especie de superioridad moral sobre mí. Resentía cómo siempre podía jugar la carta ganadora de amiga en desgracia, cómo mis problemas siempre parecían tan infantiles comparados con los suyos. Estaba de malas porque ya casi no tenía pastillas y quienquiera a quien estuviera mensajeando no le ofrecía una solución. ¿Por qué yo tenía que pagar por eso? Pero tenía razón. Me portaba como una perra con mi mamá por esa misma razón ineludible: porque era mía.

—¿No se ve fabulosa? —llamó Marlena desde el baño, ya no había enojo en su tono de voz—. Ven a ver.

El cabello de Mamá estaba planchado tan lacio que rebotaba la luz del baño, más brillante aún por reflejarse en esa cascada de rubio centelleante. Junto a ellas dos, yo era la que no pertenecía. Se veían todas relucientes y amarillas, bikinis y paletas de hielo, pasto cortado y sillas de plástico calientes en el sol de mediodía.

Mamá traía puesta una camiseta de los Eagles que jamás le había visto, suave y gastada de tanto uso que tenía pequeños agujeros alrededor del cuello, como si fuera de encaje. Sus jeans eran ajustados. No se veía vieja, pero había algo en su rostro; jamás la confundirías por alguien tan joven como nosotras. En algún lugar recóndito, siempre fui consciente de que las chicas de mi edad acababan de entrar a la cima de su belleza, y una vez que esos años pasaran mi valor empezaría a disminuir. Lo veía en la televisión y en las revistas, en los rostros de mis maestras y de las mujeres en el supermercado, en los de las mujeres a las que ya nadie miraba, y lo vi cuando mi mamá nos observó a Marlena y a mí, con algún recuerdo destellando en sus ojos.

—¿De dónde sacaste esa camiseta? Préstamela. —Me recargué contra el marco de la puerta. No había lugar suficiente en el baño para mí.

—La tengo desde que tenía tu edad, más o menos. —Se puso un arete triangular de plata en la oreja, respingando un poco—. Algunas cosas son sagradas. Todo en esta casa es de ustedes, niños. Debo tener algunas cosas que sean sólo mías. Cien por ciento mías. Entiendes eso, ¿no? A ti no te gusta cuando tomo prestadas tus cosas.

—¡Mamá! ¡Ni siquiera te la habías puesto antes!

—¿En serio vas a convertir esto en un drama? —Marlena sacó un tubo de brillo con destellos de su bolsillo y se lo dio a mi mamá—. Luciría bien algo de brillo encima del labial. El labial es demasiado *Tómame en serio*. El brillo es más como *¿No quieres besarme?*.

Sonó el timbre de la puerta.

—¡Un segundo! —grité.

Antes de que yo obligara a Marlena a cerrar la ventana del sitio, vimos a algunos de los tipos con los que mi mamá se había estado mensajeando. La mayoría eran viejos o parecían serlo, con aspecto patético; daban la impresión de seguir casados y que usaban Plenty of Fish para divertirse, para anesthesiarse contra la banalidad de sus vidas aburridas, su alfombra berberisca, las cajas de jugos para niños en sus cocheras. Algunos eran turistas ricachones de verano tratando de conseguir citas por adelantado para cuando llegaran los meses de calor. Le escribían a Mamá cosas como «oye, guapa, ¿qué planes tienes p/esta noche?» o «¡mándame fotos!» o «tú + yo + barco = ¡4 de julio!». Noté con cierto alivio que Mamá nunca les respondía a estos.

Cuando abrí la puerta, quien esperaba afuera era Bolt con el cabello casi rapado a cero, un tatuaje asomándose de la manga de su chamarra de mezclilla y ampliándose por el dorso de una mano, que sostenía una sola flor color rosa pálido.

—Dios mío —susurró Marlena desde algún punto detrás de mí.

—No tardo nada —exclamó Mamá desde el baño—, ¡díganle que pase!

Miró a Marlena sin rastro de sorpresa, una sonrisa dibujaba sobre su rostro.

—Un momento —dije, y le azoté la puerta.

—¿Qué carajos está haciendo Bolt aquí? —susurré en su dirección.

—No tengo idea. ¿Cómo podría saberlo? —La oí pedirme que no siguiera con el tema. La oí pedirme que actuara como si nada, que ignorara el asunto. Bolt tocó a la puerta, dos golpes educados.

—No me trates como idiota, Marlena. Es *mi mamá*.

—¿Qué hacen ustedes dos? —preguntó Mamá, parada a la entrada del vestíbulo y viéndose como algo recortado de un universo mejor y pegado sin ton ni son en esta escena. Estaba a punto de irse con un traficante dispuesto a intercambiar bolsitas de pastillas por diez minutos de manoseo con mi mejor amiga, y yo no decía nada—. ¿Le cerraron la puerta?

La puerta se abrió unos centímetros y Bolt asomó la cabeza por la abertura.

—¿Todo bien?

—Sí, por favor, pasa —dijo Mamá; no sonaba nerviosa ni rara ni cohibida en absoluto—. Mike, estas dos bárbaras sin educación son mi hija, Catherine, y su amiga Marlena.

—Conozco a Marlena desde que era así de grande y la mitad de bonita. — Bolt enseñó una hilera de dientes grises y estiró la palma paralela al piso, midiendo la estatura de una criatura invisible—. Soy amigo de su papá desde la preparatoria. —La estrujó contra sí y la besó sobre la coronilla con un ruido exagerado. Mamá se erizó. En el funeral de Marlena, mucho se habló de su presencia, de la atmósfera que la acompañaba a todas partes, como la efervescencia que flota sobre la superficie de un vaso de refresco. Cuando se sentía tímida o asustada o infeliz, todo lo que la hacía ser quien era se apagaba y esa atmósfera se desvanecía, de modo que se convertía, y realmente no hay mejor palabra para describirlo, en un cascarón de sí misma. Ante el contacto con Bolt, Marlena se abrazó a sí misma y Mamá lo notó.

Bolt no era de mal ver, pero tenía los dientes chuecos. Jamás lo había visto así de cerca, en la luz normal. Su rostro era apuesto de una forma ligeramente amenazante; se meció sobre sus pies, golpeando la flor levemente contra sus jeans. Muy distinto de mi papá, quien en su torpe y afectada necesidad de ayuda y cariño, era la versión masculina de una damisela en peligro. Bolt estiró la rosa en dirección a mi mamá. ¿Quién iba a detener esto?

En cuestión de minutos se habían marchado.

—Estará bien. No es como si fuera, no sé, malvado. Van a un Applebee's. No te pongas como loca. —La cara de Marlena siempre se inflamaba un poco después de comer demasiado, y necesitaba lavarse el cabello—. Si fuera a convertirse en tu nuevo padrastro —siguió—, me aseguraría de hacer algo. Pero sólo es una cita —repetía una y otra vez, recordándome que mi mamá

jamás salía de casa por las noches ni se ponía atuendos, ni iba al pub a comerse una hamburguesa o a tomar una cerveza como una persona normal —. No hay posibilidad alguna de que a tu mamá le guste. Es preciosa. E inteligente. Él ha tenido dos ideas en toda su vida, y una de ellas es *Tengo hambre*.

Dejé que su voz apagara la alarma que sonaba por todo mi cuerpo, convencida de que al elegir proteger a Marlena (¿y de qué? ¿De Bolt? ¿De lo que mi mamá pudiera pensar de ella?) había entregado a mi propia madre a lo que fuera que instintivamente me atemorizaba del papá de Marlena, que rondaba por la periferia de todo lo que hacíamos, una sombra que sostenía algo afilado.

Además, cuando Bolt besó a Marlena, Mamá se puso en modo de alerta, una señal que sólo yo podía leer. Rara vez sucedía en la actualidad, pero yo conocía esa aura en ella desde mi infancia; cuando le conté que Maxwell Berry me escupía en el cabello todos los días en el camión de regreso de la escuela, en los pocos minutos de tensión después de que papá canceló una visita. Tras la puerta cerrada, antes del sonido del auto que aceleraba y se alejaba, oí la risa de Mamá. Falsa y cautelosa, en tono de *no estoy del todo segura de esto*.

¿Y a qué equivalía todo eso, sino a que tenía todo bajo control?

Después de que Mamá se marchara, Marlena y yo nos pusimos a conseguir algo de vino; sacamos una caja cerrada de la parte más profunda de la alacena, donde habíamos alineado algunas cuidadosamente para disimular los faltantes de la reserva. Llenamos dos botellas de agua y las llevamos, junto con tres cajas de macarrones con queso, a la casa de Marlena para estar un rato con Sal antes de acostarlo. Marlena y Ryder no se hablaban por alguna nueva y estúpida razón, y Greg estaba con Cosita, de modo que sólo éramos las dos. Yo lo prefería así, aunque me uní a las pestes de Marlena en cuanto a lo absurdo de pasar un sábado por la noche con un niño menor de doce años. Incluso me agradaba Sal, cuando estábamos con él descansábamos de nuestro arrojo y nos poníamos tontas con el vino en lugar de ahogadas, y nos acostábamos lo bastante temprano como para lograr ver el lado soleado de la mañana del domingo.

Seguramente la mayoría de los adolescentes creen que el sitio donde viven

es aburrido. Pero no hay palabras que describan la catastrófica monotonía de tener quince años en el norte de Michigan al final del invierno, cuando no has visto el sol en semanas y la nieve no deja de caer y no hay adónde ir y siempre te mueres de frío y toda la gente a la que conoces está en bancarrota y el Cine Gaslight sólo estrena dos películas malas cada pocas semanas y no hay un solo lugar que abra las veinticuatro horas excepto por la gasolinera. No podíamos esquiar, porque sólo los chicos ricos como Chelsea y Micah podían hacerlo, a no ser que conocieras a alguien que trabajara en las estaciones de esquí. La escuela era un chiste. Lo único parecido a un sitio para conciertos era el Goldwater Pub los viernes, después de las diez de la noche, cuando el maestro de la banda de música de la escuela tocaba canciones de James Taylor mientras se emborrachaba con cubas libres, y donde eran de lo más estrictos con las identificaciones. El centro comercial más cercano estaba a noventa minutos al sur por carretera o dos horas completas con mal clima, y el clima siempre era malo. Todo en el exterior era belleza. Témpanos de hielo del tamaño de una criatura, el aire tan limpio que tu aliento lo ensuciaba. De modo que todo mundo bebía. Los maestros se presentaban a clase con resaca. Los padres de familia recibían multas por manejar intoxicados cuando patinaban más allá de las señales de alto. Bebíamos y Marlena tomaba sus pastillas, Ryder vendía su meta de mierda e incluso Jimmy, la persona más inteligente que conocía, era un zombi miserable que deambulaba de la casa a la fábrica de plásticos, al Subway y de vuelta a la casa como si alguien le diera cuerda y luego lo soltara. A veces manejábamos lo más lejos posible cualquier auto que pudiéramos conseguir, hasta el campo, más lejos todavía de donde vivíamos, y parábamos junto a uno de los millones de lagos congelados en un radio de treinta y dos kilómetros a la redonda para un profundamente insatisfactorio cambio de aires. La oficina de Cher tenía una luz ultravioleta y durante nuestras citas la hacía brillar sobre mi rostro, prometiéndome que me levantaría el ánimo.

Lo que ella no podía entender, y lo que yo jamás le hubiera podido explicar del todo, es que aunque era realmente doloroso, cegador y peligrosamente aburrido vivir en Silver Lake, nunca me había sentido tan feliz. Me sentía extrañamente libre. Había desatendido mis responsabilidades por completo, y el mundo no se había acabado. El invierno lo acallaba todo.

El granero era un desastre, como siempre, pero al menos los platos estaban medio limpios. Enjuagué una olla enorme, puse algo de agua a hervir y alineé dos cajas de macarrones con queso sobre el mostrador.

—Mi mamá siempre les pone salsa de jitomate —dijo Sal. Tratábamos de ignorarlo cuando mencionaba a su mamá; últimamente lo hacía de manera constante, hablando de ella como si estuviera en la planta superior en vez de desaparecida hacía años.

—¿Por qué no sólo le pones salsa a lo que te sirva?

Consideró esto con el ceño fruncido. Sal era inteligente y nadie parecía notarlo ni tomarlo en cuenta, e incluso en esos pocos meses había observado cómo su carácter se convertía en algo inmanejable, una pequeña bestia se agazapaba en su interior, ansiosa de sangre.

—Pero tienes que probarlo —dijo.

Lo levanté por debajo de los brazos, el total de sus más o menos dieciocho kilos de cuerpecito inquieto, para que pudiera vaciar las cajas de pasta en el agua. Todavía no hervía, pero Sal era impaciente. ¿Cuándo había comido por última vez? Marlena estaba en el baño. Después de colar la pasta, dejé que Sal se parara sobre una silla y mezclara el queso en polvo y media barra de mantequilla medio derretida que encontré en el cajón del fondo del refrigerador. No había leche, de modo que la humedecimos con agua y le añadimos mucha sal y pimienta.

—Quiero como que *mucho* —me dijo Sal—. Puedo comer más que mi hermana. —Siempre llamaba así a Marlena: mi hermana, mi hermana, un sello de propiedad y de orgullo.

Vimos un programa donde aparecía un grupo de monstruos adolescentes que asistían a una escuela para monstruos. Uno de ellos sostenía los globos de sus ojos en las manos y ocasionalmente los utilizaba como armas. Me comí un plato entero de macarrones rosados sólo para complacer a Sal. *Tu es mon diamant*, le dijo Marlena a Sal cuando terminó toda su comida. *Je t'aime beaucoup*. Qué extraño escuchar esas vocales bailarinas —todas luces ciudadinas y hogazas crocantes de pan y persianas azules y perfumes caros— en ese lugar, con su piso de cemento, su frío que calaba los huesos y su alacena vacía. Me hizo sentir repentina y extremadamente triste, y jalé a Sal hacia mí para abrazarlo con todas mis fuerzas.

—No —dijo, con la vista fija en el televisor.

Cuando llegó el papá de Marlena, le hacíamos a Sal un cambio de *look*. Estaba sentado sobre un baúl lleno de astillas que servía de mesa de centro, rodeado de la impresionante colección de maquillaje de farmacia principalmente robado de Marlena.

—Tú no eres tan bonita como mi hermana —me dijo mientras yo usaba un labial rojo para dibujarle círculos sobre las mejillas.

—¿Ah, sí? —le respondí—. ¿Y ahora? —Mostré mis dientes y saqué la barbilla. Sal se rio, dejando rastros de rímel debajo de sus ojos.

—Te recompensaré por tu lealtad, Sal —dijo Marlena, ajustándole la diadema de diamantes de imitación—. *Voilà!* Tú, *mon petit prince*, eres el más bello de todos.

Ningún auto anunció su llegada. Más tarde, cuando lo pensé, decidí que debía haber llegado del bosque, del vagón de tren, y que vino en motonieve. De lo contrario hubiésemos visto los faros brillar a través de la única ventana del granero que daba a la calle. Azotó la puerta de la cocina tomándonos a todos por sorpresa, de modo que Marlena soltó un frasco abierto de brillos para ojos, dejando un rastro en el piso.

—Aquí apesta —dijo; la palabra *apesta* disolviéndose en una serie de estornudos sísmicos. ¿Por qué siempre es tan evidente cuando alguien está muy, pero muy drogado? Los confines de su cuerpo no se ajustan a su alrededor, como si alguien los hubiera recortado de sus vidas para luego volverlos a coser, pero mal. Cuando Marlena estaba realmente pasada, era como si su película fuese en blanco y negro mientras que la mía tenía los colores normales de todos los días. El papá de Marlena estaba pasadísimo; su ofuscación llenaba la habitación como humo.

—Quítate esa mierda de la cara —le dijo a Sal, dando unos pasos inestables—. ¿Quién está allí? ¿Quién eres? —Sus ojos estaban fijos justo sobre mi cabeza, de modo que no estaba segura de que se refiriera a mí o a alguna figura únicamente visible para él. Sal desapareció como por acto de magia. La orilla de la cobija que le habíamos atado alrededor del cuello desapareció en el tapanco oscuro encima de nosotros.

—Papá, es Cat. Ya la conoces. Sabes quién es. Nuestra vecina.

—Ah, sí, la ruidosa. Curiosa.

Se sentó entre las dos sobre el sofá y se limpió los labios con los nudillos. No me gustó sentir su pierna junto a la mía.

—¿Han estado bebiendo?

—No —respondí.

—Mentirosa —dijo.

—Cat, ya vete a casa —dijo Marlana—. Necesitas irte.

—Está bien —dije.

—«Está bien, está bien» —dijo el papá de Marlana, remedándome—. No quiere irse.

Marlana dijo algo en francés, demasiado rápido y estridente para que yo lo entendiera.

Él colocó la mano en la parte baja de mi espalda y todo mi cuerpo se petrificó.

—¿Qué eres, india? —Su pulgar viajó por mi columna, un sitio, me di cuenta, que nadie jamás había tocado—. Tienes ojos indios. —Y de repente, su mano estaba debajo de mi sudadera, jugando con el broche de mi sostén—. Negros —dijo. Lo soltó con un movimiento de sus dedos y respiró fuerte, una versión de la risa. En su inmovilidad, podía sentir a Marlana pensando con urgencia. Mi sostén quedó abierto, dejando libres mis senos, pero no me moví. Quitó la mano y un escalofrío me recorrió zumbando desde el rasguño que hizo su piel al dejar la mía—. Tienes tetas de niña gorda, pero eres chiquita —dijo.

Yo emití una jodida *risita*.

—Detente —dijo Marlana, sin ver a nadie.

—Bebes demasiado, Lenita. Bebes como hombre adulto. Como perdedor. Creo que bebes más que yo. —Levantó una de las botellas de agua, la abrió y la olisqueó. Arrojó la botella destapada con fuerza. Golpeó las escaleras en una explosión de hielo; el plástico cayó al piso con un golpe sordo—. ¿Dónde aprendiste a beber así? Tu mamá no bebía así.

—Vámonos —dije y me puse de pie, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—A ver si entiendes —dijo Marlana, la vista todavía fija en la distancia.

—¿Qué?

—Eres tan dependiente. —Presionó las palmas contra sus ojos cerrados, como hacía cuando le dolía la cabeza—. Esto no es asunto tuyo. Quiero que te

vayas; por favor, no me hagas decírtelo un millón de veces. Sólo vete.

—Ven conmigo.

—Vete a casa, Cat.

Me negaba a llorar. Pero lo que dijo me había dejado sin aire, vacía.

—¿Marlena?

Sacudió la cabeza.

Me había despedido y se negaba a dejarme entrar de nuevo. Justo como la noche en que la vi en el auto de Bolt afuera de su casa. Conducta adictiva, lo sé ahora, ese dejar fuera. A veces se lo hago a Liam. Marlena le susurró a su papá en francés, de manera tranquilizadora, como se le habla a un perro asustado, masajeando su nuca, los labios junto a su oreja. Esa era la manera en que Marlena manejaba a los hombres. Era la forma en que les retiraba el aguijón sin que se dieran cuenta. Era la manera en que se convencía a sí misma de que ganaría, incluso si le quitaban absolutamente todo lo que querían. Me quedé parada allí hasta que no pude hacerlo más, mi sostén todavía abierto. Entonces la dejé en paz, como quería que lo hiciera.

Afuera batallé para arreglarme el sostén sin quitármelo, levantándome la sudadera y mostrándole mis senos al bosque negro y mudo, tan engañosamente silencioso, repleto —*lo sabía*— de mirones. Era una caminata de veinte minutos para llegar al carro de ferrocarril. ¿Cuántos cerillos se necesitarían para hacerlo explotar en grande? Había líquido para encendedores en el cobertizo; podía usarlo. Si arrojaba el cerillo desde una distancia segura y no se apagaba en el aire, quizá podría correr con la suficiente velocidad como para escapar de las llamas.

Saqué mis cigarros de mi bolsillo trasero y me senté en los escalones al frente de la casa, mis manos parecían líquidas. Prendí cada nuevo cigarro con la brasa del anterior hasta que se terminó la cajetilla. Dentro del granero se estaban gritando, pero no podía entender lo que decían.

Con la mano desnuda cavé una pequeña tumba en la nieve apilada contra la escalera y enterré las siete colillas de mis cigarros. La puerta principal de la casa estaba sin llave; normalmente era así y experimenté un temor retroactivo por los cientos de noches en que me quedé dormida en un sitio al que podía acceder cualquiera en cualquier momento. Adentro, todas las luces estaban apagadas. El reloj de la estufa parpadeaba que eran las 10:42 p. m.; más

temprano de lo que pensaba. Mamá probablemente no había regresado de su cita con Bolt. La necesitaba. Un deseo primordial, en el nivel celular. Quería llamarla y que regresara a casa y se sentara conmigo en el sofá, mi cabeza en una almohada sobre su regazo mientras mirábamos *El padrino*, algo lo bastante largo para borrar cada horripilante paso que había dado fuera de mi hogar. Saqué mi teléfono y marqué. Hasta el día de hoy, el recuerdo de su número cuando yo era adolescente sigue vivo en las puntas de mis dedos. Unos segundos después de pulsar el botón de LLAMAR, oí que su teléfono sonaba cerca, adentro. Seguí el sonido a través de la cocina y por el pasillo que llevaba a las habitaciones. La casa se sentía profundamente vacía salvo por el *brrr, brrr* preseleccionado; jamás se había molestado en cambiar el tono. La puerta de su recámara estaba abierta y al principio creí con seguridad que no había nadie allí. Objeto por objeto —cajonera, cortina a medio abrir, acuarela sobre la pared—, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. Estaba bocabajo sobre la cama, encima de las cobijas, usando su camiseta de los Eagles, sus piernas desnudas.

—Mamá —dije—. ¿Mami?

Me tropecé con sus botas al acercarme, segura, segura; ¿segura de qué? Me sentí abrumada por el terror, enloquecida de miedo. Me incliné sobre ella y tiré de uno de sus hombros hasta que se dio vuelta, torpemente, sobre su espalda, sus brazos flojos. Estaba dormida, su aliento saturado de vino.

NUEVA YORK

Me desperté a alguna hora enfermiza y carente de color con la gata mirándome desde el piso. En el baño, me tomé dos Advil con dos vasos grandes de agua y volví a hundirme en algo retorcidamente aproximado al sueño, sólo lo bastante alerta para monitorear el horrible abrillantamiento del departamento. Cuando sonó el despertador de Liam, nuestra habitación inundada de sol, me quedé en cama. No quería tomar el subterráneo con él. Otra vez tenía resaca. Y realmente mala.

En la oficina de la casa, el contenido de la caja estaba regado por el escritorio; en el cesto de la basura había tres cervezas vacías. Una cuarta, con sólo el fondo, estaba cerca de mi laptop abierta. Cuando toqué el panel táctil, la pantalla reveló un documento de Word, cubierto de texto. Cerré la computadora y de la caja tomé el prendedor, para Sal. Me puse más maquillaje de lo normal, para ocultar la tonalidad enfermiza de mi rostro. Había dejado destapado el estuche de mis lentes de contacto; mi cepillo de dientes estaba dentro de la tina, las cerdas contra el desagüe. Cuando salí del departamento, llevé las botellas y la caja de cartón de las cervezas, que había sacado del refrigerador, al contenedor de reciclaje al final de nuestro pasillo, rogando no toparme con alguno de los vecinos.

Parada en el subterráneo, aplastada entre dos hombres vestidos de traje de negocios, mi estómago protestaba y se calmaba, protestaba y se calmaba, elevándose hasta mi garganta para después hundirse hasta mis pies. Sin importar lo mal que me sintiera, jamás vomitaba, ni en la noche ni a la mañana siguiente, no a menos que me obligara a hacerlo. No tenía botón de apagado. Nada que me detuviera, ningún mecanismo interno que dijera basta, por favor, lo que estás haciendo duele. Me sentía muy cansada. Entonces me abrumó la vergüenza, esa vieja conocida, y miré cómo se crispaba mi reflejo en la ventana del tren al pensar en la cerveza y los martinis mezclándose,

cuajando mi sangre. En las mañanas, siempre era posible que jamás volviera a beber. Pero entonces pensaba en mí dando traspies hasta la cocina mientras Liam dormía para abrir otra más, impotente. No podía seguir así. Y sin embargo, con una fatigosa mezcla de anhelo y terror, ya estaba imaginando el momento, ese cambio al final de la tarde, en el que volvería a ser apropiado tomarme un trago.

No estaba allí cuando llegué, pero unas horas después de iniciado el día, cuando bajé a preguntarle algo a Alice, la chica estaba en su lugar de siempre. Parecía alerta, contemplando un gran diccionario ilustrado de razas de perros. Su rostro estaba limpio y muy pálido, y cuando me acerqué a ella, trazaba la silueta de los perros sobre la página con el dedo índice, tal como lo haría un niño. Llevaba puestos jeans, tiosos de tan sucios, y una larga chamarra café, su mochila atestada y cubierta de trazos de marcador, parches y manchas de lodo. Diecinueve, suponía, aunque Alice pensaba que era mayor, más cercana a los veinticinco. Pero yo sabía que las drogas te adelantan en tu propia línea cronológica, acercándote un poco más a tu muerte, incluso si dejas de usarlas. ¿Qué otra cosa es la edad sino una conciencia, en expresiones y gestos, en carne y hueso, de tu propio reloj en marcha?

Tenía una caja de costosas barras de granola en el cajón de mi escritorio, de las que contienen almendras enteras y trozos de chocolate amargo. Liam las compraba al por mayor; se preocupaba por mis niveles de glucosa en la sangre. Sabía que me abandonaría si no dejaba de beber y también sabía que lo amaba, que amaba la dulce y cómoda seguridad de nuestra vida, los cheques de pago y llegar a casa y saber, siempre, que estaría allí. La manera en que doblaba las toallas de mano debajo del lavabo. Cómo llamaba a la gata Bebé, Bebé, y a mí también. Cuando Mamá conoció a Liam, en el instante en que él se levantó para ir al baño me dijo que era de lo más aburrido. Estaba un poco pasada de copas, vale la pena decirlo, y Liam no bebe casi nada. Le tomó años convencerse, ver lo que veía yo: que Liam era un hombre que sólo te dejaría si lo obligabas. Creo que Marlena hubiera entendido eso. Queríamos ser las que dejan en lugar de ser siempre las abandonadas.

Llevé dos barras de granola abajo, al cuarto de lectura. La chica estaba enfocada en la última página, donde no había imágenes de perros sino sólo

una lista de fuentes y de créditos fotográficos en un tamaño de letra minúsculo. Me acerqué a ella por detrás y le toqué el hombro, lo que probablemente fue un error pero no pensaba con claridad, tenía la cabeza embotada y lenta y mi corazón latía de manera extraña. Estaba teniendo problemas de perspectiva. Se dio vuelta de un brinco y cuando vi su rostro de cerca supe que no estaba usando heroína.

—Te traje estas —dije, sosteniendo las barras de granola frente a ella. Las miró y después a mí, sus ojos enrojecidos. Abrió la boca, estiró los labios y emitió un siseo. Sus dientes estaban cubiertos de un amarillo sucio y había perdido una pieza de abajo—. Lo siento —dije y me incliné hacia adelante lo suficiente para dejar las barras sobre el libro. Ella seguía siseando, los dientes expuestos. Se oyó la saliva al fondo de su garganta, saltó de su boca y aterrizó sobre mi brazo en una hilera de pequeñas gotas relucientes. Me eché atrás pero siguió siseando, doblándose contra el respaldo de la silla. De reojo pude ver que una niña sentada en un sillón cercano a la entrada de la sala infantil nos miraba fijamente, asustada. Quizá recordaría esto después, de adulta; la mujer enloquecida de la biblioteca, una pequeña rendija en su realidad.

Me encontraba a una distancia segura, cerca del mostrador de préstamos, cuando Alice se me acercó. Ahora parecía que la chica trataba de arrancarse los ojos de la cabeza. Cada pocos intentos se detenía, se sacudía y después enterraba las palmas contra su rostro. Sus labios se movían pero no emitía sonido alguno; aun así, hubiera sido imposible no notarla. Las sacudidas de su cuerpo y de sus brazos eran tan inhumanas que causaban una especie de ruido. Me limpié el brazo contra los jeans, pero seguía sintiendo su saliva. Algunos niños salieron por la puerta principal, con sus madres guiándolos.

—Ya llamé —dijo Alice—. Vienen en camino. ¿Estás bien?

—¿A quién? ¿A la policía? ¿Por qué hiciste eso?

—Cat, ¿de qué hablas? Mírala. No está bien. Está usando crack o algo.

—Meta, creo.

—Lo que sea —respondió Alice—. Está hecha mierda. Cuando veo a alguien como ella, siempre me pregunto dónde está su familia, ¿sabes?

Para cuando llegó la policía, la chica estaba dócil. La llevaron a la entrada de la biblioteca, un oficial a cada lado, como si la acompañaran a un baile.

—Qué alivio que eso se haya acabado —dijo Alice una vez que la biblioteca

retornara a su tranquilidad habitual—. Quizá ahora ella consiga algo de ayuda.

—¿Sabes cómo se llama?

—No —dijo Alice, mirándome con extrañeza. Tal vez yoapestaba a alcohol.

MICHIGAN

—Increíble —dijo Jimmy, imitando a Mamá. Estábamos de pie en el patio trasero de Marlena a la luz del atardecer del jueves, sólo nosotros tres, fumando. Yo podía exhalar oes perfectas. Jimmy no tenía problema con que fumara, sólo con que faltara a clases. No le señalé que su razonamiento parecía algo confuso; sólo me daba gusto contar con él para conducir hasta la gasolinera y comprarme cigarros con el dinero que ahorraba de hacer trabajos de limpieza con Mamá. Después de empezar con Camel, me había decidido por los Parliament, como Marlena; un sabor más seco y sofisticado, como de hecho le dije a Greg, quien tuvo la gentileza de no burlarse de mí.

—¿Qué? —preguntó Marlena.

Saqué el celular y abrí el mensaje de texto; Papá nos había mandado el mismo a Jimmy y a mí, para informarnos que estaría «por esos lares» un par de horas el domingo, y que le gustaría llevarnos a comer para que todos pudiésemos «ponernos al tanto».

—¡Caramba! El demonio emerge de su antro de perdición. —Exhaló un chorro de humo—. Creo que es maravilloso. Es algo bueno. Por lo menos quiere verlos.

—Casi seis meses —dijo Jimmy—. Ese es el tiempo que hemos estado aquí, a menos de cinco horas de donde vive. ¿Cat básicamente enloquece, y él tarda seis meses en venir para «ponernos al tanto»?

En pleno derroche, Jimmy arrojó su cigarro a medio fumar a un montón de nieve que se derretía y se dio vuelta hacia la casa, aunque los tres llevábamos una hora jugando Monopoly con Sal. Sus botas dejaron huellas que se llenaron de agua tan pronto como las levantaba; principios de mayo y la nieve seguía apilada en nuestros patios, con parches cafés que parecían lodo esculpido. A pesar de las casas destartaladas, los montones de basura y los coches descompuestos, Silver Lake se había visto extrañamente bello en lo

más profundo del invierno, pero a lo largo de las últimas semanas, a medida que aumentaba el calor, todo estaba volviéndose horrible.

—Pues no veo por qué tuvo que irse así —dijo Marlena, por una vez haciendo evidentes su decepción y su anhelo. Se había presentado en mi casa a primera hora al día siguiente del incidente con su papá, a punto de llorar, una hilera de moretones bajando por su brazo derecho. Me abrazó y me pidió perdón por haberme llamado dependiente. Dijo ¿qué haría sin ti? Dijo que sólo había dicho algo así de vil porque sabía que para hacerme salir, para mantenerme a salvo, tenía que herirme lo suficiente para que me fuera—. Yo puedo manejarlo. Tú no. Es mi papá. Con todo y lo mucho que lo detesto a veces, es parte de mí, ¿sabes? Entiendo cómo es. —Le creí.

La seguí al interior del granero, invocando un deseo paterno para cada una de nosotras: que ver al mío no resultara un desastre y que el suyo no llegara a casa en mucho tiempo, o que quizá no volviera jamás.

El domingo por la mañana no pudimos encontrar a Jimmy. Mamá me despertó temprano; nos veríamos con Papá a mediodía en Gaylord, a dos horas de la casa, a tres, según él, de dondequiera que estuviera viviendo. Él y Becky iban a Toronto y no podía pedirles que se desviarán, a pesar de que en realidad Silver Lake estaba sólo a una hora y pico al oeste de la carretera que seguirían para ir a Canadá. *Después de todo, sólo tenemos una semana de vacaciones*, mensajó Papá, terminando su mensaje con una :). Busqué a Jimmy afuera. Probablemente sólo era que se había despertado temprano para darse valor con un tazón de mota, pero no lo vi adelante ni atrás. Miré hacia la ventana de Marlena, mi atención centrada en las huellas de pisadas que iban de ida y vuelta a su puerta, seguramente las que Jimmy había dejado.

Su cama estaba deshecha como si apenas acabara de levantarse, pero faltaban sus botas y su abrigo, además de sus cigarros. Pateé el montón de ropa sobre el piso, aprovechando la oportunidad para husmear. Jamás me dejaba entrar a su cuarto. Mi pie descalzo aterrizó sobre algo duro y frío. Crujió un poco bajo mi peso. Me incliné para ver qué había pisado. Era el prendedor de Marlena, abierto a causa de la presión de mi pie, regando polvo blanco y trozos triangulares de pastilla. La había visto usarlo el día anterior; la recordaba verla toqueteándolo mientras jugábamos Monopoly, un tic que

indicaba que estaba pensando. La puerta de la casita no cerraba bien y el alfiler estaba doblado hacia un lado. ¿Alguna vez la había visto sin él? Froté el polvo con el pie hasta que desapareció en la alfombra y me llevé el prendedor a mi recámara, donde jugueteé con él tratando de enderezar la cajita, presa del pánico por haber estropeado algo así de importante. El pavor me distrajo de la pregunta que debí haberme hecho en el instante en que me percaté de lo que había pisado. ¿Qué demonios hacía el prendedor de Marlena en el piso de la recámara de Jimmy? Alguien tocó a mi puerta, y con el corazón en la garganta escondí el prendedor arruinado en el bolsillo de un viejo suéter colgado en el rincón más recóndito de mi clóset.

—Pudo haber dejado cuando menos una nota —dijo Mamá cuando abrí, su rostro medio oculto por el vapor que subía de la taza que tenía entre las manos.

—Es un maldito infantil. No puedo creer que me deje lidiar con Papá a solas.

—Qué bonito hablas.

—Maldito —dije—. Maldito, maldito, maldito.

Mamá se quedó mirando al fondo lechoso de su taza de té.

—Salimos en veinte minutos, y si no estás lista, definitivamente no vamos —dijo. Voltee la mirada, y cuando me di cuenta de que ya se había dado vuelta para marcharse, suspiré de manera exagerada y audible para que me oyera. Decidí que trataría de no pensar en el prendedor y el sitio donde lo encontré, aunque lo que ya sabía estaba allí, aleteando en los confines de mis pensamientos, esperando a que le diera nombre. Es fácil ignorar algo que realmente no quieres saber.

Pronto vería a Papá; nada más importaba. Ni siquiera Marlena, por una sola vez.

Jamás había tenido una cita, pero esa mañana sentí como si me preparara para una. Me probé una falda y luego otra, —no había sacado ninguna de ellas del clóset desde Pontiac—, antes de decidirme por algo que le pertenecía a Marlena: el vestido color melocotón que llevaba el día que Ryder hizo la entrega en Cascade Drive. Lo había dejado en mi casa semanas antes, un hábito que adquirió cuando notó que Mamá podía lavar su ropa junto con la mía. Me puse el vestido de algodón por la cabeza, sorprendida de que me

quedara de manera similar a ella; se abría un poco más a la altura de mis caderas, que eran más amplias que las suyas, pero el escote revelaba un valle muy similar al suyo entre mis senos. El cabello me llegaba a los omóplatos y era de un castaño apagado. No había nada que pudiera hacer al respecto. Me puse base de maquillaje en el rostro y destacué mis pómulos con un poco de rubor. Marlena me había enseñado cómo correr el lápiz delineador por el borde interno de mis párpados, que el polvo brillante iba en el espacio entre el puente de la nariz y mis lagrimales, y lo que significaba la palabra *definir*. Me ricé las pestañas y las cubrí dos veces con rímel. Para terminar, regué un poco de perfume de vainilla en el aire y caminé a través de la nube aromática.

Ya dentro del auto, Mamá abrió la ventana de manera intencionada, a pesar del frío y del hedor a estiércol que entraba de cuando en cuando mientras salíamos a toda velocidad de Silver Lake y pasábamos frente a las granjas alineadas junto a la carretera. Mamá también se había vestido con cuidado. Llevaba una túnica vaporosa que mostraba la camisola ceñida a su torso; la piel de su pecho brillaba un poco en la luz gracias a la estúpida crema corporal que le había dado por usar. De no ser tan evidente que trataba de verse joven, hubiera admitido que lucía casi fantástica. Cada vez con más frecuencia me pedía prestada ropa y compraba en la sección juvenil de Maurice's. Cuando usaba brillo labial y botas de tacón, quería sacudirla, abrazarla y eliminar su existencia, todo a la vez. Para colmo, desde su cita desastrosa con Bolt —que no se había repetido— no podía dejar de notar cómo, con su aspecto soleado de ojos claros, sus caderas estrechas y sus brazos delgados, parecía más mamá de Marlena que mía.

En un semáforo a algunos kilómetros del pueblo, Mamá bajó el espejo de la visera, frunció el ceño, y se lamió la punta del dedo para quitarse una mancha de sombra café que había quedado debajo de su ojo izquierdo.

—Se ve bien, Mamá —dije, sorprendida ante la oleada de amor que interrumpió la mortificación avergonzada que ella me producía desde que me percaté que se había pasado una hora alaciándose el cabello ya perfectamente lacio—. Te ves muy bonita.

Cerró la visera, arrojó un brazo alrededor de mi hombro y me apretó. Mi mejilla se pegó a su pecho; me preocupé un poco por mi rímel, pero entonces cerré los ojos y respiré su esencia, tan conocida que iba más allá de lo

sensorial, un narcótico biológico al que me resistía y que añoraba al mismo tiempo. Dejé que me abrazara. La luz cambió a verde y siguió abrazándome; no importaba en realidad, puesto que no había un solo auto aparte del nuestro sobre el camino.

—Ahí está mi nena —le dijo a mi cuero cabelludo—. Sabía que estabas ahí dentro, en alguna parte.

—¿Libro aburrido? —preguntó Mamá, mirando el ejemplar de *La mano izquierda de la oscuridad* cerrado sobre mi regazo.

—No —respondí—. Es sólo que no puedo concentrarme.

A veinte minutos de distancia de Gaylord, mi teléfono vibró. Un mensaje de Marlena. *Ma pêche no debes que ese demonio te deprima!!!* Unos segundos después, mi teléfono volvió a vibrar. *Odio cuando te vas, odio cuando te vas.*

Sabes dónde está Jimmy?, escribí.

Un instante después: *Nop.*

Mamá manejó hasta el estacionamiento de un restaurante llamado Culver's. Estaba rodeado de maizales con los tallos rotos a la mitad; al otro lado de la calle se enfrentaban una gasolinera y un Arby's. El estacionamiento estaba vacío excepto por unos cuantos coches, ninguno de los cuales reconocí. «Todavía no llega», trino Mamá. Eran las 12:14. Siempre que pasaba un auto nos tensábamos, pero ninguno de ellos entró al estacionamiento.

—Lo siento, amor —dijo Mamá a las 12:32—. Probablemente viene retrasado o se topó con algo de tráfico al salir de la ciudad, o algo. ¿Quieres entrar a comer algo?

—¿En Culver's?

Mamá se rio.

—Y a todo esto, ¿qué carajos es Culver's?

—No quiero comer nada que le pertenezca a alguien llamado Culver.

—Probablemente ni siquiera sirvan comida. Tal vez es algo así como la sala de algún aldeano patético.

—Te apuesto a que huele como a cientos de millones de gases de frijol allá adentro.

Las dos nos esforzábamos demasiado por reírnos pero, con todo, me sentía más cómoda con ella de lo que lo había estado en meses.

—Dijiste *carajos* —le indiqué.

—Carajos —dijo, y nos reímos en serio. El sonido de nuestras risas se entremezcló.

—¿Sabes cuándo fue que realmente empecé a preguntarme si tu papá era de fiar?

12:35. Le envié a Papá un mensaje con una docena de signos de interrogación.

—Estaba embarazada de ti. Supongo que tuve miles de razones para pensarlo cuando Jimmy era bebé, pero estaba en plan de madre primeriza, totalmente obsesionada con tu hermano, y le prestaba más atención a sus evacuaciones que a si yo había comido más que una papa frita en días.

—Qué asco.

—Contigo me puse gordísima. Pero gorda, gorda en serio. Me daban unos antojos locos de sándwiches de pescado de McDonald's; literalmente eran lo único que quería comer. Tu abuela solía bromear diciendo que saldrías nadando.

—Caray, Mamá, mil gracias por el daño cerebral.

—Ay, por favor, estás perfecta.

Entrada en su narración, dijo que en una ocasión, cuando ya estaba yo del tamaño del mundo en su vientre y lista para salir, le pidió a Papá que fuera a comprarle uno de esos sándwiches de pescado. Jimmy estaba inquieto, lloraba por cualquier cosa, y quizá eran las siete o las ocho; ella ya había comido, recordó, pero tenía hambre de nuevo. Me dijo que algún día, cuando yo me embarazara, entendería lo que es tener hambre así, todo el tiempo, un hambre que no se saciaba incluso mientras estás masticando, literalmente. Cuando Papá no le contestó volvió a pedirselo, pero de todos modos no dijo nada. «Rick», dijo una y dos veces más, pero él seguía mirando el televisor. De modo que levantó a Jimmy, que para ese momento estaba gritando, y se paró frente al televisor, bloqueando la vista de Papá.

—No es que no corriera a hacer de inmediato lo que le pedía —dijo—. Es que ni siquiera me estaba *contestando*. —Hacía eso a menudo; la ignoraba incluso cuando le hablaba de manera directa, de modo que ella empezó a pensar que estaba loca, que quizá abría la boca para decir algo y que no emitía sonido alguno. Cuando perdió los estribos y empezó a hacer un berrinche

equivalente al de Jimmy, Papá se levantó y salió de la casa dando un portazo. Ella supuso que había ido al restaurante, pero no regresó sino hasta la mañana siguiente. Más tarde encontró dos sándwiches de pescado en una bolsa grasienta en el asiento de atrás del coche.

Vimos un camión que pasó volando junto a la ventana del lado de Mamá y se perdió adelante, más allá del Arby's y de la intersección, bastante lejana. Con la historia de Mamá, mi percepción de mis padres sufrió una serie de cambios repentinos, como las letras de un examen de la vista cuando el doctor intercambia los lentes; claro, borroso, nítido y de regreso a una bruma incomprensible.

—Entiendo: es un cabrón. El cincuenta por ciento de mí está compuesto de la peor persona del universo. ¿Es eso lo que quieres que diga?

—No seas tan inmadura. No quiero que digas nada. Sólo quiero que sepas esto, lo que está haciendo; él siempre lo ha hecho. Simplemente frío. Extraño. Es algo que siempre ha estado en él. A la mañana siguiente actuó como si nada hubiera pasado, pero no trató de compensármelo ni nada, y te juro que sentí que se abría una puerta diminuta en mi cabeza, una puertecita que daba a una habitación llena de toda la mierda asquerosa que no quería enfrentar acerca de él y fue como, ah, el divorcio; simplemente estaba allí, como opción.

—Volteó en mi dirección y se estiró hacia mí. Me encogí hacia la puerta del copiloto—. Pero, oye, valió la pena. Definitivamente. Tú y tu hermano, ustedes dos, sin duda lo valen. —Apenas podía tolerarla—. Sólo no quiero que esperes nada de él; eso es lo que intento decir.

Una línea de mi libro empezó a dar vueltas en mi cabeza. *Mi vida estaba en peligro, y no lo sabía*. Un recuerdo muy temprano, tan confuso que a menudo lo descarté como un sueño; yo, a los cinco años, a medio dormir en el asiento trasero del auto, estacionado en la entrada de una casa que no reconocía; mientras, sentado en el porche, Papá hablaba con una mujer que tenía un grueso mechón azul en el cabello. Por un solo verano, cuando yo tenía ocho o nueve años, Papá se mudó a un departamento cerca del centro comercial. Cuando lo visitaba, me daba regalos extraños: un trol, aunque los detestaba al grado de tener pesadillas con ellos, un perro de peluche que olía a tienda de segunda mano. Tengo pocos recuerdos de él en esos largos fines de semana. En lugar de eso, mi imaginación me proyecta una película de mí vagando por

su vecindario en días nublados, enterrando el trol bocabajo en un montón de fragmentos de madera en el jardín de alguien, sin nadie que me buscara, nadie a quien le importara lo que pudiera sucederme.

Mamá abrió su ventana a la mitad y después volvió a subirla hasta que quedó una rendija del grosor de un dedo que dejaba entrar un asomo de aire húmedo primaveral con aroma a fertilizante.

—¿Qué edad tienes? ¿Dieciséis?

—Quince.

—Sabes a lo que me refiero. Puedes manejar esto. Puedes enfrentar la realidad.

Estábamos a punto de marcharnos cuando, a la 1:03, Papá se estacionó en un espacio a poca distancia de nosotras, como si dijera *Aquí estoy, pero no se hagan a la idea*. Conducía un auto desconocido, de cinco asientos, color vino, con una abolladura profunda del lado del conductor. Una nevada cualquiera seguramente lo haría inútil. Becky venía en el asiento del copiloto. Por supuesto, sabía que estaría allí — *después de todo, sólo tenemos una semana de vacaciones* :)—, pero, de todos modos, verla hizo que se me retorciera el estómago.

Nos reunimos en la acera e intercambiamos saludos extraños, Mamá y Papá primero, uno de esos abrazos falsos en los que los pechos de cada quien están lo bastante separados como para que quepa una pareja abrazada de verdad, mientras Becky me daba unas palmaditas en la cabeza de manera fingidamente afectuosa. Después ella y Mamá se ignoraron mientras Papá — en lugar de su habitual y superencantadora rutina de recogerme y darme vueltas, levantándose y fingiendo en general que verme era lo mejor que podía imaginar— actuaba tímido y algo triste y me dijo que me veía preciosa y medio estiró un brazo para abrazarme contra su costado. Mamá dijo que esperaría en el auto mientras comíamos.

—¿Estás segura? —preguntó Becky, toda hipocresía.

—Totalmente —dijo Mamá, ya a mitad de camino.

—Te volviste un poco loca con todo ese maquillaje, ¿no? —dijo Papá y mi temperatura corporal subió unos mil grados.

Por dentro, Culver's era tan brillante como un hospital y olía a aceite quemado y a limpiador de vidrios, un restaurante cualquiera de comida

rápida con un menú poco menos que idéntico al del Dairy Queen. «¡Bienvenidos a Culver's!», gritó una chica alegre y pasada de peso con un horrible uniforme blanco de enfermera manchado de salsa de jitomate y grasa. Enfilé hacia el baño y pasé algunos minutos tallándome la cara con una toalla de papel doblada. El restaurante estaba vacío excepto por otra mesa, ocupada por una mujer con dos niños pequeños. Uno de ellos tenía una papa a la francesa metida en el espacio entre sus dientes frontales y sacudía la cabeza como loco frente al otro, que lo ignoraba.

Allí estaba Papá, al fin. Papá, acaparando demasiado espacio, distribuyendo menús grasientos, quitando migajas del asiento. Papá. Estaba en mejor forma o algo así; los músculos de sus brazos tenían ese aspecto tenso del ejercicio exagerado que hace que los hombres de cierta edad parezcan cansados y un poco patéticos. Tamborileó las puntas de los dedos sobre la mesa mientras analizaba las opciones. Tenía la nariz quemada por el sol y no dejaba de despejarse de la frente el cabello ahora largo. Becky se sentó tan cerca de él que prácticamente estaba en su regazo, y mientras Papá examinaba el menú ella tenía la vista fija en su celular y tecleaba algo en él con dos uñas que parecían metálicas.

—Yo me retacaría una hamburguesa —dijo Papá. Jamás había visto esas arrugas en su rostro antes—. ¿Y ustedes, preciosas? ¿Tienen hambre?

—Claro —dije. Me sentía dispuesta a hacer lo que fuera para que esto terminara más rápido y con menos víctimas.

—Yo quiero tiras de pollo —dijo Becky, sin levantar la vista de su celular—, sin papas.

—Y salsa extra —le dijo Papá con una incongruente voz como de bebé, muy exagerada. Se levantó para hacer el pedido.

—Te acompaño —le dije.

—No, no, quédate. Ustedes dos pueden platicar de cosas de chicas. —Me tomó un segundo darme cuenta de que lo que hacía con los dedos eran señales de comillas.

—Okey —dije—, perfecto.

Becky siguió tecleando en el celular. Su aspecto era más anodino de lo que recordaba y eso hacía todavía más triste que mi papá hubiera dejado a mi mamá, quien era —objetivamente, pensaba yo— un millón de veces más

atractiva. Tan pronto como intuyó que mi papá volvía con la comida, Becky bajó el celular y lo colocó bocabajo sobre la mesa para lanzarme una sonrisa alegre.

—¿De qué me perdí?

—No serían cosas de chicas si te lo dijéramos. —Le ofrecí una sonrisa tensa. Becky recogió el teléfono con una mano y usó la otra para meterse una tira de pollo en la boca.

—Bueno —dijo Papá después de que nos hubiésemos comido todo en silencio, menos una medialuna de pan de hamburguesa—. ¿Me vas a platicar lo que ha estado pasando con tu escuela o te lo tengo que sacar a golpes?

—¡Papá! —dije, fingiendo ser una chica que ya no era—. ¡Estoy bien, perfectamente bien! Al principio no quería ir a clases, pero ya estoy bien porque hice algunos amigos; sólo fue una de esas cosas, ¿sabes? Incluso me gusta.

—Le dije a tu madre que no era nada —dijo.

—No fue nada —coincidí. *Teodiototeodiotodio*. Incliné la cabeza para que mi cabello ocultara mi rostro.

—Siempre pensé que eras demasiado buena..., para tu propio bien, vaya. Algo de rebeldía es saludable en un adolescente. Cuando yo tenía tu edad, era un verdadero dolor de cabeza —dijo—. ¡Y mírame! Salí perfectamente bien. Jamás seré presidente de Estados Unidos, pero estoy bien. —Me contó acerca de la vez que detonó un petardo en una alcantarilla de la calle Calyer, lo que inundó toda la cuadra; cuando se bebió el líquido de una pipa de agua y anduvo «hasta las pelotas» por una semana, y del día en que se robó la lancha de motor del abuelo y recorrió ochenta kilómetros en una tormenta a fin de visitar a alguna chica del norte cuyo nombre ya no podía recordar. Becky no dejaba de tocarlo; le acariciaba la nuca, recorría la mano por su brazo, inclinaba la frente sobre su hombro. En un momento dado, él apartó la mano de ella como si fuera una avispa. Quizá no nos quisiera de regreso, pero sin duda alguna no estaba enamorado de esa niña. Y por más tonta que pareciera, ella lo sabía también.

Después de abrazarme al despedirse, metió un billete doblado en la palma de mi mano.

—No se lo digas a tu mamá —dijo, haciendo un gesto de locura a un lado de

su cabeza y mirándome con cara de *Sabes a lo que me refiero, ¿verdad?*—. Y, ¿Cath? Eso que estás haciendo con los cigarros, deja de hacerlo. Los puedo oler en tu cabello.

Mientras los miraba alejarse, vi que la mujer de dentro del restaurante caminaba arriba y abajo por la acera con un celular pegado a la oreja. Levantó la mano y me lanzó una sonrisa sorprendida. Se la devolví y desdoblé el billete; era de cincuenta dólares.

La siguiente vez que lo vi yo tenía diecisiete años y estaba a un día de dejar Michigan con rumbo a Nueva York, hacia un futuro definido, en parte, por su fracaso. Para ese entonces ya era demasiado tarde. Jamás le perdonaría la forma en que me había engañado.

Mamá se rio con el cajero mientras pagaba la gasolina. Un hombre mantuvo abierta la puerta para dejarla salir. Ella se acomodó el abrigo alrededor del cuerpo como para protegerlo de su mirada. Lo observé mirándola al pasar. Contempló su trasero tanto tiempo que la adrenalina empezó a recorrer mi cuerpo en señal de peligro. Me pregunté qué tanto mejor sería mi vida y la de aquellos a quienes quería si no hubiera otro hombre en la tierra excepto Jimmy. Mamá se subió al auto acompañada del frío del exterior y el interés del hombre, que seguía viéndola y ahora nos miraba a las dos mientras fumaba junto a un contenedor de basura. Antes de dar vuelta a la llave del auto, Mamá abrió una barra de chocolate Hershey's, le dio una mordida, y me entregó el resto. No habíamos hablado acerca de mi encuentro con Papá, excepto cuando me preguntó si había mencionado otra ocasión para reunirnos. No lo hizo. El chocolate era tan dulce que me picaba la lengua.

—Y esa noche, ¿qué fue lo que terminaste comiendo? —le pregunté mientras maniobraba el coche para salir del estacionamiento. Todavía podía sentir los ojos del hombre, aun cuando no pudiera verlo—. ¿Después de que se fue?

—Qué extraña pregunta. Comí pasta de arroz. Carbohidratos de una caja. Lo recuerdo porque hice una de esas cosas raras del embarazo: rompí un huevo crudo y se lo mezclé antes de comérmelo.

—Eso es asqueroso —dije, pero las dos sabíamos que no lo decía en serio.

Pasábamos frente a mi escuela en Kewaunee, a sólo veinticinco minutos de

Silver Lake, cuando volví a hablar. El cielo se había vuelto de un gris oscuro que, de golpear sobre él, hubiera producido un sonido metálico. Pronto llovería o volvería a nevar. Miré por la ventana al paisaje que de allí en adelante me tendría cautiva, que me llamaría de vuelta años después de irme, y presioné la frente contra el cristal hasta que sentí que el frío penetraba en mi cerebro.

—Si supiste tan pronto que era así de malo, ¿por qué estabas con él, para empezar?

—Porque era encantador —dijo después de un momento.

—¿Eso es todo? ¿Porque era encantador?

Detestaba lo que sugería la frase *Era encantador*; una cita en un restaurante de pizzas invadido por ratones, nieve gris en la carretera, un futón que olía a perro y a palomitas de maíz viejas. Detestaba que yo fuera el resultado de eso.

—Me hacía reír. Tuve mi primer orgasmo con él.

—Dios mío. Límites, por favor.

—Si puedo enseñarte algo, que sea no dejarte cegar por el buen sexo.

—Entendido.

—Y hablando de sexo...

—Ajá, no, detente.

—Sólo es que, si estás teniendo relaciones, puedes decírmelo.

—No estoy teniendo relaciones.

—Está bien. En caso de que las tengas...

—Eso no va a suceder.

—¿Jamás vas a tener relaciones sexuales? Está bien, mi vida. Lo que digas.

Lo único que quería era llegar a casa, donde estaban mis amigos, donde Marlena me esperaba. Había sido de lo más agradable desde esa noche en el granero; eso ayudó a despejar las últimas dudas que me quedaban en cuanto a que real y verdaderamente me quería cerca. Mi vida estaba en peligro, y no lo sabía. Mientras Mamá llenaba el tanque de gasolina, Marlena me había enviado otro mensaje.

Apresúrate!!!

¿Cómo puedo describir el espantoso placer de no ser buena? Incluso a los quince años no era lo bastante tonta para glorificar el mundo de Marlena, la

pobreza y las drogas que eran la sustancia de todo; pero de cualquier modo me sentía atraída hacia ello. Siempre quería más, más, más; lo que tenía, jamás era lo suficientemente bueno. En lugar de escuela pública, quería asistir a la Academia Concord, con remolinos de hojas otoñales en sus patios, mis iniciales bordadas en el cuello de las blusas, los libros de texto llenos de universos de palabras que estaba desesperada por comprender. Y, sin embargo, con qué facilidad había reemplazado mi deseo de ese lugar con mi deseo de integrarme sin dificultad en Silver Lake.

Quizá esa era la razón por la que tanto temía la terrible electricidad, la tremenda fijación en mí misma que me abrumaba durante esas noches de insomnio en que deslizaba la mano por mi estómago, debajo del resorte de mis pantalones, para descubrir una necesidad totalmente mía. Con ella vino la idea de que si me rendía ante esa sensación de cercanía al precipicio me vería transformada. Me pertenecería a mí misma de una forma nueva. En cada ocasión, me detenía demasiado pronto.

Marlena se apareció en la casa tan pronto como vio el auto subir por la entrada. Faltaban seis meses para noviembre; nuestra amistad se hallaba a la mitad de su conclusión; las dos, o por lo menos yo, ciegas a lo que la terminaría. Ni siquiera sabía que existiera el río Bear hasta que encontraron a Marlena allí.

Mamá hizo un platillo de atún. Lo recuerdo porque Marlena le pidió que no le pusiera chícharos. También recuerdo que no pudimos drogarnos. Por una vez, Mamá estaba peligrosamente cerca de quedarse sin vino y la investigación de Marlena en el cuarto de Jimmy no reveló más que unas cuantas briznas de mota, la mayoría de ellas tomadas del dintel de su ventana. Lo que realmente queríamos era algo de E, o cuando menos Marlena, pero era prácticamente imposible de conseguir y la única persona que le respondió cobraba veinte dólares por pastilla. Pasamos muchas noches tratando de encontrar maneras de pasarnos y ahora me pregunto para quién lo hacíamos; Marlena casi siempre tenía su oxi y a mí me importaban menos las drogas que la naturaleza intrínseca de confrontación en el hecho de conseguir algo para pasarnos. Esa noche en particular, nos rendimos más rápido de lo habitual.

En lugar de ello hablamos, como lo hicimos tantas otras noches, lado a lado

sobre mi cama en la oscuridad, la colcha subida hasta la barbilla, mi papá en algún lugar cercano a la frontera con Canadá, el suyo en el vagón de tren en el bosque; ninguno de los dos pensaba en nosotras. Quiero creer que no tuvo nada que ver con las pastillas la forma en que se comportó Marlena esa noche. Su voz tranquila y llana y quebrándose mientras hablaba, como la superficie de un charco, de modo que no supe cómo responder a las cosas que decía. Por ejemplo, que su vida se sentía como una condena, que la había abrumado desde que aprendiera a hablar, que en realidad no era una vida que valiera la pena en absoluto. Nada más que su voz en mi recámara oscura, la punta de mi nariz fría como hielo, nuestros pies húmedos y atrapados bajo las sábanas, un ruido de vez en vez cuando se volteaba de lado o cuando acomodaba la almohada, la luz de las estrellas entrando a raudales como siempre, porque jamás tuve cortinas de verdad.

Marlena a los trece años y Bolt besándola por primera vez detrás de su casa, sus padres en ninguna parte, cómo principalmente recordaba haber aflojado la mandíbula, la lengua de él como dedo dentro de su boca. Unos meses después besó a Ryder, sólo para ver lo que se sentiría ser la que moviera la lengua. La primera vez que tomó oxi la hizo pensar en globos aerostáticos; no pasear en uno, sino ser uno. Cómo solía llevar a Sal hasta el vagón de tren cuando necesitaba algo de su papá, principalmente dinero, antes de tener edad suficiente para saber que el que simplemente respirara los vapores emanados por las ventanas rotas o por la puerta que mantenían abierta podría arruinarle los pulmones al niño para siempre. Pensaba en su mamá cada vez que veía gusanos secándose sobre la acera después de una tormenta, signos de interrogación pegados al concreto. La mamá de Marlena solía abrir todas las ventanas cuando llovía; su papá la llamaba bruja, y aunque a los catorce años Marlena era demasiado mayor para creer algo tan estúpido, por mucho tiempo pensó que su mamá los había maldecido al abandonarlos. Y si era así, ¿cuál había sido la maldición? ¿Qué parte de la vida de Marlena era la que estaba maldita? Sal se enojaba tanto en ocasiones por las cosas más nimias que Marlena pensaba que podría tener convulsiones. Las tardes de verano en que su mamá los llevaba a Dairy Queen o a la playa, Sal siempre arruinaba las cosas, tiraba su helado a propósito y sabotaba el día antes de que lo hiciera alguien más. Si Marlena tomaba la dosis exacta de oxi y empezaba a beber en

el punto adecuado del subidón, podía convertirse en un globo aerostático durante mucho, mucho tiempo, ¿y no creía yo que merecía decirse adiós en ocasiones, dada la situación? Marlena en el asiento trasero de la camioneta de Bolt el verano anterior a que me mudara al norte, la primera vez que se la mamó. Su pene tenía un sabor fuerte, dijo, como a Play-Doh. Tiene exactamente la misma edad que mi papá. Estaban juntos en el equipo de basquetbol, dos chicos de Silver Lake. Si ella hubiera podido tener lo que fuera, un solo deseo, habría sido dinero. Eso era todo. Simplemente mucho, pero mucho dinero, como en ese cuento infantil en el que la señora hace fideos, lo recordaba del cuarto grado, cómo cuando se lo leyeron en voz alta se sintió tan inspirada que dibujó su propia versión, dinero que generaba dinero que generaba dinero, y todo el mundo se rio.

Yo no hice nada. Estaba fascinada pero no asustada en realidad, como si escuchara una narración que no acababa de creer del todo. Por supuesto, ya sabía que su relación era transaccional: favores por pastillas, favores por comida, por cigarros, por llevarla a ciertos lugares, incluso probablemente por dinero. Todo este tiempo había esperado que me lo dijera, que fuera directa por una vez, y en cierto sentido me sentí agradecida. Yo admiraba a Marlena; era dura y bella y jamás, ni por un segundo, pensé que no estuviera en pleno control. Estaba más allá de mí en un sinfín de formas; qué tonta fui al sentirme tan cercana a ella, mientras hablábamos, que imaginé que nuestros contornos se difuminaban.

Esa noche, después de que hablamos hasta crear un mundo con fronteras nuevas, brillante y jubiloso, el amanecer se abalanzó contra la ventana de mi recámara como si tuviera celos, y nos quedamos dormidas sobre la cama, sin cambiarnos de ropa. Me desperté como a las diez y Marlena no estaba allí; la colcha se arrugaba donde había estado su cuerpo, pero ya no se sentía tibia.

Tomé mi celular de la mesa de noche y escribí: *¿Dónde fuiste, todo bien?* Me aguijoneaba la preocupación de que algo hubiera sucedido en su casa, que su papá hubiera regresado y enfurecido al no encontrarla allí. Me di vuelta y presioné mi rostro contra la almohada, con mis ojos pegajosos de sueño, todavía agotada. Unos minutos después, abrió la puerta de mi recámara y me empujó hacia su lado de la cama, sus dedos flacos pero fuertes y molestos. Me

moví de mala gana.

—Estaba en el baño —dijo.

No era cierto, y ella sabía que yo lo sabía.

NUEVA YORK

Salud por ser una chica. Salud por que cada día nos queda menos tiempo. Salud por tener una edad sólo una vez. Salud por su cabello en el sol, en la nieve, en el estacionamiento de Walmart en los minutos entre el ocaso y la oscuridad justo después de que se encienden las lámparas, su pelo debajo de la tierra, debajo de la superficie del lago cuando abres los ojos y se arremolina entre las dos de modo que casi no alcanzas a verla sonriendo, las burbujas saliendo de su boca. Salud por el polvo. Salud por el rostro en la ventana de atrás, por la manera en que cambia el aroma del cuarto cuando entra él, por cómo se quiebra su voz cuando ella susurra No tengo miedo. Salud por los condones. Salud por los cumpleaños, por decir te amo, por decir no. Salud por hacerlo por el dinero. Salud por los apodos. Salud por el goteo amargo al fondo de tu garganta. Salud por cerrar los ojos cuando tragas. Salud por el sí que no dijiste en serio. Salud por conocerla menos de un año. Salud por las preguntas sin respuesta, salud por levantar la mano, por preguntar de todos modos. Salud por que sólo fue un verano. Salud por la cortada en la parte superior de tu brazo, por que la sangre no tiene nada que ver con cómo duele algo. Salud por sostener el cuchillo. Salud por la sal. Salud por no olvidar jamás y salud, de nuevo, por mentir cuando dices que no lo harás. Salud por el sitio adonde va lo que se olvida.

Levanta la copa. Salud por tratar, de esta manera, de traerla de regreso.

MICHIGAN

Durante el siguiente puñado de semanas, hice lo imposible por evitar al papá de Marlena. Cuando lo observaba subir y bajar de su camioneta, o alejarse a toda velocidad en su motonieve por el campo detrás de nuestras casas, me veía sobrecogida por una mortificación turbadora, tan profunda y humillante que me hacía sentir temporalmente invisible. En ocasiones, de la nada sentía las puntas de sus dedos quemándome la columna vertebral, desabrochando mi sostén, la punta prendida de un cigarro que subía y bajaba. Y después las preguntas. *¿Y si me hubiera quedado? ¿Qué hice mal? ¿Por qué quiero que piense que soy bonita?* Apenas si podía tolerar mirar el granero. Marlena era experta en allanar los asuntos difíciles, cosa que podía ser enloquecedora — cuando yo trataba de mencionar a su mamá o lo que me había dicho acerca de Bolt esa noche en mi habitación, a menudo simplemente me rehusaba a contestar—, pero en este caso lo único que sentía era gratitud. Ahora, cuando pasábamos el rato en Silver Lake nos quedábamos en mi casa o afuera, reuniéndonos ocasionalmente en la torre. Además, Sal venía con mucha más frecuencia, e incluso pasó una noche dentro de un fuerte gigantesco que construimos con sábanas en la sala.

A la hora de clases tenía resaca la mayor parte del tiempo. Leía novelas que escondía dentro de mis libros de texto, y me concentraba arduamente en dibujar monigotes y escribir historias de diez oraciones de largo que hicieran reír a Marlena. De alguna manera, terminé el año con cuatro excelentes y dos aprobados; uno en Álgebra II, por supuesto, a pesar de la ayuda de Marlena con mis tareas, y el otro en Botánica/Ecología de Suelos, que había terminado con un terrible examen final. Junto a mi calificación, en mayúsculas rojas, el señor Ratner escribió: UNA DECEPCIÓN VERDADERAMENTE INCREÍBLE. Me pregunté si sabía. Después de algunas semanas, había regresado por completo a la normalidad. Pronto su esposa estaría embarazada de su segundo hijo.

Sirvió que muchos de mis cursos fueran reminiscencias de cosas que ya había estudiado en Concord. Y debo haber hecho algo de trabajo —recuerdo haber estudiado con Marlena en el piso de la sala, completado hojas de ejercicios y ese tipo de cosas—, pero no mucho más. En lugar de ello, ¿qué es lo que recuerdo? Los ojos de Chelsea, acribillándome durante Coro o Literatura porque —y lo recuerdo vívidamente— alguien inició el rumor de que Micah y yo estábamos cogiendo, lo que me convirtió en el blanco de chicos que me llamaban *Catita Gatita* en las vulgares notas que deslizaban dentro de mi casillero. Recuerdo haber fumado cigarros, cascadas de ellos, diez por cada esquina medio oculta del campus, doscientos en el baño descompuesto y quinientos en la perrera del taller, antes de que el clima mejorara lo suficiente para convertir ese sitio en un lugar peligroso. Recuerdo la mañana —mirándome fijamente en el espejo del baño, un ojo rodeado de negro y el otro desnudo— en que me percaté de que el delineador se había convertido en algo tan esencial para mí como usar ropa interior.

Y recuerdo a Ryder, sólo unos días antes del fin del año escolar, bajando las escaleras principales de la escuela a todo correr. Mamá me estaba dejando con unas horas de retraso porque yo había perdido el autobús. Se me hizo raro únicamente porque parecía tratar de verse casual, como si no fuera extraño que él, un desertor escolar de diecisiete años, se alejara de la escuela a las once de la mañana de un soleado día de junio.

A medida que pasaron los días, la persona que con desesperación deseaba ser y la que los demás creían que era se aproximaban lentamente una a la otra y esa era la fuente de mi felicidad inagotable, una alegría tan absoluta que caminaba envuelta en una especie de estado de inconsciencia, perdiéndome de la mayor parte de lo que sucedía a mi alrededor: las cada vez más frecuentes ausencias nocturnas de Mamá; el misterio de Jimmy, a quien me topaba en los oscuros pasillos de la casa como un fantasma inoportuno, una persona que conocía a medias, cuyo rostro, de manera perturbadora, hacía eco del mío. Algo pasaba entre él y Marlena, pero me convencí de que ninguna de las evidencias era suficiente para confirmarlo. Recuerdo noches dispersas que pasé acurrucada en el asiento del copiloto de cualquier auto que pudiéramos conseguir, Marlena al volante, el radio a tal volumen que podía sentir el bajo en mi pecho, el cielo vasto y oscuro mientras acelerábamos hacia

el precipicio, a punto de volcarnos hacia la nada. Recuerdo haber sido feliz, estar completamente presente. Jamás me he sentido tan irreflexivamente viva de nuevo.

Marlena y yo caminábamos por el bosque, de regreso del vagón de tren, y mientras ella hablaba de lo raro que se portaba Ryder, de cómo quería alegrarle la vida, me vinieron a la mente las llaves; las llaves del castillo perfecto que limpiaba mi mamá, metidas en la maceta que colgaba cerca de la puerta, las llaves de la casa que yo sabía que estaría vacía hasta la llegada de los Hodson, unas semanas después de lo habitual porque su hija se casaría, una gran boda en un destino exótico: Mallorca.

—Ah, Mallorca —dijo Marlena—. En realidad prefiero Mónaco en el verano, pero intento no juzgar las elecciones de otros.

—Ya sabes cómo son esos pequeñoburgueses, querida, siempre esforzándose por estar a la vanguardia.

—PARIAS —gritó Marlena e irrumpimos en carcajadas.

—No, pero en serio —dije—. Piénsalo. Casa enorme totalmente vacía, bar perfectamente aprovisionado, como el de un restaurante. Y yo tengo las llaves. O, bueno, no las tengo, tengo, pero sé cómo podemos entrar.

—Dios mío santísimo. ¿¡Cuándo te convertiste en semejante delincuente!?

—Me sonrojé e hice una reverencia; el sol caía cálido sobre mis hombros. Desde mayo habíamos resuelto no volver a usar mangas—. ¿Acaso se debe a mi influencia? Realmente me gustaría atribuirme ese mérito.

Decidimos que la fiesta se llevaría a cabo el primer jueves de junio, nuestro último día de clases. Los Hodson tenían un patrón migratorio idéntico al de la mayoría de los turistas que visitaban el área: venían al norte de Michigan un par de semanas durante las navidades y de nuevo en las vacaciones de primavera. Después de eso, se volvían a aparecer sino hasta el verano. Tan pronto el reloj tocaba las doce campanadas del primer lunes de septiembre, Kewaunee y Coral Springs regresaban a la normalidad. Mi mamá tenía el itinerario de los Hodson registrado en el calendario, las fechas de sus llegadas y salidas escritas sobre los cuadros en color plata con brillos, un color que debe de haber elegido, de manera consciente o no, por lo valiosos que eran. Nuestras actividades estaban escritas con Sharpie negro común y corriente.

Los Hodson no regresarían hasta mediados de mes; eso nos dejaba tiempo más que suficiente para salirnos con la nuestra y hacer la fiesta.

En abril, Marlena nos había ayudado a mi mamá y a mí a limpiar la casa de los Hodson después de su fiesta de recaudación de fondos contra el cáncer. Quitamos el oropel de los barandales y depositamos los restos de queso y las costosas servilletas de tela manchadas de labial y vino tinto en bolsas de basura que llevamos de habitación en habitación. Marlena le tenía un enorme respeto a la vieja mansión, a las vigas del techo, a las obesas esculturas de desnudos y al patio trasero que se convertía en playa privada en el punto donde comenzaba el lago. Tuve cuidado de no dejarla sola demasiado tiempo y sólo me permití no estar con ella una sola vez, cuando tuve que ir al baño. Después no pude encontrarla por largo rato. Caminé hasta el tercer piso y allí estaba, sentada con las piernas cruzadas sobre la alfombra frente a la pintura de una casa con techo de palma flotando en un mar de flores.

—¿No es precioso? —preguntó—. Allí es donde quiero vivir. —Yo no pensaba que fuera precioso, y supuse que tampoco los Hodson; de lo contrario, ¿por qué esconderían tal cuadro hasta ahí arriba?

—¿Allí? —dije—. A mí me gustaría vivir *aquí*.

—Bueno, sí —respondió—. Pero allí nadie podría encontrarme.

Es verdad que la seguí todo ese día porque pensé que podría robarse algo. El hecho es que revisó cada botiquín y mesa de noche. Pero haber mentido y robado no significa que seas un mentiroso y un ladrón, y Marlena no era ladrona de corazón. Quizá por aburrimiento o necesidad, pero no en espíritu. No fue sino hasta que la vi examinar los suéteres de cachemir de la señora Hodson con interés, más que con la amargura que yo sentía cuando veía su ridículo clóset, cuando me percaté de lo diferentes que éramos en cuanto a no tener dinero. La única razón por la que yo no robaba de las casas que limpiaba Mamá, de los muy, muy ricos, era porque tenía miedo de que me atraparan. Marlena no robaba porque no le veía sentido. No puedes robarte toda una vida nueva.

Yo, dijo. No nosotras.

Negó el último día de clases, ráfagas espásticas que llegaban y se iban a

medida que el día se arrastraba a su conclusión. De todos modos la señora Tenley abrió las puertas principales de par en par, siguiendo la tradición anual, y el aire dentro de la escuela se sentía colmado de cuchillos. Nieve en junio, ¿puedes creerlo?, dijo todo el mundo, sintiéndose asombrados y un poco asustados. Algunos de los maestros más viejos se pararon frente a las ventanas de sus salones y asintieron con la cabeza; esto no era tan inusual, dijeron. Ya lo habían visto antes. Los copos de nieve desaparecían tan pronto tocaban las baldosas de los pasillos, y entre nevada y nevada el sol se volvía una yema de huevo apagada e inútil. Podíamos reconocer un augurio cuando lo veíamos, incluso si no sabíamos lo que significaba; aparte de lo evidente, que era que el clima era prueba adicional de nuestra perra suerte.

—Este año sí sucederá, lo sé —dijo Marlena. Como siempre, estábamos fumando, esta vez en una arboleda cercana a las canchas de tenis—. El verano jamás regresará. Nos ha abandonado.

—¡Vete al carajo, verano! —gritó Greg a las copas de los árboles. Un grupo de pájaros se dispersó en el confundido cielo—. ¡Al fin que no te necesitamos!

—Estos ni siquiera parecen copos de nieve —dijo Cosita. Estiró la palma y unos cuantos se evaporaron contra su piel—. Más bien parecen cenizas.

Regresamos a la escuela tomados de los brazos. Todos estábamos enamorados a causa de la fiesta. En los días finales de escuela previos jamás había sentido gran cosa. ¿Qué podía esperar? Ir al centro comercial con Haesung. Más que otra cosa, leer; así era como mataba el tiempo, la última página de un libro dando paso a la primera del siguiente, de modo que vivía en una especie de superlibro modificado junto a Anne Shirley, Hermione, Bunny y Heathcliff.

Pero no este verano. No había regresado a la biblioteca ni una sola vez.

Ryder nos recogería a los cuatro después de clases. Su paranoia no había hecho sino crecer y en las últimas semanas Marlena se esforzó por convencerlo de que viniera. Necesitábamos a Ryder. Necesitábamos su camioneta y su aparentemente interminable provisión de cigarros, y creo que Marlena lo necesitaba para sus pastillas. Él no quería acercarse a la escuela en absoluto, de modo que nos reuniríamos con él en la gasolinera, a casi un kilómetro de distancia. Nos ordenó que tomáramos el camino largo, que atravesaba los patios traseros, en lugar de la ruta más directa, por el camino

principal que salía del pueblo.

—No pueden verme con ninguno de ustedes —dijo—. ¿Lo han asimilado?

—Sí, sí —respondió Marlena—. Alguien te está acechando, ya entendimos.

La primera parada de Ryder sería el sitio donde vivíamos nosotras, para que Marlena, Cosita y yo pudiéramos atender a Sal, darle de comer y acostarlo, ponernos el atuendo de noche y recoger a Jimmy y su auto. Según Marlena, era absolutamente indispensable contar con dos vehículos en caso que algo sucediera y necesitáramos emprender la huida.

—¿De verdad? —le pregunté, pensando que abría la puerta para una confesión de su parte en caso de que fuera preciso—. ¿De verdad es porque necesitamos dos autos?

—De verdad —respondió, con una mirada de *¿Cuál es tu problema?* Yo tenía la sospecha de que Jimmy nos delataría o nos detendría un instante antes de marcharnos, pero cuando empecé a atosigarlo al respecto —*no vayas a arruinar esto, le escribí*—, me respondió: *si van a hacerlo, van a hacerlo. necesita acompañarlos alguien que no sea un idiota.*

Habíamos ensayado el plan unas mil veces. Todo el mundo tenía su parte favorita: Cosita estaba obsesionada con la parada en nuestras casas porque tenía la idea de que si se ponía mi minúsculo vestido negro Charlotte Russe, que no me quedaba desde octavo grado, por fin se vería tan delgada como desesperadamente necesitaba lucir; Marlena no pensaba más que en garantizar la participación de Jimmy / el potencial coche de fuga; Greg había trazado un pequeño mapa de la ruta a la casa y la ruta de regreso (por alguna razón, tenían que ser distintas), y yo quería asegurarme de que no se nos acabaran los cigarros. Me tardé sólo algunos meses en desarrollar un hábito de media cajetilla diaria. Ryder debía encargarse de las cervezas; fácil para él porque lo único que tenía que hacer era darle el dinero a su mamá, junto con nuestro pedido, para que ella comprara todo en la tienda. Me sentía orgullosa del entusiasmo de todos. Los había visto hacer un millón de cosas más peligrosas, pero esto, desde la entrada sin permiso hasta lo grandioso de la casa, era cosa aparte y regalo mío, mi primera contribución verdadera.

En la escuela nos pasamos el día haciéndonos caras e intercambiando notas. En la clase de coro, Cosita y yo cambiamos de sección; ella cantó la parte de contralto forzando la voz y yo medio desafiné, sacando de quicio a Chelsea

cuando canté junto con ella el coro de «Sigh no more, ladies». En Álgebra vimos la segunda mitad de una película acerca de un prodigio de las matemáticas. Dos minutos antes de que sonara la campana, Micah dejó caer una nota sobre mi escritorio, como sabía que lo haría. *Hasta el año próximo, Catita Gatita*, decía. Un gato estaba montado sobre el dorso de una nave espacial en forma de pene, su cuerpo pintado con pluma. En la clase de Francés, Marlena y yo hicimos una elaborada presentación acerca de nuestro plan de verano de instalar un puesto de paletas heladas en la playa; nuestro primer paso para reposicionar las paletas heladas en el nicho de alimentos de lujo. Cuando terminamos, Erica y Cassie aplaudieron y la señora Lupin gritó: «*Brava, deux pois dans une cosse!*».

Durante la clase avanzada de Literatura —otra película esta vez, basada en una novela—, el señor Chung me llamó al pasillo para nuestra conferencia particular. Realmente me agradaba el señor Chung. Me gustaban las preguntas que escribía en los márgenes de mis trabajos con su delgada e híbrida letra cursiva, y en especial me encantaba que me dejara leer lo que quisiera de la lista de lecturas siempre y cuando escribiera un reporte al respecto y lo entregara en la fecha que yo misma fijara. Me preguntó qué quería hacer con mi futuro y citó una línea de un poema de Machado que nos había hecho memorizar; quería decirle, francamente, que cuando me permitía soñar imaginaba una habitación colmada de libros, pero sentí una repentina timidez. Antes de levantarme, deslizó hacia mí el cuento corto que yo había escrito para el ejercicio de escritura creativa, el último trabajo del año. Se trataba de un concurso de comedores de hot dogs que terminaba en una cadena de vómitos que se propagaba como virus a todos los asistentes a la feria excepto a dos chicas, mejores amigas, que atestiguaban todo el incidente. Lo escribí en un par de horas cargadas de nicotina después de leer un cuento de Stephen King con una trama casi idéntica; sólo había cambiado los personajes para incluir a algunos compañeros y Kewaunee era el sitio donde ocurría. Después de terminar un borrador, se lo leí en voz alta a Marlena, quien se rio tanto que insistía en que *ella* vomitaría. Los comentarios del señor Chung estaban en la última página, debajo de la calificación de excelente en pequeñas letras rojas. *¿Pero por qué ESTA historia? ¿Y si escribes acerca de algo que realmente te importe?* De vuelta en el salón de clases,

enrollé las hojas para formar un telescopio y miré a través de él, primero la televisión y luego la nieve por la ventana.

Después de la clase, Marlena se dejó caer contra el casillero junto al mío como si hubiera viajado una distancia larga y agotadora.

—No falté a una sola clase el día de hoy.

Algo que realmente te importe.

Como el hecho de que oigo su voz todo el tiempo, diciéndome que no faltó a una sola clase, su voz tan perfectamente viva como lo estaba en ese momento, y que cada vez que eso sucede temo que ella ya sabía que ese sería de verdad su último día en la escuela. Debí preguntarle por qué sonaba tan triste. Debí escuchar lo que no estaba diciendo. Siguió hablando, acerca de sus clases, algo relacionado con Chelsea; cualquier cosa que fuera se perdió, relegado adonde sea que va aquello que se olvida. Algo que en realidad importa.

La interrumpí para mostrarle mi calificación. Me miró con ternura y también con algo de lástima, como la había visto mirar a Sal, junto con algo que era sólo mío y de ella, una mirada que marcaba una frontera alrededor del espacio entre las dos y que hacía que me percatara, repentinamente, de toda la historia que no compartíamos. Más años como desconocidas que como amigas; pero yo apenas podía recordar mi vida anterior.

—Obvio, tonta. Vas derecho a la cima.

—Tú eres igual de inteligente que yo. Quizá más. Simplemente no haces el esfuerzo.

—¿Y como qué voy a hacer? ¿Largarme a la universidad y dejar que Sal se cuide solo? En cinco años ni siquiera te acordarás de este lugar. Esa es la razón por la que tenemos que atesorar estos momentos y poner tu cerebritito lo más ebrio posible.

—Eso no tienes ni que decirlo, *ma chérie*. —Usé mismo tono, pero de alguna manera detesté que no replicara lo que dije acerca de que era más inteligente que yo.

—Para premiarte por tu enorme esfuerzo académico, tan pronto se ponga el sol te haré el más perverso de todos los martinis y lo beberás de un cáliz.

—¿Y cómo te atreves a insinuar que yo no beberé de un cáliz en algún momento?

Todo el mundo en la escuela andaba acelerado; desde el equipo de carrera a campo traviesa, que casi parecía una secta, hasta los cerebritos artísticos, el grupúsculo de Chelsea y todos los demás en medio. Pero nosotros éramos distintos. Brillábamos. Último día de clases, nieve en junio, fiesta secreta en una mansión; como si los cuatro nos hubiésemos inyectado algo especial y potente en las venas.

Me fui en el carro de adelante con Ryder y Greg. Marlena y Cosita se fueron con Jimmy; Marlena enfrente y Cosita en el asiento de atrás. Ryder se negó a abandonar Silver Lake antes del anochecer y nos llevó a un paseo de cuarenta y cinco minutos completos alrededor de Kewaunee antes de regresar, con niveles geniales de distracción y vaguedad, hacia el pueblo y después rumbo a Coral Springs, donde la mansión veraniega de los Hodson se extendía por un enorme trecho de la zona más costosa a orillas del lago Michigan.

—Ese es el mismo coche —dijo Ryder como por centésima vez, sus ojos saltando del espejo retrovisor al lateral y de vuelta al retrovisor.

—¿El mismo coche que qué?

—¡El mismo puto coche, Cat! El que nos ha estado rondando desde que salimos de tu casa.

—Esto es increíblemente estúpido —dijo Greg.

Pero a mí no me molestaba. Me fascinaba estar acurrucada en el oscuro envoltorio de la camioneta, soltando humo de cigarro por la ventana estrellada del copiloto junto a Ryder, en el sitio que ella normalmente ocupaba. Esos silenciosos minutos contenían toda la promesa de la fiesta, la promesa de esa noche y de las demás que todos pasaríamos juntos. Metí la mano en el bolsillo de mi abrigo y saqué la última de mis almendras robadas para arrojarla, vieja e insípida, al interior de mi boca. Allí en el auto junto a ellos, separada de Marlena, formaba más parte del grupo que nunca antes. ¿Y estaba mal que me gustara cómo me trataban cuando ella no se encontraba allí? Jugueteeé con la radio y Ryder consintió que cambiara cada canción después de uno o dos compases. Greg, a quien le gustaba en serio aunque nadie se diera cuenta, iba inclinado entre los asientos delanteros. Me trataban como a ella, como algo encantador y frágil y precioso.

En Coral Springs la luz de las ventanas brillaba entre los árboles, pequeñas

fogatas que parpadeaban y desaparecían de nuestra vista. Los turistas de verano ya estaban allí, sus ginebras con agua tónica sudando en sus palmas mientras chocaban los vasos en sus terrazas con vista al lago o tostaban malvaviscos en sus patios traseros. Los niños atrapaban luciérnagas en frascos y los colocaban sobre sus mesas de noche como lamparitas temporales; Mamá y yo éramos las que abrían las tapas y tiraban los cuerpos sin vida por los escusados. Tantas cosas de gente rica que jamás habíamos hecho, o no a ese nivel de bellezas de catálogo. Nuestros malvaviscos se encogían sobre el palo que sosteníamos encima del hoyo donde quemábamos la basura. Atrapábamos luciérnagas por un instante entre las manos desnudas antes de que logran escapar, o a veces las aplastábamos para embarrar sus tripas iridiscentes sobre nuestras mejillas.

—Este vecindario —dijo Ryder sacudiendo la cabeza, pero la emoción había rebasado su temor. La belleza del lugar era contagiosa, te hacía sentir bienvenido. No como la belleza de Silver Lake, salvaje y tosca al fondo de las casas portátiles y los autos destartalados.

—¿Celos, compañero? —preguntó Greg.

—Hace cincuenta años, probablemente ni siquiera había gente rica que viviera aquí —dije.

—De hecho, eso es falso. Este lugar ha sido refugio de los acaudalados metodistas de Chicago al menos por cien años, si no es que más —dijo Greg—. Es casi seguro que tienes que hacer algo como donar a tu primogénito al Partido Republicano para poder construir aquí.

—¡Pero alguna vez hubo indios!

—Eso es cierto —respondió Greg, jalándome la cola de caballo—; alguna vez hubo indios.

Eran casi las nueve de la noche cuando subimos por la larga entrada a la cochera de los Hodson. La casa estaba tan adentro en su parcela de tierra que las luces de las casas vecinas eran apenas puntos de luz. Yo rebosaba una imperiosa e inaudita valentía, y cuando nos estacionamos frente a la oscura mansión semejante a un castillo, su imponente silueta contra el brillo del lago, al meter la mano en la maceta colgante y remover las hojas muertas hasta que mis dedos chocaron contra la gélida barra de la llave, habría apostado lo que fuera —un millón de dólares, mi futuro, más— a que estaba tomando la

decisión correcta.

Voltee sonriendo de oreja a oreja; mi piel se humedecía contra el metal. Se habían quedado dentro de los autos, sin creer de verdad que pudiera lograrlo, que esta aventura era nuestra. Los recuerdo a todos en ese momento como si mirara una pintura, sus rostros manchados con la luz amarilla de los coches, sus rasgos bellamente vagos. Los amaba a todos tan endiabladamente, a todos, incluso a mi imbécil hermano mentiroso, quien no había venido porque yo le preocupara.

—¡Sorpresa, cabrones! —grité. Frase de Marlena, pero en esa ocasión me supo a mía.

—¡Perra del mal! —gritó Marlena saltando del auto de mi hermano, y después todos entramos en acción, sacando las cervezas de Ryder de la camioneta, entrando en tropel por la puerta tan pronto la abrí, y la casa eructó su rancio aroma a ausencia, hojas secas y pétalos molidos en la mano, junto con el limón químico del limpiador casero para madera de Mamá.

Ya dentro, Greg y Ryder corrieron por toda la casa prendiendo luces y subiendo por las escaleras, gritándose uno a otro como niños: *ven a ver esto, ¿lo puedes creer?* Los encontré jugando a las luchas en la recámara más al poniente del tercer piso; Ryder sostenía la cabeza de Greg contra la alfombra mientras le gritaba *huélela, huélela con ganas, cabrón*. Ryder se quitó de encima de Greg y se derrumbó junto a él, sus pechos de chicos estiraban sus camisetas. *Dementes*, dije. Greg se incorporó y se me acercó a gatas, un gruñido brotando de su interior. Me tacleó por las espinillas de modo que mis piernas cedieron y terminé cayendo sobre su espalda, mi cabeza colgando entre sus rodillas, tumbada en el piso con los dos. Eso es lo que vieron Marlena, Cosita y Jimmy cuando entraron, a los tres de espaldas sobre la alfombra riéndonos como locos, mirando al tragaluz y asombrados por el derroche de estrellas que podía verse claramente desde adentro.

Empezamos la noche en el sótano, donde el bar miraba hacia una habitación con mullidos sofás de cuero, una mesa de billar y una televisión que abarcaba la totalidad de una pared. Debido a que la casa se había construido en la ladera de una colina, había puertas francesas que daban al patio trasero. Las abrí de par en par para dejar entrar el aire que finalmente, mucho después de la puesta de sol, había empezado a sentirse como de junio.

A unos pasos hacia la playa, una especie de chimenea de aspecto antiguo, cubierta de mosaicos azules, se encontraba al centro de un círculo de bancas tan increíblemente suaves que no podía creer que fueran de madera. Marlena quería hacer de cantinera y colocó las botellas con nombres más elegantes encima de la barra: Hennessy, Bombay Sapphire, Limoncello. Las destapó una a una y olisqueó cada boca para después verter un poco de cada cual en una copa y sorberlo, obligando a Jimmy a probar esto o aquello. Él la trataba con dulzura, con gentileza; siempre cerca, rodeándola con sus atenciones.

Y ese fue el momento en que supe, real y verdaderamente, que la cosa entre ellos no sólo era tangible sino probablemente perdurable y, de hecho, que crecía frente a mis ojos como el video acelerado de un retoño que se convierte en árbol hecho y derecho. *No*, quise decir. *No*. Me senté en uno de los bancos de la barra junto al acongojado Ryder, que también lo sabía, me di cuenta, y miré a mi hermano pasarle un vaso limpio a mi mejor amiga, bajar una botella de Maker's Mark de un sitio demasiado alto para que ella lo alcanzara, y reírse con la dicha más absoluta que jamás había visto cuando ella hizo una cara graciosa después de probar el Limoncello. Todo estaba a punto de cambiar; me quedaría atrás, relegada por ambos, la compinche eterna. Había ido creciendo desde un principio, desde el día en que la conocí; todo cayó en su lugar con un dejo de tristeza, las notas iniciales de la primera vez que me romperían el corazón.

Marlena deslizó uno de sus cocteles improvisados frente a cada quien. Estiró la mano hacia Ryder, moviendo los dedos, y él dejó caer una pastilla en su palma. Su ánimo era imposible de discernir. Tomó un gran trago de su bebida y lo escupió de vuelta en la copa.

—Es lo peor que he probado en toda mi vida.

—A mí me gusta —dijo Cosita por pura lealtad, inclinando la cabeza sobre el hombro de Greg. Ryder tomó una botella de Grey Goose y se sirvió en un vaso nuevo, casi hasta el tope.

—Vaya —dijo Greg—. Eso es muy repugnante. Debería filmarlo. Siento que la gente quedaría realmente impactada de ver a alguien bebérselo.

—Es un trago derecho, mi amigo —dijo Ryder—. De un solo impulso. —Sacó un cigarro de la cajetilla y se dirigió al patio trasero. Lo seguí. Yo tampoco quería verlos. Afuera, Ryder encontró una bolsa de carbón debajo de

una de las bancas, la vació en la chimenea y le regó un poco del vodka de su vaso. Arrojó un cerillo y el carbón rugió, cegándonos un instante antes de que la chimenea se asentara en un pequeño fuego normal.

—¿Qué, tratas de matarnos? —dijo Jimmy asomándose a la puerta—. Excelente idea. Definitivamente haz lo más notorio que se te ocurra, para que los vecinos no puedan evitar vernos.

—Tranquilo, grandulón. No hay problema. Todo está bien. —Ryder ya estaba a medio camino de ponerse muy borracho. Podía ver cómo el alcohol obraba en él, embotando su temor, su ansiedad, su paranoia o lo que fuera que lo hiciera portarse tan extraño últimamente. Era un borracho errático que se enojaba con facilidad, pero tenía sus momentos.

—No vuelvas a hacerlo —dijo Jimmy, cerrando las puertas francesas tras de sí.

—Tu hermano es un payaso —dijo Ryder.

—Sip.

—Dayton es la manera más rápida de llegar hasta aquí, ¿correcto?

—Sí, ¿por qué?

Envió un mensaje de texto y después levantó la vista de su teléfono hacia mí, su cara iluminada por el fuego, su marca de nacimiento dulcificada.

—¿No te enojas?

—Depende.

—El Mapletree ya no es seguro. Casi no tengo dinero y me quedan cinco tabletas de E que quiero vender, y después de eso basta, ya no más. No puedo quedarme con las pastillas. Es que me pareció un lugar seguro. Me tardo diez minutos a lo más, si acaso.

—¡Jesús, Ryder! ¿En qué estás pensando?

Yo sólo fingía. Advertí su intención de hacerme enojar, de que aquello debería enojarme; no fue difícil caer en una especie de furia moderada, mantener esa actitud un momento. Le importaba cómo me hacía sentir. Dejaría de mostrarme esta atención pequeña y complaciente, tan rara en él, en cualquier chico, si yo admitía que su estúpida negociación no me importaba en absoluto. Ya había perdido la capacidad para juzgar decisiones, acciones, a partir de cualquier escala moral; si podía ir tan lejos como ya lo había hecho, invadiendo la casa de los Hodson, faltando a la escuela semana

tras semana, casi reprobando la clase de Ciencias, robando y vandalizando y emborrachándome hasta perder el conocimiento, ¿qué hacía que esto fuera peor?

—Debí decírtelo. ¿Alguna vez has tenido esa sensación como de saber que no eres buena, o no estás haciendo las cosas bien, como si pudieras verte metiendo la pata en una película, pero aunque puedes *sentir que sucede*, no tienes forma de detenerte?

—Entiendo perfecto.

—A veces hago cosas, y mientras las estoy haciendo mi cabeza me grita *Detente, no lo hagas, detente, detente*.

—Pero las haces de todos modos.

—Ajá, principalmente sí. ¿Qué caso tiene, sabes? —Esa última pregunta me pareció como añadida, demasiado sarcástica, como si se diera cuenta de lo que estaba diciendo y tuviera que rematarlo con una broma, con algo que no significara nada. *No tienes que fingir que no te importa*, quise decirle. *No conmigo*.

—¿Cuánto tardan en llegar?

—Casi nada. —Ryder le dio un golpecito a su teléfono—. Ya salieron. —Levantó su vaso hacia mí; quedaban menos de dos centímetros de vodka—. Salud.

—Salud —dije, y chocamos nuestros vasos para luego vaciarlos.

Jimmy y Marlena y Greg y Cosita estaban en la playa cuando se apareció el comprador de Ryder. Me había quedado con él en la casa, pretextando que no me sentía bien. ¿Había notado Marlena que yo pasaba mucho tiempo con Ryder? ¿Se sentía celosa? Vamos a la playa, dijo. Adoro la playa por la noche. Su trenza se deshacía, su fleco estaba largo y despeinado. Ryder no tenía ganas de ir; me miró al decirlo, no quiero ir, y por eso yo mentí acerca de no sentirme bien. Jimmy, quien se suponía estaba protegiéndonos, no tuvo empacho en dejarme atrás, a solas en la casa con un chico al que yo sabía que no le agradaba del todo. Jimmy no me concebía como una chica-chica, tal como yo realmente no creía que él fuera lo bastante especial como para estar con Marlena. Pero ahora la cosa chispeante entre los dos era cegadora. Se fueron hacia la playa, Marlena montada a la espalda de mi hermano, una

botella de champaña en su mano libre, Cosita y Greg unos pasos detrás. Poco después de que llegamos, Greg y Cosita desaparecieron en una de las habitaciones; cuando salieron, quince minutos después, Greg parecía haber olvidado que yo le gustaba.

Ryder y yo jugamos una ronda de billar. Metí cuatro de las bolas en las buchacas, una detrás de otra, y él estaba tan sorprendido que golpeó su taco contra uno de los bancos frente a la barra. Un crujido ligero, como de papel que se rompe. Levantó el taco en el aire; estaba doblado justo al centro, apenas sostenido por algo de pintura. Lentamente, la gravedad separó las dos partes hasta que la mitad superior cayó a la alfombra. El lado que terminaba en un encrespado trozo de madera apuntaba en mi dirección. «Estamos en problemas», pensé con un vuelco del estómago. Ryder seguía sosteniendo la mitad rota cuando sonó el timbre.

—Debe ser Micah —dijo—. ¿Esto me hace ver como un verdadero traficante de drogas? —Lanzó la punta del taco roto hacia el aire un par de ocasiones. Tenían tantos; quizá, si escondíamos el que se había roto, los Hodson no lo notarían. Además, ¿estaba coqueteando conmigo?

—¿Micah? ¿Qué Micah?

—Ni idea. *Micah*. Un tipo rico, pecoso como pelirrojo, del grupo de Marlena.

—¿Es en serio?

—¿Qué?

—Lo detesto. Si te tardas más de diez minutos, te mato.

—No sabía que ustedes dos tuvieran problemas. No estoy al tanto de todos los chismes escolares.

—Como que me acosa, sexualmente.

—Es divertido oírte decir la palabra *sexualmente*. Dila otra vez.

Sacudí la cabeza, sonrojándome a mi pesar, y abandoné la casa. Me senté en una de las bancas cercanas a la chimenea, agradablemente ebria, con calor en el estómago. Todo el mundo en el norte de Michigan estaba conectado; emparentados, durmiendo unos con otros, comprando los mismos jitomates en la misma triste tienda de víveres. Plenty of Fish había juntado a mi mamá con Bolt porque ambos eran adultos solteros de cierta edad que vivían en el mismo radio de veinticinco kilómetros. Cosita era prima de la mejor amiga de

Chelsea. Micah y Ryder y Greg jugaban en el mismo equipo de béisbol infantil en segundo de primaria. No quería que Micah me viera. Estar en esa casa a solas con Ryder borracho le daría credibilidad al rumor de que yo era una puta. Chelsea abrió las puertas dobles.

—Cat —dijo, saliendo de la casa y cerrando las puertas tras de sí. Se sentó junto a mí en la banca. No me sorprendió—. De modo que estás aquí afuera, evitándonos.

—Ajá. No soy fanática de tu novio. Y sin embargo, aquí estás tú.

—Quería fumar. ¿Qué tiene de malo?

—El patio es grande.

—Y que lo digas. Qué lugar tan lindo. Supongo que esta es tu casa. Sé que no es casa de Ryder.

—Ahora que vendimos el *penthouse* en Chicago, dejamos de ser turistas veraniegos. Mi papá se retiró de manera anticipada. Quiere pasar más tiempo con la familia. —Gritos de risas provenientes de la playa hicieron eco en el aire. Ella fue la que empezó.

—¿Sabes lo que no entiendo? —Prendió un Parliament 100's, de los largos, y sacó el humo por la nariz y la boca.

—¿Qué?

—De entrada, ¿cómo es que conoces a estos chicos?

—¿A qué te refieres? —Quise que sonara agresivo, pero sonó como si se lo preguntara porque quería saber la respuesta. Sí quería saberla. La verdad es que yo misma no podía explicarlo. Si analizabas mi vida desde una perspectiva aérea, de manera objetiva, no tenía el más mínimo sentido.

—Son problemáticos —dijo Chelsea—. Marlena es un desastre. Me asusta. La conozco desde que teníamos cinco años y desde entonces me causa mucho miedo. Ella es la niña que ya tenía cigarros en el patio antes de que nadie más supiera lo que eran. Simplemente no parece encajar con ella.

Y aquí estaba otra persona más, dándome su opinión de quién era yo. Si no encajaba con Marlena y Ryder y Greg, eso quería decir que debía encajar con Chelsea y Micah y su grupo, con las camas de bronceado y los juegos de americano y el éxtasis y cómo definitivamente ellos iban a compartir una casa enorme cuando asistieran a la Universidad Estatal de Michigan por cuatro años para terminar exactamente donde habían empezado, desdeñando a las

personas como Marlena y a cualquiera que fuese diferente de ellos, por siempre y para siempre, amén. Si Chelsea hubiera sido mi vecina de al lado, quizá de todos modos estaría en este mismo lugar, sólo que habría llegado aquí en el PT Cruiser de Micah. Pero su opinión cambiaría en el instante en que averiguara que esta no era mi casa y que podía contratar a mi mamá para limpiar su escusado por quince dólares la hora.

—Marlena es mi mejor amiga —dije—, y además eres una hipócrita. Estás fumando en este momento.

—Cat, sólo quiero decir... —dijo—. Tú eres, pues, normal. ¿Qué puedes tener en común con ellos? Es más, ¿de qué hablan?

—¿Y eso qué se supone que quiere decir?

Abrió la boca y emitió un enorme y perfecto aro de humo para después enviar otro más pequeño flotando a través del primero. Muy a mi pesar, quedé impresionada.

—Vete al carajo —dije. Parte de esto era cosa mía.

—Honestamente, pensé que Ryder ya estaría muerto para este momento —dijo—. Es como un maldito anuncio de prevención.

Arrojó su cigarro al fuego. Quedó ligeramente fuera del alcance de las llamas y empezó a carbonizarse lentamente.

—Te invitaría a pasar el rato alguna vez, pero ya estás contaminada —dijo.

—Disfruta tus drogas, adicta de mierda —respondí, mostrándole los dientes.

No recuerdo el momento en que todos regresaron de la playa. Es como un conjunto de fotografías. Ryder abanicándose con un fajo de billetes después de que se fueran Micah y Chelsea y sus amigos, Ryder y yo sentados en el piso, recargados contra uno de los sofás, pasándonos una botella de algo caliente y con sabor a pino; como enjuague bucal hecho de árbol de Navidad, y la manera en que sus labios se movieron cuando se rio después de que dije justamente eso; cómo quería tocar la línea oscura entre cada uno de sus dientes, lo raro que era que los espacios pudieran ser tan pequeños. Para subir a donde sabía que estaba la comida, tuve que detenerme del barandal y usarlo para evitar que las vueltas en mi cabeza me hicieran caer hacia atrás. Cuando llegué arriba, los vi. Incluso en la habitación un tanto oscura, las lámparas a

media luz, podía ver a mi hermano y a Marlena en la cocina, ella sentada en la superficie de granito, la parte superior de su cuerpo inclinada hacia él, sus piernas envolviéndolo alrededor de la cintura. Su trenza estaba básicamente deshecha y su cabello insistía en caer de atrás de sus orejas; Jimmy volvía a colocarlo en su sitio una y otra vez. No podía ver lo que hacían sus bocas. Había un millón de habitaciones en la casa, un millón de clósets tipo vestidor, un millón de recovecos bajo las ventanas y de estudios, un millón o billón de baños. ¿Por qué besuquearse ahí, de forma tan evidente? Me mecí y me acerqué unos pasos más, insegura acerca de si debía detenerlos, sintiendo que estaba en mi derecho, preguntándome si veía lo que era el amor, a dos personas enamoradas, ¿y acaso no había aprendido ya que uno de los efectos secundarios del amor era apagar tu temor a las consecuencias, llevarte a hacer cosas que jamás harías? De vuelta hacia abajo, caí sin dolor y sentí unas manos sobre mí, poniéndome en un sofá, colocando una cobija sobre mi pecho. Afuera estaban hablando; el viento entraba por la puerta, lleno del humo de sus cigarros. Bebe demasiado rápido, dijo alguien, y alguien más, un chico, posiblemente Ryder, Nunca puedo decidir si es bonita o de aspecto raro. Después palabras masculladas, risas. Marlena, Trato de ser amable pero a veces me muero por gritarle ya supéralo, por el amor de Dios. Es la bebé de la familia, dijo Jimmy. O tal vez dijo Es una bebé. Quería levantarme, explicarles a todos que no se trataba del divorcio, que no se trataba de eso en absoluto, pero la cobija era demasiado pesada. El problema era cómo nada, nadie, jamás, decía la verdad.

Desperté en el sótano, todas las luces apagadas y mi cabeza hundida en la ranura triangular donde el brazo se unía con el asiento y el respaldo del sofá. A través de las puertas francesas, ahora cerradas, el cielo se veía atemporalmente oscuro. Jugadores de basquetbol de mi tamaño rebotaban la pelota a lo largo de la enorme pantalla de televisión. Ryder estaba en el sofá en contraesquina al mío, viendo el juego y sorbiendo algo de una taza.

—Puedes subirle al volumen —dije.

—¡Está despierta!

—Siento haber arruinado la fiesta. Espero que no haya sido un desastre.

—No hay problema. Marlena se ocupó de ti.

—¿Qué hora es?

—La una con tres de la mañana y todo mundo ya perdió el conocimiento. Gran fiesta.

—Yo no.

Ryder buscó en el bar hasta encontrar algo «leve» y eligió una botella de Malibu que sabía a lo que huele el gel corporal. Afuera estaba lo bastante fresco para que me diera gusto traer puesta mi sudadera, pero en realidad no hacía frío. Nos pasamos la botella mientras caminamos hacia la playa, quitándonos los zapatos donde el pasto se convirtió en arena. La arena contra mis pies descalzos me hizo temblar y Ryder rodeó mis hombros con un brazo. Eso me despertó, pero era una alerta extraña. Estaba borracha, probablemente, de antes, y el azucarado Malibu reactivaba todas las bebidas anteriores en mi torrente sanguíneo, pero me sentía espabilada y totalmente en control por debajo del alcohol. Como cuando usas un guante demasiado grande y tratas de recoger algo, la forma en que tienes que lidiar con la tela que sobra y ajustarla a lo que traes puesto. Me aparté del abrazo de Ryder y corrí hacia el lago, mis pies flotando sobre el piso, hasta que una ola se estrelló contra mis espinillas, tan fría que hizo que mi corazón se detuviera. Me levanté la falda y me adentré más en el agua; el lago se arremolinaba alrededor de mis rodillas, gotas de agua y piel de gallina se condensaba en la parte interna de mis muslos. En la lejanía, el lago se unía con el cielo y ese era el horizonte; podías ver dónde empezaba por las estrellas fijas directamente sobre el agua, cómo no ondulaban como las que se reflejaban en las olas, hechas de luz de luna. Michigan era todo lago y cielo y estrellas, y volví a pensar en la pregunta que me hizo Marlena acerca de morir y seguí de acuerdo con la respuesta que le di. Habría algo bello en ahogarse aquí, en vivir toda tu vida en este sitio, en jamás conocer el mundo más feo del exterior.

Ryder estaba sentado en un bote de remos encallado en la arena. Tenía la esperanza de que hubiera estado viéndome, que hubiera visto la imagen que proyectaba en el agua, pero cuando llegué hasta él y subí al estrecho bote para acomodarme a su lado, su expresión no cambió.

—¿Qué tienes últimamente?

—No puedo hablar de ello.

—Prometo no repetirlo.

—Sí lo harás.

Doblé las rodillas contra mi pecho y cubrí mis piernas desnudas con mi sudadera. Ryder me acercó hacia él. ¿Cuántos cientos de veces había imaginado que me tocaba un chico, en especial Ryder? Su cuerpo era tan cálido; seguramente dos mil grados más que el mío. No era como había imaginado que sería; de alguna manera era tanto mejor como profundamente decepcionante. Mientras iba tocando el contorno de mi pierna debajo de la sudadera empecé a relajarme y me recargué contra él, mi cabeza sobre su clavícula. Donde iba su mano despertaba un hormigueo y me sentía delirante con el placer de todo ello, de que alguien me tocara. No hubo transición entre besarnos y no besarnos; lo miré hacia arriba mientras tomaba de la botella casi vacía, su garganta blanca como el papel, mis dientes a un centímetro de su yugular, y después la botella estaba en la arena junto al bote, él tenía mi labio inferior en su boca y yo no tenía idea de qué hacer.

—Oye —susurré—. No sé. Tal vez no deberíamos.

No se detuvo. Siguió besándome, bajándome lentamente de espaldas hacia el fondo del bote, meciéndose de lado a lado mientras su mano recorría mi cadera y se metía debajo de mi sudadera. Cómo sentía él mi estómago, mi estómago suave, tan distinto al de Marlena, y qué extraño era que Ryder me tocara allí; acariciándome la cintura, pellizcándome. Levantó mi sudadera hasta que cubrió la parte baja de mi cara. Llenó sus manos con mis senos *tetas como de niña gorda* y los exprimió. Lamió los sitios donde habían estado sus dedos. Extraño, extraño, extraño, su lengua jugueteaba con mis pezones, qué cosa tan rara en él, y todavía más porque creía que me causaría placer. Una sensación torpe, como cuando te hacen cosquillas en un lugar insensible. Hice un sonido suave con la garganta, el más bajo que podía emitir en la clase de Coro. Parecía apropiado. De alguna manera sentí lástima por él; la base de mi cráneo golpeaba contra el bote, sus manos se movían tan torpemente, más rápido de lo que creo que se daba cuenta. Ya no me sentía excitada como antes de que me besara, cuando era todo susurros y las puntas de sus dedos. Nada de lo que hacía se parecía a la urgencia caótica y entorpecedora de lo que me había hecho a mí misma. Era como la diferencia entre hielo y agua. Incluso mi vergüenza, que empezó en el instante en que mis omóplatos golpearon el fondo del bote, era de una cualidad distinta a la que sentía

cuando me tocaba a mí misma. Ahora sentía vergüenza del deseo engrandecido, de mi cuerpo, del suyo, de la manera estúpida en que nos movíamos, de lo que pensaría Marlena si nos viera, del hecho de que realmente yo no quería esto y aun así no estaba deteniéndolo.

Corrí los dedos por su cabello, jalando los rizos cercanos a sus orejas. Cuando se cansó de chuparme el pecho, su boca resbalosa con su propia saliva, me volvió a besar y comprendí que esto no tenía nada que ver conmigo en realidad. Yo era incidental. Fue un alivio humillante. Su mano viajó por el interior de mi falda hasta que insertó un dedo frío dentro de mí ¿qué? ¿Mi coño? ¿Mi hoyo? ¿Mi *vagina*? Todas esas palabras estaban mal; ¿por qué no existían otras mejores? Emití un chillido verdadero, un sonido que no pude controlar, e imaginé que yo era ella, Marlena, que sabía lo que sucedía y que me gustaba, que lo deseaba; él había aprendido esto en algún lugar, debía de ser lo que hacían juntos. ¿Qué haría ella? ¿Lo besaría también, su lengua entraría a la fuerza en la de él, sus caderas golpearían su mano hasta que él quitara los dedos, se bajaría los pantalones y se metería en ella hasta que Marlena sintiera que algo se rompía?

Todo había terminado; tenía una sustancia pegajosa entre las piernas y estaba muy, pero muy borracha. No había dolido tanto como internet decía. No quería ver su rostro, pero quería que él me viera a mí. Quería las puntas de sus dedos de nuevo, quería que colocara sus labios sobre los míos, saboreando su forma, que me dijera que pensaba que era bonita, y que si yo lo quería podíamos volver a intentarlo todo de nuevo, y que yo podía decidir qué hacer y cuándo y cómo —qué cliché— para que fuera como dos personas que tienen sexo como expresión del amor en lugar de lo que era en realidad.

—¿Eras virgen? —preguntó.

—No.

—Entonces deberías conseguir la píldora del día siguiente.

—Okey.

—Besarías mejor si hubieras prestado atención a lo que te hacía. —Prendió un cigarrillo. Ningún libro de los que había leído describía lo que me acababa de suceder; jamás era así. Le había regresado sus besos; después de sobreponerme a la sorpresa de sentir su dedo en mi interior, me había sentido excitada por un instante antes de verme abrumada por una combinación

disociativa de temor, inhibición y ansiedad. Y fingir —que era valiente, que sabía, como ella, lo que hacía, como si no fuera yo misma—, eso me había excitado también.

—Lo siento.

—No hay problema. —Me acurrucó contra su pecho. Eso se sintió mejor que nada de lo que había hecho hasta el momento, sus brazos acomodados sobre los míos, nuestros dedos entrelazados—. Sólo relájate. Yo te enseño.

En mi interior, el semen de Ryder nadaba por allí, el semen que también había estado en mi mejor amiga, el semen que en ese mismo momento hacía su mejor esfuerzo biológico por arruinar mi vida. Venirse. Había hecho que Ryder se viniera. Había sucedido en un instante, todo, besos incluidos, terminado en no más de unos cuantos minutos.

—Eres buena niña, Cat.

—Y tú eres medio desgraciado.

Se rio. Sentía un sabor raro en la boca. Tenía sed. Podía sentir mi pulso en el cerebro. Vimos cómo el lago golpeaba la orilla con pequeñas olas en ciernes, una tras otra. Golpeaban la arena y después desaparecían.

—Le di información a la policía acerca del papá de Marlina —dijo.

—¿Información?

—Ya sabes, acerca del vagón de tren, lo que todo el mundo sabe. *Ellos* lo saben. Sólo les di algunos detalles que les faltaban.

—¿Se lo dijiste a ella? —Ella me lo hubiera contado. No me había contado acerca de Jimmy, pero me hubiera contado acerca de esto.

—Alguien vio uno de los videos de Greg. El idiota los subió a YouTube. Es un sitio público, pues. Y hay toda una serie de pendejadas en él, el Mapletree y yo, y se puede ver el lugar donde cocino. Yo seguía recibiendo un montón de correos electrónicos de una dirección de lo más rara con un montón de letras «X», y lo que decían eran cosas como *Te veo* o *JA-JA*. ¿Sabes lo que se siente eso? ¿Que alguien te esté observando? —Frotó su marca de nacimiento como si quisiera borrarla. Yo ni siquiera había logrado ver su pene. O tocarlo, en realidad; no con ninguna parte de mí que pudiera dilucidar su aspecto—. No puedo ir a la cárcel, Cat.

—¿Y entonces qué? ¿Eres un informante? —Todo esto era mi culpa. Qué horrible y emocionante que mi presencia en sus vidas, una estúpida

sugerencia, pusiera en marcha los acontecimientos presentes.

—No fue gran cosa lo que dije. Les conté acerca del vagón de tren, ya sabes. El que está en el bosque, cerca de la casa de Marlena. Eso era todo lo que querían.

—¿Y qué hay con ella?

—No es que yo fuese la única persona que ha dicho algo al respecto. Jamás sabría que fui yo; no tiene por qué saberlo.

—El otro día, antes del almuerzo, te vi saliendo de la escuela.

—No supe adónde más ir. No tengo un abogado ni nada de eso. El director Lacey es un buen tipo. Él y Cher llamaron a la policía. El año que entra tendré que ir a la escuela del tribunal y hacer algo de servicio comunitario, pero es mejor que ir a la cárcel.

—¿Qué es la escuela del tribunal?

—Según el folleto, es una educación alternativa no tradicional. El resto del mundo dice que es una escuela para desertores y drogadictos. No puedes decírselo, Cat. Conoces a su papá; sabes lo que está pasando. ¿No crees que es mejor para ella, para Sal, que él desaparezca?

—Creo que esa es una elección que ella tendría que tomar.

—No se lo digas, por favor. —Frotó la nariz contra mi cuello y me besó debajo de la oreja. Regresó la piel de gallina al interior de mis muslos. ¿Qué quería de él? Lo verán más personas, le dije a Greg. Ryder me besó en los labios, de la forma en que quería que lo hiciera desde un principio. Probé su sabor, una combinación de Malibu, cigarros y una sal que probablemente era yo misma, y supe, con un doloroso brote de pesar, que incluso si perdía mil recuerdos de ese tiempo, jamás perdería este. Encima de nosotros el cielo, un espejo roto del lago, y las estrellas, por supuesto; tan distantes e inescrutables como cada persona que había conocido en mi vida, yo incluida.

Los Hodson despidieron a mi mamá con un correo de voz. Al cabo de tres días, la mayoría de sus otros clientes de Coral Springs la llamaron y la despidieron también. «Aquí ya no tenemos trabajo para usted», le dijeron todos. Mamá trató de comunicarse con Jane Hodson para averiguar lo que sucedía, pero ella no quiso contestar su llamada.

—Cuidé de esa casa de maravilla —me dijo Mamá, más azorada que

molesta.

Habíamos hecho un buen trabajo de limpieza —después de todo, Marlena y yo ayudábamos a mi mamá y sabíamos lo que hacíamos—, pero no pudimos arreglar el asunto del taco de billar faltante, la quemadura de cigarro en la alfombra del sótano ni el saqueo del bar. La mañana en que llamaron los Baker, Mamá pateó el bote de basura de la cocina con tal fuerza que lo volcó; cascarrones de huevo y posos de café se regaron por el linóleo. Azotó la puerta de su habitación, dejando el desastre tras ella. «Mamá», le dije, después de lo que pareció un tiempo razonable. Le di vuelta a la perilla de su cuarto; estaba con llave. Pude haber abierto con un pasador, pero decidí dejarla en paz. De regreso a la cocina, enderecé el bote de basura y limpié el desorden para después rociar el piso con desinfectante antes de tallarlo, a gatas, con un trapo. El bar de los Hodson era tan inmenso; ¿cómo fue posible que notaran los pocos faltantes?

Tres días. Ese fue el tiempo que pasó para que se corriera la voz, de los Hodson al resto de sus clientes, de que mi madre era una ladrona. Podía verlos hablar de ella mientras comían queso gouda sobre galletas en la cubierta de sus veleros, las luces de Silver Lake brillando desde la costa. Me dije que Mamá merecía algo mejor que limpiar casas de ricachones, pero cuando pasaron semanas y el único otro trabajo que pudo conseguir fue haciendo sándwiches catorce horas a la semana en un *delicatessen* cerca de Burt Lake, a veinticinco minutos de la casa en coche, deseé deshacer lo que había hecho.

Mamá jamás me preguntó acerca de los Hodson y no tengo ninguna razón para creer que pensara que tuve algo que ver con lo que sucedió, pero de todos modos creo que lo sabía, de alguna manera.

—No sé qué es lo que vamos a hacer —dijo.

Para julio, al igual que veinte por ciento de la población de Michigan —a Mamá le fascinaba esa estadística—, subsistíamos con cupones para alimentos. Me sorprendió enterarme de que en realidad no eran cupones. El dinero para alimentos venía en forma de una tarjeta Bridge. En esencia era una tarjeta de débito; tenía un dibujo cursi del puente Mackinac al atardecer. En cierta forma tuve la impresión de que no éramos el tipo de personas para las que estaba destinado ese dinero; Mamá hacía parecer que la tarjeta era sólo

una cosa temporal, o incluso que había manipulado al sistema de algún modo para que pudiésemos ingresar en el mismo, como si fuera menos vergonzoso llevar a cabo un fraude de bajo nivel que obtener ayuda gubernamental de manera legítima. Tiempo después, en mis veinte, tuve que batallar con una ansiedad constante relacionada con el dinero; temía perder el empleo y mi departamento, y entrar en caída libre hacia la indigencia o terminar regresando a Michigan. Cuando le mencionaba mis temores a Mamá, me corregía, furiosa. Tuviste todo, decía. ¿Recuerdas la Navidad? ¿Te acuerdas de esa escuela? Tenía razón, pero me tomó mucho tiempo aprender las cosas que tantas personas en Nueva York parecían saber de manera instintiva: no gastar de una vez todo lo que tienes, por temor a que si no lo haces te lo quitarán o desaparecerá de manera mágica; que si tienes un trabajo y te esmeras en hacerlo, puede ser, hasta cierto grado, algo en lo cual confiar; que si te encuentras en posesión de una gran suma de dinero, es de mala educación hablar al respecto; que si alguien ofrece pagar tu cuenta en un restaurante o cafetería no es necesario que te disculpes en repetidas ocasiones o que les pagues de manera inmediata. Siempre que me daban un aumento o que simplemente tenía dinero extra, me sentía obligada a informárselo a la gente. Liam fue la primera persona que me dijo de manera directa que eso era desagradable.

Una vez al mes recargaban el saldo de la tarjeta. El ambiente en la casa dependía de lo cerca que estuviera la fecha de recarga; la semana en que sucedía era fácil, relajado estar en casa; pero después de dos o tres semanas se volvía a sentir una tirantez en el aire, el refrigerador quedaba cada vez más vacío y Mamá se ponía de nervios. Detestaba usar la tarjeta para comprar productos costosos —fresas, camarones congelados, yogures individuales—, de modo que a veces esperaba en el estacionamiento y me enviaba para que yo comprara la mercancía. Nadie esperaba que los adolescentes fueran otra cosa sino estúpidos con el dinero, me dijo. En una ocasión, la cajera me detuvo por usar una tarjeta que no era mía —por mala leche, ya que nos había visto antes a Mamá y a mí—, y Mamá tuvo que entrar, meterse en la cola, dar explicaciones y mostrar su identificación, todo esto mientras los turistas esperaban su turno y nos veían como si fuésemos basura, mirando de reojo el cereal de marca alto en fibra entre nuestros productos. Marlena estaba

obsesionada con la tarjeta; planeaba conseguir una en el instante preciso en que cumpliera los dieciocho años. Para reducir gastos, Mamá degradó el servicio de cable a lo más básico; Jimmy y yo seguíamos en el plan de telefonía celular de Papá, de lo contrario estoy segura de que también hubiéramos perdido nuestros teléfonos.

Jimmy aumentó sus horas en Kewaunee Plastics. Muchos de sus turnos empezaban al final de la tarde o principios de la noche y terminaban al amanecer, y aunque no lo pude confirmar, sospecho que estaba pagando más renta, quizá porque se sentía culpable por haber contribuido a que despidieran a Mamá. En ocasiones dejaba sobres encima de algún mueble de la cocina con «MAMÁ» escrito con Sharpie al frente; en una ocasión me asomé al interior y conté tres billetes de veinte doblados en un pequeño rectángulo, como una propina para el tipo que lava tu auto.

Después de la fiesta vi a Jimmy y a Marlena besuquearse no menos de un millón de veces. Siempre que Jimmy estaba presente, yo daba vuelta a alguna esquina y los encontraba haciéndose arrumacos contra la pared, hechos nudo sobre el sofá, y una vez emitiendo risitas desde el baño a la una de la tarde, el vapor escapándose por debajo de la puerta. Era repulsivo, y siempre que los veía tenía esa vieja sensación tan familiar, de antes de Marlena y Silver Lake, como si todos los demás en el mundo vivieran en un planeta, la Tierra, y yo los mirara a través de un telescopio desde algún sitio a millones de años luz de distancia.

—Quiero asegurarme de que estás bien —me dijo—. No queremos molestarte.

—¿Por qué habría de molestarme? —pregunté.

Queremos.

—En serio me gusta —me dijo ella mientras dibujaba una línea negra por el borde de mi párpado, justo arriba de las pestañas. Tensé mi rostro, esforzándome por verme ambivalente. ¿Qué era más raro? ¿Sentirme feliz por ellos o esta extraña incomodidad, esta ansiedad punzante acerca de que todo estaba a punto de cambiar?

—¿Son novios o qué?

—No es nada de eso. No es algo que de verdad vaya en serio. Sólo lo

pasamos bien. De todos modos yo sigo como sentida, después de Ryder, y él tiene sus propios asuntos. Su ex. La tal Jenny. —¿Era ella la que pensaba que no iba en serio, o era lo que pensaba él? ¿Quién era más merecedor de mi recelo, de mi protección? A veces, cuando los veía juntos, me parecía mirar algo realmente genuino—. Supongo que simplemente no lo entiendes —dijo Marlena, cambiando de párpado—. ¿Cómo podrías?

—Eso es un poco grosero.

—No, Cat; sólo quiero decir que no tienes gran experiencia. Sólo trata de sentirte feliz por mí y de no ponerte toda rara. Esto es exactamente lo que necesito después de Ryder. —Me miró directamente a los ojos cuando dijo esto, como si supiera lo que hicimos en el bote de remos. Se lamió un dedo para quitar un poco de delineador del borde externo de mi párpado. No me venía a la mente cómo tratar el asunto. Incluso imaginarme contándoselo me provocaba una especie de ansiedad fantasma. Porque ¿qué tal si no me creía?

—No me parece bien que hagas lo que sea que haces con Bolt mientras sales con mi hermano.

—Está bien —dijo Marlena, tapando el lápiz de kohl—, pero no estamos juntos.

—Es mi hermano. Y realmente le gustas. —Usó el lápiz para remover dentro de la bolsa de maquillaje, evitando mi comentario—. ¿Estás allí?

—Perfecto —respondió—. No lo haré.

—Se lo diré.

—No harías eso. —El dolor que se reflejó en su voz me sorprendió y desistí.

—No, no lo haría. Claro que no. Sólo traten de evitar lamerse frente a mí, por favor.

—Haré mi máximo esfuerzo por contenerme, pero si se pasea por allí en bóxers, no respondo.

—¡Qué asco! Dios mío. Qué asco. ¡Te detesto!

Me alejé para que nuestras rodillas ya no estuvieran en contacto. Deseé que Jimmy, que sólo tenía un día libre a la semana, trabajara más horas. De alguna manera vaga, me importaba la manera en que Marlena tratara su corazón. Pero como jamás habían roto el mío, no sabía el peligro en que se encontraba. Siempre que él trabajara todo el tiempo podíamos seguir así, todo básicamente igual que antes.

Debido a que el prendedor de Marlena estaba estropeado y bien escondido en el bolsillo de uno de mis suéteres, y debido a que estaba tan feliz y se veía tan bien —había subido un poco de peso y sus mejillas un tanto rellenas la hacían ver dulce y más joven—, pensé que quizá había bajado su dosis de oxi. Pasaron días sin que mensajeara a Bolt; lo sabía porque, cuando lo hacía, su rostro adquiría cierta mirada, una combinación furtiva de ansiedad y deseo, su labio inferior entre los dientes, sus ojos inquietos; su voz se apagaba. Pero estaba equivocada. Un par de semanas después de la fiesta abrí su mochila en busca de cigarros. Había corrido a su casa para acostar a Sal, y no tuve ganas de esperar veinte minutos o lo que fuera hasta que regresara. Metí la mano en busca de los cigarros y mis nudillos hicieron sonar un frasco casi lleno de oxicodona, del tipo que ves en los estantes de las farmacias, sin etiqueta informativa. A Jimmy no le gustaba que usara oxi —los había oído discutir al respecto—, de modo que se había vuelto más discreta. Ahora su intoxicación era tan persistente, sus reservas tan constantes, que no presentaba ni náuseas ni valles en su estado de ánimo.

Pude haber llamado a mi hermano para contarle. Probablemente era el único que tenía una posibilidad real de lograr que dejara de usar drogas. Pero cuando vi esas pastillas y supe que Jimmy tampoco había sido capaz de resolver sus problemas sin importar lo feliz que parecía con él, siempre toqueteándole el cabello, acostada en su regazo, mandándole mensajes a toda hora de la noche, ¿no fue alivio, o una extraña y retorcida versión de él, lo que sentí? Yo quería ser la persona más importante para ella, porque ella lo era para mí.

Regresé las pastillas a su mochila y jamás se las mencioné a nadie.

La grabación fue idea mía; la publicaríamos en la cuenta NoTuSanta de Greg porque Marlena no quería crear un perfil propio. Greg había publicado unos cuantos videos más, pero el de la bicicleta, con Ryder cocinando en el fondo, era el más visto por mucho. Mi estómago se retorció cuando lo distinguí en la pantalla, pausado en la toma de entrada en el Mapletree, con el colchón manchado y la acetona junto al televisor, pero alejé esa sensación. Todavía no había pasado nada.

—No se ofendan, pero mis fanáticos realmente no están en busca de videos

de chavas cantando música folclórica —dijo Greg. Tenía alrededor de cincuenta seguidores, aunque los comentarios eran de lo más activos.

doblevisión11: Jajajaja que p*nche adicto.

tratamecomoangel: Proactivo www.proactivo.com

piruliagrio44_1: JAJAJAJA K RISA NOTUSANTA ES MI HÉROE.

nanabubu: Ese tipo va a mi escuela y juro que jamás lo he oído hablar.

supersabroso: oh dios no puedo dejar de ver esto!!!!

Lo que decía era cierto.

—Sí, pero tú ya tienes gente convencida. No tiene ningún sentido que empecemos desde cero —dije—. Tienes un público; simplemente vamos a tomártelo prestado.

Hice el video con la cámara de Greg; sólo Marlena cantando. Principalmente porque se adecuaba a su rango vocal y porque podía tocar los acordes básicos en la guitarra acústica de su papá, eligió una canción de Neko Case acerca de una chica tan sola y cansada que deseaba estar en la Luna. Yo dirigí. La hice sentarse en la base del tobogán de la torre con un listón trenzado alrededor de la frente, la guitarra acunada sobre su regazo. Le dibujé una pequeñísima estrella azul en cada sien; habíamos jugueteado con la idea de iniciar una banda y llamarnos Estrellas del Norte. En ocasiones nos parecía perfecto; en otras demasiado idiota para soportarlo. Era un día ventoso y su cabello no dejaba de meterse en su boca mientras cantaba. En las notas altas, intencionalmente dejó que su voz vacilara y se rompiera, una pequeña afectación que me produjo escalofríos. Cargamos la grabación y al cabo de tres días el video tenía más de quinientas visitas. Increíble, escribieron totales desconocidos. *¿Cómo crees? Alguien consígale un contrato a esta niña. Sexy XXXXXXXX, cántame para siempre.* A medida que se acumulaban más comentarios, muchos de ellos soeces, Marlena dejó de ver el video.

—Pero también hay muchísimos positivos —dijo Greg, un poco intoxicado con la atención cibernética—. Creo que deberían hacer otro.

—Cuando plantas una cámara enfrente de lo que sea, la gente cree que está viendo algo profesional —dijo Marlena—. Además, no tengo por qué tolerar que desconocidos me pidan que se las mame. Ya tengo más que suficiente de eso en mi vida.

Yo dije que sonaba fantástica, pero era posible que tuviera razón en cuanto

a un segundo video. Siempre que terminaba de aprender a tocar una canción nueva y mencionaba la posibilidad de grabar algo más, yo decía que no creía que fuera buena idea. Le dije que no se creyera tan importante.

—¿Quién crees que eres? —dije—. ¿Stevie Nicks?

El verano transformó el norte de Michigan. Kewaunee creció al doble de su tamaño normal y todo el día, todos los días, los veleros cruzaban la bahía. Las carreteras, que básicamente estaban vacías todo el invierno, se atascaron de tráfico, de modo que tomaba todavía más tiempo llegar de Silver Lake al centro del pueblo. Para nosotros, el buen clima significaba la playa. Nos separábamos de los turistas y acampábamos en las dunas, en una pequeña saliente que encontramos donde no había mucho pasto y teníamos una vista ininterrumpida del agua además de algo de privacidad. Íbamos en combinaciones extrañas, según quién estaba trabajando y cuándo; a menudo sólo íbamos Cosita y nosotras, porque Greg había conseguido un trabajo en el Dairy Queen. De vez en vez nos acompañaba Ryder y nos miraba malhumorado desde una cobija en la playa, sus hombros llenándose de pecas al sol, con una pequeña acumulación de vello rubio sobre el pecho que yo siempre me descubría queriendo tocar. A veces nos enviábamos mensajes de forma desganada, y volvimos a besarnos luego de esa noche en el bote; una vez en su camioneta después de que me llevara al lamentable videoclub, con la consola de en medio enterrándoseme en la cadera, y de nuevo una semana más tarde o algo así, debajo de la torre detrás de la casa de Marlena. Esa vez me gustó e incluso dejé que mis dedos se pasearan por el bulto endurecido en sus pantalones. «No pares», dijo, su rostro un borrón de sombras, pero después de algunos minutos me detuve, sintiendo una oleada de alegría cuando gimió de dolor genuino. Servía que no me gustara en serio, en especial después de lo que me contó acerca del papá de Marlena y la policía, y por el hecho de que lo que hacíamos me proporcionaba muy poco placer sexual. Era suficiente que de perfil se pareciera un poco a Cary Grant, tal como aparecía en un cartel en el vestíbulo del cine. Eso, y la emoción que sentía cuando me daba cuenta de que me deseaba.

Lo mejor era cuando Marlena y yo íbamos a la playa solas. Me preocupaba que la relación de Marlena y Jimmy resultara en que ella pasara menos tiempo

conmigo, pero sucedió lo contrario; ahora pasábamos todo el tiempo juntas. Lo que fuera que sucediera entre ella y mi hermano incluso había puesto un final abrupto a sus ocasionales desapariciones por uno o dos días sin aviso ni explicación alguna. Pensé que mi hermano le había puesto fin a Bolt.

Una noche, mientras su papá no estaba y Jimmy trabajaba un turno de noche, Ryder y Greg se quedaron con nosotras en el granero. Ryder me había ignorado por horas, dirigiendo sus comentarios drogados a Marlena y a Greg mientras yo me sentaba en uno de los pufs, bebiendo en silencio y notando, en mi absoluta miseria, la manera en que sus jeans se subían para dejar expuestas sus pantorrillas peludas más arriba de sus calcetas. Sabía que su indiferencia significaba que yo había fallado en algún cálculo femenino, y que seguiría fallando siempre que Marlena continuara siendo parte de la ecuación. A la mañana siguiente nos levantamos temprano y dejamos a los chicos. Marlena se robó las llaves del bolsillo de Ryder y me encajó las uñas en el brazo para no permitir que me riera y los despertáramos. Pegó una nota a la frente de Ryder, tocándolo con una familiaridad que me provocó un destello de furia violenta. *Porfa hazle de desayunar a Sal. Regresamos al rato. Besos.*

Yo seguía en espera de la policía, pero a medida que pasaban las semanas y no ocurría nada, empecé a preguntarme si Ryder había exagerado todo el asunto. ¿Cómo podía contarle a Marlena lo de Ryder y la policía sin confesarle que me había acostado con él? Y a fin de cuentas, seguía traficando —de manera muy encubierta y sólo con sus clientes viejos—, pero de todos modos era lo mismo de siempre. Les mandaba mensajes a sus clientes con un teléfono distinto del que usaba para mandarme mensajes a mí y vi la Biblia infantil ahuecada en su camioneta; sabía para qué la usaba.

Tengo sólo una fotografía mía de ese año: la instantánea que guardo en esa caja de zapatos. No tomamos muchas. En aquel entonces Facebook era muy nuevo y primordialmente lo usaban los universitarios, de modo que aún había poco de nuestra vida en línea. Yo descargué un montón de fotos en la computadora de la familia y quizá me las mandé por correo en algún momento, no lo sé; ahora están perdidas, tan lejanas en el tiempo como ese momento mismo. Jimmy le compró la cámara a Marlena como regalo y ella la llevó a la playa al día siguiente. Greg tomó la foto mientras Marlena y yo

regresábamos del agua hacia nuestra cobija en la playa. Recuerdo que me sentí molesta. Al igual que la mayoría de las chicas como yo, inseguras y llenas de odio por sus propios cuerpos, detestaba que me tomaran fotos. Qué diferentes eran esas manifestaciones mías de cómo me veía a mí misma.

Marlena le quitó la foto a Greg y la agitó en el aire, como indicaban las instrucciones. La miramos revelarse. Allí estábamos, las dos cerrando los ojos al sol, nuestros rostros todos risas, nuestros cuerpos fuertes y bronceados, brillantes de agua. Hermosos.

—Uy —dije, porque todavía no sabía cómo decir lo que pensaba, en especial si demandaba confianza.

—¿Cómo que uy? Eres una supermodelo.

—No quiero verla. —Pero de todos modos la tomé y observé a la joven junto a Marlena en la foto. Ahora me pregunto por qué me pasé tanto tiempo odiándola. Odiando sus orejas salidas, la curva de grasa debajo de su ombligo, sus ansias e impulsos y todos sus sentimientos caóticos. Tenía una cara inteligente. Se veía normal y divertida, como alguien a quien pude haber encontrado por la calle, del brazo de su mejor amiga igualmente perfecta, y por quien hubiera sentido envidia. Dejé caer la foto y la cubrí con un puñado de arena.

—¡No hagas eso! —dijo Marlena, rescatándola—. Es mía.

Creo que ahora puedo explicarlo. Creo que lamentaba no quererla lo suficiente.

Después de la comida en Culver's, Papá dejó de contestar su teléfono. Siempre que lo llamaba, «Country Roads» sonaba sin cesar. Me envió sólo dos mensajes después de nuestra reunión; primero una foto de él y Becky comiendo tiras de almeja fritas en un restaurante con vista a las cataratas del Niágara (*¡almejas sin quejas!*), y más tarde, menos de un día después: *¡Testraño nena!*

—¿Has sabido de Papá? —le pregunté a Mamá en la cena.

—Nop. —Sorbió su vino; el hielo tintineaba en el vaso.

—¿Y tú? —le pregunté a Jimmy.

—Ajá, sí, por supuesto —dijo Jimmy—. Estamos aplicándonos la ley del hielo desde enero.

—Probablemente está ocupado o viajando o algo así, cielo. No te preocupes. No es tu responsabilidad. Él es el papá. Él es el que está fallando, no tú.

Más tarde, mientras Mamá dormía y Marlena estaba quién sabe dónde con Jimmy, le escribí un correo.

de: Catherine <catherine46@hotmail.com>
para: Papá <spartanfan21@hotmail.com>
asunto: gracias mil

Te llamé ayer. No contestaste. Te llamé antier, y unos días antes de eso, y básicamente todo el tiempo desde que nos mudamos acá, y adivina qué, Papá. Jamás me contestas.

¿Recuerdas cómo tenías como cincuenta nombres distintos para mí? Cosas tontas, como Miel y Juan y Caquita. Cuando era niña pensaba que eso era lo más gracioso del planeta, siempre que empezabas a llamarme Miel, Miel en la tienda o en el parque.

Voy a dejar de esperar cosas de ti. Voy a dejar de llamarte y de mensajearte y voy a dejar de hacerte preguntas dentro de mi cabeza, pensando en lo que harías o dirías, o si te sentirías orgulloso. Apuesto a que si hago un esfuerzo podría recordar los cincuenta nombres. ¿Puedes acordarte siquiera de cinco? Los tres que te acabo de mencionar no cuentan.

Parece bastante retrógrado, pero supongo que así es la vida.

P.D. Lo que me parece curioso y estúpido y vergonzoso es que siempre me sentí orgullosa de que soy más como tú que como Mamá o como Jimmy. Locuras de juventud o lo que sea.

P.P.D. En fin, espero que no estés muerto o algo y que tu silencio se deba a que el gobierno canadiense no ha podido averiguar dónde vive tu familia, porque entonces voy a sentirme superculpable de haber escrito esto.

Lo envié sin volver a leerlo.

¿Y si él eliminaba el mensaje y fingía que todo estaba bien? Bueno, que yo pudiera perdonarlo dependería de la explicación que pudiera darme o de si al menos intentaba explicarse.

Porque yo seguía aquí. Justo aquí, donde me había dejado.

Sí, Papá me enseñó a usar una brújula, me dijo algunas cosas acerca de los árboles, en ocasiones me llevaba al cine y me oía ensayar para las audiciones de Coro, y cuando era una niña muy, pero muy pequeña recuerdo que me

arrojaba al aire, que me besaba la frente con un sonido de pescado y que yo me reía hasta quedar sin aire. Pero ¿y las cosas que yo trataba de olvidar a propósito? Como esa vez que él y Mamá estaban gritando y él la empujó y ella cayó contra su máquina de ejercicio y él siguió agrediéndola hasta que el pie de ella quedó atrapado y se rompió cuatro de los huesos más pequeños, de modo que tuvo que usar una bota de plástico todo el tiempo que estuvimos en Florida durante las únicas vacaciones familiares verdaderas que tuvimos. ¿Y qué tal esa vez que llamó alcohólica a Mamá y empezó a romper cosas en la cocina, y yo no tenía más de diez años y Mamá nos llevó a mí y a Jimmy a un hotel donde nos quedamos durante una semana? ¿Y qué de esa vez en que yo era todavía más chica, justo antes de que nos mudáramos a la calle Pike, y me escondí en la parte trasera del camión de mudanzas, y cuando finalmente me encontró me bajó los pantalones y me dio con una cuchara de madera hasta que Mamá empezó a llorar? ¿Y esos meses enteros en que desapareció? ¿Y Becky? ¿Y cómo a veces, cuando yo le hacía preguntas, no contestaba y se quedaba viendo por la ventana o al televisor o simplemente se iba y me dejaba preguntándome qué había hecho mal o por qué no lograba hacer que se quedara?

Para los primeros días de agosto, dos meses al sol me habían hecho algo o quizá fue culpa de las semanas, cada una empujándome más cerca de los dieciséis años. Mi piel tenía un bronceado rojizo parejo, mi cabello era rubio, casi blanco en las sienes. Me convertiría en una buena nadadora. Estaba seguro de que si Papá pasara junto a mí en el supermercado o frente a Marlena y a mí asoleándonos en la playa, no me reconocería.

Jimmy y Marlena tuvieron su pelea más estridente, o al menos la más estridente que me había tocado escuchar, la mañana después de que Marlena y yo nos pusimos borrachas con riesgo de daño cerebral y usamos un cuchillo de cocina para hacernos cortes idénticos como de tres centímetros en los brazos, a mitad de camino entre el hombro y el codo. Sangramos por todas partes, carcajeándonos lo suficientemente fuerte para despertar a todo el mundo, aunque nadie más estaba en casa; Mamá andaba con algún novio que todavía no conocíamos y Jimmy en el trabajo, de modo que sólo éramos nosotras, nosotras y la caja gigante de vino que casi habíamos vaciado,

nosotras y el cuchillo de cocina y la sangre, las dos azoradas de lo poco que había dolido. Y después, horas más tarde, antes de perder el conocimiento, Marlena sollozando sobre el sofá, diciendo algo acerca de no ser suficientemente buena para nadie, y yo dándole palmadas en la espalda, diciéndole *no*, diciéndole *shhh*, perpleja.

—¡Estás totalmente idiota! —escuché que él le gritaba, los dos en la cocina y yo hecha un ovillo en el piso del baño, como un gusano—. Es asqueroso. Cualquier estupidez desquiciada que quieras hacerte a ti misma, Marlena, es algo que no puedo parar; honestamente, ya me cansé de intentarlo. Pero no metas a mi hermana en eso. Hace todo lo que haces tú. Apenas tiene quince años. ¡Ten algo de maldita responsabilidad!

—¿Y yo qué? —respondió ella. ¿Acaso estaba llorando?—. Ninguno de ustedes jamás piensa siquiera en mí.

—Y ahora simplemente estás siendo ridícula —dijo Jimmy y algo se azotó, y no dijeron nada más.

Tuve esa cicatriz cerca de diez años; se notaba siempre que usaba algo sin mangas, un signo de igual con la mitad faltante. Hace algunos meses, al verme de reojo en el espejo antes de salir, me di cuenta de que ya no estaba; mi cuerpo la había absorbido como si nada.

No había visto ni oído nada de Ryder por algunas semanas cuando me envió un mensaje de texto una noche calurosa de agosto, la ventana de mi recámara abierta de par en par. Moscas negras se abalanzaban contra el mosquitero, atraídas por la lámpara de noche. Marlena y Greg y Cosita y yo teníamos toda suerte de teorías acerca de la desaparición de Ryder. Marlena pensaba que había conocido a alguien, una idea que me provocaba enojo; Greg pensaba que su mamá estaba enferma; Cosita coincidía con ambos al grado de negarse a salir, y yo, por supuesto, no pronunciaba palabra.

Ryder debe haber sabido que yo estaba sola. ¿Le habría mandado un mensaje inicial a Marlena, que estaba en el cine con Jimmy? O tal vez conocía el horario de mi hermano y que esa era su noche libre. La manipulación era parte de la naturaleza de Ryder; en eso yo no le ganaba.

Qué pasó

¿Dónde diablos has estado?

En ninguna parte

Okeyyy

Doblé la página donde me había quedado. A Marlina le iba a gustar este, *Otra vuelta de tuerca*. Le fascinaban los sustos.

¿No vas a decir más?

Textraño

JaJA

Srio

Después: Mándame una foto

Mi teléfono tenía una camarita de mierda, y siempre me estaba pidiendo fotos. «De tus tetas y nalgas», me dijo amablemente la noche que lo toqué a través de los pantalones en la torre de Marlina.

no te hagas ilusiones, no va a pasar

okey entonces voy por ti

Me sonrojé como una idiota.

por qué? para qué me quieres

quiero besarte

Quiero besarte. Lo imaginé besándome. Más lento de lo que jamás lo había hecho en la vida real y manteniendo la mayor parte de la saliva dentro de su boca. Lo imaginé sabiendo cuál era mi color favorito y descubriendo que no me gustaba la salsa marinara, y sin oler a mota o a cigarros o a cerveza. Lo imaginé en mi cama, no en algún coche ahumado ni recargados contra un árbol o escondiéndonos de las luces de la casa en el patio trasero.

quiero volver a cogerte como no sabes cat escribió antes de que pudiera contestar.

por qué?

porque eres sexy

Pensé largo rato antes de escribir *pinche mentiroso dime otra vez qué es lo que quieres hacerme*.

Y entonces realmente me sentí excitada.

quiero comerme tu conchuya

«¿Conchuya?».

no grax.

¿Alguna vez le había dicho *no*? No esa noche en el bote, ni la vez después de

esa, cuando su nombre apareció repentinamente en mi teléfono pidiéndome que saliéramos, o la noche en que quiso «ir a caminar» mientras los demás veían televisión.

porfa

no

ya me voy

dije que no Ryder

xq me provocas? llego en 15

no

Puse el teléfono en vibrar. De modo que Ryder estaba molesto. Y qué. Regresé al Ryder de la fantasía y lo dejé ahí, sobre la cama junto a mí. «Quiero comerme tu conchita», susurró ese otro Ryder en mi oído y le dije que sí, y me toqué donde mis pantaletas estaban húmedas y esta vez no me detuve. Y después no hubo nada de vergüenza. Nadie más que yo, a solas en mi habitación con el teléfono que vibraba.

oyeeee cat?

hola?

súper

qué carajos? dónde estás?

Mamá tenía algunas pruebas de embarazo guardadas en lo más profundo del mueble debajo del lavabo del baño, detrás de los productos de limpieza. Las encontré un día, cuando buscaba una botella de acondicionador. Marlena y yo nos reímos al respecto por horas. De modo que cuando me dijo que no había menstruado en casi dos meses, con ánimo sombrío nos encerramos en el baño. Se sentó en el escusado y sostuvo el dispositivo blanco entre sus piernas. «¿Cómo puedes hacer esto sin mearte toda la mano?», preguntó mientras su orina caía dentro de la taza. Se levantó las pantaletas y se lavó las manos, colocando la prueba en la orilla del lavabo. Apareció una sola línea azul. Dos minutos, tres y luego cuatro; la línea quedó sola.

—No apareció un más —dije, aliviada de que no hubiera una sobrina o sobrino, y de no tener que preguntarme si era de mi hermano o de alguien más.

—Extraño —dijo ella y llevamos la prueba de embarazo al bosque, donde la

enterramos como unas tontas con una ceremonia falsa, para que mi mamá no la encontrara en la basura.

Era el fatigoso y desértico final de agosto; el aire se sentía espeso y zumbaba de insectos incluso a las diez de la mañana, cuando llegó la policía. Observé desde la ventana mientras marchaban en una fila silenciosa. La primera patrulla se estacionó en la entrada de autos de Marlena y otra aceleró entre nuestras casas, sobre la tierra, evitando los objetos regados por doquier. Encontró las huellas de llantas junto a la torre y entró aprisa entre los pinos, sin dejar ver nada más que una luz roja que desapareció en segundos.

Me puse unos jeans cortados como shorts y una camiseta y salí. «Lo siento», pensé. «No era mi intención». Para detener el temblor de mis manos, las metí debajo de mis muslos, contra la madera de nuestro porche falso. Al ponerme de pie, tendría dos astillas clavadas en la palma derecha. Un oficial tocó a la puerta del frente de la casa de Marlena. Bajó el puño e inclinó la cabeza, como si tuviera todo el día para esperar. Yo sabía que Sal estaba allí dentro, meditando si debería dejarlos entrar. «Soy un niño», le gustaba decir cuando trataba de convencernos de dejarlo quedarse más tiempo, de dejarlo estar con nosotras. «No las voy a molestar». Eso siempre nos mataba de la risa, que pensara que era menos problemático por ser pequeño.

Marlena salió disparada de mi casa, pasando junto a donde me encontraba sentada en los escalones y atándose el cabello en una cola mientras corría descalza a través del patio. Se había quedado, pero no conmigo. Esto sucedía en ocasiones; pasaban días sin que ella y Jimmy hablaran y entonces, una mañana, allí estaba, bebiendo café en la mesa de la cocina con mi mamá, viéndome con cara de *Uups*.

—Disculpen —llamó—. Esta es mi casa. —Traía puesta una camiseta de Jimmy encima de unos shorts que apenas se asomaban por debajo del borde. Sus piernas eran largas y bronceadas y los dos policías se las comieron despacio con los ojos, arriba y abajo, arriba y abajo.

—Si es tu casa, ¿qué haces allá a estas horas de la mañana? —preguntó el oficial. Su compañero estaba recargado contra la patrulla, observando con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No entiendo qué tiene que ver eso con nada.

—¿Allí vive tu novio?

—¿Tiene una orden de cateo, oficial? —Jamás supe que Marlena tuviera experiencia hablando con policías.

—Lo tienes fácil. Sólo un par de pasos. —El otro policía se rio, movió los pies en la tierra y volvió a mirar a Marlena como si fuera un tentempié.

—Le hice una pregunta.

—Estamos investigando una pista. Nos llegaron reportes de actividades ilegales por aquí; menores de edad afuera a altas horas de la noche, fumando y bebiendo, y sabemos que hay un niño pequeño dentro de la casa.

—Sal está perfectamente bien.

—No tienes edad para cuidar de un niño tú sola. ¿Está tu papá?

—Tengo casi dieciocho años. ¿Qué, jamás ha conocido a alguien de esa edad con hijos?

—Sólo tenemos que echar un vistazo —dijo el otro policía, caminando hacia ellos—. Entiendes eso, ¿verdad? Si alguien hace un reporte, tenemos que hacer nuestro trabajo. Debemos echar un vistazo, verificar que todo esté bien, asegurarnos de que nadie esté en una situación peligrosa.

—Si no tienen una orden de cateo, tendrán que regresar en otra ocasión. — Marlena cruzó los brazos frente al pecho. Quizá los ojos de los policías acababan de recordarle que no llevaba sostén—. Tendrán que regresar cuando mi papá se encuentre en casa.

—¿Dónde está tu papá?

—No sé. No soy su esposa. No estoy pendiente de sus pasos.

Se oyó una voz por el radio de la patrulla, que gritó números y estática.

—Regresaremos —dijo el que se metió del lado del copiloto—. Piensa en lo que vas a decir. —Salieron de allí, siguiendo al auto que se había adelantado al bosque.

Más patrullas al fondo de la calle y después una camioneta grande sin marcas; todos se dirigían al mismo sitio. Dentro del granero, Marlena marcó el teléfono de su papá una y otra vez. Al cuarto intento, cuando no contestó, arrojó el teléfono contra la pared, igual que él había arrojado la botella de agua llena de hielo y vino. Dijo que era un cabrón y se preguntó en dónde estaba. La batería salió volando y se deslizó por el piso. Podía ver la silueta de

su padre en la furia de su rostro, en lo rápido que podía perder el control. Como un trazo sobre otro, ambas líneas entremezclándose. Nuestros padres estaban con nosotras siempre; ninguna cirugía podía extirparlos. De pie en medio de la enorme sala de la planta baja, descalzo, Sal tenía puesta una camiseta que le quedaba como camisón. «Todo está bien, Sal», le dije y deslizó su mano en la mía. Apreté su palma pegajosa. No reaccionó.

—Llama a tu hermano —me dijo Marlena mientras trataba de meter la batería de vuelta en su teléfono.

—¿Lo rompiste?

—Sólo llámalo.

—¿Qué quieres que le diga?

—Dile que necesito que venga a la casa. Que invente algo, que está enfermo o que es una emergencia.

Llamé a Jimmy. No contestó. Jamás contestaba cuando estaba en el trabajo. *Jim, la policía está en el bosque detrás de la casa. Marlena dice que te necesita. Llámanos, ¿okey?*

—Probablemente no puede oírlo. Tiene que dejarlo en el casillero.

—Mierda, mierda, mierda —dijo—. Maldita mierda. Lo encontraron, Cat.

Su tristeza, cuando la dejaba asomarse, normalmente me resultaba sabia y antigua, la tristeza de un oráculo, no histérica y autocompasiva y adolescente, como podía ser la mía. Pero no ese día.

Pero eso se debía a la oxi, ¿o no? Con la pastilla ascendía hasta algún planeta mullido, muy por encima de la catástrofe de la vida en la Tierra, y tal vez se compadecía de nosotros y de ella misma al observar todo desde allí, a una altura tan grande que, quizá, podía ver el principio y el fin. Pero simplemente estaba demasiado lejos. Brotó agua de sus ojos, deshaciéndole el rostro, hundiendo sus hombros, antes de evaporarse tan pronto como había aparecido.

—Van a arrestar a mi papá.

¿Por qué sigo haciendo esto? Haciendo que sea más de lo que era, más grandiosa, omnisciente incluso, bella e irreal. Podía ser una perra de lo peor. Podía intuir lo que odiabas de ti mismo, y si la hacías enojar te lo echaba en cara y se aseguraba de que supieras que ella también lo pensaba. Hay veces en

que siento que ella es mi creación. Como si, mientras más dijera yo, más me alejara de la verdad de quien era. Trato de contener puños de arena entre mis manos, pero mientras más aprieto, mientras más cierro mis palmas, más rápido se escapa.

Jamás he tomado oxi. Probé éxtasis dos veces más en la universidad, flotando a través de la bola de espejos de Times Square, todo el mundo morado, rostros morados en el subterráneo, camión de comida morado, plantas moradas que crecían en la base de árboles morados, tan drogada que podía haber jurado que ella era el aire mismo que respiraba. Inhalé líneas de cocaína del tanque del escusado de un bar en Bushwick, un collar luminoso en torno a mi cuello, una pirámide de vasitos sobre la mesa donde me esperaba un tipo al que apenas conocía, todos vacíos, la mayoría gracias a mí. Me pasé dos años robando pastillas para trastorno de déficit de atención de mis compañeras de cuarto y engañando a distintos psiquiatras para que me recetaran fármacos que hacían que me moviera tan rápido que no recuerdo nada. Quería saber algo acerca de cómo se sentía ella, acerca de la razón de que aquello fuera a lo que insistía en regresar, más que a mí, más que a Jimmy y más que a Greg o a Ryder o a Sal. Tuve cientos de oportunidades para detenerla. Más.

Reemplacé Silver Lake y un tipo de cobardía con otro. Le di rienda suelta a mi retorcida culpa de sobreviviente, dejé que me controlara, pero jamás probé oxi, no después de ver cómo la arañó a ella con sus largas garras y dejó tan sólo un cadáver. Durante mi primer año en la universidad, mi novio consiguió unas cuantas pastillas, y cuando me las mostró lo abofeteé con tal fuerza que me dolió la mano. Jamás le dije por qué, y poco después de eso dejó de ser mi novio.

Estaba aterrada. Sin importar lo lejos que llegara, algo me volvía a jalar a terreno seguro; la escuela y sus ocasionales dones fascinantes, hombres tontos y de buen corazón, y libros, libros, libros; ahí es donde la encontraba con mayor frecuencia, en la intimidad de los personajes, en Ruth y Sylvie en un bote de remos, en *La casa en Mango Street*, y en *Anna Karenina*, por supuesto, justo antes de que saltara.

No quiero contar el resto.

Esa misma noche llegaron las trabajadoras sociales, una tipa gorda y otra delgada, las dos con la misma corona de rizos crujientes, con la misma cantidad de piel colgada de las mejillas de las mujeres de mediana edad. Para mí, las mujeres mayores pertenecían a dos variedades principales. O se veían como mi mamá o se veían como esas dos mujeres. Me preguntaba si estar casada por mucho tiempo tenía algo que ver con ello, si te envejecía de forma distinta. De alguna manera, sus cuerpos estaban más usados, les pertenecían menos, su piel parecía más manoseada, gastada por los hombres. En aquel entonces no quería crecer para ser como mi mamá, pero tampoco quería ser como esas mujeres. Tampoco Marlena.

Tocaron a la puerta. Sal dormía en el tapanco, a pesar de que apenas habían dado las ocho, el momento de cada atardecer de agosto en Michigan en que el cielo se pinta de violeta por un segundo antes de suspirar y volverse azul, dando paso a la noche más fresca. Marlena estaba sobre el sofá. Prácticamente podía ver su conciencia flotar fuera de su cuerpo. En respuesta a los toquidos, volteó la cabeza, parpadeó una y dos veces y murmuró: «Diles que nos dejen en paz». O quizá dijo: «Diles que no hay nadie en casa».

Jimmy todavía no regresaba. Quién sabe dónde estaba Mamá, quizá en casa; la necesitábamos, pero no le habíamos pedido ayuda. Ese día la emergencia era de Marlena y mía, y la habíamos enfrentado como equipo, calmando a Sal, tratando de advertir a su papá y a Bolt, y todavía más importante, pensando en un montón de razones incuestionables para justificar que Marlena nunca se hubiera enterado de lo que sucedía, que la meta no tenía nada que ver con ella. Pensando en lo que iba a decir.

Sal no protestó cuando lo acostamos a una hora ridículamente temprana. ¿Pero a quién engañábamos? Tan pronto subió las escaleras, Marlena sacó su enorme frasco blanco. Traté de quitárselo. Se lo arranqué de las manos y lo sostuve por encima de mi cabeza, llamándola *tragapastillas*, diciéndole que este no era momento de drogarse. «Es exactamente el momento para hacerlo», me dijo. «¿Qué mejor momento que este?». Me arrebató el frasco y corrió al fregadero, riéndose, riéndose, tan bonita como siempre, nada enfermo o farmacodependiente en su aspecto, de modo que me sentí como una idiota por tratar el asunto de las pastillas como algo más que el chiste que ella las hacía parecer. Se tragó las pastillas, no vi cuántas, con agua directa del

grifo que hizo rebosar los charcos mugrientos acumulados tras semanas de platos sucios. Eso había sido una hora antes, más, y Marlena ya no estaba.

Esas señoras se quedaron paradas bajo la maltrecha lámpara de afuera, y vi que más allá de ellas había una patrulla con un policía a la espera.

—Tendrán que regresar más tarde —les dije.

—Buscamos a Marlena Joyner y un pequeñito, ¿Salamander? Tú debes de ser su amiga, ¿Catherine?

—Ha sido un día muy largo. Por favor, de verdad, regresen mañana.

—Lo lamento, pero hay un menor de edad sin un adulto presente y no pueden quedarse toda la noche aquí.

—Está con nosotras.

—¿Alguna de las dos tiene dieciocho años?

—El cumpleaños de Marlena es el mes que entra.

—Déjanos entrar, querida —dijo la señora más gorda, que estaba a cargo. Traía un suéter a pesar del calor que hacía afuera—. Yo me llamo Candice, y ella es Josie. Estamos aquí sólo para ayudar. Nadie está en problemas, pero necesitas dejarnos entrar. Si no lo haces, tendremos que pedirle a nuestro amigo, el oficial Dalkey, que intervenga.

Marlena estaba visiblemente pasada. Jamás la había visto así; perdida al grado de la inconsciencia.

—Marlena no se siente bien —dije, y las dejé entrar.

Inspeccionaron el granero con mirada científica; algún tipo de cálculo de trabajo social se ejecutaba en sus cabezas; registraron el olor, al borde de ser vergonzosamente malo, los muebles dispares, el piso de concreto y los platos sucios por todas partes y la inestabilidad de las escaleras y cómo el tapanco parecía estar desprendiéndose de las paredes del granero, a punto del colapso. La puerta del baño apenas cerraba; siempre que necesitaba usarlo, me aferraba a la perilla para evitar que alguien más entrara. ¿Había una lavadora allí dentro? Jamás la había notado. Quizá esa era la razón por la que Marlena dejaba tanta ropa en mi casa. No había lugar para que se sentaran; las dos sillas frente a la mesa de la cocina, que en realidad era sólo una mesa de tenis sin red, estaban atestadas de trastos, periódicos, cables y tres inexplicables controles de Nintendo 64. Marlena estaba acostada sobre el sofá, que escasamente era lo bastante largo para su cuerpo, dormida o algo peor. Sabía

por experiencia que los dos pufs recargados contra la pared eran la fuente del olor corporal de la casa.

—Marlena —dijo Candice. Se sentó en la orilla del baúl que hacía las veces de mesa de centro y tocó el brazo de Marlena como una madre—. ¿Cariño? ¿Estás despierta? —Marlena se quejó y se dio la vuelta, su rostro contra la parte trasera del sofá. Su camiseta se levantó sobre su espalda y reveló un feo moretón, morado intenso con puntos negros, que se elevaba por encima del horizonte de sus shorts.

Josie se dirigió hacia la habitación del papá de Marlena. Yo jamás había estado allí. Hasta donde sabía, podía estar lleno de armas de fuego o cadáveres o carteles de chicas desnudas de la edad de Marlena.

—¿Qué tomó? —me preguntó Candice. Nada malicioso en su voz, nada enojado—. Está bien, Catherine. Puedes decírmelo. Te lo prometo: estamos aquí para ayudar a Marlena y a su hermano. Eso es lo que hacemos. No somos la policía.

—Nada. Es que está cansada.

—No creo que eso sea cierto. Y apuesto a que tampoco lo creería el oficial Dalkey. Creo que Marlena ha estado tomando algo, y podría estar metida en un gran problema.

—Está cansada. —¿Por qué no podía ocurrírseme una mejor mentira? ¿Intoxicación alimentaria? ¿Una gripe?

—Escúchame. Nos llevaremos a Sal. Eso es lo que va a suceder. Si Marlena viene también con nosotras, la someterán a una prueba de drogas, y si eso pasa, creo que tú y yo sabemos lo que encontrarán. —Josie estaba subiendo las escaleras. Deseé que se cayera. Deseé que Sal se escondiera.

—Se puede quedar en mi casa. Sólo está haciendo tonterías. Por favor, no la metan en un lío.

Quería estirar la mano y agarrar a Marlena del largo y grasiento cabello hasta que despertara, hasta que su cabeza se levantara del sofá. ¿Cómo se atrevía a quedarse allí roncando sobre el sofá enfrente de mí y de esta señora, la bienintencionada Candice, dejándome lidiar con el desastre que era su vida?

—Por favor, por favor. Está muy estresada.

—¿Tu mamá está en casa? ¿No tendría problema con que Marlena se

quedara con ustedes un tiempo? ¿Incluso así como está?

—Marlena se queda con nosotros todo el tiempo.

—Está bien; entonces, si voy allá para platicarle lo que está sucediendo, ¿me abrirá la puerta?

—Sí. —¿Siquiera estaba en casa Mamá? No tenía idea. Lo más probable era que Sal realmente estuviera escondiéndose.

—Pareces una buena chica, Catherine. Necesitas ser una buena amiga para Marlena en este momento. Necesitará tu ayuda. —Candice tomó una de mis manos y la cubrió entre las suyas. Sus palmas eran arrugadas y tan suaves como terciopelo. Quizá tenía una hija y esa era la razón por la que era tan amable con nosotras esa noche. Había sido demasiado estricta y ahuyentó a su hija, de modo que trataba de hacer lo correcto dándonos otra oportunidad a nosotras. Podía verlo como si fuera una película, la chica vomitando detrás de alguna casucha en el bosque, Candice parada junto al teléfono a las cuatro de la madrugada, preguntándose en qué momento sería una traición llamar a la policía. No sabía si retirar mi mano o trepar hasta su regazo—. Quiero darle una oportunidad a Marlena, ¿entiendes? No quiero que entre al sistema. Quiero darle esta oportunidad porque sé lo que les pasa a las chicas cuando se ven absorbidas en todo eso. Pero eso significa que no puedo verla así de nuevo. —Juntas observamos a Marlena. Estaba usando mis shorts. Probablemente también mi ropa interior.

Sal bajó por las escaleras, todavía con su pijama, seguido de Josie, la mochila de Sal sobre un hombro.

—Cat, ¿puedo quedarme en tu casa? —me preguntó—. No haré nada de ruido.

—Lo sé, Sal; eres el mejor —dije, acuclillándome para mirarlo a los ojos—. Pero creo que tienes que acompañar a estas señoras ahora, ¿está bien? Son muy buenas y podemos ir a verte mañana, cuando Marlena se sienta mejor. ¿Qué te parece? —Miró al piso y vi que lo único que alguna vez había aprendido era que no se podía confiar en las personas, que nada de lo que dijera nadie significaba un carajo. Esto no tuvo que aprenderlo, como yo, después de un par de experiencias negativas; Sal esperaba que lo abandonaran.

—¿Qué tiene mi hermana? —dijo, zafándose del brazo posesivo de Josie.

Cuando llegó hasta ella, empujó a Marlena, moviéndola, para volverla a empujar con todas sus fuerzas. Ella hizo algún ruido incomprensible, de modo que Sal la golpeó justo entre los omóplatos con su pequeño puño. La golpeó una y otra vez, intentando, podía verse, que le doliera.

—No hagas eso. —Detuve su mano—. Está enferma.

—No está enferma. Está drogada.

—Esta chica tal vez necesita ir al hospital —le dijo Josie a Candice.

—No es necesario —dijo Candice, pero yo no estaba del todo segura de que tuviera razón—. Le tomé el pulso. Simplemente está inconsciente.

—Sal, está enferma.

—¡Te odio! —gritó Sal—. Ya no eres mi amiga.

Escupió y un chorro líquido corrió por mi cuello. Azotó la puerta tras de sí, y cuando Josie la abrió, ya estaba sentado en el asiento trasero de la patrulla, listo para irse.

Jamás he agradecido tanto tener a Mamá como esa noche. Después de que Candice hablara con ella, las tres juntas logramos llevar a Marlena a mi casa y acostarla en mi cama. Para ese momento, mascullaba cosas extrañas; el nombre de mi hermano, preguntas como que dónde estábamos y algo que sonó como «el hombre de las sandías».

—¿Estás bien? —me preguntó Mamá una vez que Candice se fue y los autos también, el granero vacío incluso de Sal.

—Sí, estoy bien.

Mamá no hizo más preguntas. Estaba tan callada que me dieron ganas de llorar. Nos tomamos una taza de té juntas en la oscura cocina, esperando la llegada de Jimmy sin decirlo.

Marlena y yo éramos muy distintas; sin embargo, a veces, cuando estábamos juntas, podíamos borrar nuestras historias separadas simplemente con hablar o al compartir una broma o una mirada. Pero en la cocina con Mamá, la cocina que siempre estaba limpia, donde siempre había algo que comer, donde el agua salía de manera predecible de la llave y donde detrás de cada puerta de los muebles había platos, y sólo platos, vi lo errada que estaba al sentir que Marlena y yo teníamos tanto en común, y lo afortunada que era yo. Porque ahí estaba la diferencia que importaba: mi delgada mamá, con su

aroma a vino y a quien se le olvidaba desconectar la plancha, con sus chistes tontos acerca de gases de brócoli y sus dientes en una mueca de enojo y sus guantes de hule en el asiento trasero, mi mamá que se negaba a dejar de quererme, que había cometido errores estúpidos y bebía demasiado y tenía una risa que era gemela de la mía, mi mamá que jamás, nunca en la vida me abandonaría, en quien confiaba tan profundamente que un mundo sin ella excedía los límites de mi imaginación. Esa era la diferencia y era enorme, y el que jamás lo hubiera visto antes es algo de lo que me arrepiento hasta la fecha.

Esa noche dormí con Mamá, en su enorme cama y con sus deliciosas almohadas suaves, escuchándola despertar cada par de horas con un solo ronquido que la hacía voltearse, y la amé, como mamá y como persona, por todo, por ser la que se quedó.

La policía aprehendió al papá de Marlena en la gasolinera de Grayling. Se ocultaba en el baño, sentado en el tanque del escusado, sus zapatos sobre el asiento, esperando que se limitaran a asomarse en busca de pies; eso es lo que le dijo a ella cuando lo visitó en la cárcel debajo de los tribunales.

—¿Recuerdas que el parque tiene una especie de chichón? —me dijo Marlena—. Allí es donde tienen las celdas. Están bajo la tierra, justo allí en el centro del pueblo.

Borrachos secándose debajo del quiosco, de las vías de tren decorativas, del jardín de girasoles. Todos esos hombres paseándose en sus pequeñas jaulas, esperando el traslado que los lleve al siguiente asqueroso sitio al que tendrían que ir.

En la nota del *Kewaunee News* acerca del arresto de Randall Joyner, Ann Simons escribió que se había parado encima de un escusado en un intento de evadir a la policía; gritaba que tenía un arma y con su mano derecha levantaba su camiseta tratando de engañar a los cuatro oficiales que apuntaban sus armas de cargo hacia él.

—Sabíamos que no tenía un arma de fuego —dijo el oficial Dalkey, en la única cita de toda la nota—. No existen pistolas así de delgadas.

Pocas semanas después de su arresto, lo transfirieron a una penitenciaría en la Península Superior. Hasta donde sé, Marlena nunca fue a visitarlo hasta allá.

Candice le consiguió a Marlana un trabajo detrás del mostrador de Mulvie's Pies, en el centro del pueblo, junto a la oficina postal. La recogía cada lunes, miércoles y viernes y la llevaba de vuelta a nuestra casa al final de su turno. Una mañana de fin de semana, Candice desayunó con nosotros y habló con Marlana acerca de cómo solicitar la custodia de un menor, los pasos que tendría que seguir para recuperar a Sal. Para ser su *in loco parentis*, dijo Marlana. *Loco*, como en demente, cosa que tenía todo el sentido del mundo, según yo, porque en realidad no podía imaginarla cuidando a un niño. Las miré conspirando, el cabello de Marlana del amarillo de la mantequilla bajo el sol que entraba por la ventana. No quiero tu caridad, debe haberme dicho Marlana una docena de veces. Si no me quieres en tu espacio, si es demasiado para ti, no hay problema, puedo dormir en el granero. Pero jamás la quise en mi espacio. Y el hecho es que ella sí quería nuestra caridad, ¿o no? Quizá esa era la razón por la que Candice se esforzaba tanto; ayudando a Marlana a pasar por el sistema, con la ausencia de su madre, quien no tenía acta de defunción y a la que no se podía localizar para firmar la cesión de la custodia, barrera tras barrera tras barrera.

Después de ese horrible día, después de que Marlana se despertó y pasó dos horas vomitando, le agradeció a mi mamá con lágrimas en el rostro, y desde entonces parecía estar, al menos a mi parecer, completamente y cien por ciento sobria. Jimmy pensaba lo mismo; decía que ese era el motivo por el que estaba tan callada y enferma del estómago. Prestó atención a la manera en que yo enjuagaba los platos después de usarlos e hizo lo mismo. Jamás tomaba comida del refrigerador sin pedir permiso, aunque antes lo hacía con desenfado. En una ocasión entré al baño por error y la encontré sacando un puñado de pelo rubio del desagüe de la regadera. La mayoría de las noches se sentaba a la mesa con mi mamá y hablaba con ella un rato, pidiéndole que le contara acerca de su vida y escuchándola con un interés genuino que yo simplemente no tenía. Incluso, cuando cantaba en esas semanas, lo hacía en voz baja. Tuvimos que decirle que no había problema, que aquí podía cantar tan fuerte como quisiera.

Los tres, que supuestamente conformábamos una familia, nos llevábamos mejor cuando estaba ella. O quizá era tan sólo una cuestión matemática: para que hubiera equilibrio entre tres, nos hacía falta un cuarto miembro.

—El hecho de que tengas la casa es bueno —dijo Candice—. Pero tienes que hacer que sea habitable. Necesitas un ingreso. Necesitamos evidencia de tu sobriedad, o cuando menos la necesito yo.

De modo que, una vez por semana, se quedaba en el pueblo después de su turno en Mulvie's y acudía a una reunión de Narcóticos Anónimos en San Patricio. O al menos eso era lo que decía.

Justo antes de la fecha prevista para volver a clases, le pregunté de manera casual qué iba a ponerse.

—No voy a regresar —me dijo—, pero tú definitivamente deberías usar eso que traes puesto.

Me quedé viendo mi reflejo y su reflejo detrás del mío, mirando una revista en mi cama. Los jeans estaban demasiado apretados, pero Marlena siempre decía que no debía privar al mundo de mi cuerpo simplemente por ser tan insegura. Le dije que no todo el mundo tenía la bendición de un espacio más grande que una pelota de beisbol entre las piernas.

—Sí, yo tampoco.

—No, es en serio. No voy a regresar. Ya hablé con Candice al respecto. Mis calificaciones son un asco, Cat. El año pasado me dieron un *apto.* ¿Sabes siquiera qué es eso?

—Esa calificación no existe.

—Creo que soy la primera persona a la que se la han dado. Inventaron una calificación para mí, así de deprimente es mi desempeño. No podré cuidar a Sal si soy una estudiante sin ingresos. ¿Qué caso tiene? De todos modos, no voy a ir a la universidad. Candice está de acuerdo conmigo, y de hecho ya hemos hablado y hablado al respecto.

—Serás una desertora, ¿te das cuenta? Una desertora escolar.

—¡Oye! Mis dos padres fueron desertores.

—¡Exacto!

—Después puedo conseguir mi diploma de equivalencia; eso sí puedo hacerlo mientras trabajo.

—¿Qué dice Jimmy al respecto? —Desde que empezó a vivir con nosotros, me descubría preguntándole qué era lo que opinaba Jimmy, como si él fuera el papá y ella la hija, o como si Jimmy y yo fuéramos sus padres o algo por el

estilo.

—Dice que puedo conseguir mi diploma de equivalencia, y que puedo tomar clases de computación si quiero. También dijo que soy demasiado inteligente para ese lugar. —Estaba presumiendo, a su manera. ¿No me había dicho él justo lo contrario, o lo había insinuado al menos, hacía meses, cuando yo protesté porque no quería ir a la escuela en Kewaunee?

Y las clases empezaron de nuevo. Sin ella era muy solitario, pero también un tanto mejor. Pude disfrutar de lo que había que disfrutar sin distracciones. Prestaba atención a los profesores. Levantaba la mano. En clase de Literatura, cuando empezaba a hablar, los chicos del fondo del salón se quejaban audiblemente. No faltaba a la escuela; aunque todavía me escurría en los descansos para fumar con Greg y Cosita en las perreras, o en el cúmulo de árboles detrás del campo de fútbol. Apenas estaba en mi segundo año, pero probablemente a causa de Concord había empezado a recibir folletos de distintas universidades; principalmente de instituciones educativas en Michigan, pequeñas escuelas de Humanidades. Pedí información de un puñado de planteles en el área de Nueva York. Pensé que quizá podría solicitar un sitio en uno de los menos costosos; Hunter, se llamaba. Marlena y yo colocamos todos los materiales en el piso de mi recámara.

—En la Universidad de Nueva York puedes sacar tu título en Maldad —dijo—. Qué desperdicio de dinero. Todo el mundo se gradúa en Maldad sólo por estar vivos, o tienen cuando menos un diplomado. —Le fascinaba ver la publicidad de las diferentes universidades. Se pasó horas con mi marcador de textos, destacando cosas como el porcentaje de alumnos que pasaban a programas de posgrado, si la universidad ofrecía grupos de canto a capela o coros de cámara, si tenía publicaciones literarias propias o un periódico escolar. Estaba investigando para beneficio de ambas.

—En serio, Mar, me tiene sin cuidado —le dije una noche mientras seguía parlotando acerca de la existencia de cocinetas en los dormitorios urbanos. Era cierto. No me importaba nada acerca de la universidad más que la ubicación.

Septiembre, el aire azucarado por las hojas de maple a punto de cambiar de

color y el clima todavía lo bastante cálido como para que nos dejaran sentar en el balcón del Bayview, el restaurante elegante del pueblo. Marlina colocó el menú forrado en piel sobre la mesa y lo leyó sin usar las manos, tratando de actuar como si hablar francés significara que comprendía cada detalle de la manera en que se preparaban los platillos. Marlina tenía algo de dinero extra del trabajo y quería comer en un restaurante de verdad, no en un sitio de comida rápida. Comimos caracoles sin hacer caras, miramos al sol ponerse detrás del faro, bebimos agua mineral, nos sirvieron el pan con aceite de oliva para mojarlo en lugar de mantequilla, y fue la primera de un millón de cenas más como esa.

A veces me pregunto cómo contaría esto si no tuviera tantos libros traqueteando en mi interior. La verdad es al mismo tiempo una vasta extensión agreste y el espacio más pequeño que pueda imaginarse. Se encuentra entre ella y yo, entre lo que vi yo y lo que vio ella, y entre la manera en que yo lo veo ahora y cómo ella ya no tiene un ahora. Dividámoslo todavía más: entre lo que quiero decir y lo que digo, entre quien soy y quien aparento ser, entre quien ella decía ser y actuaba como si lo fuera, y también, por supuesto, quien era en *realidad*, en toda su gloriosa complejidad, toda su Marlenidad incognoscible, todos sus secretos. Imaginemos cada uno de esos puntos de vista como círculos en un diagrama de Venn con un punto pequeñísimo al centro, el más oscuro del diagrama. Quizá esa sea la verdad. Pero mi versión de los hechos es todo lo que jodidamente tenemos.

Para su cumpleaños dieciocho tenía que darle algo inesperado. Algo bien pensado; algo que ni siquiera supiera que quería. Tenía que costar casi nada porque no tenía dinero para gastar. Quería que mi regalo le mostrara a todo el mundo, a ella, cuánto mejor la conocía yo que nadie más. El prendedor me vino a la mente de la nada, en los últimos minutos de la clase de Trigonometría, mientras dormitaba en mi pupitre en el salón exageradamente iluminado. Esa noche saqué el prendedor de Marlina de su escondite en el bolsillo de mi viejo suéter, complacida por mi ingenio, y durante la hora del almuerzo al día siguiente lo llevé a un sitio donde reparaban relojes. Lo arreglaron en menos de dos segundos y no me cobraron nada.

El 27 de septiembre, el día en que cumplió la mayoría de edad, menos de dos meses antes de su muerte, lo pasó con Sal en su hogar de acogida. Aunque la presioné no me dejó ir con ella. En privado, Candice me dijo que la nueva mamá sustituta de Sal tenía experiencia con niños con necesidades especiales y que era muy agradable, no una de esas personas que aceptaban niños a su cuidado por los cheques que venían con ellos. El lugar parecía adecuado, una casa sucia de dos pisos en el lado menos afortunado del centro, con demasiados niños, zapatos amontonados cerca de la puerta de atrás y juguetes viejos y pegajosos apilados en cajas en cada esquina, pero siempre había galletas o panecillos en la mesa de la cocina y risas que provenían de las habitaciones del piso de arriba.

Sal está furioso conmigo, me escribió Marlena en medio de la clase de Coro. no quiere verme y no deja de actuar como si ni siquiera te conociera!!

dale un minuto, M

... cacacacacacacacacaaaaaca

es tu cumple!!!! sé feliz!!!! eres legalmente adulta!! puedes comprarme cigarros!!!

estoy TRATANDO

lo sé <3

Jimmy y yo le habíamos hecho un pastel el fin de semana, mientras ella trabajaba un turno extra. Vertimos la mezcla comercial de pastel amarillo en un tazón que no era lo bastante grande. Se regó una nube de polvo por la cocina cuando le añadimos montones de chispas de colores. Las chispas podían comprarse con la tarjeta Bridge, así como el betún.

—¿Estás segura de que así es como se hace que el pastel sea de confeti? —me dijo. Tener a Marlena cerca lo había hecho más guapo de alguna manera. Se veía menos enojado todo el tiempo. Eso, y que ella le había hecho un corte de pelo, arreglándoselo en pequeñas capas rubias. Yo sospechaba que Jimmy estaba enamorado. Había pospuesto sus estudios universitarios un año más, y sabía que eso significaba que probablemente jamás iría, que Marlena era una razón suficiente para que se quedara.

—¿Por qué no? Se ve bien, ¿no?

El pastel salió del horno con las chispas de colores aglomeradas en el fondo.

—Nunca puedo decidir si tu extraña e intermitente confianza en materia de

estupideces aleatorias te llevará muy lejos, Cath, o te hará pedazos la vida.

—Pues, gracias, supongo.

—Tengo la corazonada de que te llevará lejos. Eres nuestra última y más brillante esperanza para el futuro.

—Todavía puedes ir. Podrías empezar en la primavera. Aún no es demasiado tarde. Apuesto a que incluso podrías conseguir tu beca.

—Ajá, lo sé; pero ya no quiero hacerlo.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes simplemente no querer? No lo entiendo.

—No lo entiendas.

Cortó un pequeño trozo de pastel que sacó del molde, lo partió en dos y medio una de las mitades. Estaba caliente, y las chispas del fondo formaban una especie de costra extradulce. Le untamos una lata y media de betún de chocolate encima, el cual usamos también para tapar el hoyo que dejó la rebanada de prueba.

—¿Y van a volverse como novios oficiales? —le pregunté mientras él le escribía un mensaje con gel de azúcar azul. Su brazo se crispó y arruinó la curva de la C.

—En todo te metes. ¿Cómo voy a saber? Pero espero que sí, supongo. —Se ruborizó—. Cuando esté lista. Cuando su vida regrese un poco a la normalidad. Si quiere. Oh, Dios. No repitas eso.

—¿Ya se lo planteaste?

—Sí. Ya se lo planteé.

—¿Y sólo te dice que no?

—Por ahora —respondió.

«FELIZ CUMPLEAÑOS A NUESTRA FAVORITA», es lo que escribió sobre la superficie del enorme pastel rectangular, un mensaje tan largo sobre el betún que parecía una página atestada de letras. La curva de la C estaba deformada. No encontramos otra manera de expresar lo que queríamos decirle.

Le llevé el pastel a Marlena, que estaba sentada a la mesa de la cocina, vestida con jeans y una de mis camisetas sin cuello, su cabello recogido en una media cola de caballo, su rostro iluminado en ciertos puntos por la luz de las velas. Le cantamos «Feliz cumpleaños», Mamá y Jimmy armonizando, y un brillo

húmedo que sólo yo vi, creo, inundó los ojos de Marlena cuando coloqué el pastel frente a ella. Apagó las velas de tres soplidos, maldiciéndose por fumar.

—Nunca tuve un pastel de cumpleaños así —dijo—. ¿Qué le pasó a la C? — Jimmy se encogió de hombros, su rostro lo traicionaba.

He repasado ese año una y otra vez, y es aquí donde a menudo me detengo. Justo aquí, en nuestra pequeña casa de cartón, con nuestro pastel de caja demasiado dulce, el cumpleaños dieciocho de Marlena, un instante que en el recuerdo está de alguna manera separado de su muerte, como si hubiera sobrevivido, como si todavía estuviera en algún lugar, viviendo su vida, de treinta y seis años al momento en que escribo esto, una edad a la que yo llegaré pronto. Ahí está, sentada a nuestra mesa. Espera a ver cuál de todas las cosas que podrían suceder tendrá lugar. Necesito que alguien más la vea. Esa media cola de caballo, atada con una de mis ligas, sus orejas ligeramente prominentes, la luz de las velas brillando a través de ellas, sonrosando su piel, las sombras de sus clavículas, todos sus pensamientos, todas las cosas que quería y de las que jamás me enteré, todo lo que perdimos.

Marlena sólo tuvo dos regalos para abrir, puesto que el de Jimmy, misteriosamente, estaba «en camino». De parte de Mamá, un libro de cocina de segunda mano con recetas para comidas de treinta minutos, y una blusa blanca de vestir.

—Siento mucho que sean tan prácticos, corazón, pero cualquiera que tenga que cuidar niños pequeños necesita saber cómo cocinar rápido. Y la blusa es para el trabajo. Así no tendrás que estar lavando la que tienes. —Mamá ya iba por su tercera copa de vino, y todos éramos *corazones* para ella.

—Gracias, es perfecto. ¡Durante la audiencia, podré decirles: «Soy capaz de cocinar al menos diez comidas de treinta minutos aprobadas para niños»!

—Puedes practicar conmigo —dijo Jimmy—. Yo me como todo eso de la tarta de Fritos.

—¿No es curioso cómo jamás puedes imaginarte dónde vas a terminar? Nunca me imaginé que llegarían ustedes, y ahora somos como familia. —Nos dedicó una de sus sonrisas demasiado amplias y bellas, esas que usaba cuando trataba de conseguir algo.

—Abre el mío —interrumpí, odiándome.

Había envuelto el prendedor en periódico y le puse cinta todo alrededor, de

modo que era estúpidamente difícil de abrir.

—¿Es una bomba? —preguntó Jimmy.

Marlena lamió el betún del cuchillo y lo deslizó por debajo de la cinta.

—¿Dónde encontraste esto? —Su voz era monótona. Mi estómago se hundió.

—No lo tomé. Sólo lo encontré en el piso; junto al sofá. —La mentira fue automática.

Lo sostuvo frente a la flama de una vela al centro de la mesa y lo acercó a sus ojos, como un joyero inspeccionando algo dudoso.

—Estuvo perdido por mucho tiempo. Pensé que había desaparecido. —Su Marlenidad desaparecía, volviendo a convertirla en una adolescente común y corriente, toda su felicidad evaporada. Nadie se dio cuenta más que yo; Mamá estaba demasiado achispada, Jimmy muy pasado con marihuana.

—¿Es tu prendedor? —le preguntó estirando la mano, pero ella no se lo entregó. Abrió la tapa, la cerró y la volvió a abrir.

—Tuve que mandarlo arreglar. ¡No quise decirte que lo había encontrado porque iba a ser una sorpresa! Quería componerlo y sorprenderte. —No sabía por qué me estaba disculpando.

—Está como nuevo, de cualquier modo.

—¿Qué es eso? —preguntó Mamá—. Es un tanto feo, ¿no?

—Es algo que usaba bastante —dijo Marlena mientras clavaba el alfiler en su blusa.

Llegó octubre, como tenía que suceder. El día antes de la audiencia de custodia de Marlena caminamos por el bosque fumando cigarro tras cigarro, un poco borrachas a causa de la botella que nos pasamos mientras ensayábamos las preguntas que Candice le dijo a Marlena que debía tener listas para contestar. Había hojas pegadas a las mangas de las sudaderas que llevábamos puestas, las capuchas sobre nuestras cabezas, sus cordones ajustados contra el frío. Marlena tenía barros; uno en su barbilla era del tamaño de un borrador de lápiz. Yo estaba menstruando; ella aún no. Cada mes, yo notaba esa ausencia con gran envidia. El aire olía a musgo y a podredumbre.

—Señorita Joyner —dije en un barítono teatral, mi voz fingida de abogado

—. ¿Cuáles son sus responsabilidades en Mulvie's? Describa su horario semanal.

—Me pone nerviosa oírte usar esa voz, y además lo haces fatal. —Se acabó la botella y la dejó con gran cuidado entre las raíces de un árbol, como si fuésemos a regresar por ella de camino a casa para recogerla y echarla al bote de reciclables.

—¿Quieres que hable con mi voz normal?

—Voy a echar todo esto a perder. No puedo hablar frente a un auditorio. Además, todas esas personas conocen a mi papá. ¿Cómo no habrían de pensar en él cuando me vean a mí?

—Quizá es algo que deberías reconocer. Oigan, sé que mi papá echó todo a perder, pero yo no soy él y espero que no tengan en cuenta sus delitos cuando tomen su decisión. ¿No tienes frío? —Sufría cólicos que iban y venían, olas de presión. Quería regresar a la casa, pero me parecía poco sensible preguntar si podíamos volver.

—Ojalá Candice pudiera hablar por mí.

—¿No importa lo que quiere Sal?

—Quién sabe qué diría Sal si le preguntaran si quiere vivir conmigo. Se ha portado como un imbécil últimamente.

—Probablemente no sea buena idea que lo llames imbécil.

—¡Yo soy la única que sabe cómo lidiar con ese pequeño imbécil! —gritó a las copas de los árboles, medio cantando la última palabra, de modo que hizo eco contra las ramas de los árboles para subir vibrando al cielo. Después, en un tono más tranquilo dirigido hacia mí—: ¿Te convencí?

Esa noche casi no dormí. Marlena no dejaba de suspirar y de darse vuelta en la cama, jalando la cobija y descubriéndome una rodilla o un pie al aire frío. Sabía que quería hablar, pero yo tenía que redactar una composición en la clase de Literatura a primera hora y estaba nerviosa por tener que redactar cuatro páginas en menos de una hora.

—Mmmm —dijo, un suspiro que se convirtió en sonido real, y se dio vuelta sobre su estómago, jalando las cobijas hasta descubrirme las piernas por completo. Jalé la cobija con la fuerza suficiente para descubrir algo de su piel también—. Perdón —susurró y se levantó, moviéndose por la habitación en la

oscuridad por unos minutos antes de marcharse, cerrando la puerta tras de sí con un clic demasiado cauto. Eso me despertó por completo. Me quedé allí acostada hasta que la ventana se pintó del gris del amanecer, ansiosa por no saber dónde podría haber ido, esperando que estuviera en el sofá o con Jimmy, no afuera con Bolt o alguien peor.

Justo antes de que sonara mi despertador, abrió la puerta de mi recámara y prendió todas las luces.

—Despierta —dijo, con una taza de café en la mano—. ¿Qué crees que debería ponerme?

—Estoy durmiendo.

Mi despertador sonó.

—Levántate. —Puso la taza sobre un montón de libros y empezó a mover las cosas de mi clóset.

—Ya hablamos acerca de esto. —Salí de la cama, lo que básicamente implicaba incorporarme (mi colchón seguía en el piso), y quité su taza del libro, donde se veía un círculo húmedo—. Te dije que no pongas tazas aquí.

Se puso un vestido recto de mi mamá que yo había usado el Día de Admisión Estudiantil en Concord hacía mil millones de años. Ya había un montón de prendas sin ganchos amontonadas al pie de mi cama.

—¿Puedes subir el cierre?

De cerca, estaba tan delgada que su columna vertebral era dolorosa de ver, canicas debajo de su piel. Tenía mi sostén, uno de encaje rojo que me daba demasiada vergüenza usar, en el gancho más ajustado, y de todos modos pude haber metido dos dedos entre su espalda y el elástico sin problema.

—Pensé que ibas a ponerte pantalones negros y la blusa de cumpleaños.

Nos vimos una a la otra en el espejo; Marlena trataba de ajustarse la tela sobrante a la altura de las caderas, frunciendo el ceño.

—Creo que el vestido se ve más adulto.

—No te queda bien.

—Puedo ponerme un suéter. Y mallas gruesas. ¿No crees que sea mejor?

—Francamente, no creo que lo que te pongas sea lo que haga la diferencia, pero el vestido se te ve bien.

Me fui al baño, llevando mi ropa conmigo. Todavía odiaba cambiarme frente a ella si yo estaba sobria. Ella se sentaba donde quisiera en pantaletas y

una camiseta, pero yo siempre me volteaba hacia la pared para desabrocharme el sostén y sacármelo por una manga para que mi cuerpo jamás estuviera del todo descubierto, ni por un solo segundo, aun cuando ella ya había visto lo que había que ver en todas esas noches de borrachera. En el baño, me eché agua en la cara; las gotas corrieron por mi cuello y empaparon mi camiseta. Mamá y Marlena bromeaban con que cuando yo dejaba el baño, era como si un elefante se hubiera dado un baño de esponja en el lavabo. Claro que no se acordaba de mi examen. En términos generales era una pequeñez, algo minúsculo comparado con lo que le sucedía a ella. Ella no era la mala amiga. Yo le había guardado a Ryder su secreto por puro interés propio. No quería que Marlena uniera las piezas; que se diera cuenta de que a Ryder jamás lo habrían descubierto y jamás habría entregado al papá de Marlena de no ser por mí, ahí sentada en el laboratorio de cómputo, esforzándome por parecer genial y alentando a Greg a publicar ese estúpido video en YouTube. No quería que se enterara de que había perdido mi virginidad con un chico que le había pertenecido a ella desde que era una niña, con un chico al que, no me quedaba la menor duda, yo ni siquiera le agradaba tanto.

—Ya, en serio, ¿me veo bien? —me preguntó cuando regresé a mi habitación. Estaba de pie frente a mi espejo, con el rostro limpio y el cabello recogido en una cola de caballo en la base de su nuca.

—Te ves perfecta.

—Ajá, pero ¿me veo capaz?

—Sí, sí, sí, sí.

—Lo siento. Te quiero.

—Yo también te quiero. Todo va a estar bien.

Sin nada de delineador, sus iris eran de alguna manera todavía más azules, espectaculares, de un color tan brillante que casi podías oírlo. Tenía puesto el prendedor que le había regresado, fijado a la tela cerca del lado derecho del cuello del vestido, donde le gustaba usarlo. Se veía ridículo con ese vestido.

—No te pongas eso —le dije, tocando en mi blusa el sitio donde estaría el prendedor si yo lo trajera puesto. Su reflejo miró al mío.

—¿Por qué?

—Sé que todavía tienes tus cosas. Pastillas. Sé que todavía tienes algunas, y

no creo que debas tomar ni una sola. Creo que necesitas estar sobria para esto. —Un accidente. Un pensamiento que apenas sabía que estaba en mi cabeza. ¿De verdad entraría en el tribunal con oxi en el prendedor de su blusa? Me dije a mí misma que no, pero sin duda lo haría. El mejor lugar para ocultar algo era a plena vista. Esa era la razón por la que había comenzado a usar el prendedor en un inicio.

—¿Vas a empezar a acusarme en este instante? ¿A las siete de la mañana? ¿Como si no me estuviera tomando esto en serio? Realmente maravilloso de tu parte, Cat. Todo un apoyo, de verdad. Mil gracias. —Ya no me estaba mirando, no en la vida real ni a través del espejo, y su voz se había vuelto algo histérica, tan fuerte que pensé que podría despertar a Mamá.

—No.

—Entonces, ¿cómo pudiste, tú, más que nadie, pensar que haría algo tan estúpido?

—No lo hice. No lo pienso. Fue una tontería decirlo.

Suspiró, centellas amarillas en sus ojos.

—Simplemente no puedo creer que estés allí parada, acusándome. Haces eso; te me quedas viendo como si yo fuera un desastre total. Es como una maldición, como si quisieras que lo jodiera.

—Claro que no quiero eso. Entiendo por qué podrías sentir...

—«Entiendo por qué podrías sentirte así» —repitió con su voz de *Soy Cat la bebida*—. Te crees muy inteligente, pero hay cosas que simplemente no entiendes. Eres la mejor amiga que jamás he tenido, de modo que ni te sientas o me pongas tu mirada triste, ni tomes a mal lo que voy a decirte, pero no entiendes esto y jamás he esperado que tú o alguien más lo entienda.

Recuerdo que eso que dijo me hirió más que ninguna otra cosa, en especial porque tenía razón.

Toda la mañana me sentí fatal excepto durante la clase de literatura, donde pasé los cincuenta minutos completos sin pensar en nada más que en *Tess de los D'Urberville*. Tan pronto terminó la clase, le mandé un mensaje a Marlena, *Lo siento buena suerte*, y después, cuando no me respondió: *Es 2:30 cierto? Intentaré volarme trig de todos modos tengo un tutor súper*. Me fui de la escuela después del almuerzo: viajé al centro del pueblo por la ruta larga que

atravesaba el bosque, para poder fumarlos los cigarros que Marlina me había comprado. No respondió a ninguno de mis mensajes hasta poco después de las tres.

puedes venir estoy adentro

La audiencia duró menos de veinte minutos. Traté de sacarle más detalles de lo sucedido en la sala del tribunal, pero lo único que me dijo fue que todo había sido una burla. Dos viejos declararon que Marlina no era apta para cuidar a Sal. Cuando empezó a llorar, uno de ellos le alcanzó una servilleta de McDonald's, probablemente de su comida, y otro la acompañó al pasillo, donde había una banca para el tipo de escena que estaba haciendo. Allí fue donde la encontré, la servilleta desintegrándose en su puño, sus ojos secos, sus mejillas manchadas de rojo. En unos cuantos meses trasladarían a Sal a un nuevo hogar de acogida en Charlevoix, a treinta minutos en coche. Marlina ya era mayor de edad; podía vivir donde le diera la gana. Por lo que a ellos concernía, podía hacer lo que quisiera.

Ahora parece imposible que Candice haya podido creer que realmente funcionaría. Quizá sólo era una artimaña para que Marlina dejara las drogas, para darle un propósito, aunque fuera temporal, para reemplazar el que la consumía. Pensé en el regalo que Candice nos había hecho a mi mamá y a mí, un recipiente de plástico con una etiqueta de flores azules, lleno de una crema para el cuerpo que olía como si un millón de flores chocaran entre sí. Yo la hice, nos dijo, pero Marlina afirmó que con «la hice», lo que Candice quería decir era que había mezclado en un nuevo recipiente un montón de cremas diferentes.

Marlina perdió la audiencia a principios de octubre, justo en el momento en el que todos los árboles de Silver Lake parecían estallar en llamas, sus hojas tornándose rojas y anaranjadas aparentemente en el mismo instante. Quedaba sólo un mes, aunque ninguno de nosotros llevaba la cuenta.

Al principio parecía estar bien. Callada pero bien, quizá incluso aliviada de que todo hubiera terminado, de que al fin tuviera una respuesta. Su familia se había roto más allá de cualquier posibilidad de reparación. Al menos debe de haberse sentido un poco libre. Se quedó con nosotros unas cuantas noches

más, durmiendo en el cuarto conmigo, y ni una sola vez la escuché llorar ni me desperté sin que estuviera allí.

Pero ese domingo, las dos atrapadas en mi casa sin un coche ni un sitio adonde ir, me dijo que quería empezar a quedarse en su casa nuevamente.

—Voy a tener que invertir dos meses de sueldo para pagar esta cuenta — dijo Marlena. El teléfono inalámbrico estaba en altavoz, y la música de la compañía de luz llenaba la habitación. Habían desconectado la energía eléctrica poco después del arresto de su papá. Mamá dijo que tenía suerte de que todavía no se hubiera presentado una verdadera tormenta de nieve, porque de lo contrario las tuberías se habrían congelado y roto. Nadie más estaba en casa esa noche; Jimmy en el trabajo, como siempre, y Mamá había salido a una cita con un veterinario al que Marlena y yo llamábamos el Dedo. (Su nombre verdadero era Alfredo). Estábamos comiendo una tarta de manzana de Mulvie's directo del molde. Marlena era toda huesos y no traía puesta más que una camisola mía, unos pantalones de ejercicio de Jimmy y mi tratamiento de coco para el cabello, cuyo aroma era más poderoso que el de la tarta.

—No entiendo por qué haces esto. Sólo quédate aquí. ¿De verdad quieres dormir en el granero tú sola?

—Es mi casa; es el sitio donde crecí.

—¿Y qué?

—¿Y qué? —dijo, otra vez en ese tono de burla—. ¿Y qué? Que quizá quiero irme a casa. Que quizá estoy harta de estar aquí todo el tiempo. Contigo y con Jimmy siempre encima de mí.

—De verdad puedes ser una perra.

Se metió el teléfono bajo el brazo, recogió el molde de la tarta y se encaminó, furiosa, por el pasillo. La puerta de la habitación de mi hermano se cerró de golpe.

—A ver si cuando te vayas dejas de usar todas mis cosas —grité. No me importaba. Era domingo por la noche y yo tenía un ensayo que escribir. Yo también estaba harta de ella.

Perdón, me escribió la mañana después de que nos peleamos, un lunes, el día que se fue de la casa. *No pasa nada*, le respondí, segundos después. *Te han*

pasado muchas cosas.

no es excusa

Bueno, siempre has sido una cabrona

eres la unica persona en el mundo que usa mallusculas en los mensajes

Porque soy UN GENIOOOOOO. Se escribe maYúscula.

carajo!

¿Qué?

acabo de morir... de aburrimiento

Greg y Cosita me llevaron a casa esa tarde. Sabía que Marlena estaba en su casa, no en la mía, porque las ventanas del granero estaban iluminadas y las hojas de su patio trasero apiladas en un montón. Me dejó entrar pero no me miró a la cara; sus ojos recorrían la periferia de la habitación. Sus palabras cayeron, golpearon el piso y se alejaron rodando. Algo relacionado con la independencia, con finalmente tener el tiempo y el espacio para ser quien quería, para centrarse en su música, aprender a tocar la guitarra eléctrica. Mucho de lo que dijo no tenía sentido. Ahora era una adulta, sin su papá, sin que Sal la limitara, sin nadie en realidad, y necesitaba averiguar cómo enfrentarse a eso, lo que significaba. Abrió el refrigerador, me entregó una enorme lata de cerveza y abrió una para ella. Yo era mucho más joven, y Jimmy realmente no entendía su vida, por haber tenido una infancia muy distinta. El niño de oro. Ella sabía que él pensaba que era corriente, dijo, y después se rio con demasiada estridencia. «Sexy pero corriente». La contradije, pero no me hacía caso. «Mi familia», dijo. «Dime honestamente que no desprecia a mi familia. O lo que se pueda llamar así. ¿Puedes?». Se terminó su cerveza y empezó a beberse la mía.

El granero estaba prácticamente vacío, toda la basura recogida de la mesa de tenis, el más sucio de los dos pufs encima de un montón de basura afuera de la puerta trasera, el fregadero libre de platos, un aroma tipo perfume en el aire, algo que se había llevado de nuestra casa, un desodorante que se conectaba a la pared. Los dibujos de Sal habían sido reemplazados por hoyos de tachuelas en la pared desnuda. Marlena dijo tener problemas en el trabajo, algo relacionado con un error en la caja, y yo sólo asentí. Después de que terminara de hablar y de algo de insufrible charla insustancial relacionada con la escuela, tan incómoda como si fuéramos desconocidas, me fui. Eso era lo

que ella quería, de modo que eso fue lo que hice. De todos modos yo estaba distraída, ansiosa, mi cabeza llena de los pequeños detalles de mi día, del recuerdo de mi semiamiga Caroline y cómo me había preguntado durante el almuerzo si los rumores eran ciertos, si Marlena y yo éramos muy cercanas, la forma en que Caroline se había acercado a mí para susurrarme, con temor y asombro en la voz: *Oí que tuvo relaciones con dos tipos a la vez.*

Dejé de escuchar a Marlena. Estaba pasada, perdía el hilo de la conversación justo frente a mí, y yo no quería lidiar con ella. Porque eso fue lo que quería decir con lo de necesitar más espacio. Quería drogarse sin interrupción, y yo no sólo lo entendí sino que no opuse objeción alguna.

La siguiente vez que estuve allí, vi una cuchara doblada en la mesa de la cocina del granero. Era noviembre, tal vez, cerca del final. No pregunté ni dije nada. No lo hice sino hasta este momento. Y más adelante, algunos días después, recogí su abrigo del sofá para poder sentarme y cayó una jeringa. Se salió de un bolsillo, como en un programa de televisión, tan obvio como si el universo mismo nos planteara cambiar lo que seguía. Un par de centímetros de líquido color ámbar en su interior. Regresé la jeringa a su lugar y acomodé con cuidado el abrigo sobre el brazo del sillón. Pensé que ser su mejor amiga significaba guardar sus secretos. Confié en que sabía lo que hacía. Ese otoño empezó a usar mangas largas incluso cuando dormía. Yo ya no era tan ingenua.

Atardecer, clima otoñal y el aire con aroma a azufre por el fuego reducido a rescoldos en el patio frente a la casa de Marlena; había estado quemando la basura del granero por tandas. Mamá y yo acabábamos de regresar de la tienda; le habían recargado su tarjeta y volvíamos de nuestro peregrinaje mensual a Walmart con bolsas y bolsas de cosas, latas de tomates y frijoles, cajas de pasta, un enorme saco de arroz. Yo tenía que descargar el auto mientras Mamá guardaba el mandado. Marlena y Bolt salieron tambaleándose del granero. Los dos traían puestos unos ridículos sombreros de un rosa como el del chicle, de los que dan como premio en las ferias, y Marlena llevaba las botas de tacón que yo sabía que eran un regalo de su mamá, una de esas cosas preciadas que siempre guardaba para una ocasión

especial que jamás llegaba.

—Mar —llamé, pero brincó al interior de la camioneta de Bolt y cerró la puerta. Empecé a avanzar hacia ellos, dejando una bolsa de cebollas en la entrada del coche. Las luces se prendieron y la camioneta comenzó a salir de la entrada en reversa. Trocitos de papel quemado flotaron en el aire.

—¡Te hablo después! —gritó Marlena por la ventana de su lado a medio abrir, al tiempo que el vidrio se elevaba. Una parte de su sombrero quedó atrapada entre el marco de la puerta y el vidrio, de modo que tuvo que bajarlo para liberarlo con una sacudida de la cabeza. No pude ver su rostro debajo de la enorme ala.

—Sólo fuimos a pasear —me dijo cuando llegó más tarde—. Fuimos a pasear por allí.

Después de que Marlena se mudara de vuelta al granero, todavía seguíamos viéndonos casi a diario, pero empezó a quejarse cuando me aparecía sin avisarle; en más de una ocasión me regañó, diciéndome que era una grosería. Había perdido el trabajo en Mulvie's. Cuando la presioné, me dijo que era porque la gerente se sintió intimidada por lo mucho que la apreciaban los clientes. Era frecuente que la camioneta de Bolt estuviera estacionada frente a su casa, incluso cuando mi hermano estaba en la mía. Ella y Jimmy habían estado más bien peleados por semanas, y cuando se lo pregunté a él, me evitó. Cuando la interrogué a ella, me dijo que Jimmy era demasiado controlador. En una ocasión, mientras se cambiaba de ropa, creí notar un moretón en su brazo izquierdo, irregular y grande, debajo del interior de su codo. Después, en una situación similar —dándome la espalda—, logré ver ese mismo punto de su brazo, lleno de arañazos como de gato, inflamados y de aspecto caliente. Me dejó un par de correos de voz bastante incoherentes. *No tienes la menor idea de si estoy drogada o no*, dijo en uno de ellos. Nadie lo sabe. ¿Estás bien? Le pregunté una y otra vez. Estoy perfectamente, fue todo lo que me dijo. Sólo estoy aburrída. Sólo estaba cansada. Una tarde después de clases, me encontraba estudiando con Caroline en Mulvie's cuando levanté los ojos de mi libro para ver por la ventana a Marlena, que salía del banco, sus piernas tan enflaquecidas que no podía creer que la sostuvieran, sus mejillas hinchadas y su cabello recogido en un chongo desordenado. Una persona a la

que no conocía, una chica de la que, honestamente, no sabía nada.

NUEVA YORK

Supongo que es extraño que en ocasiones dirija mi voz interna hacia ella; hacia ella o hacia alguna versión más joven de mí misma. Perpetuamente tenemos la misma discusión. Pero, Marlena, le digo. Es noviembre. Clima de bufandas en Nueva York. Han pasado años y años y he dejado de lastimarme tanto a propósito, tomando demasiadas pastillas o no comiendo simplemente para ver si puedo hacerlo. Voy al trabajo. Me esfuerzo en hacerlo, y eso me brinda un placer que jamás esperé. Tomo el metro con todos los demás. A veces pasan días, semanas, meses, y es como si no hubieras existido jamás. Aviento la bolsa de basura por el conducto y la escucho caer. Le pregunto a Liam acerca de su día, me acurruco contra él en la cama y respiro el aroma jabonoso de su nuca. Cumplo con mis plazos de entrega. En una ocasión, a principios de mis veinte, estuve embarazada por cinco semanas y media y no pensé en ti sino hasta el amargo final, cuando la sangre brotaba de mi interior en cuajos. Jamás se lo conté a Liam; fue antes de su tiempo. No ha vuelto a suceder. Quizá mi cuerpo no lo permite; quizá ya perdí la oportunidad.

Ser adulta... no es lo mismo. En realidad no se parece nada a lo que queríamos, a lo que imaginamos para nosotras. Pero la mayoría de las veces es mejor, Marlena. A veces estoy tan agradecida que se siente como un milagro. Por las cosas más tontas: una taza de café caliente, un mensaje gracioso de Liam, que puedo leer a George Eliot una y otra vez, cada sábado por la tarde, que odio menos mi cuerpo, que amo más a mi madre, que todavía tengo tiempo de elegir. Los colores son menos intensos, pero me da gusto seguir aquí.

Te estás esforzando demasiado para convencerme, imagino que dice.

La perdono por ser tan escéptica. Sigue teniendo dieciocho años.

Lo que pasa, Marlena, es que he arruinado muchas cosas. Pero todos los días tengo que volver a intentarlo.

Cuando mi mamá era un par de años mayor de lo que soy ahora, su esposo la abandonó después de dieciocho años, una relación que empezó cuando ella era una adolescente. De modo que demolió lo que quedaba de su vida y volvió a empezar, inventando las reglas mientras seguía adelante. Tu mamá es arrojada, solía decir Marlena. No coincidía con la elección de sitio de mi mamá —Silver Lake era el peor enemigo de Marlena—, pero adoraba que Mamá hubiese señalado un lugar en un mapa y dicho Tiene que ser mejor que donde estoy. Yo estaba demasiado enojada para admirar cualquier cosa relacionada con la decisión de Mamá, aunque tenía más lógica de lo que reconocí en ese momento: el atractivo de un pequeño pueblo muy alejado de Pontiac, donde todo el mundo sabía que Papá había cambiado a una mujer por otra, y el costo de la vida, que era lo suficientemente barato para que Mamá pudiera usar el dinero de su acuerdo de divorcio para comprar una propiedad. Qué triunfo debe haber sido ese lugar; me hace sentir orgullosa de ella. Aun cuando el banco terminó recuperando la propiedad una vez que se fue a Ann Arbor sin tener un comprador. Cuando yo estaba en la universidad, Jimmy me dijo que nuestra mudanza al norte la había inspirado, en parte, una relación por correo electrónico que terminó en nada a sólo días de nuestra llegada a Silver Lake; yo no tenía idea de ello. Incluso de adulta no terminé de creerle a Jimmy hasta que me dio un nombre. El tipo, me dijo, era mucho más viejo de lo que parecía. Mamá nunca habló del tema conmigo.

Ahora, Mamá y Roger viven en su condominio cerca del campus de la Universidad de Michigan. Él le enseñó a esquiar. Son una de esas parejas mayores que usan rompevientos y comen granola, con las mejillas sonrosadas y saludables, Mamá más fuerte que delgada, sus bíceps más voluminosos que los míos. Jimmy los ve todo el tiempo; está a ocho horas de distancia en coche, pero hay mucha afición por el esquí en la Península Superior. Roger no tiene hijos ni mucho dinero, de modo que les envió cheques. Es sólo un viejo; jamás esperé que se convirtiera en mi padre. Cuando Mamá viene a visitarnos, me siento obligada a hacer que todo parezca más magnífico de lo que es: estos son nuestros muebles caros, el dinero en el banco que crece y crece, los granos enteros de café de la tienda de especialidades y nuestro gato hipoalergénico de pelaje largo. Mi trabajo, los ascensos que llegan cada par de años, nuestros amigos exitosos, todo lo que hemos construido. ¿No lo he

hecho bien? ¿No he llegado lejos? Mamá se pone algo sentimental cuando se despide, pero alcanzo a percibir su alivio. Quizá siente lo sofocante de esta vida, que es demasiado buena, la lista de cosas por hacer, el bote de reciclaje atestado de sus botellas secretas.

Cuando cumplí los treinta, durante ese largo año de intentos y fracasos de sobriedad, me dieron un aumento y empecé a ganar cantidades que mis padres jamás percibieron. Llevé a Mamá a Las Vegas; estábamos celebrando mi compromiso. No sé por qué elegí ese sitio cuando no estaba bebiendo. Mamá ya llevaba un tiempo casada con Roger; me senté junto a ella en un amplio camastro de alberca, nuestras pálidas piernas estiradas, y me dijo que la felicidad, como había averiguado finalmente, era no tener otra cosa que decir más que *bien* cuando la gente te pregunta cómo estás. Nos bronceamos en el sol blanquecino nuestros cuerpos, ecos el uno del otro; el mío más suave, el suyo más frágil, arrugas entrecruzadas en la parte superior de sus brazos y muslos, en la porción inferior de su vientre. Tómate sólo un trago, corazón, me dijo todas las noches durante la cena, sosteniendo las copas de vino del tamaño de una pelota de beisbol que yo había pagado. Si tú eres alcohólica, ¿qué soy yo? De modo que eso hice, la mayoría de esas noches, Las Vegas como una nave lunar, toda oropel estúpido, las dos vertiendo cubetas de monedas en las máquinas y embriagándonos con vino que sabía a gasolina dulce, como si engulléramos la luz emitida por la ciudad misma. Nos divertimos, Mamá y yo. Más tarde, de regreso en Nueva York, no mencioné esos tragos en mis reuniones. Ni cuando me lo preguntó Liam. Estaba con mi madre. ¿Cómo podía decirle que no?

En los tiempos de Silver Lake, no pensé ni una sola vez en lo difícil que debió ser para ella. Los problemas económicos. Estar sola por primera vez en su vida, joven pero de todos modos de mediana edad, sin educación, sin antecedentes laborales, sin prospectos reales. Yo era una cabrona implacable. Mamá llegaba a casa con hombres y cerraba su puerta, la música demasiado alta, mezclas con ritmos alegres y letras románticas, y recuerdo haberme sentido horrorizada por su sexualidad, por el hecho de que tenía relaciones en *nuestra casa*, un desagrado que perduraba mucho después de que se marcharan esos hombres y que era considerablemente menos intenso que el que sentí por mi papá por haber hecho, en esencia, lo mismo. Pero cuando

trataba de hablar con Marlana al respecto, pensando que se pondría de mi lado, que se compadecería de mí, ella me detenía. Siempre vio a mi mamá como mujer. Ahora, al fin, yo también lo hago.

Todo el mundo tiene una vida secreta. Pero cuando eres una chica con una mejor amiga, crees que tu vida secreta es algo que puedes compartir. Esas noches que Marlana y yo pasamos en la torre, hablando y hablando, sólo por un rato, ninguna de las dos estaba sola. Sobrepuestas —brillantes, y después oscuras— como un eclipse en miniatura.

En las semanas antes de su muerte ya nos estábamos alejando; al momento de mudarme a Nueva York es casi seguro que nos hubiéramos perdido de vista, nos hubiéramos convertido en otro par de chicas más que compartieron una breve e intensa amistad que se esfumó, como suele suceder en esos casos, con la edad y la geografía. Pero yo creí en cada una de esas viejas promesas. Habría sentido lástima por cualquier adulto que me dijera que las cosas cambiarían. Para ti, habría pensado, pero no para nosotras. Sí, yo iba a marcharme, pero se suponía que ella también vendría. ¿Y no lo hizo, acaso? Esos primeros días en Nueva York, agosto, la ciudad tan caliente que andaba por allí empapada en su saliva, ella estuvo conmigo todo el tiempo, en las cosas que hacía y en mis pensamientos. Conseguí un trabajo en un bar donde todos los meseros eran irlandeses, ¿y no fue ella la que me hizo ser más estridente cuando lo necesité, quien me hizo valiente por las noches cuando tenía que caminar a casa con todo ese dinero en efectivo? Ella es la forma en que maldigo y la forma en que permito que me miren los hombres o no, es el trozo de acero en mi centro, ya sea ella, su esencia o su pérdida. Antes de ese año, yo no era nada más que una niña blanda y sin forma, esperando que alguien llegara y me dijera quién ser.

Bebí con su recuerdo por toda la ciudad, bebí hasta acabar en salas de urgencias y en los asientos traseros de taxis y en escenas que no puedo recordar y de las que sigo arrepintiéndome, y de todos modos estoy aquí, viva, una mujer adulta, logrando mantener las cosas bajo algún tipo de control. Pero cada vez que me detengo después de un trago o dos o tres, el monstruo empieza a rugir y ese es el momento en que más cerca de ella vuelvo a estar. Con todo, algo me ha impedido ir demasiado lejos. Solía pensar que era

miedo, pero eso era darle a ella demasiado crédito, porque no es valiente hacer lo que hizo. Tampoco es valiente beber hasta perder el conocimiento.

Me mentía todo el tiempo; acerca de Bolt, acerca de Jimmy, acerca de dónde estaba y por qué, cuántas pastillas había tomado. ¿Realmente era su mejor amiga o sólo su cómplice, a quien soportaba porque le gustaba mi hermano mayor?

No seas tan insegura, la oigo decir. Pensé que eso se te había quitado.

MICHIGAN

Encontraron el cuerpo de Marlena un lunes por la mañana, menos de veinticuatro horas después de la última vez que Jimmy la vio. Bocabajo en el río Bear, a casi un kilómetro al interior del bosque detrás del Goldwater Pub. Un excursionista de Grosse Pointe, que visitaba el pueblo durante el fin de semana largo, vio su abrigo a través de los pinos, a poca distancia del camino, atrapado entre algunas piedras del río. Cobalto, un color notable dentro del bosque. Esa semana hubo un deshielo y hacía más calor de lo normal para noviembre, aunque mientras caminaba por allí, con sus Keds viejos y pintarrajeados de marcador, probablemente estaba anocheciendo y el clima empezaba a ponerse invernal de nuevo, de modo que esa es la razón por la que los periódicos dijeron que debió resbalar con algo de hielo nuevo, ella, una chica de Michigan, que había crecido en esos bosques, y que se golpeó la cabeza con la fuerza suficiente para perder el conocimiento. No había nada allá afuera más que árboles, de modo que ¿a dónde diablos se dirigía?

Su piel, dijo el excursionista, parecía como cáscara de huevo. Como si pudieras agrietarla.

Si Marlena se resbaló, no fue a causa del hielo.

Técnicamente, la última vez que estuvimos juntas fue el día antes de que descubrieran su cuerpo, el domingo, justo antes de que se viera con Jimmy, pero me niego a dejar que ese sea nuestro final. Marlena tampoco quería que lo fuera.

Estábamos en el centro del pueblo, dando vueltas en el parque con nuestras chamarras de primavera, nuestro delineador demasiado grueso, cigarrillos guardados detrás de la oreja, nuestra piel manchada pero tan elástica y joven que me gustaría meterme en el recuerdo y sacudirnos por lo mucho que nos quejábamos de ella. Un aroma a café que se escurría de la panadería de la esquina cada vez que se abría la puerta, un pavo silvestre paseándose como

anciano presumido alrededor del quiosco, matándonos de la risa cuando corrimos hacia él con los brazos extendidos, graznando, hasta que salió corriendo. Nos sentamos en una banca y empecé a contarle alguna historia, pero al cabo de unos minutos estaba completamente metida en su teléfono.

Un domingo cualquiera, sin gran cosa que hacer más que variaciones de lo que hacíamos todo el tiempo. Después de algunos mensajes, me informó que Jimmy la recogería en la esquina, cerca de los tribunales, y que se fumarían un porro para matar un poco el tiempo antes de que empezara el turno de trabajo de mi hermano.

—Ven con nosotros —dijo—. Sólo serán un par de horas y después él se irá a trabajar, y podemos hacer lo que quieras.

—La verdad es que no estoy para sentarme en el asiento de atrás mientras ustedes dos se pelean o coquetean en ese raro estilo pasivo-agresivo que tienen.

—Vamos, Cat. ¿Qué tienes que hacer mejor que eso?

—¿Por qué no me buscas después?

En mi bolso estaba *El asesino ciego*. Llevaba como treinta páginas leídas. Tenía cuatro dólares en efectivo, aparte de algo más en monedas; suficiente para una taza de café con una eternidad de rellenos y probablemente un panqué de limón y semillas de amapola.

—Te dejo que te fumes todos mis cigarros.

—Sólo dile a Jimmy que te deje en Mulvie's antes de que se vaya al trabajo.

—Perfecto, pero tienes que estar lista. No quiero poner ni un pie dentro de ese lugar. —Desde que despidieron a Marlena de Mulvie's, se negaba a pasar siquiera frente al negocio. Si tenía que verme en Mulvie's, cosa que era frecuente, me esperaba en el callejón de atrás.

Atravesé el parque con ella y caminamos hasta la esquina donde Jimmy la recogería. Se quitó la liga del pelo y sacudió su cabello desde la raíz, hasta que se levantó desordenadamente en su cabeza. «¿Mejor?», preguntó. Pero su pelo era tan lacio y fino que en unos cuantos minutos volvería a pegarse a su cabeza, sin importar lo que tratara de hacer para que se viera sexy.

—Definitivamente —dije. La dejé cuando vi a Jimmy en el auto de Mamá, disminuyendo la velocidad frente al semáforo afuera de la zapatería Great Lakes. Ni siquiera esperé a que se acercara a la acera. No nos abrazamos; por

qué habríamos de hacerlo si planeábamos, como lo habíamos hecho, vernos tan poco tiempo después.

Me bebí cuatro tazas de café y llegué hasta la página ciento sesenta antes de darme cuenta de que eran más de las seis. Revisé mi teléfono. Nada. Eso no era raro en ella, durante esas semanas finales. Le envié un mensaje a Greg; al poco tiempo me recogió y me llevó hasta mi casa. Los dos supusimos que Marlena se había topado con Bolt y decidido hacer otra cosa.

¿Quién puede reconocer un final mientras sucede? Lo que vivimos, me parece, en gran medida siempre es una sorpresa.

Le mentí a la policía cuando me interrogaron acerca de lo que Marlena y yo hicimos ese día. Me preguntaron por qué nos separamos, que a dónde iba Marlena, y les dije que no lo sabía. Fue todo lo que pude hacer en ese pequeñísimo y siniestro cuarto, idéntico a los que había visto en televisión, frente a esos dos policías con sus barbas. No lo sé, dije, no lo sé. Me preguntaron acerca de la oxi en su bolso y yo fingí sorprenderme. De modo que no sabías de su plan para verse con tu hermano mayor, me dijeron, y empecé a llorar. Después Jimmy me preguntó por qué había mentido, si realmente pensaba que él podía tener algo que ver con lo que le había pasado a Marlena. No supe qué responderle. Sentada allí, enfrentada a pregunta tras pregunta, me sentí, más que otra cosa, culpable. Yo la maté, estuve a punto de decir.

Después de llevar un curso optativo de Ciencias Forenses un par de años luego de empezar la universidad, pedí una copia del informe de la autopsia de Marlena. Debido a que no se hizo una investigación criminal, fue fácil obtener la autorización, en especial cuando le dije mi nombre al oficial de registros, lo que estaba estudiando y que había estudiado en la misma preparatoria que su hija Laura. Aunque los resultados positivos de una prueba indicaron que Marlena había usado heroína en algún momento de los días anteriores a su muerte, la causa oficial de esta fue asfixia debida a la aspiración de un líquido, ocasionada por sumersión y consistente con ahogamiento. En el resumen del informe, el forense señaló que, debido a que se había caído y golpeado la cabeza, lo más probable era que estuviera inconsciente cuando su nariz y boca quedaron sumergidas por un periodo

«suficiente» de tiempo. Me llamó la atención el comentario «consistente con ahogamiento», y pensé que quizá quería decir que los hallazgos no eran del todo concluyentes, que Bolt o alguien más pudo estar implicado, que la historia era más compleja de lo que yo sabía. Pero cuando se lo pregunté a mi profesora, me explicó que en muchos casos de ahogamiento, en especial aquellos como el de Marlena, en los que la autopsia se llevaba a cabo más de veinticuatro horas después de la muerte, la evidencia inmediata de un ahogamiento podía verse enmascarada por otros factores de la descomposición. La jerga me ofreció cierto consuelo. Era más fácil pensar en Marlena asfixiándose que imaginarla inconsciente, respirando el agua salobre del río, los sedimentos acumulándose en su garganta. También sabía que, en ese entonces, las autopsias eran notablemente imprecisas en cuanto al abuso de fármacos de prescripción; un hecho que contribuyó a cierta demora en la comprensión del peligro de la oxi y a la insidiosa propagación del uso de heroína de alquitrán negro, que para muchísimos usuarios era el siguiente paso.

Por supuesto, el informe no indica las razones por las que fue al bosque ese día, el único elemento que quería saber, por el que daría casi cualquier cosa; tampoco dice lo que buscaba, ni si alguien aparte de Jimmy y de mí la vio esa tarde y noche, o qué tanto las drogas en su sistema pudieron haber afectado sus capacidades motoras, si tomamos en cuenta la extensión de su hábito. Lo he imaginado tantas veces que es como un recuerdo de algo que hice yo misma; el sol brillando sobre el lago, Marlena pasando frente a Mulvie's, yo adentro con mi libro, y ella de camino al bosque. Al principio sigue la vereda entre los árboles, regada de líquenes y vegetación, pero después de unos minutos se aleja de ella. Habrá querido seguir el río; esa parte suena como algo que haría. A veces me permito creer que fue Bolt, que algo sucedió, que la empujó, que sostuvo su cara debajo del agua con sus manos, que le abrió la boca, las venas, y la obligó a usar lo que fuera que ella usaba. Quiero a alguien a quien culpar. Pero tal vez sólo fue a caminar. Tal vez sólo se resbaló. Tal vez siempre tuvo intención de regresar, de volver por mí. Tal vez, tal vez, tal vez... Ninguna de esas suposiciones es lo bastante satisfactoria para darle sentido alguno a lo que sucedió.

La nota acerca del descubrimiento del cuerpo está salpicada de

descripciones sensacionalistas y muy pocos hechos; varios detalles, incluidos el nombre y la edad de Sal, son simplemente incorrectos. Y aunque la oxi se encontraba en un frasco para medicamentos sin etiqueta, no encontré evidencia de que las autoridades hayan hecho algún intento estructurado de averiguar de dónde pudo haber sacado tantas pastillas una chica de dieciocho años. «Consistente con ahogamiento» fue reemplazado, en el titular, con «CHICA LOCAL SE AHOGA».

Jimmy no habla acerca de esa hora que pasó con Marlena, cuarenta y cinco minutos de la cual desperdiciaron en el estacionamiento detrás de la tienda de estéreos, donde compartieron un porro. No puedo entrar allí, sin importar cuánto deseo hacerlo. Él me cierra el paso. Quiere hacer que sólo sean ellos dos en el Subaru, quiere que ese último pedacito de ella sea sólo para él. En aquel entonces lo odié por eso, pero ahora creo que lo entiendo; si lo cuenta, lo cambiará, gastará el recuerdo.

Por un tiempo se obsesionó con la hora, las 5:12 p. m., como si en ese minuto pudiera haber hecho algo para cambiar las cosas. Me dijo que ella tomó una pluma del receptáculo para vasos y dibujó un gato con tinta azul sobre el muslo de sus jeans. ¿Pero estaba portándose rara, revisando su teléfono en exceso, notó algo así? ¿Estaba drogada, más de lo normal, pudo ver sus brazos? Nunca me lo dijo. Pero la última vez que se lo pregunté, hará más o menos cinco años, después de un largo tiempo de silencio, me dijo que no dejaba de cantar los primeros versos de «Santería», pequeños acordes de la canción en voz baja. Los mismos versos una y otra vez, como si no pudiera acordarse de lo demás. Recordó que pensó que ella debía haberla escuchado en algún punto de la mañana, o quizá la noche anterior. Fue la primera vez que me contaba ese detalle, y me asustó. Mientras más nos alejamos de lo que sucedió, más difícil se vuelve hablar con él al respecto. ¿Qué más hay que decir?, pregunta, o, con voz entrecortada, simplemente me dice que me detenga.

Las cámaras de la tienda de estéreos los muestran dentro del coche en el estacionamiento; otro testigo la vio abandonar el coche de Jimmy alrededor de las cinco, lo que significa que caminó frente a Mulvie's exactamente como habíamos planeado, pero que, por alguna razón, decidió no pasar por mí. Si

yo hubiera estado afuera, esperando. Si me hubiera quedado con ella ese día. Si nunca le hubiera dicho a Greg que publicara ese video; si hubiera evitado que Ryder acudiera con la policía. Si hubiera tomado las pastillas yo misma. Si la hubiera delatado. Si no hubiera existido nuestra relación en absoluto.

—¿Fue nuestra culpa? —le pregunté a Jimmy en algún momento de ese invierno, con el granero oscuro y frío junto a la casa, una cápsula de tiempo para nadie, excepto, quizá, para Sal.

—No —dijo, mirando fijamente al interior del refrigerador—. Lo que sea que haya hecho, se lo hizo a sí misma.

Veo a Jimmy más o menos una vez por año, generalmente por Navidad. Le llamo en su cumpleaños, él me llama en el mío y platicamos por veinte minutos o media hora y siempre es mejor, más fácil de lo que espero. Nuestros seres infantiles entran a hurtadillas en nuestras voces, esa vieja taquigrafía entre hermanos. Bromea conmigo, me pregunta de Liam y yo lo molesto, actúo como si fuera más joven y menos capaz de lo que soy. Cuando mi hermano mayor me corrige, incluso si está equivocado, no discuto. Vive en un viejo pueblo minero en la Península Superior donde las paredes de los acantilados están pintadas de venas de mineral verde y donde los osos negros, según me dice, entran directamente a su porche trasero. Liam y yo lo visitamos allí hace dos años después de rentar un auto y manejar desde Detroit, deteniéndonos en casa de Mamá en el camino. La casa es una construcción de madera y está decorada como si fuera rentada; paisajes genéricos sobre las paredes, alfombras a cuadros y cobijas azules que pican en el cuarto de los huéspedes, donde mi hermano tiene una litera por ninguna razón que yo pueda dilucidar. En el invierno, Jimmy cubre sus ventanas con láminas de plástico. Gana menos dinero que yo, pero no mucho menos; se dedica a construir casas de verano en el Lago Superior. Se ve más y más fornido, y cada vez que lo miro pienso que podría estar engordando hasta que lo abrazo. De adulto, no se parece en nada a Papá excepto por una cosa que hace cuando narra una historia: exprime las manos, delatando su ansiedad por que uno se ría. La mujer a la que ha estado viendo por unos cuatro años vive a algunos kilómetros de él en su propia casa. No viven juntos ni tienen planes de hacerlo, o al menos él no me ha contado que los tengan, de modo

que en la historia que me he inventado, Janie, una mujer a la que jamás he conocido pero que ronda en la periferia de todas sus anécdotas y también en las fotografías que manda de cuando en cuando, ha sufrido una terrible tragedia a manos de algún hombre, por lo que jamás acabará de permitir que mi hermano entre en su vida. Me gusta esa historia más que la otra, en la que es él quien no la deja entrar a ella.

Encontraron el cuerpo de Marlena el 19 de noviembre, de modo que ese es el día que tomo como aniversario de su muerte, aunque es casi seguro que muriera el 18. Porque, para mí, ese día todavía estaba total, plena e irritantemente viva; ignorando mis llamadas de manera deliberada, planeando algo que sin duda iba a contarme pronto.

Doce días después del 19 de noviembre cumplí dieciséis años. Cada año pasa lo mismo: Marlena se muere y yo me hago más vieja.

En las semanas siguientes a la muerte de Marlena, empecé a tener problemas para estar sola. Día y noche revisaba detrás de las puertas de mi clóset una y otra vez, convencida de sentir unos ojos que me miraban entre los listones de madera de la puerta. Dormía como en coma por doce o catorce horas seguidas, o no dormía en absoluto. Principalmente, esa época estuvo llena de Mamá; Mamá quitando las sábanas de mi cama, Mamá empacando cajas llenas de cosas para Sal, Mamá retirando la cubierta de plástico de una golosina helada, Mamá orillándose porque yo estaba segura de que algo les pasaba a las llantas, Mamá con los brazos alrededor de Jimmy en la fila de la caja de Walmart, el rostro de él blanco como papel. Incluso, Mamá fue quien se encargó de la mayor parte de los detalles del funeral de Marlena.

Mamá sigue viéndose joven para su edad. Excepto por sus manos, que, por alguna combinación entre sus años de limpieza profesional y la genética, son lo opuesto de femeninas. A los cincuenta años ya era incapaz de enderezar los dedos anular e índice, y se quedaba despierta por las noches con dolores fulgurantes corriéndole por la parte carnosa debajo del pulgar. De adolescente, había veces en que me espantaba verlas, descansando sobre su regazo como manos de bruja, enrojecidas, de aspecto infeliz y completamente en conflicto con su cara, su delgadez y su cabello largo y aún no gris. Después

de mudarme a Nueva York jamás volví a hacer labores de limpieza por dinero, pero sigo viendo sus manos en las mías. Cuando me pongo barniz de uñas se ven absurdas. Ahora comprendo mejor a mi mamá mientras aprendo lo que se siente moverse por el mundo con sus dimensiones. Masajeo crema sobre mis nudillos, los nudillos de mi madre, sobre la piel resquebrajada de mis cutículas, y también pienso en ella, en Marlena, quien hubiera recuperado a su madre de haber vivido un poco más, en esta forma pequeña y física, sólo siendo ella misma.

Algunos meses después del funeral de Marlena en San Patricio —con su padre aullando en primerísima fila durante la totalidad de la ceremonia, y Sal con su terrible trajecito—, Mamá arregló las cosas para que yo regresara a Concord, como interna, para mi último año de estudios. Se comunicó con la escuela y les explicó las circunstancias; logró que volvieran a darme la beca junto con un poco más, según lo necesitara. Mi abuela paterna aportó los últimos cinco mil y tantos que faltaban porque Mamá la convenció, de alguna manera, de que me encontraba en peligro. No puedo imaginar cómo debe de haberse desarrollado esa conversación. La madre de mi papá jamás formó parte de nuestras vidas. Quizá era que se sentía culpable acerca de Papá y esa era su manera de resarcirnos. Mamá me obligó a escribirle una larga y apasionada carta de agradecimiento; llené dos páginas con una adornada letra cursiva, mi mano totalmente acalambrada.

Sin Marlena no hay nada, en realidad, que recordar. Una primavera rápida y mojada, seguida de un verano rápido y caluroso. Un montón giratorio de libros; atardeceres rosas y el microondas y cajetillas vacías de cigarros. Hubo una noche de borrachera, Cosita, Greg y yo metidos en mi cuarto hablando de ella, Cosita llorando y llorando, inclinada sobre su propio regazo, haciendo ruidos animales. La rodeé con el brazo, pero sentí una compasión helada y asqueada, el gélido principio de una insensibilidad que habría de seguirme a lo largo de mi vida y que se presentaría especialmente en los momentos en que otras personas exhibían sus emociones. «Fue Bolt», dijo Greg, mascullando su teoría: que no era asesinato en primer grado sino homicidio imprudencial, lenguaje de televisión; ella se cayó y él la dejó allí, no quería involucrarse, estaba obsesionado con ella, todos lo sabíamos, ¿por qué otra

razón estaba siempre por allí? Yo sabía que no la acechaba pero no dije nada, no lo interrumpí para decirle que Marlena se ponía en contacto con Bolt tanto como él la buscaba a ella.

Sin Marlena para mantenernos unidos, Ryder, Greg, Cosita y yo nos desconectamos. En julio arrestaron a Ryder; una cámara lo descubrió vandalizando un criadero de truchas a unos kilómetros de la casa de Marlena. Greg consiguió un empleo en una tintorería en el centro del pueblo y después se inscribió en la universidad comunitaria. No desactivó su perfil de YouTube, pero retiró cada uno de sus videos. En ocasiones veía a alguno de ellos desde la ventana de un coche, en la playa o simplemente caminando al otro lado de la calle. No nos hablábamos. Hasta donde sé, siguen en Silver Lake.

No me fue bien en Concord, no como en mi primer año allí, y no como me lo había imaginado. Mi dormitorio era un lúgubre cubo de cemento. La cafetería servía cocidos de res, pastas con queso y cubetas de frijoles con carne; sobreviví a base de manzanas y cubos de tofu que sabían a gis. Los sábados salía del campus y caminaba a la tienda más cercana, donde me robaba botellas de vodka genérico del estante inferior del pasillo de vinos y licores. De vuelta en mi habitación, vertía el vodka en botellas de plástico para agua y las alineaba en nuestro diminuto refrigerador. Mi compañera de cuarto, una chica muy seria de la Ciudad de México que me tenía muchísimo miedo, quizá sabía que con frecuencia me emborrachaba y sin duda que faltaba mucho a clases, pero jamás me acusó. Haesung había empezado a llevarse con un grupo diferente de chicas y nuestras interacciones se limitaban a una especie de saludo con la cabeza cuando nos topábamos en el pasillo. Mi apatía genuina y mi gusto cultivado por la autodestrucción me dieron una especie de aire de chica peligrosa, de modo que me encontré sola y tratada con cierto respeto nervioso. Mis calificaciones bajaron. Pasaban semanas sin que hiciera nada de trabajo, y de pronto ponía todas mis energías en un ensayo o en un proyecto, con lo que me rescataba a mí misma de que me reprobaran con una sola calificación excepcional. Mi amiga más cercana, Jessica, estaba en la misma ala de dormitorios que yo y le recetaban Adderall; en una ocasión, desesperada por una pastilla —la necesitaba para poder escribir las catorce páginas de un trabajo en una sola noche—, le cambié mi

chamarra por veinte miligramos anaranjados que molí con mi credencial de la escuela. Lamí el polvo que quedó en el escritorio y le mostré mi dedo medio a Jessica cuando se rio de mí. En los días que hacía frío, usaba tres sudaderas, una encima de la otra. Perdí kilo tras kilo hasta quedar tan delgada como Marlena. Tuve un amorío con un chico muy popular llamado Alejandro, que usaba expansores en las orejas y me besaba con apasionada sinceridad. La primera vez que se la chupé me dijo que me amaba; sus caderas se sacudían cuando se vino, caliente y amargo, contra mi garganta, un sabor no muy distinto al del goteo nasal de las pastillas, sólo que en mayor cantidad, más espeso y más fácil de enjuagar con gárgaras. No sentí nada cuando lo dijo, ni nada, después, cuando me sostuvo contra su pecho en su estrecha cama y lloró al enterarse de que ya había tenido relaciones con alguien más. La mayoría de las mañanas, al amanecer, cuando los despertadores se apagaban, salía a hurtadillas por la puerta trasera del dormitorio y caminaba hasta un semicírculo de pinos en el extremo más distante del campus, donde fumaba los cigarros que de alguna manera siempre conseguía. Me gustaba ver la salida del sol. Me gustaba poder confiar en su absurda belleza —tajos enormes de color, una nube de aves que subía y subía hasta el cielo—, y lo enorme y vacío que me sentía al contemplarla sin ella.

Para el Día de Acción de Gracias elegí quedarme en la escuela en lugar de viajar a Silver Lake. Me costó algo de trabajo, pero finalmente logré que Mamá lo aceptara cuando le dije que me ahogaba en trabajos escolares, y que toneladas de chicos se habían quedado para preparar sus solicitudes para las universidades. En las vacaciones de primavera hice lo mismo, pero para las de invierno no tuve opción: los dormitorios se cerraban.

El día que fue a recogerme, Jimmy me esperó en un sillón en el vestíbulo del dormitorio, el cabello en los ojos, ocasionando olas de agitado interés entre las chicas, que fingían no verlo cuando pasaban frente a él con sus maletas rodantes. Los dos hicimos en silencio el viaje hacia el norte. Después de meses entre los edificios cubiertos de hiedra de Concord, nuestra casa, al final de la corta entrada sin pavimentar, me pareció indescriptiblemente patética, la suma total de los fracasos de mi familia: una caja grisácea con ventanas pequeñas en una calle de casas triangulares y rodantes, encerrada entre la

nieve y los árboles y la sombra del granero de Marlena, que irradiaba su vaciedad como si fuese un gas tóxico. El clima era igual al del día en que la conocí. Aguanieve. Mamá salió antes de que termináramos de estacionarnos. Estás tan flaca, decía una y otra vez, tocando mi pelo, mis hombros, mi brazo, tratando de tomar mi mano. Sigue haciendo eso mismo, me toca demasiado siempre que estamos juntas, como para probarse a sí misma que yo, su hija pródiga, soy real.

Con una sola excepción, pasé mis catorce días en Silver Lake casi exclusivamente tirada en el sofá, viendo televisión hasta que mi cerebro se llenaba de estática. Podía sentir la casa de Marlena allá afuera, vacía pero todavía respirando, observándonos. Dormí mucho y comí mucho. Probablemente estaba en abstinencia del Adderall. Mamá había empezado una relación de larga distancia con Roger, el gerente de una tienda de artículos de esquí al que conoció en línea y quien al paso del tiempo habría de convertirse en su segundo marido. Se paseaba por la casa platicando con él por teléfono; por Año Nuevo manejó hasta Ann Arbor para celebrar con él. Jimmy y yo nos quedamos solos en casa. Los dos nos fuimos a la cama antes de la medianoche.

Uno o dos días antes de mi regreso programado a la escuela, inquieta y pensando en ella, tomé mis cigarros, metí los pies en unas botas de Mamá y salí por la puerta trasera. Le di vuelta a la casa por el camino largo para no tener que atravesar esa pequeña sección de patio donde Marlena y yo nos reuníamos con tanta frecuencia, ese valle entre las dos propiedades. Pasé la torre donde por primera vez toqué la piel absurdamente suave del pene de Ryder, donde Marlena y yo inventamos nuestras estúpidas canciones de amor. Los árboles se hicieron más espesos. Había hecho cosas entre ellos que recordé mientras caminaba; allí, ese árbol caído en el que Marlena y yo nos sentamos en una ocasión para ver el amanecer; allá, saliendo de la nieve, un hato de raíces donde me acuclillé, borracha, para mear lo más fuerte y rápido que pude, rogando por que los demás no me vieran.

En ese mojado día invernal, filas silenciosas de pinos se extendían a mi alrededor por kilómetros, sus agujas romas y vestidas de blanco. En el claro, la nieve estaba inalterada. Una hebra de la cinta de policía seguía marcando el vagón de tren y colgaba sin vida de la manija. El día estaba quieto y

aromatizado por la basura quemada del vecindario, y tan extrañamente cálido que había empezado a sudar; con cada paso, mis botas se hundían en la nieve a la altura de las espinillas, de modo que tenía que hacerla a un lado mientras trazaba mi propio camino retorcido.

Toqué la cinta; mis dedos quitaron la mugre y revelaron el color amarillo brillante que había debajo. No había estado así de cerca del vagón de tren desde ese día remoto en Silver Lake, cuando salí a caminar y lo descubrí. Las veces que fui ahí con Marlena, cuando tenía que conseguir algo de su papá — o probablemente, se me ocurrió de repente, sólo de Bolt—, me hacía esperar en los árboles para que no me vieran. Por tu propio bien, me decía. Como la mayoría de las casas rodantes de Silver Lake, el vagón estaba apoyado sobre bloques. La pintura negra se estaba descarapelando, especialmente en las ventanas. En algunos lugares el color estaba raspado o desgastado, de modo que se podía ver por el vidrio sucio hasta el otro lado, también pintado de negro.

Subí por un montón de piedras cubiertas de nieve que supongo debían ser escalones y jalé la puerta corrediza, sin esperar que se moviera, sin esperar que se abriera y después se detuviera, dejando una abertura lo bastante grande para deslizarme al interior.

Adentro, la luz del día peleaba contra las ventanas pintadas, de modo que la oscuridad era luminosa, en cierto modo de un color extravioleta. Hacía más frío que en el exterior. A medida que mis ojos se acostumbraron, me percaté de que debió haber sido un vagón comedor; de un lado había mesas pegadas a las paredes, aunque habían desaparecido hacía tiempo las sillas o butacas o lo que sea que haya estado allí. En una de las mesas alguien había tallado M + R, con letras del tamaño de mis manos. A mi izquierda, un lavabo, otra mesa larga sin nada encima más que tazas, vidrios rotos y trozos de cinta —que seguramente dejaron los policías—, y una bolsa de pañales medio vacía que me dio escalofríos. Vidrios rotos crujían bajo mis botas. En la pared de la extrema izquierda había un cartel de una chica inclinada hacia abajo que sostenía abiertas sus nalgas, su rostro colgado entre los talones, y una quemadura de cigarro en el centro de cada cachete. Miré por una de las ventanas, donde un círculo sin pintar formaba una especie de claraboya con vista al campo. El vidrio estaba cubierto con una capa liquenosa de hielo, pero

me acerqué y miré a través de ella de todos modos, hacia la nieve mancillada por mis pisadas, mi intento de vereda. Empezaba de manera abrupta, como si alguien hubiera caído del espacio, y parecía no ir a ninguna parte.

El viaje a Silver Lake y de regreso a la escuela marcó un cambio permanente en mi relación con Jimmy. Él era la única persona que sabía lo que no habíamos hecho por Marlena. Sólo mirarlo, con sus manos al volante, sus jeans sucios y una barba de dos días sobre sus mejillas, se sentía como si presionara profundamente mi pulgar contra un moretón. Prendió el radio en una estación de éxitos, el volumen demasiado fuerte para conversar. El calentador exhaló ráfagas secas hacia mis ojos. Los dos miramos fijamente a lados contrarios del mismo camino. Yo quería decir algo, pero no me atrevía a empezar. Siento ese silencio incluso ahora. En el estacionamiento de las chicas me abrazó, apretando mi cara contra su abrigo y estuve a punto de hacerlo: de llorar, disculparme, pedirle que fuera mi hermano, no sé. La posibilidad se desvaneció cuando me retorcí entre sus brazos. «Te quiero», dijo. «Nos vemos», respondí.

En la segunda mitad de mi último año, mis calificaciones siguieron descendiendo. Cada vez que hablaba con Mamá, enlistaba los costos, las cuotas, los libros y uniformes, el precio por hora de cada clase, el desperdicio. Supongo que Concord llegó un poco demasiado tarde. Pero estoy segura de que el nombre de la escuela en mi expediente académico fue la única razón por la que me aceptaron en Hunter College, uno de los dos lugares para los que completé los trámites de admisión. Mamá juntó de debajo de las piedras el dinero para ayudarme con el depósito de un cuarto sin ventanas en un departamento atestado y con olor a orines de gato en Harlem del Este. Mi cuarto era el más barato, quinientos dólares al mes. Mamá y Jimmy quedaron alarmados por mis ariscos compañeros de departamento, por el grafiti en la puerta del edificio y por el restaurante de pollo de la cuadra, con la ventanilla a prueba de balas que separaba la caja del área de mesas. Pero creo que también sintieron alivio. Sus sacrificios habían terminado. Yo era la ofrenda de la familia. Haría mis estudios universitarios en una gran ciudad, y mis experiencias, tan distintas de las suyas, me separarían de ellos para siempre; pero a cambio, yo tendría una vida mejor. Habían hecho todo lo que

podieron al ayudarme a llegar aquí. Lo que sucediera a continuación dependía de mí.

Logré escapar, justo como quería, y ni una sola vez me he detenido para mirar atrás.

NUEVA YORK

Sal no llegaba aún. Me sentía peor de lo que me había sentido en todo el día, una especie de desinflamamiento del cuerpo entero, como si me hubiesen desecado. La cura era un trago. Había elegido un bar / cafetería con paredes cubiertas de madera cerca de la biblioteca, decorado como una cabaña de verano: manojos de lavanda seca colgaban de las paredes, junto con fotografías en blanco y negro de personas de una época previa a la electricidad. Me senté frente a una plancha de pino sobre un banco estrecho que se balanceaba sobre sus patas cada vez que me movía. El aire era nebuloso por el polvo de café y el vapor de la cocina. Cerré los ojos, tratando de masajear el pulso en mis sienes para hacerlo desaparecer, y vi a la chica de la biblioteca ser conducida afuera por la entrada principal, con un policía a cada lado. La puerta tintineaba, llenando el lugar con ráfagas de aire frío, pero nunca era él. Llegó un mesero, y para mi propia sorpresa, pedí un té de limón.

Pero entonces, allí estaba. Un joven alto, rubio y de ojos claros, vestido con una sudadera gris de cierre con un logo de Polo en el pecho, jeans deslavados, zapatos deportivos blancos y un gorro tejido de color naranja. Miró alrededor del sitio. Me incorporé a medias y agité un brazo. Se abrió camino entre las mesas demasiado amontonadas, chocando contra las personas sentadas con su bolsa de Macy's, su complexión amplia. Tenía los rasgos de ella, pero no funcionaban del todo bien en su rostro; su nariz y su boca eran demasiado delicadas y le daban una especie de aspecto quisquilloso. Marlena había existido, me percaté, y eso se sentía real como nunca antes lo había sido. Había estado viva y nosotros éramos lo que quedaba de ella.

—Lo siento —dijo al sentarse; sus rodillas golpearon la plancha de madera desde abajo e hicieron que mi té se desbordara de la taza—. Me confundí por completo en el metro. —Su acento. Se quitó el gorro y lo dejó caer dentro de la bolsa, frotando su mano sobre la parte posterior de su cabeza, cubierta de

cabello rubio, casi blanco, al rape. Estaba un poco pasado de peso; yo esperaba ver a un niño grácil.

—Debí elegir otra mesa.

—No, para nada —dijo—. Es perfecta.

—¿Quieres algo de tomar? ¿Un trago, algo de comer?

El pasado y el presente chocaban, una sensación desconcertante, casi violenta, pero lo que quería, principalmente, era un trago. Tenía esa sensación sobria y desnuda; cualquier cosa que me tocaba me lastimaba. Los ruidos eran demasiado estridentes, los sentimientos demasiado estridentes, la gente demasiado estridente. Un trago limaría esos bordes. El mesero tardaba demasiado. Sal me estaba contando que su esposa estaba cerca, en una tienda de ropa a la que agradecía no tener que ir.

—Me siento, ¿sabes?, en esas sillas que tienen para los hombres, y simplemente la espero —dijo. A veces pienso que puedes dilucidar cómo se siente un hombre acerca de su esposa por el tono que usa al referirse a ella, y Sal lo hacía con orgullo. Me sentí feliz por él y se lo dije. Sal pensaba que Nueva York era un sitio interesante, pero jamás querría vivir aquí. A su esposa, sin embargo, le fascinaba, me dijo. En el cuello tenía un pequeño tatuaje, un ancla negra. Repentinamente recordé estar parada junto a él en la tina de mi madre, recortando el pelo alrededor de sus orejas con unas tijeras de mango rojo. Marlena, sentada contra el lavabo, daba órdenes.

Pidió una cerveza. Después de un instante, viendo fijamente la carta cubierta de plástico, pedí más agua caliente. Si tomaba una decisión a la vez, parecía alcanzable. Pedir agua. Algo, cualquier otra cosa. Cada vez que Sal trataba de poner un brazo sobre la mesa, esta se inclinaba peligrosamente. Hablamos de nimiedades un rato y después me dijo que había encontrado mi información en mi viejo sitio *web* para trabajos independientes. Que su esposa —llegué a la conclusión de que sólo tenían unos meses de casados— lo había alentado a buscar a las personas que conocieron a Marlena porque no tenía demasiadas conexiones con su familia verdadera, y no eran del tipo que quería conservar. A veces se sentía un poco perdido, me dijo, sin esas raíces. Cuando mencionó a sus padres, me tomó un segundo darme cuenta de que se refería a sus padres sustitutos. Tenía un buen trabajo como gerente de un bar a la orilla de un lago en un pueblo vacacional cerca de la Península superior

de Michigan. Me confesó que casi no se acordaba de mí; sólo de que era amable, tímida y que había estado por allí. Greg, con quien había mantenido contacto de manera esporádica, le dijo que yo estaba en Nueva York.

Sal elogió mucho a Marlena; su belleza, su inteligencia. También para él tenía cierta cualidad mítica. Su muerte era «una tragedia». No mencionó las drogas —quizá realmente no sabía de ellas—, pero sí dijo que ella tenía sus demonios. Un tanto avergonzado, con cierta vacilación en la voz, me dijo que trataba de ser mejor persona por ella. Jamás había sido muy buen estudiante, pero se alejó de las fiestas toda su vida. La gente no se daba cuenta del peligro. Sin embargo, bebía a toda velocidad, tragos largos que reducían el nivel de la cerveza en su vaso varios centímetros cada vez. Podía probar la cerveza con sólo verlo; el gusto frío y amargo, el zumbido en la lengua, ese sabor amarillo a trigo. Era tan joven cuando ella murió. Insistía en referirse a ello como un accidente, de modo que hice lo mismo. Marlena era más como una madre que como una hermana, dijo Sal, y por eso realmente jamás la conoció.

—¿Cómo era? —preguntó.

Traté de explicárselo. Pidió otra cerveza. Agua, dije de nuevo, y la bebí mientras hablaba y hablaba.

Cuando nos abrazamos al despedirnos, las cosas que aún sabía y que él jamás conocería, los detalles que él tanto ansiaba, estaban entre nosotros como una presencia. Le di el prendedor de Marlena en un sobre sellado con una nota escrita a mano. Cuando lo tomó, por supersticioso que parezca, sentí alivio. Una maldición añeja que se destejía.

A la mañana siguiente caminé a la iglesia cercana a mi departamento. Llegué a las ocho y cuarto, tan tarde que casi me di la vuelta. Ya dentro, seguí la señal de papel hacia el sótano, donde después de servirme una taza de café, tomé una silla desocupada cerca del frente. Quince personas más o menos; la mayoría, como yo, vestidos para el trabajo. Uno por uno se levantaron. Contaron sus historias. Yo había contado la mía antes, en esa misma habitación, pero esta vez no supe cómo empezar. Me quedé viendo mi regazo, mis dedos que torcían la servilleta del vaso hasta convertirla en un cono deshilachado, y me mantuve en silencio. Una semana después, regresé.

MARLENA

Nuestro verdadero final ocurrió unos días antes de ese aburrido domingo en el parque. Una noche entre semana, quiero decir que un jueves de noviembre, y frío, frío, frío. Las dos en la torre, las piernas colgadas en dirección al suelo, la nieve cayendo tan lenta que le tomaba una vida llegar a nuestros rostros. Ella molestándome por no haber contestado sus mensajes en todo el día, por lo ocupada que ahora estaba, ya casi olvidándome de ella.

—Sabía que esta fase de idolatría tuya era sólo temporal —dijo.

—Ay, cállate. —Incliné la cabeza sobre su hombro y miré al cielo, más allá de la curva de su barbilla. Su pelo me picaba la frente. El mundo era un tazón al revés; enorme, pero podíamos ver su final, la línea curva donde se encontraba con la tierra.

—Estarás fuera de aquí en nada de tiempo. Yo ya me estoy preparando. La universidad, donde sea, lo que sea que vayas a ser.

—¿Qué crees que voy a ser?

Tenía tantas ganas de saberlo. Incluso entonces, pensé que ella podía decírmelo. Tan cerca, justo adelante, estábamos en nuestros futuros: probando sushi por primera vez, gritándonos una a la otra en alguna calle citadina, enviándonos mensajes de buena suerte el primer día en trabajos importantes, enamorándonos y desenamorándonos, carentes de padre y más fuertes por ello, aprendiendo a caminar con tacones y a recortar nuestros propios flecos y a no gastarnos todo el dinero de una vez y a explicar lo que nos gustaba y lo que no, hablando en público, manejando autos solas a ningún lugar en particular, abrazándonos después de un año de no vernos, dejándonos el pelo largo y cortándolo chiquitito, vagando a lo largo de eternos minutos olvidables, cantando nuestras canciones viejas y todavía favoritas, diciendo te acuerdas cuando, te acuerdas cuando, te acuerdas cuando. Yo creía en esas chicas, en nuestras versiones más viejas y más sabias.

—Cualquier cosa que quieras —dijo, y besó mi coronilla con un *mua*, como una mamá de caricatura—. Sólo trata de no olvidar, ¿okey? Cuando llegues ahí. Promete volver y visitarme. Yo seré una viejita con mil gatos y necesitaré compañía. Estaré desesperada por ella, probablemente, atrapada aquí en Silver Lake.

—No vas a quedarte atrapada aquí.

—Promételo —dijo, y yo lo hice, una mentira tan fácil que se sintió como la verdad.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí. ¿Una hora? ¿Más? Se hizo tarde. Nos levantamos, palmeando nuestras piernas para calentarlas. Yo estaba lista para ir a casa, pero me quedé un poco más por ella. Todavía no tenía otro lugar donde estar. Saltamos de la plataforma de madera con las rodillas dobladas, ese viejo reto, y nos quitamos los copos de nieve de las manos. Brazo con brazo, viajamos los cien metros o más por el pasto, la tierra pegándose a nuestras botas, hasta que llegamos a la fila de botes de basura entre las dos casas. Silver Lake estaba en silencio, las casas rodantes casi bonitas en la nieve que caía despacio, las ventanas oscuras, ni un auto en el camino.

—¿Quieres entrar un rato? Te ayudo con tus matemáticas.

—Me tengo que levantar temprano, Mar —respondí, molesta por la necesidad en su voz.

Y nos metimos. Una de nosotras volteó primero, la otra ya se había marchado. En nuestras casas vacías, dos chicas en el fin del mundo, separadas por habitaciones ensombrecidas a sólo unos metros de distancia. Una de nosotras se durmió con facilidad, un millón de días faltantes excepto por ese en particular, casi concluido por siempre, un final que sucede una y otra vez, sin importar lo mucho que yo no quiera. Quizá toda pérdida es eso. Lo que sucede, te guste o no. Lo que no te suelta.

Marlena..., mira. No olvidé.

Lo escribí.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a mi madre, Elizabeth, por su paciencia, su comprensión y su creencia en mi imaginación. Gracias, mamá, por hacer que este libro —y todo lo demás— fuera posible. Tu valor y encanto me inspiran. Gracias también a mis hermanos, Kelsey, Will y Taylor, por sus cerebros poderosos y sorprendentes. Me enorgullece provenir de ustedes.

Por creer en este proyecto y en mi voz, y por el luminoso discernimiento que estoy segura es tu superpoder, gracias a mi agente, Claudia Ballard. Estoy muy agradecida de que seas parte de mi equipo.

La brillantez y dedicación de mi editora, Sarah Bowlin, transformaron a este libro y a su autora. Gracias, Sarah, por ayudarme a encontrar el camino. Todavía creo que podríamos hacer uno más. Espero tener esa suerte.

Gracias a todos en WME, en especial a Laura Bonner, Caitlin Landuyt, Cathryn Summerhayes y Matilda Forbes Watson por representar a *Marlena, una amistad peligrosa* tan bien alrededor del mundo.

Un alegre *gracias* a las inteligentes y elegantes mujeres de Henry Holt por hacer tan emocionante e indolora mi experiencia editorial: Leslie Brandon, Gillian Blake, Maggie Richards, Barbara Jones, Molly Bloom y el resto del equipo. Un enorme *gracias* superextraespecial a Caroline Zancan, por adoptarme, y a Kerry Cullen, por recoger el desastre.

Agradezco a la familia Moyer, en especial a Marcy y a Dan. Su apoyo me empoderó para buscar escribir en un momento en que mi vida fácilmente pudo haber cambiado de dirección. Jamás lo olvidaré.

Profundísimas gracias a mis maestros a lo largo del camino por su guía y sabiduría, así como por sus libros: Michael Delp, Jerry Williams, Irini Spanidou, Jonathan Safran Foer, Lorrie Moore y David Lipsky. Gracias también a los inmensamente amables y alentadores Anton DiSclafani y Edan Lepucki.

Gracias adicionales al programa MFA de la Universidad de Nueva York, desde Deborah Landau y los administradores hasta el revolucionario cuerpo docente, y a mis cómplices del taller.

Un abrazo de oso a mis colegas de Catapult. Gracias especiales a Jenn Kovitz y a Leigh Newman, y a Andy Hunter por crear un espacio de trabajo que valora a los escritores. Amy Kurzweil, Max Winter y Jess Arndt: esta novela fue mejor por la íntima relación que forjó con sus imaginaciones.

Por todo, desde lecturas inteligentes y conmiseración literaria hasta la hora feliz, mi agradecimiento eterno a mis brillantes amigas e incansables campeonas Anna Breslaw, Becky Dinerstein, Rachel Fershleiser, Rebecca Kauffman, Halimah Marcus, Whitney Mulhauser, Julia Pierpont, Zoe Triska y Margaux Weisman.

Este libro tiene una deuda especial con mi amiga Lea, cuyo espíritu y memoria estarán siempre conmigo, y con mi hermana, Kelsey. Y al resto de mis chicas de Michigan —ustedes saben quiénes son—, gracias por esos veranos en Petoskey. Me dan algo hacia lo cual tratar de volver con mi escritura.

Por último, quisiera agradecer a Gabe Habash, un lector tan inteligente que tuve que casarme con él. El siguiente es para ti.

Acerca del autor

JULIE BUNTIN. Es del norte de Michigan. Su trabajo ha sido publicado en las revistas *The Atlantic*, *Cosmopolitan*, *The Oprah Magazine*, *Slate* y *Electric Literature*, entre otras. Da clases de Ficción en Marymount Manhattan College. Vive en Brooklyn, Nueva York.

Marlena, una amistad peligrosa es su primera novela, una de las más aclamadas por la crítica en 2017.

Diseño de portada: Genoveva Saavedra
Fotografía de portada: © Shutterstock

Título original: *Marlena*

© 2017, Julie Buntin

Traducido por: Susana Olivares Bari

De *The Left Hand of Darkness* por Ursula K. Le Guin

© 1969 Ursula K. Le Guin.

Utilizado con el permiso de Ace, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: noviembre de 2018

ISBN: 978-607-07-5289-6

Primera edición en formato epub: noviembre de 2018

ISBN: 978-607-07-5295-7

Este libro es un producto literario. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia. El contenido de este libro es responsabilidad exclusiva del autor y no refleja la opinión de la editorial.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de

Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

 Planeta



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE